

FICCIÓN

# MANSUR

EL LEGADO

MARIAH EVANS

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2020  
info@edicioneskiwi.com  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)  
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, marzo 2020

© 2020 Mariah Evans  
© de la cubierta: Borja Puig  
© de la fotografía de cubierta: shutterstock  
© Ediciones Kiwi S.L.  
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

*Esta novela está dedicada con todo mi cariño a Nerea Álvarez.*

*Hace mucho tiempo que nos conocemos y, desde entonces, hemos vivido mucho juntas: conversaciones, viajes, confidencias, quedadas... Te has convertido en una persona muy importante para mí y espero que así siga durante muchos años.*

*Por descontado, también va dedicado a tus dos tesoros: Aimar y Danel.*

*Un fuerte abrazo para los tres.*

*María.*

# Prólogo

Sujeté el punzón y volví a hundirlo en la lámina de arcilla, aún húmeda y manejable, diseñando sin dificultad el dibujo que me había ordenado. No era complicado hundirlo en la arcilla y crearlo.

«Es mejor dibujarlo», me repetía una y otra vez. «No sabemos qué idioma se hablará en un futuro».

Observé a mi alrededor. Mi hogar, construido con la misma arcilla que ahora manejaba entre mis manos, era un lugar humilde.

Ni siquiera recordaba ya mi anterior vida, lo que había sido todo aquello, mi anterior hogar. Los recuerdos se iban borrando con el paso de los días y de los años. Ahora, simplemente me limitaba a crear esas tablillas de arcilla intentando dejar aquel mensaje escrito, un mensaje con el que esperaba ayudar a toda la humanidad en un futuro.

Mi amigo se agachó a mi lado observando la tablilla que en ese momento grababa.

—Se te da bien esto, Mansur —me felicitó.

Le devolví la sonrisa agradecido por el cumplido y chasqué la lengua mientras volvía toda mi atención a la tablilla donde había detallado, en esta ocasión, el dibujo del ADN humano.

—¿Crees que la gente lo comprenderá? —le pregunté.

Mi amigo volvió a sonreír con incredulidad y esta vez miró al frente con cierta melancolía, inmerso en sus pensamientos, observando a los niños correr por el prado. Seguí la mirada de mi amigo y pude ver a sus hijos correr por el barro junto a los míos. Su madre se iba a enfadar cuando los viese tan sucios. La imagen de aquellos pequeños divirtiéndose me embriagó durante unos segundos y me hizo olvidar aquello que me había sido encomendado. Hubo unos segundos de silencio hasta que mi amigo se giró observándome con una sonrisa enigmática. Colocó una mano sobre mi hombro para remarcar sus palabras.

—Puede que ahora no, ni en un futuro cercano, pero con el paso de los siglos lo acabarán comprendiendo. Lo harán cuando estén preparados para ello —respondió antes de ponerse en pie y avanzar hacia el prado donde los niños jugaban—. No te detengas o se secará la arcilla antes de que acabes de grabarla, Mansur.

Asentí y volví a mi cometido. Diez minutos después y con la nueva tablilla acabada me puse en pie, escuchando todavía las risas y gritos de los pequeños. Salí de la cabaña formada con arcilla y la rodeé dirigiéndome a la parte trasera donde, en ese momento, veinte tablillas de arcilla reposaban sobre rocas secándose al sol.

No sabía cuántas había creado ya, pero las podía contar por centenares, pues cada día finalizaba de tres a cinco de ellas. Muchas parecían estar ya secas, aunque debía tener en cuenta que, seguramente, aún hubiese humedad en el interior de algunas de ellas.

«Mínimo diez días al sol», recordé que me había aconsejado mi amigo al enseñarme la forma de hacerlas y cómo lograr una mejor conservación. Transcurrido ese plazo debía llevarlas a lo alto de aquella pequeña colina que había frente a mi hogar. En su cima había una profunda cueva y allí, en el interior de esta, aquellas tablillas estarían protegidas de las inclemencias climáticas y del paso del tiempo.

Aquella era una parte muy importante de la historia de la humanidad y de la mía propia.

Planetas, compuestos químicos, una representación de la sociedad actual... y mi historia, mis antepasados. Aquello era lo más importante que debía dejar plasmado en aquellas tablillas, aunque algunas de ellas eran realmente difíciles de grabar, no solo a nivel emocional, sino por el hecho de tener que representarlo todo de una forma comprensible y de fácil entendimiento para generaciones futuras.

Me fijé en una de las que llevaba ocho días al sol.

Cuatro personas arrodilladas en el suelo, rodeadas de unas cuantas más... y una de ellas al frente, dándoles la espalda, protegiéndolas. ¿Por qué debía grabar aquellas cosas? ¿Realmente iba a ayudar de esa forma a la gente en un futuro?

Me puse en pie y miré hacia lo alto de la colina. En su cima, la cueva escondía aquellas tablillas que esperarían ser encontradas en un lejano futuro.

Me volví en dirección contraria mientras el aire caliente acariciaba mi piel y el sol elevaba mi temperatura corporal. Cerré los ojos, disfrutando de aquella calma interrumpida solo por los gritos y las risas de los niños, hasta que el canto de unos pájaros cercanos sobre las ramas de un árbol me hizo abrirlos de nuevo para observarlos. Aquellos pájaros tenían un color anaranjado en sus alas y sus plumas eran de un verde intenso. Eran preciosos, aunque debía confesar que cuando se ponían a piar de madrugada despertándome me daban ganas de coger alguna piedra y lanzarla hacia aquellas ramas.

Desvié mi atención hacia los pequeños que corrían por el prado, cubiertos de barro, divirtiéndose, ajenos aún a la misión para la que estaban destinados. Solo esperaba que todas aquellas tablillas, algún día, sirviesen para garantizar la protección de la humanidad y para desvelar nuestros verdaderos orígenes.

# 1

BAGDAD, IRAK

15 DE ABRIL DE 2006

La arena se elevaba de la carretera mal asfaltada ante el paso de los vehículos todoterreno creando nubes de polvo. Los transeúntes se veían obligados a apartar el polvo de sus rostros aleteando sus manos y a echarse a un lado de la calle si querían evitar el atropello por parte de aquellos todoterrenos que circulaban a una velocidad endiablada por las calles de aquella antigua ciudad. El destino de aquellos todoterrenos era claro para todos sus habitantes, que huían despavoridos buscando refugio. Sabían lo que ocurriría, pero ninguno tenía el suficiente valor como para intentar detenerlos.

Bagdad, capital de Irak, era la mayor ciudad del país. Fundada en el siglo VIII se había convertido en la capital del califato abasí y posteriormente en centro comercial, cultural e intelectual de gran relevancia en todo el mundo islámico.

Situada a orillas del río Tigris había sido la ciudad más grande durante el califato hasta que fue destruida por las tropas del Imperio mongol en 1258, lo que había supuesto un declive de toda aquella civilización durante siglos, aunque poco a poco se había recuperado.

Ahora, siglos después de aquella invasión, Bagdad sufría las consecuencias de otra. La guerra de Irak, también conocida como la Segunda Guerra del Golfo u Operación Libertad Iraquí, había comenzado el jueves 20 de marzo de 2003 cuando fuerzas estadounidenses iniciaron los primeros bombardeos aéreos sobre misiles *tomahawks* desde barcos y submarinos. Las fuerzas estadounidenses y británicas avanzaron desde Kuwait y los aliados kurdos lo hicieron desde el norte.

Posteriormente, el 9 de abril de 2006, los primeros tanques estadounidenses habían entrado en Bagdad sin encontrar mucha resistencia, pero ninguno de los allí presentes ni de los atemorizados habitantes de aquella ciudad estaban preparados para lo que iba a acontecer en días venideros desde la entrada de los primeros tanques.

Junto al petróleo, otra de las grandes riquezas de Irak era su cultura. Las zonas protegidas por la UNESCO donde se elevaban templos de la época mesopotámica, concretamente sumeria, las bibliotecas que albergaban antiguos escritos y los museos donde se conservaban piezas de más de siete mil años de antigüedad estaban siendo masacradas por el movimiento yihadista, un movimiento que pretendía destruir las únicas fuentes de memoria de la cultura del mundo más antigua conocida, cuna, según todos los historiadores, de la primera civilización humana y de la escritura.

El pillaje había arrasado la Biblioteca Nacional de Bagdad hacía pocos días, reduciéndola a cenizas y sepultando bajo ellas miles de textos antiguos y todos los conocimientos del pasado. Sin duda, querían destruir su patrimonio y su historia, pero también todo aquel conocimiento que había superado con creces más de seis mil años oculto en estelas, figuras de dioses, cerámicas y tablillas de arcilla.

Los soldados ingleses y americanos caminaban tranquilos por las calles con sus metralletas y fusiles, apartándose del trayecto de aquellos que conducían a toda velocidad en dirección al

Museo Nacional de Irak. Los soldados angloamericanos se encargaban de proteger los pozos de crudo, pero ninguno de ellos iba a mover un dedo para defender la memoria de la humanidad. En aquel museo estaban los primeros ejemplos de la escritura humana y de los símbolos numéricos, y por más que la UNESCO pidiese respeto hacia el patrimonio, aquellos que conducían a tanta velocidad hacían oídos sordos a tales peticiones.

Los seis todoterrenos, donde en cada uno de ellos viajaban cinco hombres, se detuvieron ante las puertas del Museo Nacional de Irak. Muchos iban equipados con sus fusiles Kaláshnikov AK-103, dispuestos a abrir fuego contra cualquier civil que se interpusiese en su camino. Otros se limitaban a portar en sus manos grandes mazos con los que ya habían destruido también otros emplazamientos históricos, o bien martillos eléctricos para poder demoler las figuras de piedra con una datación de cuatro mil años de antigüedad, aniquilando la memoria histórica de esa antigua civilización.

Los civiles huían de la zona al ver a aquellos desalmados dirigirse al museo que albergaba preciosas reliquias. Un hermoso museo con forma de castillo árabe, de un color amarillento simulando la arena que rodeaba Bagdad. Dos torres se alzaban presidiendo una ancha puerta con forma de arco, coloreadas por una cornisa azul y, a cada lado de la puerta, una hermosa y alta palmera daba la bienvenida. El museo se encontraba sitiado por unas altas vallas de tres metros que se cerraban para impedir el acceso al recinto siempre que este no estuviese abierto, aunque ahora no era el caso. La una del mediodía era una de las horas más solicitadas por los turistas y por los habitantes de Irak para evitar así las horas de más calor.

Una mujer cayó al suelo en su intento de huir de aquellos hombres que corrían hacia las puertas del museo, resbalando y haciendo que parte de su chador se levantase hasta sus rodillas. El chador, la prenda más usada por las mujeres en aquel país, consistía en una pieza de tela negra que cubría casi todo el cuerpo dejando únicamente el rostro al descubierto. Se removió en el suelo provocando que su atuendo se subiese hasta la cintura, revelando el pantalón tejano que llevaba debajo, aunque aquellos treinta hombres ni siquiera repararon en el miedo de sus compatriotas ni en los niños que corrían sujetos de las manos de sus padres huyendo del lugar, pues sabían que sus vidas peligraban en aquel momento.

Cargaron todo el material en sus brazos para poder llevar a cabo aquella barbarie cruzando las vallas y accediendo a la entrada principal que los conduciría hasta la puerta de entrada. Varios de ellos se agacharon en el suelo colocando cargas explosivas en las paredes del museo.

Los gritos de todos los civiles de la calle alertaron a la seguridad del museo que cerró rápidamente las puertas de acceso, intentando así evitar la entrada de aquellos hombres, aunque sus esfuerzos serían en vano.

A varios metros de la entrada principal Hermi miraba boquiabierto la escena. Había vigilado de cerca aquellos altercados y cada vez iban a más.

Miró hacia el lado donde su compañero observaba con la mirada fija a los hombres armados.

—Van a por ellas, ¿verdad? —preguntó a Hermi mientras se cubría la mitad de su rostro con el kufiya, el tocado tradicional árabe, sujeto con un *iqal* a la frente, ocultando su cabeza del abrasador sol.

Hermi lo miró de la cabeza a los pies. Le había entregado todo lo necesario para pasar lo más desapercibido posible entre aquella multitud, vistiéndose con la *thawb*, la típica túnica de manga ancha utilizada en toda la península árabe, Irak y otros países musulmanes.

La túnica color negro a conjunto con el turbante del mismo color contrastaba con su piel haciendo que se viese más clara que la de los habitantes de la ciudad. También hacía que sus ojos color miel destacasen. Había decidido darle esas prendas porque, justamente, los asaltantes solían vestirse de aquella forma.

—Hay que protegerlas, las destruirán —corroboró Hermi con un tono de voz asustado.

—Yo me encargo —comentó su amigo iniciando una marcha tranquila hacia el museo, sin inmutarse ante los gritos y disparos de los asaltantes, aunque sus nervios aumentaban a cada paso, no por el hecho de tener que inmiscuirse en aquella guerra, sabía que aquellos hombres no tenían nada que hacer frente a su poder, sino por ver hasta qué punto de estupidez era capaz de llegar la humanidad.

Se fijó en varios soldados americanos que observaban impasibles cómo los asaltantes colocaban cargas explosivas alrededor del museo y comenzaban a aporrear la puerta principal con un ariete revienta puertas redondeado, en forma de cilindro, de sesenta y un centímetros, macizo, que estrellaban contra la puerta sin contemplaciones ante la pasividad de todos los soldados allí presentes.

Miró cada vez más furioso cómo volvían a golpear la puerta que seguramente intentarían mantener cerrada desde el interior los guardas de seguridad del museo, e incluso la gran multitud de civiles que en ese momento visitaba el museo y que se oponía a la destrucción de aquellas obras de arte, de su historia.

Necesitaba sacarlas de allí. Caminó directo hacia la puerta sin frenar su paso, notando cómo cada vez su furia aumentaba más y más.

Las guerras eran algo común entre los humanos, pero aquello iba más allá de una simple guerra por el poder, aquello pertenecía a toda la humanidad y cuatro desalmados pretendían hacer desaparecer todo vestigio de conocimiento antiguo, privando al mundo de aquel valioso legado. Él no lo iba a permitir.

Con más de treinta grados en el exterior del museo allí dentro se estaba fresco. Khalid Al-Husayn aupó a su nieto para que pudiese ver las tablillas que quedaban un poco elevadas, colocadas en estanterías.

—Aquí están —exclamó su nieto observando maravillado las conocidas Tablillas de Sumeria, aquellas que ya tantas veces había visto y de las que su abuelo no dejaba de hablar—. Siguen donde siempre —apuntó divertido.

Khalid descendió a su nieto y lo cogió de la mano de nuevo.

—Sí, y dudo que las movamos de aquí.

Khalid Al-Husayn se conocía aquel museo de memoria, la historia de cada una de las piezas que aquel recinto albergaba. Especialista en Sumeria y en lenguas acadias antiguas había trabajado en aquel museo desde 1950. Tras licenciarse, aquel había llegado a convertirse en su segundo hogar. Todo había cambiado cuando en 1991 el museo había cerrado durante la guerra del Golfo y así había permanecido por temor a ataques hasta el 28 de abril del año 2000.

Tras nueve años trabajando en casa y, en algunas ocasiones, en los subterráneos del museo, hacía ya seis años que se habían reabierto sus puertas al público para mostrar aquellas maravillas. Le encantaba aquel lugar.

—¿De nuevo aquí, Khalid? —pronunció uno de los vigilantes de seguridad mientras pasaba a

su lado—. ¿No te cansas? —bromeó mientras pasaba la mano sobre el cabello oscuro del niño que lo acompañaba.

—Estoy dándole una clase a mi nieto. —Sonrió.

El guarda de seguridad descendió la mirada hacia el muchacho.

—¿Qué edad tienes?

—Doce —contestó divertido.

—Y ¿tú también vas a ser tan buen historiador como tu abuelo? —preguntó.

El niño asintió con énfasis a la par que su abuelo miraba con orgullo a su nieto.

—Él va a ser mejor aún —contestó con una gran sonrisa mientras le alborotaba el cabello negro al pequeño.

—Eso está muy bien —respondió el vigilante mientras se alejaba de ellos para continuar su ronda—. Disfruta del fin de semana —se despidió.

—Eso estamos haciendo —respondió Khalid mientras se despedía con un movimiento de mano, dándole ya la espalda.

Se centró de nuevo en su nieto y avanzó unos pasos sujetando su mano. Se detuvo ante una de las estanterías acristaladas y se agachó para observar. Frente a ellos, se encontraban unas de las tablillas más importantes.

—¿Estas también las has traducido, abuelo?

Khalid miró con una sonrisa pillada a su nieto.

—Todo lo he traducido. Bueno... casi todo —aclaró—. Aún queda mucho por descubrir. — Señaló a una de las tablillas donde se veía un alto hombre vestido con una túnica y tres personas más de baja estatura a su lado—. ¿Sabes quién es?

Su nieto asintió.

—Enki.

—Perfecto —lo felicitó su abuelo.

Su nieto se giró hacia él con gesto orgulloso al saber la respuesta.

—El dios de la tierra.

Khalid asintió.

—Él nos creó —explicó—. Esta es la historia de cómo hace cuatrocientos cincuenta mil años los dioses nos crearon y... —Se calló cuando unos gritos lo alarmaron. Se puso en pie de inmediato sujetando con fuerza la mano de su nieto y condujo su mirada hacia el guarda de seguridad que corría por el pasillo.

Pudo ver cómo varios vigilantes de seguridad más corrían hacia la puerta de entrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el niño nervioso al ver el silencio que se había generado en aquella sala tras escuchar los gritos.

—No lo sé —susurró su abuelo alejándolo de la puerta de entrada a aquella sala.

Realmente sí lo sabía, sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

Aquella sala daba a un largo pasillo por el que no dejaban de correr guardas en dirección a la puerta.

Los gritos se intensificaron y Khalid colocó tras su espalda a su nieto para protegerlo cuando unos fuertes golpes retumbaron por todo el museo. Los visitantes comenzaron a gritar apartándose del acceso al pasillo, colocándose al final de aquella pequeña sala.

—Abuelo, ¿qué pasa? —preguntó el pequeño nervioso.

Khalid lo sujetó con fuerza tras su espalda.

—No te muevas hasta que yo te lo diga. No nos harán daño —susurró intentando calmarlo, pues notaba la mano de su nieto temblar sujeta a la suya.

—Abuelo. —sollozó el niño a su espalda mientras escuchaban los golpes cada vez más fuertes.

—Tranquilo, tranquilo... —dijo colocando a su nieto entre su espalda y la pared para protegerlo.

Supo el preciso momento en que las puertas del museo cedieron dando paso a aquellos desalmados que agitaban sus rifles hacia el techo con ráfagas de disparos.

Khalid observó impasible cómo una treintena de hombres, cubiertos de los pies a la cabeza y solo con los ojos y parte de la nariz visible, entraban echando a todos al suelo, amenazándolos con las armas, gritando sin parar.

—No... —sollozó Khalid al ver aquello. Tragó saliva y apretó con más fuerza a su nieto que no dejaba de sollozar atemorizado tras su espalda.

Varios de aquellos hombres comenzaron a arrojar al suelo las estatuas, tan valiosas, fragmentándose estas en decenas de trozos. Acto seguido, las golpeaban con grandes mazos para despedazarlas todavía más. Notó su corazón quebrarse mientras veía la crueldad de aquellos hombres que pretendían hacer desaparecer su historia, lo que eran, su pasado...

Cinco de ellos entraron en la sala con ráfagas de disparos hacia el techo. Las personas que había en la sala se tiraron al suelo protegiéndose la cabeza con los brazos, otros salieron corriendo de la sala intentando huir para poner su vida a salvo.

Notó la mano de su nieto sujetar con fuerza la suya, escondido tras él.

Dos de los hombres fueron directos a una pequeña columna donde, sobre ella, protegida por el vidrio, reposaba la hermosa figura de una cabeza femenina de alabastro de veinte centímetros de altura. Uno tomó carrerilla con el mazo y golpeó el cristal haciéndolo añicos. Seguidamente golpeó la cabeza con el mazo, resquebrajándola.

—No, por favor... —sollozó Khalid que observaba apenado la destrucción que comenzaban a organizar en el museo—. Por favor... —repitió implorando que se detuviesen.

Aquella estatua, tras ser sometida a pruebas de datación por radiocarbono, había sido datada del año 3200 antes de Cristo y, para muchos, era considerada el retrato sagrado de la diosa Inanna, la diosa del amor, de la guerra y protectora de la antigua ciudad de Uruk.

Otros hombres comenzaron a golpear con mazos las estanterías destrozando todo lo que había sobre ellas, mientras otro golpeaba directamente *El friso de la lechería*, datado del año 2300 antes de Cristo, donde se veía la representación de dos vacas a la derecha, ordeñadas junto a sus becerros, y a la izquierda una granja donde elaboraban mantequilla.

De nuevo, el sonido de los cristales que protegían las antigüedades al romperse captó su atención, sabía que el resto de aquellos hombres debía haberse desperdigado por el museo y estaría sembrando el caos por las numerosas salas, pero aquella sala era especial para él. Había dedicado toda su vida al estudio de aquella época, a revisar las primeras tablillas con escritura de la humanidad, a entender su significado y, ahora, algo que había sobrevivido al paso de milenios, en una fracción de segundo desaparecía.

Aquello era toda su vida, pero representaba mucho más, representaba unos conocimientos valiosísimos para toda la humanidad.

—¡Basta! —gritó hacia uno de los hombres que rompía con el mazo el cristal de la estantería

que lo separaba de las catorce tablillas a las que había dedicado sus últimos veinte años de estudio.

Sin poder controlarse fue hacia él intentando coger el mazo. El semblante de aquel hombre fue de sorprendido durante los primeros segundos, luego se limitó a intentar deshacerse de él.

—¡No podéis hacer esto! ¡Esta historia no os pertenece! —gritó Khalid intentando arrebatarle el mazo—. Es la historia de nuestros ancestros, ¡nuestros dioses! ¡Ellos os castigarán por lo que estáis haciendo!

Aunque lo intentaba, estaba claro que el hombre armado, aunque no pudiese ver su rostro, era mucho más joven que él, porque le bastó con elevar la pierna, colocar el pie en su barriga y empujarlo hacia atrás para deshacerse de él.

Khalid se golpeó con fuerza en la espalda con una de las mesas acristaladas que protegían en su interior algunas joyas que se habían encontrado datadas de aquella época.

—¡Abuelooooo! —gritó su nieto al ver que caía al suelo.

El hombre dio un paso hacia él y le dio una patada en el estómago. Sin poder evitarlo, su nieto corrió hacia él.

—¡No! ¡Basta! —gritó el pequeño.

Khalid miró al hombre armado.

—Por favor —suplicó—, no lo hagáis. Esto es lo más importante que tiene la humanidad. —sollozó.

Su nieto llegó segundos después de que el hombre golpease con el Kaláshnikov la sien de su abuelo, abriendo una profunda herida cerca de su frente y sumiéndolo en la inconsciencia.

El pequeño se echó sobre él gritando.

—¡Noooooo! —Lloró desconsolado mientras pasaba la mano cerca de la herida.

Elevó la mirada hacia el hombre que había golpeado a su abuelo, el cual no mostraba sentimiento de misericordia o remordimiento alguno por lo sucedido. Al contrario, se giró hacia la estantería rompiendo el cristal que protegía las tablillas a las que su abuelo había dedicado tantos años de estudio.

El nieto pasó de nuevo la mano sobre la cabeza de su abuelo, sollozando.

—Abuelo... abuelo... —gritó llevando desesperado sus manos hacia su hombro, moviéndolo para que recuperase el sentido.

El sonido de más cristales al romperse hizo que el pequeño mirase al hombre que había golpeado a su abuelo, que se agachaba para coger las tablillas.

Su ira fue más poderosa que la sensatez y se lanzó hacia él.

—¡Nooooo! —gritó echándose a su espalda y haciendo perder el equilibrio al hombre, cayendo sin remedio al suelo—. ¡Son las favoritas de mi abuelo! ¡Déjalas! —gritó golpeándolo con fuerza en la espalda.

El hombre se giró justo cuando el niño golpeó su cara clavando sus uñas en sus mejillas. En ese momento, el grito de aquel despiadado hombre produjo placer al pequeño que golpeó con más saña la cara de ese indeseable.

El hombre elevó su mano y golpeó la mejilla del niño con fuerza, sacándoselo de encima y haciendo que se golpeará directamente con el cuerpo de su abuelo que aún permanecía inconsciente.

El pequeño se incorporó mientras observaba a su agresor coger el Kaláshnikov y levantarse,

con la mirada clavada en él.

No pudo moverse, se quedó totalmente inmóvil, sintiendo cómo sus músculos se tensaban en aquel momento y su respiración se paralizaba al ver el cañón de aquella arma apuntándolo mientras el hombre acababa de ponerse en pie.

Se removió nervioso en el suelo, sentándose y apoyando su espalda en la barriga de su abuelo, sin siquiera parpadear.

Su atacante se llevó la mano a la mejilla y palpó la herida observando cómo sus dedos se teñían de sangre. Observó al pequeño y elevó más su arma en su dirección mientras con su dedo índice comenzaba a apretar el gatillo.

El tiempo se dilató, los segundos se volvieron más largos mientras toda la atención del niño se centraba en aquel dedo apretando cada vez con más decisión el gatillo, hundiéndolo hacia dentro. Sabía lo que iba a ocurrir, lo matarían, su vida acabaría en pocos segundos y seguramente también acabarían con la vida de su abuelo.

Sollozó atemorizado, sin poder moverse, totalmente paralizado mientras veía cómo el recorrido del gatillo llegaba a su fin y comenzaba a escuchar el estallido.

No supo qué ocurrió y solo el sonido del disparo logró sacarlo de su aturdimiento. Un hombre vestido de igual forma que su agresor sujetaba el rifle hacia arriba evitando que la bala impactase en él, pero había algo que no era normal en aquel hombre.

Se removió inquieto cuando vio que de la mano del recién llegado, que acababa de salvar su vida, brotaba una luz azulada en forma de rayos, descomponiendo en pequeñas virutas el Kaláshnikov que aún sujetaba el agresor en su mano.

Sin ningún movimiento más su agresor salió despedido con tal fuerza que sobrevoló toda la sala estrellándose contra la pared.

El niño tragó saliva y elevó maravillado su mirada hacia su salvador. Vestía como los demás hombres, aunque sin duda no era uno de ellos. Su piel era más blanquecina, sus ojos resplandecían dorados y una barba de pocos días inundaba toda su mandíbula.

Karan miró hacia abajo, hacia el pequeño que permanecía apoyado sobre el cuerpo de una persona más mayor y le sonrió intentando calmarlo, pues la piel del muchacho estaba pálida y unas gotas de sudor frío resbalaban por su mejilla fruto del miedo.

Se tapó de nuevo con un movimiento rápido la mitad de su rostro con la tela que colgaba de su turbante y que había caído al enfrentarse a aquel hombre y se agachó introduciendo su mano en la estantería, haciéndose con aquellas preciadas tablillas.

El pequeño no se movía, solo respiraba acelerado y parpadeaba perplejo, nervioso.

Karan introdujo las tablillas en la bolsa que colgaba de su hombro y se puso en pie ante la mirada del atento niño que lo observaba fascinado.

Su abuelo le había hablado de ellos, de los dioses, aquellos que los habían dotado de vida, aquellos que los protegían... Su propio abuelo le había dicho al hombre que lo había golpeado que los dioses los castigarían por lo que estaban haciendo.

Karan echó un vistazo rápido al niño asegurándose de que no estaba herido y echó la vista al frente cuando escuchó los pasos de cuatro hombres que se dirigían en su dirección apuntándolo con las armas. Sin duda, habían visto cómo lanzaba por los aires a su compañero y se guardaba las tablillas en la bolsa.

Aquello no lo impresionó ni lo detuvo, simplemente caminó hacia el otro extremo de la sala, en

dirección al cuerpo inconsciente del primer hombre al que había atacado.

Miró con odio a todos aquellos que lo rodeaban, sin detener sus pasos hacia aquella pared mientras podía sentir la mirada del pequeño al que acababa de salvar la vida a su espalda.

Los cuatro hombres gritaban con las armas apuntando en su dirección, con movimientos enérgicos, ordenándole que se detuviese y que les entregase lo que se había guardado.

Karan no esperó. Ahora ya tenía lo que necesitaba. Debía mantener aquellas tablillas a salvo de todos, aunque estaba claro que aquellos hombres no iban a dejarlo marchar sin oponer resistencia.

Uno de los que avanzaba por su lado izquierdo fue el primero que apretó el gatillo.

La bala no tuvo tiempo siquiera de salir del cañón, pues todo el fusil comenzó a desintegrarse en virutas esparciéndose entre las manos del hombre que gritaba atemorizado por lo que acababa de ocurrir.

Tuvo la certeza de que sus enemigos lo verían como un demonio.

No dudaron en disparar también hacia él, pero, de nuevo, las armas se transformaron en simples virutas que caían hacia el suelo. No contento con eso, Karan miró un segundo a los cuatro hombres que lo rodeaban a cierta distancia, petrificados por lo que acababa de ocurrir. No dejó de avanzar hacia el otro extremo de la sala mientras los cuatro agresores salieron disparados hacia el techo, golpeándose con este y cayendo luego al vacío, hasta el suelo. No se iba a detener para asegurarse de si seguían vivos o no, con suerte, solo se habrían roto un par de costillas y algún miembro.

No le gustaba usar su poder, pues siempre que lo hacía debía concentrarse lo máximo posible para no descontrolarse y no acabar haciendo desaparecer alguna ciudad del mapa.

Escuchó el sollozo de alguno de los atacantes y, de lejos, escuchó la voz de aquel niño que intentaba despertar a su abuelo.

Fijó la mirada en la pared a la que se acercaba y esta explotó dejando un acceso libre a la calle.

El niño se giró asustado hacia Karan que en ese momento salía del museo, aunque este no se volvió para evaluar el tamaño del agujero que había creado en la pared.

Se quedó durante unos segundos conmocionado por lo que aquel hombre había hecho, si es que acaso se le podía llamar así. Había apreciado sus rasgos durante unos segundos antes de que volviese a ocultar su rostro. Su aspecto era humano, aunque si algo tenía claro era que de humano tenía bien poco. Sabía perfectamente lo que había visto: aquella luz emergiendo de su mano, cómo había hecho desaparecer las armas volatilizándolas, la sacudida de los agresores contra el techo, la explosión de aquella pared... Solo había una explicación posible: lo que su abuelo le había narrado tantas y tantas veces era cierto. Aquel dios lo había salvado y se había llevado aquellas tablas con él, y estaba seguro de que era para protegerlas.

Se quedó observando la espalda de Karan hasta que vio cómo otra persona aparecía a su lado, hablaban unos segundos y desaparecían sin dejar rastro.

Se sobresaltó y se quedó en estado de *shock* durante varios minutos, intentando asimilar todo aquello. Solo los lamentos de los asaltantes lo hicieron despertar de sus pensamientos. Se giró de nuevo hacia su abuelo y volvió a zarandearlo, esta vez con más fuerza.

—Abuelo, abuelo... —sollozó sin dejar de moverlo, intentando que recuperase la conciencia.

Su abuelo, finalmente, entreabrió los ojos y, aunque le costó ubicarse, finalmente elevó su mano

hacia el rostro del pequeño, acariciando su mejilla y secando una de las lágrimas que resbalaban por ella.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro Khalid.

El pequeño asintió mientras controlaba a los hombres armados que no parecían poder levantarse. Clavó su mirada en el agujero que había hecho su salvador en la pared. Por ahí podría salir con su abuelo sin necesidad de atravesar el resto del museo.

Lo ayudó a incorporarse y Khalid se llevó la mano a la frente de donde brotaba abundante sangre, aunque su mirada voló a aquel enorme agujero. Faltaba más de la mitad de la pared y desde allí podía ver la calle y la gente corriendo, alejándose de la zona.

La voz de su nieto lo hizo volver su vista al frente.

—Enki nos ha salvado —susurró frente a él.

Su abuelo parpadeó varias veces, dado que aún le costaba centrar la mirada en un punto.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—Enki nos ha salvado —repitió su nieto ante él, cogiéndolo de la mano.

Khalid suspiró e intentó ponerse en pie. Lo más importante era sacar de allí con vida a su nieto, aunque al incorporarse vio a los cinco hombres tendidos en el suelo. ¿Qué había pasado allí?

El sonido de las balas y de la destrucción que se estaba produciendo en otras salas le hizo centrarse de nuevo. Miró directamente hacia la pared derrumbada y comenzó a caminar acogiendo a su nieto bajo su brazo, el cual se agarró a su cintura.

—Hay que irse de aquí —comentó mientras observaba petrificado a los hombres tendidos en el suelo, inconscientes.

No tardaron más que unos minutos en salir del recinto del museo y mezclarse entre todas las personas que gritaban y corrían asustadas por la calle, alejándose así del lugar.

## 2

### ATENAS, GRECIA EN LA ACTUALIDAD

Karan caminó rodeando el casco de Hades, observándolo. Se había encerrado en la habitación subterránea que había mandado construir hacía dos semanas, una habitación a la que ninguna otra persona tenía acceso, solo él y sus amigos más cercanos a los que había entregado una tarjeta especial con la cual, tras introducir una clave de acceso y superar un escáner de retina, tenían acceso durante únicamente diez segundos.

Aquella habitación electrocutaría a cualquier persona que intentase acercarse al casco de Hades.

Habían logrado hacerse con él en Nápoles, tras una búsqueda incesante no exenta de peligros.

El dios Hades, su tío, junto a sus hijos y a un grupo de semidioses se habían hecho en primer lugar con el tridente de Poseidón. Posteriormente, él y su equipo habían logrado hacerse con el casco de Hades. Aquel había sido un duro golpe para su tío y su facción, pues aquello no le permitiría seguir con los planes que pretendía ejecutar, que no eran otros que abrir las puertas del Tártaro y liberar al titán Crono, logrando con ello la destrucción entera del planeta.

El tridente de Poseidón, el casco de Hades y el rayo de Zeus habían sido forjados por los cíclopes en el Tártaro durante la guerra de la Titanomaquia. Tres objetos creados para que Poseidón, Hades y su padre, Zeus, lograsen encerrar tan colosal poder en aquel oscuro lugar y poner a salvo al resto de la humanidad y a ellos mismos.

Hades, no contento con la repartición que sus hermanos habían hecho del mundo, había trazado un plan: abriría las puertas del Tártaro y liberaría a Crono, aquella fuerza maligna que representaba el titán.

Karan sabía lo que aquello significaba. Si conseguían abrir las puertas y liberar aquel mal que permanecía encadenado en su interior sería el fin del mundo, de toda la humanidad. Y eso no podía permitirlo.

Siempre se había mantenido aislado del mundo y la relación con los simples humanos no había sido fácil para él. Era muy complicado mantenerse sereno cuando uno veía a lo que había llegado la humanidad: las guerras, las muertes que ocasionaban por el poder y el dinero..., pero aquella era su misión, protegerlos desde las sombras, mantenerlos a salvo, aunque muchas veces fuese demasiado difícil. Aquella era la creación de su padre y no podía permitir bajo ningún concepto que su tío Hades acabase con la vida de todas aquellas personas, de toda una especie.

Salió de la habitación y puso la clave para que aquella puerta se cerrase, protegiendo así aquel casco tan valioso en esos momentos.

Cerró los ojos y suspiró cuando escuchó el alboroto que llegaba desde la planta superior.

Hermes, o como ellos lo llamaban, Hermi, el mensajero de los dioses y encargado de llevar a los semidioses de un lugar a otro en cuestión de segundos, se había hecho prácticamente dueño de su casa y no dejaba de traer a nuevos semidioses para entrenarlos y proteger el casco.

Aquellos últimos días habían sido de locos. Atrás quedaban los días en su tumbona tomando el sol en su jardín o las tardes en la piscina o gozar simplemente leyendo un libro. Atrás quedaban

los días en que su única preocupación era que su empresa abasteciese de electricidad a toda Grecia.

Ahora, todo aquello había desaparecido. Había tenido que delegar muchas de sus funciones en uno de sus socios. No le importaba, sabía que conocía bien la empresa y lo haría lo mejor posible, sabía que se esforzaba, pero no le gustaba el giro de los acontecimientos ni tener que estar ausente de la empresa durante días enseñando a los semidioses que Hermi traía. Instruirlos en la lucha y hacer que desarrollasen al cien por cien sus dones... ¡Aquello era agotador!

Sabía que era necesario, que Hades había formado un ejército y que en cualquier momento podían atacarlos, además, allí, en su propia casa, guardaba el casco de Hades y también se encontraba él, portador del rayo de Zeus. Estaba seguro de que Hades no se rendiría hasta conseguir su cometido y que solo estaba esperando un momento de vulnerabilidad.

Hubiese preferido que Hermi buscase otro lugar donde preparar al resto de semidioses. Al menos, al tratarse de su casa, le había nombrado *el jefe* de la misión.

Resopló y se encaminó hacia las escaleras mientras recordaba aquel momento:

—Ni hablar —había sentenciado Karan.

—¿Cómo que ni hablar? —se quejó Hermi mientras extendía los brazos hacia los lados—. Sabes que necesitamos un ejército y que muchos de ellos jamás han experimentado con sus dones. Tú puedes ayudarlos. Te seguirán. Eres el hijo de Zeus. Deben entrenar y prepararse para...

—Sí, sí... —Lo cortó Karan con una mirada seria—, en eso estoy de acuerdo. Lo que no entiendo es por qué se tienen que quedar en mi casa.

Hermi fue hasta él y lo señaló con el dedo.

—Ya sabes cuál será el siguiente paso de Hades —le recordó. Karan había ido directo a la cocina, ignorando a su amigo que corría tras él. Abrió la nevera y extrajo una cerveza—. ¡Vendrán a por el casco!

Karan cogió el abridor, abrió la cerveza y miró con indiferencia a Hermi.

—Pues que vengan —pronunció con voz siniestra.

Hermi apretó los labios indignado ante la respuesta. Todos habían estado de acuerdo en que Karan fuese el guardián del casco, no solo porque fuese uno de los semidioses con más poder, superando incluso a alguno de los dioses como él mismo, sino porque, además, se había tomado muy en serio la protección del casco mandando construir una habitación acorazada en la parte subterránea de su casa.

—También te buscarán a ti —le recordó con voz pausada, como si intentase hacerle sentir consciente del peligro que corría.

Karan le había sonreído con indiferencia, había pasado por su lado y le había dado unas palmaditas en su hombro como quien intenta calmar a un cachorro.

—Te lo diré una vez más: que vengan. —Y dio un sorbo a su cerveza.

Había escuchado el gruñido de Hermi a su espalda, como si su paciencia se agotase.

Aquella conversación no había servido de nada. Hermi había ignorado totalmente sus palabras y al día siguiente había comenzado a reclutar semidioses y a traerlos a su casa sin su permiso.

—¿Y este quién es? —preguntó Karan indignado ante la mirada entusiasmada del joven que había aparecido al lado de Hermi a las cinco de la tarde de un sábado, mientras él veía una película relajado en el sofá.

—Es Xenos, hijo de Pan... —informó Hermi—. Ya te dije que hay que entrenar a...

Xenos dio unos pasos hacia Karan elevando su mano para estrecharla con una gran sonrisa. Aquel muchacho estaba entusiasmado con la idea de conocer a Karan.

—¿El hijo del dios de los pastores? —gritó Karan alterado, levantándose del sofá airado y haciendo que la sonrisa del joven desapareciese mientras retrocedía—. ¿Esto es lo mejor que puedes traer?

—¡Está de nuestro lado! —le devolvió el grito Hermi—. ¡Y es muy bueno luchando!

—Lo soy... lo soy... —intervino Xenos.

—¡Cállate! —Lo señaló Karan que estaba realmente alterado, sin perder el contacto visual con Hermi—. ¡Ahora no estoy hablando contigo!

—Vale, vale... —susurró el muchacho acongojado dando unos pasos hacia atrás.

Karan enfocó toda su ira en Hermi.

—¿Para qué lo traes aquí? —lo retó Karan.

—Ya lo hablamos ayer...

—Y que yo sepa no llegamos a ningún acuerdo —gruñó con los dientes apretados.

Hermi lo había mirado fijamente, aguantando el envite de aquella siniestra mirada que claramente no lo impresionaba lo más mínimo. Cogió del brazo al joven y lo arrastró directo hacia la puerta del comedor, saliendo al rellano desde donde podía accederse a la segunda planta por las escaleras.

Xenos miró bastante asustado a Karan y tragó saliva antes de volver su mirada hacia Hermi.

—Creo que no está muy de acuerdo... —susurró.

Hermi miró a Xenos.

—Pues claro que no está de acuerdo, ya te lo había dicho, ¿no? —le recordó Hermi. Xenos volvió a tragar saliva—. No te preocupes, ya se acostumbrará —comentó como si nada.

—Eh, eh... yo no me tengo que acostumbrar a nada —se quejó Karan siguiéndolos—. ¿Quieres... quieres estarte quieto? ¿Adónde se supone que vas? —preguntó cuando vio que subían los primeros escalones hacia la segunda planta.

—¿Adónde crees que voy? ¡Pues a enseñarle su habitación! —gritó Hermi de los nervios ante la cabezonería de su amigo. Karan se había quedado totalmente estático en el rellano observando cómo Hermi volvía a tirar de ese joven hacia la planta superior—. Será cabezota... —susurró Hermi antes de girar hacia la derecha, directo a una de las habitaciones.

—¡Esta no es tu casa! —gruñó antes de verlo desaparecer.

Y ahí había comenzado todo.

Poco a poco su casa se había transformado en el hotel de todos los semidioses que iban a entrenar allí, preparándose para el combate y para proteger el casco. No había podido hacer nada, absolutamente nada.

Días más tarde Hermi había llegado con Damaris, descendiente de Hestia, la diosa del hogar, Adrián, descendiente del dios Apolo, Tatiana, descendiente de la diosa Atenea, Miguel Ángel, descendiente de la diosa Temis... y muchos otros más. De hecho, ya había perdido la cuenta.

A medida que pasaban los días solo había podido aceptar aquello y resignarse al hecho de que su preciada intimidad había acabado. Había descubierto que, con un poco de entrenamiento, todos eran buenos en combate. Algunos de ellos poseían dones que con el paso de los días habían ido perfeccionando. Miguel Ángel, un mexicano que siempre estaba de buen humor, podía convertir su

casa en una discoteca humeante: desde crear una total oscuridad a materializar una niebla muy espesa.

Adrián era todo lo contrario, podía crear tanta luz con su cuerpo que podía llegar a cegarte. Muchos de ellos jamás se habían visto obligados a luchar ni a entrenar y, ahora, estaban descubriendo todo su potencial.

Gael, hijo de Poseidón, Neil, hijo de Vulcano (o Belenus, como le gustaba llamar a su padre) y Elin, hija de la diosa Eir, dirigían la mayor parte de los entrenamientos. Ninguno de ellos se había opuesto a que fuese él quien coordinase todo y diese expresamente las órdenes. Al fin y al cabo, tal y como no dejaba de repetir, aquella era su casa.

Realmente le gustaba ver cómo todos se movilizaban por defender la causa de su padre, pero ¿por qué tenían que reunirse allí? Aquella zona estaba repleta de buenos hoteles que podrían haber considerado al menos.

Ahora, las siete habitaciones libres que tenía estaban ocupadas. En algunas, de hecho, dormían hasta cuatro semidioses. Aquello era de locos.

El único lugar en su hogar donde podía encontrar algo de calma era allí abajo, en aquella habitación acorazada y donde sabía que nadie se atrevería a entrar si no quería acabar electrocutado. Un voltaje de mil voltios de corriente continua y treinta amperios acabaría con cualquiera que no tuviese sus facultades.

Subió las escaleras y abrió la puerta que daba al recibidor, desde donde se podía acceder al comedor, a la cocina y al jardín.

Cerró la puerta y echó la llave. La mayoría de los que iban a entrenar allí y a proteger el lugar se movía libremente por la casa, como si les perteneciese.

Al menos, ninguno de ellos había intentado acceder al subterráneo ni a su habitación.

—Ey, patrón... —lo saludó Miguel Ángel mientras pasaba a su lado directo al pequeño aseo que había en el recibidor. Llegó hasta él y cerró la puerta.

Karan resopló armándose de paciencia. Otra de las cosas que odiaba era que se dirigieran a él como patrón, capataz, patriarca... ¿no podían llamarlo simplemente Karan? Lo había repetido hasta la saciedad, pero aquel divertido y gracioso mexicano parecía disfrutar llamándolo así.

Avanzó hasta el comedor donde dos jóvenes permanecían tumbados en el sofá viendo la televisión. Habían llegado hacía dos días, y ni siquiera recordaba sus nombres ni sus ancestros.

Atravesó el comedor sin saludarlos, aunque ellos tampoco hicieron ningún gesto, pues permanecían ensimismados con la televisión mientras engullían una bolsa de patatas fritas.

Salió al patio donde, al lado de la piscina, había una gran parcela de césped y varios de los aprendices permanecían sentados, recibiendo una clase magistral de Neil, el cual alzaba una mano y prendía una llama sobre ella. Todos lo miraron maravillados.

Karan resopló y fue hacia él.

—Bonito truco —comentó mientras Neil se ponía en pie.

Xenos, Damaris y Adrián permanecían sentados ante él, aunque todos se pusieron en pie al igual que Neil cuando vieron que Karan se acercaba.

—Muy gracioso —lo reprendió Neil.

Karan sonrió levemente a los aprendices y se colocó al lado de su amigo que le hizo un gesto con su cabeza para que lo siguiese. Neil se había convertido en uno de sus mejores amigos desde que lo había conocido. Era un tipo entrañable. Hijo del dios Belenus, el dios celta del fuego,

aunque ellos disfrutaban llamándolo Vulcano, había sido junto a Gael y Elin uno de los encargados de aleccionar a los jóvenes.

—¿Dónde está Gael? —preguntó mirando de un lado a otro.

—Hermi lo ha llevado un rato con Lucía. Luego vendrá a sustituirme para que yo vaya a cenar con Adriana. Es posible que traiga a unos cuantos más. —Karan suspiró y se pasó la mano por la frente, visiblemente agobiado—. ¿Va todo bien?

—¿Y quién me sustituye a mí? —susurró aún con los ojos cerrados. Intentó recomponerse y miró alrededor—. ¿Te puedo dejar un rato al mando? Tengo que ir a hacer unas cosas.

—Claro... —respondió Neil, aunque lo miró de los pies a la cabeza—. ¿Seguro que va todo bien?

—Sí, claro —respondió sin darle mayor importancia.

—De acuerdo —contestó no muy seguro.

Karan miró a los nuevos y enarcó una ceja hacia Neil.

—¿Van mejorando?

Neil hizo un gesto gracioso y miró a todos los semidioses, atentos a la conversación de ambos.

—Progresan adecuadamente —fue su respuesta.

Bien, suponía que aquello era bueno. A veces llevaba años dominar correctamente sus poderes, era como si la parte humana se negase a aceptar su divinidad.

—De acuerdo —contestó colocando una mano en su hombro—. No tardaré mucho.

Karan entró de nuevo en el comedor y se quedó observando a los dos jóvenes que permanecían aún tumbados en el sofá, sin pestañear, con toda la atención focalizada en la televisión y con los mofletes inflados masticando una gran cantidad de patatas fritas.

Había aprendido a llevar la situación lo mejor posible, a comprender que, en cierto modo, Hermi tenía razón, que debían crear un pequeño ejército, una coalición de semidioses preparados para luchar contra Hades y sus afines, había llegado a aceptar que se quedasen allí para aprender, pero lo que no iba a tolerar era que estuviesen allí sin hacer nada más que estar tirados en el sofá viendo series de policías.

—Eh, vosotros dos... —pronunció con bastante paciencia—. ¿Para qué estáis aquí? —Se sorprendió cuando ninguno de los dos volvió su rostro hacia él. Aquello lo alteró. Miró directamente la televisión y esta explotó haciendo que los dos muchachos brincasen del sofá y lo mirasen directamente, asustados—. ¡A entrenar! —ordenó con un grito.

Ambos salieron corriendo hacia el jardín sin rechistar. Karan los siguió con una mirada siniestra y lo primero que vio fue a Neil enarcando una ceja en su dirección. Miró la televisión de pantalla plana con una brecha en el centro y cómo el humo salía de ella.

—¿Cuántas van ya? ¿Tres? —bromeó.

—Ya me compraré otra —protestó mientras le daba la espalda y se dirigía a la puerta de la calle.

Cogió el abrigo, se lo puso y salió. Aquella zona situada en la parte baja de la Acrópolis era la ubicación perfecta para esconder y entrenar a todos los semidioses que se unían a su causa.

Caminó calle abajo mientras observaba las ruinas de la que podía considerarse la más importante de las Acrópolis griegas, conocida como la ciudad alta o Cecropia, en honor al legendario hombre serpiente, el primer rey ateniense, y que se situaba sobre una cima que se alzaba 156 metros sobre el nivel del mar.

Muchas de las mañanas, pese a tener un pequeño gimnasio en la segunda planta de su hogar, salía a correr al aire libre. Uno de sus recorridos preferidos era ir hasta la entrada de la Acrópolis, a la gran puerta de los Propileos.

Ahora solo quedaban sus ruinas, pero gran parte de los edificios arquitectónicos que formaban la Acrópolis se habían edificado durante la época de Pericles, del 499 al 429 antes de Cristo, tras la destrucción de los antiguos edificios provocada por las tropas persas de Jerjes I, también conocido como Jerjes el Grande.

El antiguo templo de Atenea había sido sustituido con posterioridad a su destrucción por el Erecteión, el Partenón había sido construido sobre otro templo denominado Hecatompedón... Lo cierto era que de los edificios originales ya no quedaba nada. Aunque si había un sitio a donde le gustaba ir a relajarse y a desconectar de todo el ruido que se había adueñado de su hogar ese era el templo de su padre, Zeus. No el de Atenas, situado a escasos seis minutos a paso tranquilo desde la Acrópolis, sino el templo de Zeus situado en Olimpia, a más de tres horas y media en coche, tiempo recortado a tan solo diez minutos si hacía uso de su extraordinaria velocidad.

Aquella zona era mucho más tranquila, lejos del tumulto de las grandes ciudades como Atenas.

Esta vez no iba a irse tan lejos, solo necesitaba unos minutos de tranquilidad y de desconexión. Tras estar toda la mañana entrenando a sus discípulos necesitaba silencio. Caminó rodeando el monte que sostenía la Acrópolis hasta que llegó a una zona boscosa. Se internó entre los árboles y finalmente se sentó en el suelo. Cerró los ojos y tras dejar su mente en blanco cogió el móvil y abrió el privado que mantenía con Elin.

La primera vez que la había visto había sido en la habitación de un hotel en El Cairo, cuando los hijos de Hades habían atacado a Gael y a Lucía y habían intentado arrebatarle el alma a esta. Hermi había ido en busca de Elin, pues su poder de curación aplicado a los humanos era increíble e inmediato.

Se quedó observando el privado, paseando sus dedos sobre las teclas. Desde que habían logrado el casco de Hades hacía un par de semanas, Elin pasaba de vez en cuando por su casa para asegurarse de que todo iba bien. Por lo visto, el trabajo en el hospital como cirujana la mantenía absorbida.

Aquello era lo que más echaba de menos. Aquella muchacha era como un soplo de aire fresco para él. Lo primero que había llamado su atención era su intensa belleza, sus enormes ojos azules, su cabello dorado, su piel suave y clara, su sonrisa... Luego se había dado cuenta de que la dulzura que desprendía aquel rostro no tenía nada que ver con su carácter, pues era una mujer de armas tomar. Aquello lo había entusiasmado más aún.

Entre ellos se había forjado una gran amistad y, ¿para qué negarlo? Disfrutaba de sus tiranteces. Tecleó hábilmente en el móvil.

Karan: «Rubia, ¿cómo va todo?».

Sabía que de aquella forma la provocaría, no soportaba que la llamase así.

Karan: «A ver si vienes a verme».

Vale, la sutileza no era la mayor de sus virtudes, pero realmente era lo que más deseaba.

—Aquí estás —interrumpió Hermi con voz estridente.

Karan alzó la mirada asustado por la intromisión de su amigo. ¿No podía estar ni unos minutos a solas?

—Parece que te guste arriesgar la vida —gruñó Karan de malas formas—. Un día de estos te

electrocutaré y...

—Soy inmortal, ¿recuerdas? —se burló Hermi.

—Ya, inmortal, pero no eso implica que no pueda hacerte daño.

Hermi llegó ante él y se cruzó de brazos.

—¿Qué haces aquí?

—Relajarme, o intentarlo más bien —contestó—. Alguien ha llenado mi casa de gente que se sienta en mis sofás, ve mi tele, se come la comida de mi nevera...

Hermi resopló como si la conversación lo agotase.

—Qué pesadito estás con el tema. —Suspiró y fijó la mirada en él—. Hay que volver a casa.

—¿Por? —preguntó levantándose del suelo—. No llevo ni dos minutos aquí —espetó.

Hermi fue hasta él y colocó una mano en su hombro para transportarlo hasta su hogar en una fracción de segundo.

—Nuevos reclutas.

### 3

Karan se apoyó contra la mesa de su oficina mientras se cruzaba de brazos. En la planta superior disponía de su propia habitación, una biblioteca, un pequeño gimnasio y varias habitaciones libres que ahora estaban ocupadas.

Hermi había ido en busca de Neil y Gael que ya lo esperaban en la oficina junto a dos recién llegados, un chico y una chica.

El chico tenía el cabello dorado y largo, recogido en una cola que le llegaba hasta la nuca y unos enormes ojos azules que destacaban con su piel bronceada. Tenía la misma altura y corpulencia que ellos. La chica, situada al lado de él, tenía una enorme cabellera rojiza y los ojos más verdes que jamás había visto. Ella observaba al muchacho rubio con un parpadeo constante, incluso con una tonalidad sonrosada en las mejillas.

El muchacho dio unos pasos al frente y estrechó la mano de Karan.

—Me llamo Alexandros, hijo de Eros.

Vale, ahora lo entendía todo.

—¿Cupido? —preguntó Karan enarcando una ceja.

—Eros —repitió Alexandros soltando su mano.

Karan pudo escuchar el suspiro de la joven que esperaba su turno para presentarse.

Miró enarcando una ceja a la muchacha y preguntó a Hermi.

—¿Y la que suspira? —bromeó Karan.

—Soy Ivette, hija de la diosa de la juventud, Hebe —se presentó ofreciendo también su mano.

Alexandros la miró con una atractiva sonrisa.

—Ya me parecía a mí que tal belleza solo podía provenir de esa diosa —comentó con una mirada intensa hacia la joven.

Ella rio tontamente mientras Karan, Gael y Neil se miraban de reojo.

Karan carraspeó mientras se ponía en pie, levantándose de encima de la mesa.

—Lo que nos faltaba —susurró hacia sus amigos—. El típico don Juan. —Se giró hacia los recién llegados. Ivette miraba sonrojada a Alexandros, el cual aún le dedicaba una seductora sonrisa—. Bien, ¿qué tal se os da luchar?

Alexandros se giró directamente hacia Karan.

—Soy buen luchador y tengo una magnífica puntería con las flechas o con cualquier otra arma.

Karan parpadeó varias veces.

—Lo de las flechas me lo suponía. —Y miró a la joven—. ¿Ivette?

Ella se encogió de hombros mientras intentaba calmar los latidos de su corazón, abrumada como estaba por tener al descendiente de Eros tan cerca. Aquello podía generar una distracción entre el grupo femenino. Ivette se pasó la mano por la nuca como si se sintiese sofocada.

—No he luchado mucho...

—Puedo enseñarte... —propuso rápidamente Alexandros.

—Eh, eh... —intervino Karan—. Vamos a estarnos quietecitos y a dejar la libido para otro momento. Aquí estamos para aprender y para proteger el casco.

Alexandros elevó sus manos en señal de aceptación, aunque giró su cabeza hacia la muchacha y

le guiñó un ojo de forma disimulada, lo que hizo que las mejillas de ella se sonrojasen de nuevo.

Karan, que se había dado cuenta de todo, resopló con resignación.

—¿Cuál es tu don, Ivette?

Ivette intentó centrarse de nuevo.

—Me regenero.

Gael dio un paso hacia ella.

—¿Te regeneras?

Ella asintió.

—Sí, las heridas o las fracturas de hueso me duran pocos minutos.

Gael asintió y miró a Karan encogiéndose de hombros.

—A mí me sirven —comentó Gael.

Karan chasqueó la lengua y observó a los dos nuevos reclutas. El don de aquella chica podía serles muy útil, además, siempre estaban a tiempo de darle unas nociones de defensa personal. En cuanto a Alexandros estaba claro que lo necesitaban, si su puntería era tan buena como las epopeyas y la mitología contaban sobre su padre, sería un gran activo para el equipo... y seguro que también era bueno en el combate cuerpo a cuerpo.

—Está bien —acabó diciendo Karan.

—Pues sed bienvenidos los dos —intervino Hermi—. Seguidme y os enseñaré dónde podéis alojaros.

Karan puso los ojos en blanco mientras Hermi se dirigía a la puerta seguido por los nuevos semidioses. Se giró hacia Gael y Neil que miraban divertidos a Alexandros.

—Menudo pieza —susurró Gael cuando Hermi cerró la puerta.

Neil rio.

—Va a revolucionar a toda la sección femenina —indicó Neil.

Karan lo miró fastidiado.

—Es un poco idiota —susurró Karan que fue más allá con su comentario—. Como si no estuviésemos ya suficientemente jodidos como para que ahora venga este queriendo repartir amor... —Se sacó el móvil del bolsillo y resopló—. El pañales... —susurró como si fuese un insulto para Alexandros mientras observaba el móvil. No sabía si aquel insulto lo molestaría en realidad, pero ¿acaso no pintaban a Cupido como un querubín con pañales?

Neil miró divertido a su amigo.

—Hablando de la sección femenina, ¿y Elin?

Karan se encogió de hombros.

—Ni idea. Lleva varios días sin pasarse por aquí —explicó mientras observaba que no tenía ningún mensaje de ella.

—Hermi dice que tiene mucho trabajo —recordó Gael.

—Ya, bueno... —continuó Karan de mal humor—, aquí todos tenemos trabajo y nos tenemos que aguantar.

Gael se reclinó en la pared de brazos cruzados, con una mirada divertida hacia su primo Karan.

—¿Cómo llevas esto de que tu casa se haya convertido en un hotel? —Karan se giró y lo fusiló con la mirada—. Me parece que no muy bien —se contestó él mismo.

Karan señaló hacia la puerta por donde Hermi había salido pocos segundos antes.

—Aquí, el colega, se cree que es su casa y que puede ir invitando a todo el mundo.

Neil chasqueó la lengua.

—Ya, bueno, Gael y yo nos quedaremos este fin de semana para hacerte compañía.

Karan se pasó la mano por los ojos en actitud agobiada.

—Por vosotros no hay problema —acabó diciendo.

—Le he dicho a Lucía que venga —informó Gael.

—De acuerdo.

—Y yo a Adriana —intervino Neil con una mirada suspicaz hacia Karan, el cual parecía bastante nervioso.

—Vale —volvió a decir. Cerró los ojos y suspiró largo y tendido—. Ellas pueden venir cuando quieran —acabó diciendo—. ¿Llegan hoy?

—Mañana —corroboraron los dos a la vez.

En ese momento Hermi entró por la puerta con una gran sonrisa. Karan lo fusiló con la mirada de nuevo y fue hacia él.

—Ya basta —ordenó.

Hermi lo miró de los pies a la cabeza.

—¿Basta de qué? —Se defendió.

—Que se vayan a un hotel.

Hermi agitó la mano delante de su rostro ignorándolo de nuevo, lo que hizo bastante gracia a Neil y a Gael.

—Menudo pieza el Alexandros... —pronunció divertido Neil.

—Es muy buen luchador —explicó Hermi.

Karan resopló y se giró hacia él.

—¿Cómo se te ocurre traer aquí al descendiente del dios del amor y de la sexualidad? —Hermi arqueó una ceja en su dirección—. Van a ir todas locas detrás de él. Necesitamos que todos estén concentrados en la misión.

—Oh, vamos... —dijo como si fuese un exagerado—. Alexandros sabe controlarse. Nos irá bien con él. Tiene muy buena puntería y sabe luchar.

Media hora después los cuatro observaban a través de la ventana del comedor el jardín, donde la mayoría de los semidioses entrenaban y luchaban entre ellos para desarrollar sus aptitudes en los enfrentamientos cuerpo a cuerpo.

Alexandros se había quitado la camiseta y llevaba unos pantalones cortos de deporte. Su cabello dorado reflejaba los rayos del sol. En ese momento se disponía a luchar contra Miguel Ángel. Se giró haciendo que sus cabellos dorados volasen hacia un lado dedicando una hechizante sonrisa a las cuatro mujeres que lo observaban y que suspiraron al momento.

—Venga ya... —ironizó Neil pasmado con la escena.

—Espero que Miguel Ángel le pegue una paliza —susurró Karan. Luego miró de reojo a sus amigos y sonrió con malicia—. ¿Seguro que queréis que Lucía y Adriana vengan?

Tanto Neil como Gael fusilaron a Karan con la mirada.

—¿Qué insinúas? —preguntó Gael.

Karan se encogió de hombros divertido, al menos, en ese aspecto, podía fastidiarlos él a ellos.

—La que se va a poner contenta cuando venga es Elin —dijo Neil mirando de reojo a Karan.

Los músculos se tensionaron en todo su cuerpo y observó cómo Miguel Ángel y Alexandros comenzaban a luchar. Hermi había estado en lo cierto. Alexandros era muy buen luchador y con un

solo movimiento había tumbado a Miguel Ángel en el suelo.

—Bravooo... Bravooo... —Aplaudieron las cuatro mujeres con grandes sonrisas hacia Alexandros—. Eres el mejor Alexandros... el mejor...

—El más fuerte guerrero...

—Déjame que te ayude a secarte el sudor...

—Te sirvo agua —afirmó otra corriendo hacia la mesa donde había una jarra y unos vasos.

Karan resopló mientras colocaba las manos en los bolsillos observando la escena. Alexandros sonrió hacia las mujeres y ayudó a levantarse a Miguel Ángel, fue hacia una mesa y cogió el vaso que le ofrecían.

—Gracias.

Comenzó a beber mientras una gota de agua descendía de sus labios por su barbilla. ¿Cómo podía ser? ¿Lo hacía a propósito? Cualquiera además de ese chico era realmente erótico para una mujer, era como si todo cobrase sensualidad a su alrededor.

Karan apretó los labios y miró a Hermi, el cual desenchajaba la mandíbula al ver a las mujeres acercarse con toallas para secarle el sudor.

—Habla con él porque o empieza a controlarse... o lo controlo yo —sentenció Karan.

Eran las once y media de la noche cuando Karan se dirigía a su habitación. Por lo menos, todos eran obedientes y a las once se encerraban en sus habitaciones a descansar, pues había establecido la norma de que a las ocho de la mañana todos debían comenzar a entrenar.

Había dejado la lista de la compra preparada para que Adara, la mujer que se encargaba del cuidado del hogar, fuese a hacerla. Se había planteado decirle que se tomase unas vacaciones, pero sabía que Adara tenía tres hijos y necesitaba trabajar, así que lo único que atendía ahora era su habitación y comprar un par de cosas. Del resto ya se encargaban los invitados. Solo faltaba que Adara tuviese que estar haciendo diez o quince camas al día, cocinar para todos ellos... Así que las normas habían sido claras desde un principio: cada uno se ocuparía de su comida, de su habitación y de su ropa. Al menos, eran ordenados y respetuosos con su hogar, aunque no era de extrañar. La mayoría de ellos los primeros días que habían estado allí lo habían mirado asustados, con un máximo respeto. Sabía que el hecho de ser hijo del gran Zeus imponía a todos los semidioses, incluso a algún Dios, pero, además, el hecho de que lo apodasen el Destructor aumentaba su fama de hombre despiadado.

Cerró la puerta tras de sí y atravesó su enorme habitación dirigiéndose al escritorio donde tenía el ordenador portátil. Lo encendió y se sentó enfrente.

Miró de nuevo el móvil mientras el ordenador se encendía. Ni una respuesta aún de Elin, que al menos había visto el mensaje hacía cinco minutos. Seguro que le contestaría como hacía siempre, si no lo hacía sería porque estaba realmente agotada.

Entró en su correo electrónico privado y abrió el correo electrónico enviado por su socio.

Su compañía Atenasilek era la mayor compañía eléctrica de Grecia. Sus centrales eléctricas se repartían por todo el país, pudiendo generar cada una de ellas unos dos mil megavatios y abastecer así con cada una de ellas miles de hogares.

Desde hacía tiempo se había planteado invertir en energías renovables. La energía eólica era la que más le interesaba, pero ahora, con todo lo ocurrido, había tenido que retrasar el proyecto.

Leyó el correo electrónico de su socio. Básicamente lo mismo de cada día: producciones,

condiciones de seguridad, algún problema que otro con un generador en una determinada central que había tenido que suplir generando un gran coste... Siempre era lo mismo, pero era lo que le gustaba. Se sentía vinculado a su trabajo, siempre había convivido con la electricidad, así que, tras acabar sus estudios en Ciencias Económicas y Dirección de Empresas no había dudado en aceptar lo que su padre le había ofrecido, una gran suma de dinero que había invertido en dicha empresa, comprando el 75 por ciento de las acciones y convirtiéndose en socio mayoritario. Lo primero que había hecho era bajar el precio del kilovatio, de aquella forma las familias podían consumir más electricidad si les hacía falta. Aquella medida, en principio, no había sido bien acogida por el resto de socios, pero no les había quedado otra que aceptarla.

Los siguientes años había extendido sus redes por casi toda Grecia, llegando cada vez a más hogares. Había hecho un reajuste salarial al alza de todos sus trabajadores, así que, por mucho que sus socios se quejasen de esas medidas, todo aquel que estaba a su cargo trabajando para Atenasitek estaba a gusto. Con ello, había conseguido que el número de bajas por enfermedad laboral o por contingencias comunes descendiese en un 70 por ciento.

Miró el móvil cuando este vibró. Lo cogió y pulsó los botones para que el mensaje se abriese mientras con el ratón abría el siguiente correo electrónico en referencia a la contratación de una empresa externa para el mantenimiento de las centrales ubicadas en la zona de Xanthi, Rhodope y Evros, pues eran zonas más rurales y cuando había un fallo eléctrico la población, en muchas ocasiones, sufría largos periodos de tiempo sin electricidad. Tener una subcontrata en aquella zona con una empresa de seguridad eléctrica mejoraría el nivel de vida de toda aquella gente, pues hasta ahora la empresa de seguridad que mantenían contratada se encontraba en la misma Atenas y tenía otra sede en Salónica, lo que representaba que si existía un fallo importante que no pudiesen arreglar los trabajadores de las centrales de aquellas zonas, tardarían mínimo tres horas en llegar. Aquello podía ser un verdadero problema para aquella gente.

Miró el móvil y sonrió directamente.

**Elin: «Hola, chispitas».**

Su sonrisa se incrementó.

**Elin: «Acabo de llegar del trabajo».**

**Elin: «¿Va todo bien?».**

Karan se apoyó contra el respaldo del asiento con una leve sonrisa.

**Karan: «Todo bien».**

**Elin: «¿Alguna novedad?».**

Karan miró de nuevo el correo electrónico donde su socio le había adjuntado los presupuestos de las dos compañías de seguridad más importantes de aquella zona. Abrió los dos documentos y leyó las condiciones de cada uno.

**Karan: «Tengo más inquilinos».**

**Elin: «¿Se han unido más?».**

Le dio al botón de responder y se limitó a poner una frase ordenándole a su socio que contratase una de ellas.

Fue a por el siguiente correo electrónico y lo abrió.

**Elin: «Eso es bueno».**

**Karan: «¿Qué tal tu día?»**

Los siguientes correos carecían de importancia, pues la mayoría versaban sobre el departamento de publicidad.

**Elin: «He tenido dos operaciones».**

**Elin: «Han ido bien ;».**

Aquello hizo que sonriese. ¿Cómo no iban a ir bien? Elin era una semidiosa con el poder de la curación. La mayoría de aquellos humanos que acudían al hospital no haría ni falta que pasasen

por quirófano, un simple toque de Elin y sanarían al momento, pero aquello no podía hacerlo. Estaba totalmente prohibido, por órdenes superiores, revelar su existencia, solo unos pocos humanos tenían conocimiento de ellos y solo porque los semidioses se habían visto forzados a colaborar con humanos en casos extremos. Mientras la humanidad no estuviese preparada para ello, para aceptar la existencia de dioses y semidioses, preferían mantenerse en el anonimato, pues darse a conocer podría alterar las bases de la sociedad en la cual vivían.

**Karan: «¿Trabajas este fin de semana?».**

**Elin: «No. Tengo una operación el lunes que viene y luego vacaciones».**

**Karan se quedó observando el móvil.**

**Karan: «¿Vas a venir algún día o qué?».**

**Karan: «Últimamente estás desatendiendo la causa de mi padre. No te veo muy volcada en esta misión».**

Y no pudo evitar sonreír cuando escribió aquello, sabía que iba a provocarla. Pudo ver cómo Elin comenzaba a escribir, pero se detuvo, seguro que iba a darle una buena respuesta que provocaría algunas risas.

Aprovechó para apagar el ordenador, guardó el móvil en el bolsillo y salió de la habitación. Todo estaba en calma. La mayoría de sus nuevos compañeros ya dormían, agotados tras todo el día entrenando.

Aquellas horas, al menos, podía caminar a sus anchas y disfrutar tomando un refresco en la cocina o en el comedor mientras veía las noticias. Era el único momento del día que podía disfrutar, aunque la mayoría de las veces siempre acababa cruzándose con alguno de los semidioses que iba al servicio o que, como en este caso, subía las escaleras en dirección a su habitación.

Xenos lo saludó con una sonrisa mientras subía las escaleras cruzándose con él y elevaba su mano con una cerveza en la mano.

—Buenas noches, mister.

Karan no respondió, se limitó a asentir mientras enarcaba una ceja hacia el bote de cerveza que llevaba en su mano. ¿Aquellas eran las cervezas que había comprado hacía tres días? Podía apostar a que sí. Aquellos muchachos le desvalijaban la nevera.

Miró su móvil sin recibir respuesta cuando se quedó totalmente quieto, a dos escalones de llegar al recibidor. Solo estaba encendida la luz de la mitad de la escalera, pero hubiese reconocido su silueta en cualquier parte del mundo.

Se encontraba ofreciéndole su perfil. Miraba de un lado a otro como si buscase algo o a alguien. Se quedó observándola unos segundos, llevaba unos tejanos claros y una camiseta de manga corta color azul, a conjunto con sus ojos, aunque con la penumbra del recibidor no podía apreciarlos bien. Una traviesa sonrisa se apoderó de su rostro.

—¿Elin? —preguntó absorto, aún sin bajar los dos peldaños—. Al final te has decidido a venir.

Ella se giró y durante unos segundos se sobresaltó, luego sonrió hacia él, sorprendida porque la hubiese visto. Le sonrió y colocó un mechón de su cabello rubio tras la oreja con delicadeza.

—Karan —comentó divertida.

Karan la miró sorprendido y bajó los escalones que le faltaban.

—¿Qué haces aquí? —preguntó incrédulo.

Ella se encogió de hombros mientras miraba a su alrededor, parecía nerviosa.

—Le he pedido a Hermi que me traiga... —contestó centrando la mirada en él. Él miró a su alrededor buscándolo—. Me ha dejado aquí y se ha ido —explicó ella al ver que Karan lo

buscaba.

Centró de nuevo la mirada en ella. Cada vez que la veía se sorprendía más de su belleza, pero en aquel momento había algo que le hacía sospechar. No era la primera vez que ella aparecía allí sin avisar, de hecho, casi siempre era así. La miró de los pies a la cabeza y algo llamó su atención. En su mano llevaba aquella tarjeta que les había entregado y con la cual, solo ellos, tras introducirla, teclear el número secreto y pasar un escáner de retina, podían acceder a la cámara acorazada que contenía el casco de Hades durante solo diez segundos, antes de que se activase la red eléctrica.

—¿Ibas a ver el casco? —preguntó mirándola fijamente.

Ella le sonrió y se encogió de hombros. Apretó los labios y dio un paso hacia él.

—Quería asegurarme de que estaba bien.

—Claro que está bien —dijo mostrándole el móvil. Había algo que no encajaba en aquel momento. Enarcó una ceja y dio unos pasos más hacia ella. Elin permanecía estática ante él, sin moverse, con una ligera sonrisa en sus labios que intentaba aparentar tranquilidad, pero la conocía ya demasiado bien—. No has respondido a mi último mensaje... —comentó con cierta suspicacia.

Ella se encogió de hombros.

—Me has dicho si iba a venir algún día... y aquí estoy —respondió con naturalidad. Aquella respuesta lo calmó en cierto modo, pues era justo lo que le había escrito en el mensaje, aunque se sorprendió cuando ella dio un paso más hacia él, colocándose justo enfrente, y elevó su mirada—. ¿Me has echado de menos? —Karan la observó a escasos centímetros de sus ojos. Tensó sus músculos cuando Elin colocó una mano en su pecho y se acercó a sus labios. —Yo también te he echado de menos, Karan —susurró contra él, y luego descendió la mirada a sus labios en una clara insinuación.

Karan se quedó totalmente consternado. Algo le ocurría, algo estaba pasando que ella no le explicaba... Elin no era así. Puede que entre ellos hubiese más que una simple amistad, pero ella no se caracterizaba por insinuarse de esa forma, era más bien al revés, siempre era él quien hacía ese tipo de comentarios e insinuaciones.

Cogió rápidamente su mano apartándola de su pecho, lo que asustó a Elin por la brusquedad.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó él seriamente.

Ella lo miró confundida e intentó soltarse de su mano, pero Karan no la dejó.

—Karan, para... me haces daño —se quejó ella, lo que hizo que él aflojase su mano levemente, aunque sin acabar de soltarla—. No pasa nada... —dijo con naturalidad—, solo tenía ganas de verte. Llevo una semana horrible y pensaba que...

—¿Pensabas que qué? —preguntó él mosqueado—. ¿Venir a verme? ¿Con la tarjeta para entrar a ver el casco de Hades en la mano?

—Solo quería asegurarme de que estaba bien antes de...

—¿De qué? —preguntó esta vez con más fuerza. Si había dudado hasta ese momento ahora lo tenía claro, allí estaba ocurriendo algo. Elin tenía una mirada demasiado provocadora e insinuante.

—De ir a buscarte —pronunció con suavidad. Ambos se miraron durante unos segundos—. ¿A qué viene todo esto? —preguntó esta vez enfurecida—. Me conoces, Karan.

—Por eso mismo... porque te conozco sé que hay algo que no encaja —pronunció.

En ese momento, Elin lo empujó contra la pared colocando las dos manos en su pecho, situando

su cuerpo junto al de él, insinuándose. Karan aún la miraba fijamente cuando ella se puso de puntillas acercándose a sus labios.

—¿Acaso vas a negar que no tenías ganas de verme? ¿Que no tienes ganas de... esto? — preguntó a escasos milímetros de sus labios.

Entonces lo supo, detectó cómo con un movimiento extremadamente lento y disimulado extraía un objeto punzante de debajo de su camiseta. Se quedó paralizado observando sus ojos hasta que con un movimiento rápido atrapó la mano de ella, en la cual sujetaba una daga.

Ambos se miraron unos segundos.

Karan no daba crédito a lo que ocurría, observó la daga de diez centímetros que sujetaba y con la que parecía estar dispuesta a dañarlo, luego llevó la mano a su pecho y la empujó irradiando una pequeña descarga eléctrica, haciéndola volar hasta el otro lado del recibidor.

Karan la miró enfurecido mientras Elin gemía en el suelo. ¿A qué venía todo aquello? ¿Cómo podía Elin estar haciendo tal cosa?

La observó rugir y ponerse en pie lentamente, con cara de enfado.

Karan la señaló con el dedo.

—No sé a qué viene esto, pero vuelve a intentar algo así y no tendré cuidado —la amenazó.

Elin apretó los labios y miró hacia la puerta que Karan tenía por detrás, aquella que la conduciría hasta el subterráneo donde guardaban el casco de Hades.

—Necesito el casco —susurró ella llevándose la mano al pecho dolorido.

—¿Para qué? —preguntó con voz grave, atento a los movimientos de Elin. Elin dio unos pasos al lado sujetando la daga en su mano, haciéndola girar. Ella había adoptado una posición defensiva y parecía estar dispuesta a atacar otra vez. Tras unos segundos sin recibir respuesta por su parte continuó preguntando—. Dime, ¿también necesitas clavar me esa daga? Eres una traidora —rugió hacia ella, más enfadado consigo mismo por albergar aquellos sentimientos hacia aquella mujer que por el hecho de la traición en sí. Dio un paso en su dirección—. No me obligues a hacerlo, Elin, sabes de lo que soy capaz... —volvió a amenazarla.

—¿Y qué vas a hacer? —Lo retó ella elevando la voz—. ¿Vas a hacerme daño? —preguntó provocativa, con una mirada que distaba mucho de las que conocía de ella—. Dudo que tengas suficiente valor para hacerlo.

En ese momento Karan se dio cuenta, justo cuando ella volvía a coger carrerilla para abalanzarse sobre él. Ella no era realmente así, y entendía el porqué de su comportamiento.

Karan ni siquiera tuvo que mover parte alguna de su cuerpo, simplemente hizo que ella volviese a salir despedida hacia atrás con una pequeña explosión que creó un destello azul.

Elin volvió a caer al suelo soltando la daga, estrellándose contra un cuadro que cayó al suelo y que salió de su marco.

Karan fue directo hacia ella mientras Elin comenzaba a arrastrarse por el suelo en dirección a la puerta, como si en ese momento fuese consciente de que no iba a conseguir salir ilesa de allí. Quizá su plan no hubiese sido tan bueno. Debía recordar que estaba tratando con Karan, el semidiós con más poder de todos, el hijo de Zeus.

—¡Hermiti! —gritó Karan mientras avanzaba decidido hacia ella, con tal furia que incluso unos rayos de electricidad se crearon alrededor de sus manos—. ¡Hermiti!

Elin se puso en pie de inmediato y corrió hacia la puerta, saliendo por ella justo cuando Hermiti aparecía en medio del salón. Karan tuvo que esquivarlo para no arrollarlo. Sabía que podía ir tras

ella, que con su velocidad podía cogerla en menos de un segundo, pero aquello no era lo que más le importaba ahora.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Hermi mirando hacia la puerta abierta, de espaldas a él y sin ser consciente de que Karan había estado a punto de llevárselo por delante—. ¿Esa era Elin? —preguntó sorprendido.

—No, no era ella. —Puso una mano en su hombro con ansiedad, consciente en aquel momento de lo que estaba ocurriendo. Aquella persona no era Elin, pero si algo tenía claro era que había estado cerca de ella, no solo porque llevaba su tarjeta, sino porque sabía lo último que le había escrito en el mensaje. Miró de nuevo su móvil donde vio que no había respuesta por su parte. Notó la ira en su interior, apoderándose de él. Si le habían hecho algo los mataría a todos sin excepción, no se frenaría—. Llévame a su piso, Hermi.

## 4

Elin Bakken aparcó su vehículo frente a su piso. Aquella jornada en el Oslo University Hospital la había dejado exhausta. Había comenzado a las nueve de la mañana y bastantes horas después, casi a las once y media de la noche, llegaba a su hogar, ubicado en pleno centro de Oslo.

Solo quería meterse en la cama y dormir. Por suerte, aquel fin de semana lo tenía libre y hasta el lunes no tenía otra intervención programada. De hecho, esa intervención era lo único que la separaba de sus ansiadas vacaciones.

Cogió su bolso y abrió la puerta del portal. Su piso, ubicado en un modesto ático en pleno centro de la ciudad, no era muy grande. Ochenta metros cuadrados. Un piso sencillo, con dos habitaciones, un gran comedor y una enorme terraza. Lo que más le gustaba era las preciosas vistas desde su ático y de las que podía gozar en épocas como aquella donde el frío no la recluía en el interior de su piso.

Fue hasta el ascensor y entró en él. En ese momento abrió su bolso y extrajo su móvil. Aquel día no había tenido tiempo ni de mirarlo. No pudo evitar sonreír cuando vio los mensajes de Karan. Eran de aquella tarde.

**Karan: «Rubia, ¿cómo va todo?».**

**Karan: «A ver si vienes a verme».**

Karan disfrutaba provocándola, era bien consciente de eso, pero después de varios meses había comenzado a cogerle cariño a aquella forma suya de llamarla. «Rubia». Las primeras veces que se lo había oído decir había puesto el grito en el cielo. ¿Qué era eso de llamarla rubia? Le había sonado despectivo.

Después de conocerlo se había dado cuenta de que era un simple apelativo cariñoso con el que él se dirigía a ella. Los demás la llamaban por su nombre, pero él no. No es que le agradase en exceso, pero ya no le daba la importancia que le había dado al principio, pues sabía que no había mala intención en sus palabras. Entre ellos se había forjado una gran amistad y había una conexión especial con él que no tenía con el resto. Puede que el hecho de que Gael y Neil, los otros miembros del grupo que habían encabezado las expediciones a Doñana en España y a Nápoles en Italia, tuviesen pareja y quisiesen tener sus ratos de intimidad con ellas hubiese provocado que, en multitud de ocasiones, ellos dos se hubiesen quedado solos.

Al principio le había parecido un egocéntrico, un vanidoso... pero a medida que lo iba conociendo más se había dado cuenta de que sí que tenía un gran carácter, mucho genio y que era mejor no enfadarlo, pero también sabía que tenía un gran corazón y que arriesgaría su vida por ellos sin dudarle. De hecho, había recreado en su mente multitud de veces el momento en que, estando en la Catedral de Nápoles, Bronte, hijo de Hades, había ido a por ella intentando arrebatarse la última pista que habían hallado y que los conduciría hasta el casco. Karan había impulsado a Bronte lejos de ella sin dudarle y la había cogido para protegerla. Minutos más tarde, él mismo la había llevado lejos de Nápoles, a gran velocidad, alejándola de la erupción del monte Vesubio.

Sabía de la capacidad destructiva del poder que Karan albergaba en su interior. De hecho, hasta el momento en que lo había conocido en El Cairo, ni siquiera sabía su verdadero nombre, pues por todos era apodado el destructor. Sabía de buena tinta que aquello era cierto. Karan no

había demostrado prácticamente nada de su poder: su velocidad, que era bueno en combate, que podía dominar la electricidad... pero, desde luego, si lo llamaban el destructor era por algo. Sabía que no había mostrado ni una décima parte de todo el poder que albergaba.

Salió del ascensor y fue hacia la puerta de su piso mientras tecleaba en el móvil.

Él la llamaba «rubia», pero ella también había encontrado un apodo con el que provocarle.

**Elin:** «Hola, chispitas».

**Elin:** «Acabo de llegar del trabajo».

**Elin:** «¿Va todo bien?».

Un segundo después pudo ver cómo Karan se ponía en línea.

**Karan:** «Todo bien».

**Elin:** «¿Alguna novedad?».

Entró en su piso y atravesó el recibidor rumbo al comedor. Se quitó la chaqueta depositándola en la silla, lanzó los zapatos lejos y suspiró. ¡Al fin en casa! Ni siquiera tenía hambre, lo único que deseaba era acostarse.

Su móvil volvió a emitir un sonido al recibir un nuevo mensaje.

**Karan:** «Tengo más inquilinos».

Aquello hizo que ella riese y pusiese los ojos en blanco. Sabía que Karan estaba de los nervios con Hermi, pues este no dejaba de llevar semidioses para entrenarlos y prepararlos para defender el casco si fuese necesario. Karan había intentado disimular su enojo ante ella los primeros días, luego directamente había comenzado a maldecir a Hermi de forma continua y por lo bajo.

**Elin:** «¿Se han unido más?»

**Elin:** «Eso es bueno».

Al menos, muchos semidioses se estaban poniendo de su parte, lo cual la tranquilizaba bastante. Bronte había conseguido el primero de los objetos que necesitaban para abrir las puertas del Tártaro, el tridente de Poseidón. Por suerte, el segundo objeto, el casco de Hades, lo habían conseguido ellos. Ahora, sabía que irían a por Karan para conseguir el rayo de Zeus. Aquello no le preocupaba, sabía que no podrían contra él.

Fue hacia el sofá y se tiró sobre él colocando las piernas encima.

**Karan:** «¿Qué tal tu día?».

Le gustaba hablar con él. Aunque no lo hacían de continuo, Karan siempre le iba preguntando cada tres o cuatro días y siempre dedicaba unos minutos a hablar con él.

**Elin:** «He tenido dos operaciones».

**Elin:** «Han ido bien ;».

El hecho de ser la hija de la semidiosa nórdica Eir la había dotado con un don espectacular: la sanación para los humanos y el poder potenciar el poder de los semidioses, cargarlos de energía. La diferencia entre humanos y semidioses era abismal a la hora de usar su poder. Con los humanos no tenía ningún problema, aquello era sencillo, con los semidioses era diferente, se agotaba, y aunque era cierto que jamás había tenido que recargar demasiado a ningún semidiós, las pocas veces que lo había hecho se había sentido debilitada, aun así, no le había costado recuperarse tras unas horas de sueño.

**Karan:** «¿Trabajas este fin de semana?».

Elin sonrió mientras elevaba el móvil y estiraba las piernas.

**Elin:** «No. Tengo una operación el lunes que viene y luego vacaciones».

**Karan:** «¿Vas a venir algún día o qué?».

Elin sonrió al ver su insistencia. ¿Acaso la echaba de menos?

**Karan:** «Últimamente estás desatendiendo la causa de mi padre. No te veo muy volcada en esta misión».

Sonrió al ver aquella provocación. Comenzó a pulsar las teclas cuando un rostro apareció sobre ella sin previo aviso. Gritó e intentó incorporarse en el sofá. Sabía quién era aquel semidiós y, obviamente, no estaba de su bando.

Se incorporó de inmediato con un salto bajándose del sofá mientras la mano de Ichiro tocaba el cojín sobre el que ella estaba reposando. Elin se puso recta y golpeó con la pierna el estómago del descendiente de Morfeo, alejándolo de ella. Sabía lo que haría si tocaba su frente.

Iba a gritar, pero la sujetaron por la espalda entre dos más, tapando su boca.

Elin se movió con fuerza intentando soltarse mientras reconocía a Rubén, hijo de Dionisio, el dios del vino y los placeres y a Theron, hijo de Tánato, el dios de la muerte.

Rubén había colocado su mano en la boca de ella evitando que gritase mientras con su brazo la sujetaba por la cintura y Theron sujetaba su otro brazo.

Observó asustada cómo Ichiro se ponía en pie. Se movió con fuerza golpeando las piernas de los dos que la sujetaban.

—¡Quieta! —ordenó Rubén mientras la apretaba más contra él, sin soltarla—. ¡Ahhhhhhh! —gritó apartando la mano de la boca de Elin al recibir un mordisco.

—¡Maldito seas! —gritó Elin intentando soltar su brazo de las manos de Theron, pero focalizando toda su rabia en Rubén—. Ya te pegué una paliza en Doñana y volveré a hacerlo cuando... —Rubén intentó tapar su boca, pero Elin se movía demasiado. Sin duda, era una buena luchadora, nadie lo diría viendo sus rasgos tiernos y delicados, pero aquella muchacha era realmente una fiera—. ¡Her...! —logró gritar Elin antes de que Rubén volviese a tapar su boca.

Se giró hacia Ichiro que acababa de ponerse en pie.

—¡Hazlo ya! —gritó hacia él—. ¡O si no acabará llamándolo!

Sabían que si Elin lograba pronunciar el nombre de Hermi aquel Dios tardaría un segundo en materializarse allí y llevársela con él. No podían permitirlo.

Theron la sujetó con fuerza mientras Rubén la cogía por la nuca con una mano paralizando su cabeza y con la otra tapando su boca para evitar que gritase.

Aun así, Elin no dejaba de retorcerse tratando de liberarse de los dos, gimiendo e intentando pronunciar el nombre de Hermi. Su respiración se tornó acelerada cuando Ichiro se colocó ante ella. Lo miró asustada. Negó con su rostro al ver que elevaba su mano hacia su frente e hizo un último intento por liberarse de ellos antes de que este colocase su dedo índice y corazón en su frente y su cuerpo cayese inerte, sin fuerzas, dormido.

Tanto Rubén como Theron la sujetaron por los brazos y la tumbaron en el suelo.

—Maldita sea —bramó Rubén observando el mordisco de su mano. Rugió y cubrió el mordisco con su otra mano, focalizando su atención en Ichiro—. ¿Cuánto estará dormida?

Ichiro se encogió de hombros.

—Hasta que yo quiera.

—¿En serio? —preguntó Rubén sorprendido.

—Bronte me ha pedido que me asegure de que no iba a despertar y siendo la hija de Eir prefiero ir sobre seguro.

Rubén asintió y miró directamente a Theron.

—Busca la tarjeta —ordenó a su compañero que comenzó a atravesar las paredes del piso buscándola. Miró hacia el pasillo que se dirigía a las habitaciones y una oscura sombra salió de él. Aquel hombre le ponía la piel de gallina, aunque sabía que estaba de su lado le producía pavor. Asim, hijo de Horus, había sido reclutado por Bronte hacía un par de semanas. Desde entonces, lo había acompañado en todo momento. No era un hombre muy hablador, sus rasgos árabes fuertemente marcados, acompañados de un aspecto serio y oscuro le hacían ser uno de los

semidioses más temidos con los que contaban, por no hablar del gran poder que poseía.

—La tengo —dijo Theron apareciendo a través de la pared con la tarjeta en la mano.

Ichiro se agachó al lado de Elin y colocó toda la palma de su mano sobre la frente de la muchacha que permanecía totalmente dormida.

—¿Podrás adivinarlo? —preguntó Rubén a Ichiro.

Ichiro cerró los ojos unos segundos. Su padre, Morfeo, el dios del sueño, le había concedido un extraño pero muy eficaz don para estos casos. No solo podía provocar el sueño en cualquier mortal o inmortal, sino que además tenía la extraordinaria habilidad de entrar en ellos y hacerse con la información que necesitase.

—El casco está en el subterráneo, en una cámara acorazada —explicó con los ojos cerrados—. La cámara tiene un dispositivo que permite la apertura. Gael, Neil y Elin tienen que introducir una tarjeta personalizada en la ranura. Hay que pulsar los números cinco, siete, uno, cinco, uno, seis, cuatro... —Abrió los ojos y miró a Asim—. Después hay que pasar un escáner de retina y la puerta se abrirá. Hay solo diez segundos para poder coger el casco antes de que se active la corriente en el interior de la sala.

—Pues sí que hay que hacer cosas —se quejó Rubén.

—Parece que el acceso para Karan es diferente. Solo necesita el número y el escáner de retina. No le hace falta la tarjeta.

—Ya, pero cualquiera se mete con él —reaccionó Theron—. Por algo lo llaman el destructor.

Ichiro miró con intriga a Asim.

—¿Podrás hacerlo?

Asim no pronunció nada, simplemente sonrió de forma enigmática. Cogió la tarjeta que Theron aún sujetaba en su mano y con la que conseguiría abrir la puerta y miró a Elin fijamente.

Rubén se apartó de él mientras veía cómo se transformaba en la muchacha. Su piel pasó a ser blanquecina, su cabello negro comenzó a crecer creando una abundante cabellera rubia ondulada, sus ojos pasaron de ser negros a azules y su cuerpo encogió varios centímetros de altura y se volvió esbelto. Incluso la ropa que llevaba se había transformado, siendo la misma que llevaba Elin en aquel momento.

Rubén lo observó de la cabeza a los pies, asombrado. No era la primera vez que lo veía transformarse, pero no dejaba de sorprenderse cada vez que lo hacía.

Ichiro se colocó ante él y señaló a la muchacha.

—Por lo que he visto... —explicó lentamente, ante la mirada fija de Asim que seguía sin pronunciar nada—, entre ella y el destructor parece que hay algo.

Rubén lo miró sorprendido.

—Ah, ¿sí? ¿Con el hijo de Zeus? —preguntó asustado.

—No parece nada importante, pero quizá pueda servirte... —acabó explicándole a Asim, el cual aceptó sus palabras—. Te esperamos aquí —dijo Ichiro justo antes de que desapareciese.

Theron, Ichiro y Rubén descendieron la mirada hacia Elin que permanecía inconsciente, con una respiración tranquila y un rostro calmado.

Theron se agachó y apartó un mechón de cabello rubio de su rostro.

—Es guapa... —susurró—. Lástima que no esté en nuestro bando.

Rubén se cruzó de brazos mientras observaba a Theron mirar atento a la chica.

—¿Avisamos ya a Bronte? —Y miró a Ichiro.

—No —respondió el hijo de Morfeo—. Prefiero esperar a que Asim consiga el casco. No quiero arriesgarme a que no lo encuentre y necesitemos alguna pista más. Le entregaremos todo a la vez a Bronte: la chica y el casco.

—Lo encontrará —pronunció Rubén con una mirada decidida.

—Es una lástima —continuó Theron observando los carnosos labios de Elin, con pena—. Una lástima.

Rubén se agachó al lado de Theron que parecía dudar sobre su plan, como si no se sintiese a gusto haciendo aquello.

—A mí no me da ninguna pena —dijo observándose la mano donde Elin había clavado sus dientes—. Por mí como si Bronte la deja seca.

Theron chasqueó la lengua y observó a Rubén.

—¿Es necesario acabar con ella? —insistió como si le diese lástima.

Rubén resopló mientras se ponía en pie.

—Si no estás de acuerdo coméntaselo a Bronte. —Rubén colocó una mano en el hombro de su compañero obligándolo a que lo mirase—. Eh, ¿acaso no quieres que cambien las cosas? —Theron suspiró y miró a Rubén que aún no apartaba la mano de él—. Llevamos siglos viviendo como esclavos solo para proteger a los humanos. Ya va siendo hora de que esto cambie. ¿O acaso no estás harto de recibir órdenes del gran Zeus... y de todos los dioses mayores? —Se acercó más a él colocándose sobre Elin—. Solo les interesa la humanidad... su creación... —se burló—. Sin embargo, a sus verdaderos hijos mira lo que nos hacen. Esto tiene que cambiar.

Theron suspiró pensativo y finalmente asintió hacia Rubén. Sabía que no le faltaba razón en lo que estaba diciendo, que aquello era cierto, aunque volvió la mirada de nuevo hacia ella. Sabía lo que Bronte le haría y, aunque sabía que al hijo de Hades y a todos los que estaban con él no les faltaba parte de razón, sentía lástima por ella. Parecía buena chica, además, sabía que usaba su don para sanar a las personas e incluso ayudar a los semidioses. Aquello le parecía bastante injusto.

—¿Ahora está soñando?

Ichiro la observó fijamente.

—Sí.

—¿Con qué sueña? —preguntó con curiosidad.

—Con las vacaciones. Está en una playa...

—Pzzzz... —interrumpió Rubén poniéndose en pie—, ¿en la playa? Allá donde la vamos a llevar no va a hacer mucho calor... al contrario. Menuda sorpresa se va a llevar cuando se despierte. —Rio como si la situación le hiciese gracia. Miró su reloj con impaciencia, esperaba que Asim no tardase mucho. Cuando consiguiese el casco cogería a Elin y la llevaría junto a Bronte—. ¿Crees que la habrán encontrado ya? —preguntó cambiando de tema.

—No lo sé, Roha es muy grande —contestó Ichiro.

—Verás qué risas cuando se despierte en medio de las montañas nevadas... —Rio mirando a Elin que yacía inconsciente—. No se parece en nada a la playa, ¿eh, guapetona? —se burló Rubén riendo—. Bronte va a estar encantado cuando al final te tenga.

Los tres se giraron cuando notaron una presencia tras ellos. Se pusieron de un salto en pie y retrocedieron mientras clavaban la mirada en Karan que los observaba fijamente. A su lado, Hermi permanecía boquiabierto. Si la expresión de Hermi era sorprendida la de Karan comenzó a

dar miedo cuando posó su mirada en ellos.

Había deducido bien, el comportamiento de aquella persona que se hacía pasar por Elin lo había delatado. Sabía que ella jamás los traicionaría, que nunca se comportaría de aquella forma.

El hecho de verla allí inconsciente despertó una furia en él que jamás había sentido. Podía soportar que intentasen usurparle el reinado a su padre, que lo amenazasen a él, pero que le arrebatasen a Elin... no, ¡por ahí no pasaba!

Hermi detectó el momento en que la furia se apoderaba de Karan.

—Karan, no, no... cálmate —gimió intentando cogerlo para detenerlo. Sabía que Karan tenía un poder destructivo que, de ser usado, podría acabar con toda la ciudad—. En este piso vive más gente... y en la ciudad... —susurró.

Karan ni siquiera respondió, avanzó hacia el cuerpo de Elin sin intercambiar palabra alguna con ellos, simplemente concentrado en que la furia y la rabia no lo dominasen para controlar así su poder. Ya era consciente de que allí vivían más personas y, por eso mismo, debía mantener el control.

No tuvo ni que elevar su mano. Rubén, el más cercano a ella, salió despedido contra la pared y cayó al suelo.

Theron e Ichiro, que lo habían reconocido, dieron pasos hacia atrás asustados, conmocionados ante la aparición de Karan allí. ¿Qué significaba aquello? ¿Había acabado con Asim?

No se atrevían a moverse, pues todos eran conscientes del poder que podía desatar.

Karan se arrodilló al lado de ella y observó todo su cuerpo sin prestar atención al resto, que no suponían una amenaza para él. Ellos lo sabían, sabían que nada podían hacer frente a él y que lo mejor era permanecer en silencio, sin moverse. Incluso Rubén permanecía en el suelo totalmente paralizado por el miedo de encontrarse frente a él.

Karan pasó una mano por la mejilla de Elin mientras tragaba saliva. No parecía tener ninguna herida, pero se encontraba inconsciente.

Notar su peso muerto entre sus brazos le hizo aguantar la respiración, como si no pudiese controlar su poder. Elevó la mirada hacia ellos, una mirada que los dejó helados a todos. Saber que aquellos indeseables eran la causa del estado de Elin le hacía hervir la sangre, pero más aún el no poder dejarlos fritos en aquel momento, pues sabía que corría el riesgo de acabar con la vida de muchas personas inocentes.

—Largo —rugió con tal fuerza que Theron e Ichiro se miraron entre ellos como si no comprendiesen—. Largo de aquí o acabaré con vosotros —pronunció mientras bajaba la mirada hacia ella.

Ichiro no lo pensó dos veces. Fue directamente hacia Rubén y Theron colocando las manos en sus hombros y desaparecieron.

En ese momento escuchó el suspiro aliviado de Hermi tras él, como si hubiese estado conteniendo la respiración en todo momento. Desde ahí podía ver todos los músculos de su espalda en tensión. Dio unos pasos hacia él, dubitativo, sin siquiera atreverse a tocar su hombro.

—Karan... —susurró.

Karan golpeó con suavidad la mejilla de Elin ignorando a su amigo.

—Elin, Elin... —dijo con suavidad, aunque ella no abría los ojos. Le tomó el pulso asegurándose de que estaba bien y se calmó cuando sintió el latido pausado en las yemas de los dedos—. ¿Por qué no despierta? —preguntó a Hermi desesperado.

—Ichiro estaba ahí.

—¿El chino? —preguntó furioso.

—Es japonés... —comentó colocándose frente a él—. Es descendiente de Morfeo.

Aquello hizo que su respiración se acelerase. ¿Hijo de Morfeo? Sabía lo que significaba aquello. Morfeo, el dios del sueño, podía inducir a cualquier dios o humano a la inconsciencia y entrar en los sueños de las personas a las que dormía. Ahora comprendía la razón por la cual la falsa Elin sabía lo de la tarjeta, incluso recordaba cómo miraba la puerta del recibidor que conducía al subterráneo donde se encontraba la cámara acorazada.

Hermi colocó la mano en el hombro de Karan y los tres aparecieron en el recibidor de la casa donde, en ese momento, Neil, Gael y Miguel Ángel miraban de un lado a otro asustados. Sin duda, habían escuchado los gritos durante la pelea.

Los tres corrieron hacia Karan y Hermi cuando aparecieron en medio del recibidor, aunque se sorprendieron al ver que Elin permanecía inconsciente en los brazos de él. Se puso en pie con ella en brazos y fue hacia el sofá del comedor, depositándola con cuidado.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Neil arrodillándose a su lado con preocupación y colocando sus dedos en su cuello buscando también su pulso.

—Se trata del descendiente de Morfeo —explicó Karan con voz grave y la mirada clavada en ella—. La ha sumido en un profundo sueño.

Neil se giró hacia Hermi.

—¿Cuánto dura el efecto? —preguntó nervioso.

Hermi se removió incómodo.

—No lo sé, depende de lo que Ichiro, el hijo de Morfeo, le haya... ¡Ahhhhh! —gritó cuando sintió cómo Karan lo cogía del brazo con ansiedad y lo hacía girarse hacia él. Jamás lo había visto tan enfadado como en ese momento—. Eh, eh... tranquilo, colega.

—¿Cómo hacemos que despierte? —preguntó Karan.

—Uhhmm... mmm...

Las dudas de Hermi casi le hicieron enloquecer.

—¿Cómo lo hacemos? —gritó hecho una furia, haciendo que todos tragasen saliva.

De acuerdo, Karan era su amigo, pero en aquel momento parecía tener ganas de destruir toda la casa y sabían que aquello podía hacerlo tan solo chasqueando los dedos.

Hermi sonrió mostrándole los dientes, bastante nervioso, intentando infundirle algo de calma mientras trataba de soltarse de su brazo.

—Vamos a calmarnos un poquito, ¿vale? —suplicó al ver la ira en su amigo y cómo un sonido gutural salía por su boca. ¿Estaba rugiendo?

Miguel Ángel se acercó a Elin y se encogió de hombros.

—Patrón... —llamó a Karan, el cual lo miró fastidiado—. ¿Le has dado unas cachetadas a ver si así despierta? —preguntó con su acento mexicano. Karan miró de una forma siniestra a Miguel Ángel, el cual miró de reojo al resto de sus compañeros y se encogió de hombros—. Era solo una idea —continuó de forma inocente—. Por si usted no había caído en...

—¿Qué hacemos? —insistió Karan a Hermi obviando las palabras de Miguel Ángel.

—Café... —respondió Hermi soltándose finalmente de la mano con que Karan apesaba su brazo.

—¿Café? —preguntó Karan—. ¿Y qué hago con él? —volvió a gritar—. ¿Hago una cafetera, le

pongo un embudo en la boca y...?

—Dicen que colocando un grano de café bajo la lengua...

—¿Quién lo dice? —preguntó Gael sorprendido por aquello.

Hermi se giró hacia Gael señalándole con los brazos bastante desesperado.

—¡Simplemente lo dicen! —gritó de los nervios—. Del sueño de Morfeo solo se puede escapar bien porque Morfeo así lo desee o bien con un grano de café arábica —comentó como si fuese un dicho popular. Luego chasqueó la lengua y miró un poco indeciso a Karan—. No sé si es verdad o es una simple broma... como el café arábica es el más antiguo del mundo y de los más fuertes...

Miguel Ángel dio unos pasos hacia Hermi.

—Espera, ¿Morfeo está de su parte? —preguntó como si en aquel momento fuese consciente de ello—. ¿De parte de Hades? Pero... pero... —continuó nervioso—. Nos puede... ¡Nos puede dormir a todos! —gritó asustado.

—¿Cómo no va a estar de parte de Hades? —preguntó Hermi—. Lo llaman el dios fulminado. ¿Adivinas por qué? —Y luego miró a Karan, el cual volvía a colocarse frente a Elin observándola preocupado—. Zeus fulminó a Morfeo con un rayo... así que no es de extrañar que esté en el bando de Hades. ¿No lo sabías? —preguntó confundido.

Gael le guiñó un ojo a Miguel Ángel al ver que este parecía muy asustado.

—Eso le pasa por bocazas, si hubiese tenido la boca cerrada... —explicó Gael.

—El bocachancla de Morfeo comenzó a revelar a algunos humanos la existencia de los dioses y sus orígenes, pese a que Zeus había ordenado que no se diesen a conocer hasta que considerase que los humanos estaban preparados... —continuó Hermi.

Karan fue hacia ellos harto de aquella conversación.

—¿Dónde encuentro el grano de café arábica? —interrumpió directamente.

—Lo cultivan en muchos sitios —explicó Hermi—. Laos, Sri Lanka, Vietnam, Colombia, Costa Rica, Ecuador... —Karan comenzó a notar un tic en el párpado inferior de su ojo derecho—, Perú, Venezuela, Panamá, Uganda, Tanzania...

¿Por qué Hermi tenía que hablar tanto? Lo cogió de su camiseta y lo atrajo hacia él con actitud amenazante.

—Abrevia —gruñó Karan—. Dime dónde debemos ir o acabaré fulminándote yo a ti.

Hermi tragó saliva.

—Etiopía.

—Pues a Etiopía —ordenó rápidamente. Miró a sus compañeros—. Proteged el casco y no os fieis de nadie. Hay un semidiós que puede cambiar de forma y hacerse pasar por vosotros, así que nadie, absolutamente nadie, puede bajar al subterráneo. Vamos —ordenó de nuevo a Hermi.

Aquella explicación dejó a sus amigos descolocados.

—¿Qué? —preguntaron a la vez antes de que Hermi y Karan desapareciesen.

Los tres se miraron de reojo confundidos ante la última explicación de Karan.

—¿Uno que se transforma en nosotros? ¿Y ese quién es? —preguntó Miguel Ángel esperando una explicación por parte de Gael o de Neil.

Neil fue hacia Elin situándose al lado y volvió a tomar su pulso encogiéndose de hombros ante la pregunta de su compañero.

—Sigue bien —explicó a sus amigos.

En ese momento, Adrián, hijo de Apolo, y Alexandros, hijo de Eros, entraron en el comedor asustados, pues los gritos de Karan debían de haberlos despertado.

Los tres miraron directamente a Alexandros, el cual solo llevaba los pantalones y lucía el torso al aire mostrando todos sus abdominales.

Neil puso los ojos en blanco ante aquello.

—¿No tienes una camiseta? —preguntó.

Alexandros revisó todo el comedor ignorándolo y, finalmente, centró la mirada en Elin que permanecía tumbada sobre el sofá, con su cabello rubio esparcido sobre este.

—¿Quién es? —preguntó acercándose a ella.

Tanto Gael como Neil se interpusieron rápidamente en su camino.

—Ah, no, no... —reaccionó Gael—. Ni se te ocurra acercarte.

Alexandros intentó rodearlos, pero ambos le cortaban el paso.

—Va, venga... solo quiero conocerla —comentó con inocencia—. ¿Qué le ocurre?

Gael y Neil se miraron de reojo, aun así, no se apartaron de su camino. Sin embargo, Adrián los rodeó sin problema.

—El descendiente de Morfeo la ha dormido —explicó Gael—. Karan ha ido a buscar un antídoto.

—Eh —se quejó Alexandros al ver que Adrián sí podía acercarse y tomaba el pulso a la muchacha para asegurarse de que estaba bien—. ¿Por qué él puede y yo no?

Neil lo miró de los pies a la cabeza.

—Solo estamos protegiéndote —ironizó Gael.

—¿Protegiéndome de qué? —preguntó mosqueado.

—De Karan. —Sonrió Neil y dio una palmadita en su hombro—. Por tu bien, no muestres tus dotes de don Juan delante de Elin o serás el próximo semidiós chamuscado.

—¿Se llama Elin? ¿Es su novia? —preguntó Alexandros observando a la chica desde la lejanía, pues ninguno de los dos le permitía acercarse.

—La verdad es que no sabemos si... —comenzó a explicar Neil, pero se calló cuando Gael colocó una mano en su pecho indicándole así que cerrase la boca.

—Shhh... —lo previno y luego miró a Alexandros con una sonrisa pícaro—. ¿Qué tal si se lo preguntas tú mismo a Karan cuando regrese?

## 5

Karan miró al frente. Era plena noche, una hora más que en Atenas. El calor era sofocante, sobre todo por la elevada humedad del ambiente. Las gotas de lluvia cayeron sobre él empapándolo de inmediato.

—Estamos en estación de lluvias —explicó Hermi mirando al cielo, donde las espesas nubes no dejaban ver ni una sola estrella, provocando así que la zona fuese muy oscura.

—¿No me digas? —ironizó Karan mientras caminaba hacia la plantación de café que tenían justo enfrente. Una chispa brotó de su mano alumbrando el suelo totalmente encharcado—. Perfecto —ironizó al introducir el zapato en un barrizal. Se giró hacia su amigo—. Cuidado, resbala un poco.

Hermi miró de un lado a otro, caminando con cuidado tras la espalda de Karan.

Muja era una zona ubicada en el norte de Etiopía, perteneciente a la región de Amhara, a más de dos mil novecientos metros sobre el nivel del mar. Una zona boscosa a diferencia de otras partes del país donde podían verse extensos desiertos.

La maleza se volvía más agreste a medida que avanzaban. Se detuvo y miró a su alrededor mientras creaba otra vez un poco de luz. Observó a su alrededor al igual que Hermi.

—Árboles de café —comentó mientras cogía unas ramas de un árbol no más alto que él y observaba su fruto rojo—. ¿Cuántos granos hacen falta para salir del sueño de Morfeo?

Hermi tragó saliva mientras observaba aquellas bolitas pequeñas de un color rojo vivo.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Dicen que hay que poner un grano bajo la lengua, pero no tengo ni idea de cuántas veces habrá que hacerlo ni de cuándo surtirá efecto.

Karan resopló y comenzó a arrancar unos cuantos granos guardándolos en su bolsillo.

—Coge tú también. Nos llevaremos unos cuantos —ordenó mientras creaba de nuevo luz con su mano, alumbrando durante unos segundos otra rama.

—Casi no veo... —Se quejó Hermi.

—Pues ve a buscar una linterna —comentó de mal humor.

Vale, Karan estaba enfadado, muy enfadado, y aquello no le convenía a nadie.

Hermi apretó los labios y no se quejó más, simplemente comenzó a arrancar granos de café. Miró de reojo a Karan, cada vez que creaba una chispa de luz podía ver su rostro contraído por la preocupación. Lo conocía desde su nacimiento, siempre se había considerado amigo de él y lo había ayudado en todo lo que pedía, aunque había sido mucho más distante que el resto. La relación había sido mucho más fácil con Gael, Neil y otros semidioses. Karan tenía un fuerte carácter y se había ganado la fama a pulso, pero no era mala persona, al contrario. Puede que renegase casi siempre, pero cuando se implicaba en algo lo hacía hasta las últimas consecuencias.

Sabía que su relación no había sido muy buena con su primo Gael, pero parecía que el tiempo iba calmando la situación y entre ellos, ahora, había incluso complicidad. Con Neil siempre se había sentido cómodo y con Elin... Se quedó observándolo, para ninguno de ellos había pasado desapercibida su forma de mirarla o de preocuparse por ella. Todos eran conscientes de los sentimientos que albergaba por ella, aunque él mismo se lo negase. Suponía que para alguien con un poder como él contenerse como lo había hecho en el piso de Elin debía de ser muy difícil.

Entendía que aquella rabia mezclada con la preocupación que sentía debía de estar enloqueciéndolo. Jamás había admitido que estuviese enamorado de ella, lo único que hacían aquellos dos era picarse... pero tampoco ninguno de ellos era idiota.

—Se pondrá bien... —susurró mientras se echaba unos cuantos granos de café en el bolsillo—. Funcionará.

Karan tragó saliva, apretó los labios y se giró hacia su amigo en actitud seria.

—Más vale, porque si no, lo próximo que voy a hacer es ir a por ese chino...

—Japonés —le recordó Hermi.

—Y hacerlo a la brasa... —acabó diciendo, ignorando el último comentario.

Se giró y siguió echando granos de café en su bolsillo.

—Ya... Uhmmm... —continuó Hermi arrancando unos cuantos más—, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, después iré a por Morfeo —comentó como si fuese la respuesta a la pregunta que Hermi le había hecho—. Mi padre fue demasiado clemente con él —gruñó mientras se llenaba todo un bolsillo y comenzaba a introducir más granos de café en el otro—. Los dioses sois inmortales a menos que se os corte la cabeza, ¿verdad?

Hermi se quedó totalmente estático, sujetando un grano de café entre sus dedos y se giró hacia él notando cómo la boca se le secaba.

—Sabes que no puedes hacer eso —le recordó.

—Y tanto que puedo, y lo sabes.

—No me refiero a eso —dijo girándose totalmente hacia él—. Sé de sobra que tienes suficiente poder como para dejar a cualquier dios chamuscado o como para enfrentarte a ellos sin despeinarte, a lo que me refiero es a que no puedes matar a Morfeo...

—Pues que no se porte mal —respondió.

—Alterarías el ciclo vital de las personas —exclamó como si la sola idea de que Karan hiciese algo así lo alterase—. ¿Qué harían las personas si no pudiesen dormir?

—Aprovechar más el día —comentó.

—¡Karan! —lo reprendió en un tono más fuerte, haciendo que esta vez Karan se detuviese. Intentó calmarse un poco, lo peor de todo es que sabía que hablaba en serio y que seguramente estaría sopesando aquella idea—. Sé que Elin te importa, pero...

—Hermi, no vayas por ahí. —Lo cortó de malos modos—. Sí, Elin es mi amiga, la aprecio, es buena chica... pero lo que me jode de verdad es que esos semidioses a los que Hades les ha lavado el cerebro... —comenzó a alzar la voz.

Hermi se removió incómodo.

—Shhhh... baja el tono que nos pueden oír —le reprendió.

—Van a hacer que muera mucha gente, ¿es que no se dan cuenta? Esos inútiles... —continuó gritando.

—Karan... baja el tono... —insistió

—Van a comenzar una guerra, y si al final logran liberar a Crono, si logran abrir las puertas del Tártaro...

Hermi miraba de un lado a otro asustado.

—Creo que en las plantaciones de café tienen perros que entrenan para atacar a los ladrones —dijo mirando a ambos lados asustado, como si un perro fuese a lanzarse sobre él en cualquier

momento.

—¡Adiós a todo lo que se ha conseguido durante estos últimos milenios! ¡Ese egocéntrico de Hades pretende hacer desaparecer todo lo que mi padre ha creado, sin importarle las consecuencias!

—Vale, vale... me ha quedado claro, muy claro.

—Y no pienso permitirlo —sentenció él—. Aunque tenga que acabar con la mitad de los dioses del Olimpo.

—Vale, muy claro todo, gracias por detallarlo tanto —se burló Hermi—. Ahora, por favor, baja el tono o nos descubrirán.

Ambos miraron al frente cuando escucharon los ladridos de varios perros corriendo hacia la zona.

Hermi resopló y extendió los brazos hacia delante, desquiciado.

—Estupendo, ya nos han escuchado.

Karan colocó su mano sobre el hombro de Hermi.

—¿Has cogido unos cuantos granos?

—Tengo un bolsillo lleno.

—Bien, pues vámonos.

Los dos vieron aparecer a dos enormes perros corriendo en su dirección, estirando las patas lo máximo posible, ladrando con agresividad.

Desaparecieron del lugar cuando ya les quedaban pocos metros para que saltasen sobre ellos, apareciendo en el comedor de su casa.

Lo primero que hizo Hermi fue sacudirse los zapatos de barro y mirarse la ropa. Con la oscuridad no se había dado cuenta de que se había enfangado hasta las rodillas. Karan estaba igual, con salpicaduras de barro en gran parte de sus pantalones.

Elin seguía tumbada en el sofá en la misma postura en que la había dejado, aunque allí en su comedor había más gente de la cuenta.

Mientras se acercaba a Elin a toda prisa su mirada voló hacia Alexandros, el cual permanecía al otro lado de la sala apoyado contra la pared de brazos cruzados, aunque llamó su atención que Neil y Gael se encontrasen frente a él.

—Quita, Adrián —dijo al hijo de Apolo.

Adrián se echó a un lado y Karan se arrodilló al lado de Elin. ¿Se suponía que debía poner el grano de café bajo su lengua y ya está?

—¡Hermi! —gritó haciendo que su amigo fuese directo hacia él. Cuando se colocó a su lado lo miró de reojo—. ¿Debajo de la lengua y ya está?

—Es lo que dicen.

Karan se incorporó sobre ella y le abrió la boca con cuidado, por suerte tenía las facciones relajadas y no le costó abrir su mandíbula.

—¡Neil! —llamó a su amigo—. Ayúdame a incorporarla. No quiero que se atragante. —Neil se colocó a su lado y bajó las piernas de Elin del sofá mientras él la cogía por la cintura y la sentaba, aunque se fue para un lado y tuvo que sujetarla de inmediato—. Joder —susurró cogiéndola por los hombros.

Gael se acercó de inmediato y la sujetó permitiendo que Karan pudiese colocar con cuidado el grano de café bajo su lengua. Le cerró la boca y colocó las manos donde Gael la sujetaba para que

no cayese.

—Vamos, Elin... —susurró mirando sus ojos cerrados—, despierta.

Todos lo rodearon esperando a ver su reacción, incluso Alexandros dio unos pasos hacia delante intentando ver entre todos.

—¿No sabes cuánto tarda en hacer efecto? —preguntó Neil hacia Hermi.

—No, no tengo ni idea... ni siquiera sé si funcionará —gimió de los nervios.

—Vamos, Elin... —volvió a susurrar Karan—, abre los ojos, reacciona... —suplicó.

Todos esperaron varios segundos deseando que ella abriese los ojos. En ese momento, Neil colocó una mano sobre la espalda de Karan al ver que este tensaba la mandíbula, nervioso.

—Puede que tarde unos minutos... —intentó calmarlo.

Karan tragó saliva sin apartar la mirada de los ojos de Elin.

—Voy a matarlo —susurró.

—Uhhhhmmm... —intervino Hermi.

—Voy a matarlo, ¡lo mataré! —dijo soltando a Elin que comenzó a caer hacia el lado, aunque Neil reaccionó rápidamente poniéndola firme de nuevo—. Lo mato, lo mato...

—Vamos a esperar unos minutitos... —susurró Hermi.

—¡Busca al chino de los cojones! —le gritó Karan.

—Eh, no... —Hermi tragó saliva mientras daba unos pasos hacia atrás—, la caféina tarda de media unos quince minutos en hacer efecto. Espera un poco.

Alexandros se acercó más y señaló a Elin.

—Quizá con un beso... —comentó con naturalidad. Todos focalizaron su atención en Alexandros que únicamente lucía unos pantalones de chándal. Supo que no había sido buena idea decir aquello cuando Karan lo fusiló con la mirada, sin pestañear, y Neil y Gael negaron desde atrás haciéndole comprender que no había sido acertado aquel comentario—. Lo digo porque... mi padre, Eros, reanimó a Psique con un beso. —Luego miró a Karan un poco asustado por su gesto—. Tampoco tiene por qué ser un beso muy apasionado.

Karan gruñó y se removió inquieto como si se le agotase la paciencia.

—Con esas ideas no ayudas nada —rugió hacia él.

—Espera... —intervino Hermi—, el cachas tiene razón...

—Alexandros —le recordó él su nombre.

—Eros revivió a su esposa con un beso...

—¡Pero fue Eros! —gritó Karan—. ¿Se supone que este piltrafilla tiene que darle un beso a Elin? —preguntó desquiciado señalando a Alexandros—. Dudo que le hiciera mucha gracia.

Neil enarcó una ceja.

—Pues prueba tú primero. —Y le guiñó un ojo.

Karan lo miró fijamente y apretó los labios intentando refrenar la furia que sentía cuando un gemido los alertó a todos y se giraron hacia Elin.

—¡Puaaaajjjj! —expresó ella mientras se sacaba el grano de café de la boca.

—¡Elin! —gritaron todos.

Gael y Neil que estaban al lado de ella se inclinaron rápidamente para observarla. Karan la miró fijamente y avanzó hasta ella cruzándose de brazos.

—¿Estás bien? —preguntó Neil reclinándose.

Elin se pasó la mano por los ojos, frotándoselos, y luego los observó a todos confundida, sin

ubicarse. ¿Dónde se encontraba?

—Eh, Elin... —susurró Gael sentándose a su lado, pues la muchacha parecía estar en estado de *shock*, intentando centrar las ideas—. ¿Cómo te encuentras?

Elin miró a su alrededor. Neil estaba arrodillado ante ella, tras él se encontraba Hermi con una gran sonrisa, a su lado Karan la escrudiñaba sin pronunciar palabra, al lado de este se encontraba Adrián, al que había conocido la última vez que había ido a casa de Karan, y, al lado de Adrián, había un chico de pelo largo y rubio sin camiseta que la observaba ladeando su cabeza. Gael acariciaba su hombro intentando calmarla.

Sí, sin duda aquella era la casa de Karan. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Los recuerdos volvieron a su mente en ese momento y se puso en pie de inmediato, asustada.

—¡El casco! —gritó, y directamente miró a Karan, el cual avanzó y la cogió del brazo.

—Siéntate —ordenó sin mucha delicadeza—, estás muy pálida.

Todos miraron de reojo a Karan. ¿A qué venía aquel comportamiento? Hacía unos segundos estaba desquiciado con la idea de que Elin no volviese a despertar.

—Déjame —se quejó ella mientras se sentaba, soltándose de su mano—. Estoy bien. ¿El casco sigue aquí? —preguntó alarmada.

—Sí, sigue aquí, no te preocupes.

—Me atacaron... —reaccionó rápidamente—. Estaba Rubén, el de la playa de Doñana —explicó a Karan, aunque se giró y miró al resto de sus conocidos—. También estaba Theron y...

—Ichiro —interrumpió Karan.

—Sí —le dio la razón—. Me... me durmió —comentó confusa y pestañeó varias veces—. Creo que... se metió en mi cabeza para...

—Para saber la ubicación del casco —intervino Hermi—. Morfeo tiene esa cualidad, supongo que su hijo podrá hacer lo mismo.

—El muy... —gruñó ella.

—Te robaron la tarjeta para entrar a la cámara del subterráneo —explicó Karan mientras sacaba su móvil—. Voy a anularla.

Neil lo miró confundido, Karan hablaba como si fuese un remanso de paz y calma.

—¿Y a ti qué te pasa ahora? —le susurró confundido.

Karan lo miró de reojo mientras pulsaba botones del móvil. Se encogió de hombros sin mirarlo.

—¿Qué me va a pasar? Nada —contestó, aunque en ese momento su tono de voz sí tuvo un ligero toque de advertencia por la pregunta que le había hecho.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Gael.

—Bien... —dijo pasándose la mano por los ojos—, un poco mareada y... —Se llevó la mano a la frente—. Tengo un fuerte dolor de cabeza.

—Por eso es mejor que no te levantes, de momento —pronunció Karan atento a la pantalla de su móvil ante la sorprendida mirada de Neil que puso los ojos en blanco.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó ella mirando a su alrededor.

—Karan fue a... —comenzó a explicar Hermi, pero se calló al escuchar la risa irónica de Karan.

—La cosa tiene gracia... —intervino Karan guardando el móvil en el bolsillo—. Una copia de ti apareció en el rellano...

—¿Una copia de mí? —preguntó asustada.

Karan miró directamente a Hermi.

—¿Sabes quién puede ser?

—Seguramente sea Asim, hijo de Horus —explicó—. Esos dioses tienen la habilidad de transformarse en cualquier persona. Es un semidiós muy potente.

—Pues... —continuó Karan—, la Elin falsa... —Y centró la mirada en ella—. Digamos que no era muy buena chica...

—¿A qué te refieres? —preguntó ella asustada.

—Era un poco... —Y se quedó callado buscando la palabra exacta.

—¿Agresiva? —preguntó ella.

—Sí —le dio la razón—, intento clavarle una daga, pero esa no era la palabra que buscaba...

—Se giró hacia Hermi—. Has dicho que Ichiro puede entrar en los sueños de las personas, ¿no?

—Hermi asintió—. Ya... —respondió pensativo—. Era... mmm...

—¿Violenta? —preguntó ella queriendo saber. Karan negó con su cabeza mientras chasqueaba la lengua—. ¿Peligrosa?

—No. —La cortó—. Apasionada diría yo...

—¿Qué?

—Seductora —corroboró.

Ella lo miró mosqueada.

—Está claro que no era yo. —Cortó aquello por lo sano.

—Sí, por eso mismo me di cuenta... —Elin arqueó una ceja al escuchar aquello—. Así que después de echarla a patadas de mi casa fui con Hermi a buscarte y te encontramos inconsciente.

Ella pestañeó varias veces. Todos a su alrededor miraban asombrados la conversación entre los dos.

—Debes ir con más cuidado, rubia.

Ella resopló.

—¿Puedes dejar de llamarme así? —se quejó.

—Si no me llego a dar cuenta del engaño ahora mismo Hades tendría el casco.

Ella se puso en pie, indignada.

—Eh. —Lo señaló con el dedo, aunque tuvo que apoyarse en Neil que estaba a su lado, pues las piernas le temblaban aún—. No me vengas con esas. Aparecieron en mi casa de repente, intenté luchar contra ellos, pero eran tres contra mí. Estaba sola.

—Pues mejor que no estés sola. —La cortó él mientras extraía el móvil de nuevo—. Ya está cancelada tu tarjeta. —Ella resopló con esos comentarios—. Será mejor que te quedes aquí un tiempo.

—Puedo defenderme sola... —gruñó ella.

—Sí, ya lo veo —ironizó él cruzándose de brazos con la mirada clavada en Elin.

Adrián, en ese momento, retrocedió unos pasos con la mandíbula medio desencajada. Madre de Dios, menudo par.

—Bueno... yo... uhmmm... mejor me marcho a dormir. —Y miró a Elin con una sonrisa—. Me alegro de que estés bien, Elin.

—Gracias.

En ese momento, Alexandros surgió de detrás de la espalda de Gael y dio un paso hacia ella

con la mano en su dirección.

—Yo también me voy a dormir. Soy Alexandros —dijo estrechando su mano.

Ella lo miró de la cabeza a los pies, sorprendida, aunque aquella mirada no gustó nada a Karan.

—¡Pues a dormir! —ordenó Karan directamente.

Alexandros sonrió de una forma atractiva a Elin y soltó su mano.

—Me alegro de que estés a salvo.

—Gracias —comentó ella bastante consternada. Aquel muchacho tenía un aura de erotismo que no había visto en nadie más. Vio cómo se alejaba hacia la puerta, siguiéndolo con la mirada.

Karan carraspeó llamando su atención, aunque su gesto era de indiferencia.

—Pues tema zanjado, te quedas aquí hasta que esto se solucione —dijo Karan llamando la atención de todos.

—No creo que vengan más a por mí, ya no tengo la tarjeta —insistió ella—. Además, el lunes tengo trabajo y...

—Ya, bueno... te vas a quedar aquí, tanto si quieres como si no —zanjó la conversación Karan. Ella lo miró fijamente y luego observó a Hermi, el cual se encogió de hombros sin oponerse a lo que Karan decía—. Ve a descansar. Puedes quedarte en mi habitación. —Y miró al resto de sus compañeros—. El resto, ¿podemos hablar un momento?

—Me quedo, quiero saberlo todo.

—Elin —dijo Karan con paciencia—, estás muy pálida, ve a descansar —repitió.

Ella lo miró fijamente, absorta por el comportamiento de él.

—¿No crees que ya he dormido suficiente?

—Elin... —la advirtió.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —exclamó ella—. Acaban de atacarme, me han dejado dormida... y tú...

—Yo, ¿qué? —respondió esta vez, como si no pudiese controlar más los nervios que había vivido. Miró directamente a Hermi—. Hermi, por favor, llévala a mi habitación.

—Uhhmm... —susurró Hermi no muy convencido.

—Ahora —ordenó.

Hermi suspiró y colocó una mano en el hombro de Elin que aún lo miraba mosqueada.

En cuanto desapareció se giró hacia Neil y Gael que lo observaban confundidos.

—¿Y a ti qué te pasa? —le recriminó Neil.

Karan tragó saliva y apretó los labios, pero no respondió al respecto.

—Tenemos que hablar. Tienen algo entre manos —respondió directamente.

Karan tecleó de nuevo en el ordenador, resopló y se apoyó contra el respaldo de su enorme butaca frente al escritorio, cruzándose de brazos. Hermi había vuelto a la oficina de Karan tras llevar a Elin al dormitorio y escuchar cómo esta no dejaba de protestar durante diez minutos.

Los muebles de madera oscura daban un aire de distinción y elegancia a la estancia. La moqueta azul oscuro combinaba perfectamente con las cortinas que cubrían la ventana, desde donde podía divisarse parte del barrio de Plaka.

—¿No te suena? —preguntó Gael a Hermi.

Hermi negó con su rostro.

—No, nada.

Karan miró con preocupación la pantalla del ordenador y luego observó a sus compañeros.

—Pues os aseguro que ha pronunciado eso, no me confundo... —Miró con fastidio la pantalla del ordenador—. Pero no me aparece nada referente a Roha —comentó mosqueado.

Neil se colocó a su lado y miró la pantalla del ordenador. Karan había introducido el nombre de Roha en varios buscadores de internet, pero no había nada que les sirviese o, al menos, eso pensaban. Solo encontraron un laboratorio con ese nombre que fabricaba medicamentos contra el estreñimiento en Valencia, España, y algunos hoteles con ese nombre.

Neil se apoyó en el escritorio leyendo atentamente las opciones que daba el buscador.

—Han dicho que Elin despertaría en las montañas nevadas, ¿no? —preguntó Neil. Karan asintió—. Quizá se refieran a algún hotel con una ubicación en una cumbre.

Karan desechó la idea y miró a Hermi.

—¿De verdad que no te suena de nada? —insistió.

Hermi negó.

—Que nooo.

Karan chasqueó la lengua y señaló la pantalla del ordenador.

—Sabemos que Hades es un estreñido, pero no creo que esté invirtiendo en uno de esos laboratorios para...

—Eh —interrumpió Gael que había cogido su móvil y tecleaba en él—. Aquí me dice que Roha es una ciudad de la India.

Aquello los pilló desprevenidos a todos.

—¿En serio? —preguntó Karan tecleando en el ordenador. El buscador indicó varias webs. Karan leyó en voz alta—. Roha está situada en el distrito de Raigad, estado de Maharashtra, a unos ciento veinte kilómetros de Mumbai. Tiene ferrocarriles y mucha industria química. —Miró a sus amigos confundido—. ¿Qué puede haber en la India que les interese?

Los cuatro se quedaron pensativos. Hermi se encogió de hombros y miró a Karan.

—¿No conocen ahí a tu padre con el nombre de Indra?

Karan miró de reojo a sus compañeros, sin comprender nada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Lo digo por el Mahabhárata. —Hermi dio unos pasos hacia los tres que lo observaban ladeando la cabeza, como si su amigo hubiese perdido el juicio—. Sí, ya sabéis, el libro épico mitológico de la India.

—Sí, sí... —Lo cortó Karan—. Eso ya lo sabemos, pero ¿qué tiene que ver con Hades y con mi padre?

—Uhhmm... bueno... —dijo encogiéndose de hombros—. Es un libro que se escribió en el siglo III antes de Cristo... y todos sabemos lo que dice ese libro... —dijo enarcando una ceja hacia ellos. Todos lo miraron sin comprender—. Describe cada una de las armas de los dioses, de sus poderes...

—¿Y? —continuó Karan desquiciado.

—Pues que en el libro aparece el Vajra.

—¿El qué? —preguntó Gael sin comprender ya esa palabra.

Karan puso los ojos en blanco y se giró levemente hacia Gael, aún sentado sobre su acolchada butaca.

—Es como llaman al relámpago de mi padre según la mitología hinduista —dijo sin darle mucha más importancia.

—No, es más que eso —interrumpió Hermi mosqueado por las palabras de Karan—. Para los hinduistas el Vajra existe. Era un objeto formado por una esfera en su centro, saliendo de su lado derecho e izquierdo una flor de loto. —Karan cerró los ojos y resopló—. Cada una de esas flores de loto tenía de cuatro a ocho pétalos que desprendían rayos con los que Indra aniquilaba a sus enemigos, nadie podía resistirse a su poder.

—Por Dios, Hermi... —susurró Karan pasándose la mano por los ojos.

—¿Qué? —preguntó de los nervios—. En el hinduismo creían que se trataba de un objeto real, quizá Hades y todo su séquito ha ido a buscarlo a...

—Pero los dos sabemos que eso no es así, que no es un objeto real. —Cortó él sorprendido.

—Uhhmm... —Los miró a todos estudiándolos y cerró la boca cruzándose de brazos—. Al menos yo he establecido un nexo —se defendió.

Karan se puso en pie, desquiciado, negando con su cabeza. Miró directamente a Gael.

—¿Cuándo viene Lucía?

Gael miró su reloj de muñeca que marcaba las dos y media de la madrugada.

—Aterrizza aquí en Atenas sobre las diez. Su avión sale a las seis de la mañana —explicó.

—¿Y Adriana?

—Llega un poco antes —respondió Neil.

Karan se quedó pensativo y miró a los dos.

—Que nos ayuden con esto. Puede que encuentren una conexión...

—Por supuesto —indicó Gael.

—Uhhmm... —interrumpió Hermi dándose por aludido.

—Es mejor que la opción que tú nos has dado, Hermi —apuntó Karan. Se apoyó de nuevo contra la mesa. Sabía que Lucía era una fantástica historiadora y, aunque su especialidad era el Imperio griego, dominaba sobre todas las culturas. Por otro lado, Adriana era una chica lista y ya les había ayudado una vez con la ubicación de un lago, pues no se le daba nada mal la mitología. Además, estaba seguro de que ambas se pondrían manos a la obra enseguida—. ¿Quién está de guardia esta noche?

—Adrián y Miguel Ángel —indicó Gael.

Karan asintió.

—De acuerdo, pues id a descansar. —Señaló a Gael—. En cuanto Lucía aterrice tráela para aquí.

Gael lo miró sin comprender.

—¿Y adónde la iba a llevar?

—No sé —respondió encogiéndose de hombros—. Quizá tuvieras pensado irte a desayunar con ella por ahí, o a dar una vuelta...

Gael resopló y se dirigió a la puerta.

Karan iba a avanzar hacia ella cuando Neil se puso a su lado.

—¿Dónde vas a dormir? —preguntó con una mirada pícaro. Karan chasqueó la lengua—. Elin está en tu dormitorio.

—Dormiré en el salón —indicó él dejando pasar primero a Hermi, el cual caminaba tras Gael. Se giró y cerró la puerta.

—Ya... —respondió esta vez en un susurro, acercándose más a él—. Por cierto, no has sido muy amable con Elin cuando ha despertado... —Karan enarcó una ceja—. ¿Algo que decir al respecto?

Karan lo fusiló con la mirada.

—Sí, que debe ir con más cuidado o hará que nos roben el casco.

Neil se colocó a su lado caminando hacia las escaleras.

—Ya, y... ¿no será que ella te interesa demasiado y han encontrado tu punto débil y eso te mosquea? —preguntó como si nada, mirando al frente.

Karan no se volvió hacia él mientras llegaba a las escaleras, pues tanto Gael como Neil se quedaban en aquella planta compartiendo habitación aquella noche.

—No —respondió de espaldas a él bajando los primeros escalones, zanjando con aquella palabra la conversación.

—Ya, ya... —ironizó Neil.

Karan resopló, llegó hasta el recibidor, saludó a Miguel Ángel que en ese momento hacía guardia ante la puerta que conducía al subterráneo y fue hasta el comedor.

Prefirió no decir nada más a Neil, sabía que este tenía razón. Por mucho que le pesase Elin era muy importante para él, y sí, para qué negarlo, era su punto débil desde que la había conocido y, en esos momentos, no podía permitirse tener una debilidad, pues sabía que no iba a jugar solo en su contra durante la batalla, sino también en contra de la supervivencia de toda la humanidad.

## 6

Bajó de la camioneta tras casi dos horas de trayecto. Al menos, en ese momento no llovía. Miró hacia el cielo donde las nubes espesas lo cubrían y descendió la mirada al suelo, todo lleno de barro.

Había llegado a Etiopía hacía diez días y, por más que cada mañana hacía ese recorrido en camioneta por aquella carretera enfangada y llena de baches, no se acostumbraba. La cama del hotel donde se alojaba era dura, con un colchón fino que hacía que su espalda se resintiese cada noche. Se llevó la mano a las lumbares, masajeándose.

Mukhtar Bousaid había destacado como uno de los mejores de su promoción en la carrera de Historia y, nada más obtener la licenciatura, había optado por realizar el doctorado sobre el período histórico de Sumeria. No le gustaba la historia contemporánea, pero la antigua le apasionaba. A sus veintisiete años ya había impartido durante su primer año de doctorado clases en la Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas.

Debía admitir que se había volcado en su profesión, y aquello había sido sobre todo tras la muerte de su querida esposa. Se habían conocido en Nueva York, en la Universidad de Columbia. Poco después habían iniciado una relación y, a la edad de veintitrés años, se habían casado. Un año después nacía su primer hijo, pero toda aquella felicidad se había truncado cuando un accidente de tráfico se la había arrebatado. Se había intentado consolar diciendo que, al menos, tenía una parte de ella con él, su pequeño hijo, pero aquello realmente no era consuelo, pues cada vez que lo miraba la veía a ella.

Por esa razón, cuando le había surgido la oportunidad de impartir clases en la Universidad de Atenas y realizar allí su tesis doctoral, no la había rechazado. Le iría bien alejarse de todo durante un tiempo, pues pese a que los días y los años pasaban le era difícil continuar en Estados Unidos. Hacía justamente dos años que la Universidad Nacional de Atenas le había garantizado una plaza como profesor y, además, le permitiría hacer su doctorado compaginándolo con su trabajo.

Se había mudado a Atenas y había comenzado una nueva vida junto a su pequeño.

—Señor Bousaid —indicó uno de los ayudantes que lo acompañaba hasta aquella zona tan alejada del mundo—, ¿necesita el equipo de grabación?

—Hoy no —respondió con tono amable mientras se pasaba la mano por el cabello negro y corto, revolviéndolo—. Hoy quiero echar un vistazo a la parte alta.

Pese a que llevaba más de una semana allí, en Etiopía, el paisaje lo seguía dejando sin aliento. Se giró y observó a su compañera de trabajo que bajaba de la furgoneta y hacía un gesto de desagrado tras meter el pie en un charco. Mukhtar sonrió al ver el gesto de ella.

—Menuda suerte la tuya —bromeó mientras ella se acercaba.

Kassandra se acercó a él mientras entornaba los ojos hacia el conductor de la camioneta que los llevaba cada mañana hasta allí.

—Me parece que lo hace adrede —dijo mirando al conductor—. Siempre se para en los sitios donde hay charcos por donde debo bajar.

Kassandra Zabat, solo un mes más joven que él y licenciada en Antropología, había sido una de las afortunadas que también había recibido financiación para poder realizar su tesis de

investigación y conseguir así el doctorado.

Ambos habían presentado su solicitud para aquella beca de investigación que financiaría un magnate. Había sido toda una sorpresa que, tras las entrevistas de la Universidad con ellos y la deliberación de la junta, ambos fuesen los seleccionados para beneficiarse de aquella beca e iniciar un apasionante viaje para investigar uno de los lugares clave y más impresionantes del mundo. A cambio, deberían redactar su tesis doctoral y ceder los derechos a la Universidad. Aquello no les ocasionaba ningún problema, pues de paso se aseguraban la publicación de sus tesis.

Había conocido a Cassandra en la Universidad de Atenas el día que les habían comunicado la decisión, pero no había hablado mucho con ella hasta que habían tomado el avión que los había llevado hasta esa zona de Etiopía.

—El paisaje es impresionante —susurró ella mirando al frente, pues desde esa colina podía verse todo un descampado agreste donde se encontraba una de las más impresionantes obras arquitectónicas y de ingeniería realizadas por el hombre.

Kassandra bostezó y se tapó la boca.

—¿Tienes sueño? —preguntó Mukhtar.

—No sé qué ha pasado esta noche —comentó sin apartar la mirada del horizonte—, pero los perros comenzaron a ladrar y no pararon. ¿Los has escuchado?

Mukhtar negó con su rostro.

—Ya me advirtieron de que en Muja roban muchas veces en las plantaciones de café.

—Pues ayer tuvieron que llevarse toneladas de grano porque los perros estuvieron varias horas sin dejar de ladrar —se quejó.

Lalibela era una pequeña localidad de la región de Amhara, situada al norte de Etiopía y considerada la segunda ciudad santa del país después de Aksum. Aquella era una importante zona de peregrinación. La mayoría de su población era perteneciente a la Iglesia ortodoxa etíope, conocida también como la Iglesia tawahedo, lo que significaba en la lengua semítica de la zona «llegar a ser uno» y a la que pertenecía más del 60 por ciento de la población etíope. A diferencia de la religión católica y de la Iglesia ortodoxa que basaban su creencia en que Cristo albergaba dos naturalezas, la humana y la divina, la rama del tawahedo solo reconocía la parte divina. Aun así, el canon de dicha Iglesia era mucho más amplio que el de otras confesiones cristianas. Su Antiguo Testamento recogía el texto de la Biblia de los Setenta, tanto de deuterocanónicos aceptados por los católicos como los no aceptados por dicho canon. Además, incluía en su religión textos tan interesantes como el *Libro de Enoc* y el *Libro de los Jubileos*, entre otros. Aquella era una de las razones por la que ambos habían presentado su solicitud sin pensarlo.

La tradición y creencias sumerias, la civilización reconocida como la más antigua del mundo, había sido la base para el resto de sociedades. En la actualidad, poseía las creencias más cercanas a las antiguas sumerias y a la tradición Babilónica.

Concretamente, Lalibela, situada a casi dos horas en furgoneta desde Muja, la población más cercana y donde se alojaban, albergaba uno de los complejos más impresionantes y misteriosos de la humanidad.

—Me gustaría visitar la parte alta —pronunció Mukhtar.

—Me parece bien —respondió Cassandra dando media vuelta y enfilando el camino de piedra. Cuatro hombres destinados a ayudarlos en todo lo necesario los siguieron—. De todas formas,

hemos dedicado la mayor parte de estos días a la parte baja y hoy es nuestro último día aquí.

—Una pena... —comentó deteniéndose en medio del camino y volviéndose—. Este lugar es increíble.

En esa zona montañosa se encontraban once iglesias talladas de un solo bloque de piedra. Realmente, una persona no era consciente a simple vista de lo que aquel paisaje albergaba, pues a medida que te acercabas eras consciente de que la tierra se abría bajo tus pies formando enormes agujeros donde se habían construido, hundidas y cortadas en el mismo lecho de la tierra, unas iglesias impresionantes. Aquello era una verdadera hazaña de ingeniería. Aquel era el único país del mundo que tenía ese tipo de iglesias monolíticas. Para cualquier ingeniero actual, y datando las iglesias de un período histórico tan antiguo, aquellas construcciones eran inexplicables.

Se organizaban en tres zonas bien diferenciadas: la parte inferior, donde se encontraban las iglesias de carácter más religioso, donde unos veintiún mil peregrinos cristianos acudían cada año; el complejo sudeste, donde se encontraban las iglesias de Gabriel y Rafael, rodeadas por un foso excavado a mano de entre cinco y diez metros de profundidad; y la parte superior, la parte menos explorada y a la que se dirigían, que se asemejaba más a un complejo para resistir un asedio.

Lo más curioso era que aquellas tres zonas tan distantes entre sí estaban comunicadas por túneles subterráneos que llegaban a pasar por debajo de ríos, hechos, según la leyenda, hacía más de ochocientos años.

Tras más de quince minutos caminando llegaron a la zona alta. Si algo quedaba claro desde que te aventurabas en aquella zona de Lalibela era que las construcciones estaban hechas para la defensa, pues para acceder a los pequeños palacios defensivos debías atravesar un puente de más de quince metros de altura que se alzaba sobre un foso, el cual se encontraba lleno de agua hasta la mitad.

—¿Has pensado que esta zona podían usarla como cisterna de agua? —preguntó Cassandra.

Mukhtar asintió.

—Sí, la primera vez que subimos aquí hace tres días se me pasó por la cabeza —confesó—. Si las personas que defendían esta zona se quedaban confinadas en el interior necesitarían agua para resistir el asedio. —La miró con una leve sonrisa—. Vamos, Kassy —La apremió mientras seguía caminando—. Me gustaría ir hasta la zona del monolito y las tumbas de la familia real.

Atravesaron aquella zona rodeando los charcos y acelerando el paso cuando la cuesta lo permitía.

—¿Lograste hablar ayer con tu niña? —preguntó Mukhtar.

Ella le devolvió una leve sonrisa.

—Sí, esta vez mi exmarido me la pasó al teléfono. Todo un milagro —ironizó ella ante la mirada de reproche de Mukhtar.

—Piensa que en menos de una semana estamos de vuelta —comentó con delicadeza. Conocía la situación de su compañera y los problemas que tenía con su exmarido. Aquellos últimos días ambos se habían sincerado el uno con el otro, dado que eran muchas las horas que pasaban juntos. Cassandra se había divorciado hacía cosa de un año. El juicio por la custodia había sido duro, pero finalmente lo había ganado. Por suerte, el régimen de visitas de la menor durante el mes de agosto era una quincena con cada uno y, al menos, lo había podido hacer coincidir con parte de su viaje para que el padre se ocupase de ella. Aquello había sido un alivio, puesto que si su expareja

no accedía ella se habría visto obligada a rechazar la beca y la financiación.

—Mi exmarido me ha dicho que en tres días debe irse de viaje por trabajo... para variar — ironizó—. Se encargará del pago de la cuidadora hasta que yo regrese.

—Al menos has podido hablar con él, la cobertura aquí es horrible.

—¿Recargaste la tarjeta de prepago antes de venir? —preguntó ella.

—Sí, sí... pero en mi habitación apenas dispongo de cobertura. He encontrado un poco en el lado derecho de la habitación, junto a una esquina. —Rio y puso los ojos en blanco.

—Dímelo a mí, que tengo que salir al pasillo para coger un par de rayas de cobertura y encima viene y va. Ya llegamos... —informó ella.

Ambos observaron el enorme monolito tirado sobre la tierra. Con más de ciento veinte metros de alto y más de quinientas toneladas debía de haber sido considerado el más alto del mundo cuando se encontraba clavado en la tierra. Hoy en día, lo sería si se alzase hacia el cielo.

Pasaron por su lado y se internaron en una de las iglesias. El ambiente, a diferencia del calor que hacía fuera, era fresco.

—Cuidado, Kassy —dijo Mukhtar mientras cogía la mochila que colgaba de su espalda y sacaba una linterna. La encendió y miró a los cuatro ayudantes que los seguían en silencio—. No os preocupéis, ya bajamos nosotros. Seremos rápidos.

Comenzaron a descender unas escaleras, adentrándose ambos en la oscuridad.

—¿Aquí están las tumbas de la familia real? —preguntó ella mientras colocaba su mochila por delante y sacaba una pequeña cámara de fotos.

—Sí, eso me han dicho —dijo él alumbrando todo a su paso—. ¿Has traído la cámara?

—Sí, es bastante más ligera que la tuya —bromeó ella que sacó unas fotografías allá donde Mukhtar alumbraba. Miró hacia los lados impresionada—. Este lugar es fascinante.

Su compañero sonrió al ver el entusiasmo de la joven. Llevaba más de una semana con ella y aquel carácter vivaz y entusiasta no dejaba de contagiarlo.

Se acercó hacia donde ella miraba, observando las paredes.

—¿Crees que este lugar lo construyeron los ángeles? —preguntó él observando las paredes.

Ella se acercó hacia la abertura en la pared, por donde se podía acceder a otra pequeña cámara.

—No lo sé —susurró observando el interior—. Lo que está claro es que este lugar parece milagroso. ¿Cómo pudieron tallar estas iglesias en el siglo XII? Necesitarían herramientas eléctricas. —Dio un paso dentro de la siguiente cámara observando las tres tumbas—. Ya escuchaste lo que dijo el ingeniero, los cortes son muy especializados y es imposible hacerlos sin sierras eléctricas. Tuvieron que tallarlas desde el suelo hacia abajo en un solo bloque. Son construcciones imposibles —susurró mientras fotografiaba el interior de la cámara—. ¿Necesitas tomar medidas de esta zona? —Le preguntó.

Mukhtar negó y se colocó al lado de ella, alumbrando.

—Yo sí que creo que los ángeles ayudaron a construirlas —susurró mirando de un lado a otro.

Ella lo observó de reojo.

—¿Crees en la leyenda? —preguntó sorprendida. Él se encogió de hombros—. Según la leyenda el rey Lalibela recibió la visita del ángel Gabriel, lo llevó a la Jerusalén celestial y Dios le dijo que quería que construyese estas iglesias.

—Sé lo que dice la leyenda —le recordó mientras se acercaba a una de las paredes.

Kassandra lo siguió, pues él llevaba la linterna.

—Según los escritos a los hombres les era imposible tal hazaña y los ángeles bajaron del cielo para ayudarlos —comentó ella divertida—. Hicieron dos grupos de trabajo, durante el día los humanos trabajaban y, por la noche, mientras ellos dormían, los ángeles hacían el trabajo más difícil. Inventaron la cadena de trabajo —acabó bromeando.

—Ya, pero ya sabes para qué dicen que construyeron estas iglesias. En el *Kebrá Nagast*, el antiguo libro sagrado de los cristianos etíopes, lo especifica muy claro, y ya viste que las medidas del altar de la otra iglesia coinciden con las que da la biblia.

Ella lo miró de reojo.

—Bueno, no deja de ser mitología, simples creencias...

—Y toda mitología está basada en algo real... —concluyó él—. Mira... —dijo acercándose a la pared—, estuvieron aquí. —Y la miró a ella.

Kassandra se acercó e hizo unas cuantas fotografías de lo que su amigo señalaba. Se quedó pensativa y lo miró enarcando una ceja.

—¿Es una cruz templaria? —preguntó focalizando la atención en la inscripción de la pared.

—La cruz aksumita —indicó él.

—Es de igual forma —corroboró ella y miró alrededor buscando más inscripciones—. El Reino de Aksum existió del siglo I al VII después de Cristo. Fue muy importante a nivel comercial y se extendió por todo el norte de Etiopía. Se creó varios siglos antes que la orden de los templarios —le recordó.

—Exacto —le dio la razón—. La orden templaria se fundó entre 1118 y 1119 por nueve caballeros templarios liderados por Hugo de Payns, tras la primera cruzada en el siglo XI en Oriente Próximo, con la función de proteger las vidas de los cristianos que peregrinaban a Jerusalén tras ser conquistada. —Se giró y alumbró en la otra dirección—. Para cuando se supone que llegaron los templarios a esta zona ya hacía tres siglos que el reino de Aksum había desaparecido y ya solo quedaban sus ruinas. —La miró y le sonrió de una forma enigmática—. Creo que esto deja bastante claro que es cierto que los templarios pasaron por aquí, llegaron al reino de Aksum en sus primeras cruzadas y cogieron esa cruz como su símbolo, haciéndolo suyo —Se giró y señaló la cruz—. Una prueba más de la importancia de este lugar. Estuvieron aquí buscándola. —La miró y la señaló con la linterna—. Hay demasiadas cosas que coinciden: la cruz templaria, las medidas del altar de la iglesia, el hecho de que a esta zona la llamasen la segunda Jerusalén... —Se quedó pensativo—. Tuvo que estar aquí realmente.

Ella suspiró y miró hacia los lados fijando la vista allá donde él alumbraba con la linterna.

—Bueno, pues si alguna vez estuvo aquí está claro que los templarios se la llevaron —pronunció dándole la espalda a su compañero y saliendo del pequeño habitáculo.

Mukhtar se giró para observar a Kassandra alejarse rumbo a las escaleras para subir.

Se giró y observó la cruz templaria unos segundos. Aún se sorprendía cuando veía que los templarios habían estado allí hacía casi novecientos años, la forma en que todas las piezas encajaban.

Colocó la mano sobre la cruz aksumita y cerró los ojos intentando controlar los latidos de su corazón y su respiración.

—No a nosotros, oh, señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria —susurró.

Abrió los ojos lentamente observando aquella cruz cuando su compañera volvió a

interrumpirlo.

—¿Qué?

Mukhtar se levantó de inmediato y se giró hacia donde se encontraba su compañera apuntando la linterna en su dirección.

—Nada —respondió él con una leve sonrisa mientras se colocaba a su lado—. Vamos —apremió.

Salieron de allí y, pese a que estaba nublado, volvieron a sentir el sofocante calor.

Caminaron en dirección a las iglesias ubicadas en la parte baja de la colina.

Aquello era lo más fascinante que había hecho en toda su vida y, aunque Cassandra se postulaba al respecto más escéptica, él sabía que estaba en lo cierto. Sabía que aquel ansiado objeto había estado allí, que existía, que era real.

—Las once —dijo Cassandra y señaló hacia delante, donde un todoterreno se detenía al lado de la furgoneta en que ellos habían llegado—. Hoy llega un poco antes.

—De todas formas, ya lo hemos revisado todo. Solo nos quedaba por confirmar que la cruz del temple estaba ahí —recordó.

Mientras se acercaban pudieron ver cómo aquel hombre para el que trabajaban y que financiaba aquella costosa investigación con sus dietas, transportes y hoteles, salía del todoterreno con su impecable traje. Jamás le había gustado, pero, al fin y al cabo, él estaba allí justamente para ayudarlo en su búsqueda, para eso mismo le costaba todo.

Siempre iba elegante, sin importar el tiempo que hiciese. Ya podía llover o hacer un calor insoportable que siempre vestía de forma refinada.

—Señor Bousaid —dijo con una sonrisa hacia él, luego se giró hacia ella y la saludó con cortesía—. Señorita Zabat.

—Buenos días —respondió Mukhtar.

Bronte les sonrió con amabilidad y se desabrochó la americana, detestaba la humedad de aquella zona.

—Último día de investigación —continuó Bronte con una amable sonrisa—. ¿Han podido sacar algo en claro?

Kassandra miró de reojo a su compañero, pues hasta ese momento normalmente era él quien lo informaba. Aquello ya era como una costumbre.

—Hemos corroborado el paso de los templarios, es prácticamente seguro que estuvieron aquí.

—¿Prácticamente? —preguntó Bronte con una sonrisa de lado.

Kassandra se decidió a intervenir.

—Entendemos que sí, dado que adoptaron la cruz aksumita como suya y la convirtieron en su símbolo, con el que posteriormente se hicieron el resto de cruzadas y con el que en la actualidad aún se les conoce y relaciona. Además, el símbolo de la cruz no aparece solo en la zona de las tumbas de los reyes, sino que la mayoría de las iglesias, sobre todo las de la parte inferior, tienen en su base la misma forma. Coincido con mi compañero en que los templarios llegaron a Etiopía.

—¿Las medidas del altar están confirmadas? —preguntó Bronte con actitud seria.

—Ciento once centímetros de largo por sesenta y siete de ancho —corroboró Mukhtar.

Bronte se separó un poco de ellos observando el paisaje.

—Esto significa que el *Kebrá Nagast* está en lo cierto —susurró mientras Mukhtar y Cassandra se observaban de reojo—. Vamos por buen camino —corroboró girándose hacia ellos.

Al fin, después de tantos meses luchando parecía que iba por buen camino. No quería dar su siguiente e importante paso sin asegurarse de que todo iba a salir bien, pues sabía que en el momento en que tomase aquella decisión y actuase, la facción de Zeus sería consciente de lo que estaba maquinando y le sería muy difícil llevarlo a cabo. Para eso mismo se encontraba él allí, junto a dos grandes investigadores, para asegurarse de que cuando moviese ficha, Karan y los suyos no iban a impedirselo. Solo tenía una oportunidad y, si fracasaba, todo se echaría a perder. De nada serviría todo lo que había conseguido hasta ahora, de nada serviría la muerte de su querido hermano, Arges.

—Bien... —continuó sopesando todo lo que tenía que hacer a partir de ese momento. Elevó la mirada hacia ellos y asintió como si hubiese tomado una decisión. Abrió la puerta del copiloto por donde había salido hacía escasos minutos y extrajo de la guantera dos sobres, entregando uno a cada uno—. Partiremos a Aksum esta misma tarde.

Mukhtar lo miró asombrado.

—¿Aksum? —Aquello lo puso en alerta, aunque intentó relajarse.

Bronte fijó su mirada en el rostro de Mukhtar, aquel joven había sido uno de los primeros que se había ofrecido voluntario para recibir la beca y realizar las investigaciones necesarias. En aquel momento, sabía que debía comprender a lo que se refería, pues lo observaba con sus ojos marrón oscuro con suspicacia.

—Por supuesto —sonrió Bronte—. Aunque si lo preferís, podéis quedaros aquí.

—No —respondió Mukhtar con seguridad—. Voy.

Bronte miró a Kassandra que observaba a su compañero, asombrada.

—¿Y usted?

—Sí, claro... —respondió ella directamente.

Bronte les tendió el sobre y ella observó el billete de avión rumbo a Aksum.

—El vuelo sale a las seis de la tarde —indicó ella.

—Sí, es el único vuelo disponible hasta dentro de tres días —indicó Bronte—. He pensado que preferiríais el avión. Son solo cuarenta minutos de vuelo, aunque también cabe la posibilidad de desplazarnos en coche, pero son más de ocho horas y media por estas carreteras sin asfaltar.

—Mejor el avión —confirmó ella.

—Está bien —indicó Bronte—. Pasarán a buscaros por vuestro hotel a las cuatro de la tarde. Estad preparados. Señor Bousaid —dijo, estrechándole la mano—. Señorita Zabat —se despidió también de ella con un cordial apretón. Se giró y abrió la puerta del copiloto mientras miraba a su alrededor, consciente de que no volvería más a ese lugar—. Este lugar está olvidado de la mano de Dios, solo vienen a rezar —susurró como si aquello lo alterase.

—Eso es ahora —intervino Mukhtar acercándose a él—, en otro tiempo fue la capital de la dinastía Zagüe. —Miró a su alrededor también—. La ciudad fue reconstruida como la nueva Jerusalén en respuesta a la conquista de Tierra Santa por los musulmanes. La bautizó como Lalibela el rey Gebra Maskal Lalibela, pero antes ya era un gran centro de comercio de la dinastía Zagüe, la llamaban Roha.

Bronte miró a Mukhtar sin mucho interés y asintió como si hubiese prestado atención a su explicación.

—Muy interesante. Buen trabajo. —Se sentó en el asiento del copiloto y los miró esta vez más seriamente—. Nos vemos mañana. —Y cerró la puerta—. Arranca, Odell —ordenó al conductor.

Mukhtar y Cassandra observaron cómo el todoterreno se alejaba, elevando una nube de polvo a su paso. Cassandra se apartó el rizo negro de su rostro y miró a su compañero. Mukhtar se había quedado mirando fijamente cómo se alejaba el todoterreno, pensativo.

—¿Estás bien? —preguntó ella. Su compañero asintió sin apartar la mirada del todoterreno cada vez más lejano—. ¿Qué hay en Aksum?

Mukhtar suspiró y se giró hacia ella intentando recomponer su rostro. Dudó unos segundos hasta que sonrió y se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Bueno... —apuntó ella divertida—, supongo que esta tarde lo averiguaremos. —Y se giró hacia la furgoneta.

—Ahora voy —indicó él mientras sacaba de su bolsillo el teléfono móvil.

Cuando su compañera se sentó en el asiento trasero de la furgoneta y cerró la puerta le dio la espalda y buscó en la agenda de su móvil. No sabía por qué, pero no le daba buena espina. Ya le habían explicado que aquello era muy común, pero Bronte tenía algo que no le gustaba.

Esperó a que los tonos sonasen al otro lado de la línea mientras se aseguraba de que nadie estaba cerca.

Cuando escuchó que descolgaban al otro lado no esperó un saludo.

—Se dirigen a Aksum, van a ir a por ella. Preparaos —advirtió.

Colgó de inmediato y guardó su teléfono en el bolsillo. Se giró y observó a su compañera que permanecía revisando las fotografías que acababa de hacer. Se pasó la mano por el cabello negro y se dirigió a la furgoneta mientras observaba el camino que unos minutos antes había tomado Bronte. Su vehículo ya había desaparecido en el horizonte.

Bronte observaba a través de la ventana. La zona era agreste, salpicada por cabañas de barro habitadas por la gente de la zona. Acostumbrado a toda clase de lujos, no comprendía cómo las personas podían vivir allí.

—¿Has hablado con Rubén? —preguntó al conductor.

Odell, descendiente del dios de la guerra, Ares, asintió.

Aquella noche habían hecho el primer intento, sabía que era muy difícil conseguir el casco, pues se encontraba en el hogar del hijo de Zeus, Karan, un semidiós con unos poderes superiores a muchos de los dioses que lo ayudaban.

Ahora, al menos, sabían dónde lo escondían gracias al poder de Ichiro. Necesitaba el preciado objeto que buscaba. Una vez lo tuviese en su poder podría atacar de nuevo y, esta vez, lo haría con más contundencia.

—Sí, todos esperan nuevas órdenes.

El mayor problema al que se enfrentaba era que ellos también contaban con Elin, aquella semidiosa que podía hacer que el poder de los semidioses aumentase y que también los sanaba. Con ella eran casi invencibles.

—Que pasen a buscar a Mukhtar y a Cassandra por el hotel a las cuatro —ordenó—. ¡Asim! —gritó. Asim se materializó en la parte trasera del vehículo. Bronte lo observó a través del espejo retrovisor, incluso desde allí podía detectarse su aura de peligrosidad—. Dime, ¿Karan escuchó que nos encontrábamos en Roha?

—Rubén me asegura que sí, señor —pronunció Asim.

A Odell pareció desquiciarlo aquello, pues tenía mucho temperamento.

—¿Por qué tenemos que llevar a esos simples humanos a Aksum? ¿Tan necesarios son estos dos investigadores? —se quejó Odell—. Nos van a retrasar.

Bronte sonrió con malicia.

—Son nuestros escudos —pronunció mientras se giraba hacia Asim—. ¿Has conseguido lo que te pedí?

—¿Los aviones? —preguntó Odell—. Sí, señor. Todo está preparado.

Bronte se quedó pensativo y finalmente asintió.

—De acuerdo. —Miró hacia atrás con una leve sonrisa maliciosa—. Encárgate de que todo esté listo para esta misma noche.

## 7

Se había levantado cerca de las nueve de la mañana, se había dado una ducha para despejarse y había bajado a la planta baja. La cama de Karan era realmente cómoda.

La verdad es que la debilidad causada por el hijo de Morfeo, Ichiro, le había hecho caer en redondo en cuanto se había tumbado. Por lo menos, el dolor de cabeza había mitigado pronto y no le había hecho perder el sueño.

Salió y caminó por el pasillo observando que algunas de las habitaciones estaban con la puerta entreabierta. Habían puesto colchones en el suelo donde el resto de semidioses dormían. ¿Karan había pasado la noche en una de aquellas habitaciones?

—Qué dolor de cabeza... —Escuchó que decía uno de sus compañeros a otro—. Esto de dormir en el suelo...

Bajó las escaleras y atravesó el recibidor rumbo al comedor. Sobre la mesa aún estaban las sobras del desayuno que habían tomado aquella mañana.

Fue hacia la cafetera y observó que todavía quedaba algo de café. Se sirvió una taza hasta arriba y un par de cucharadas de azúcar.

—Buenos días —comentó una voz femenina tras ella. Elin se giró y la observó con una leve sonrisa—. Tú debes de ser Elin, ¿verdad? —preguntó.

La muchacha parecía agradable. Tenía una preciosa cabellera rojiza y unos enormes ojos verdes.

Elin asintió.

—Soy Ivette. —Y tendió la mano hacia ella.

Elin se la estrechó emocionada.

—No te había visto antes por aquí —comentó Elin mientras observaba unos cuantos cruasanes.

—Llegué ayer —se sinceró ella—. Hermi vino a buscarme y me explicó lo que ocurría —pronunció descendiendo el tono, lo que hizo que Elin enarcase una ceja—. Es horrible.

Elin volvió a mirarla de la cabeza a los pies y asintió. La muchacha no debía de tener ni veintitrés años.

Finalmente cogió un cruasán y se encogió de hombros.

—¿De quién eres descendiente? —preguntó Elin.

—De Hebe, diosa de la juventud.

—Ya —respondió ella. Ahora lo comprendía todo.

—Por cierto, en la cocina también hay cruasanes de chocolate.

Elin abrió los ojos como platos y soltó el resto de la bollería sobre la mesa.

—¿En serio? —preguntó dirigiéndose ya a la cocina. Ivette se quedó observando cómo Elin abría varios cajones con confianza, como si aquella fuese su casa y sonreía cuando encontraba una bolsa llena de minicruasanes rellenos de chocolate—. Me encantan —susurró dejando la bolsa en el mármol y abriéndola. Le tendió la bolsa ofreciéndole, pero Ivette se negó.

—Ya he desayunado antes, gracias.

Elin se llevó uno a la boca y luego miró hacia la puerta que conectaba también con el jardín, donde había bastante movimiento. Cogió la bolsa y se dirigió hacia allí seguida de la muchacha.

—¿Están entrenando?

—Sí, llevan desde las ocho y media —explicó colocándose a su lado, parecía que la chica tenía ganas de hablar.

Elin abrió la puerta de la cocina para acceder al jardín.

—¿Hay muchos semidioses nuevos? —Le preguntó.

Ivette se encogió de hombros.

—No lo sé. Llegué ayer —le recordó—. Llegué con Alexandros.

Elin se metió otro cruasán en la boca y la miró sin comprender.

—¿Y quién es ese?

Ivette señaló hacia delante, hacia el descendiente de Eros que, de nuevo, iba sin camiseta, con unos pantalones largos de chándal y descalzo. Su cabello rubio y largo volaba hacia atrás, como si el mismo viento y el sol lo acariciasen.

Escuchó el suspiro de Ivette a su lado.

—Es tan guapo... —susurró mientras pestañeaba.

Elin la miró de reojo sorprendida por el tono tan acaramelado que empleaba.

Miró al chico mientras metía la mano en la bolsa de nuevo y cogía otro pequeño cruasán. Sí, el chico era muy atractivo, además, poseía una sensualidad que ninguno de los otros tenía. Era como si todo tu ser te obligase a mirarlo sin apartar la vista de él.

—¿Descendiente de Eros? —preguntó Elin que ya lo suponía.

Ivette se apoyó contra la pared sin apartar la mirada de él.

—Sííí —susurró embelesada.

—Lo suponía —dijo Elin mientras observaba entrenar al resto de semidioses. De allí ya conocía a Adrián, a Miguel Ángel y a Hermi, el resto debían de haber llegado aquellas últimas semanas en que ella no había aparecido por allí. Se giró hacia Ivette que aún permanecía con la mirada clavada en Alexandros—. Chica, se te van a saltar los ojos —bromeó ella, lo que hizo que Ivette reaccionase sonrojándose y la miró un poco tímida—. ¿Cómo sabías que soy Elin?

La muchacha se encogió de hombros.

—Bueno, todos sabemos que nuestros líderes son Karan, Gael, Neil y Elin.

Aquello hizo que Elin parpadeara varias veces y casi se atragantase. Tuvo que golpearse el pecho varias veces para que el cruasán bajase.

—¿Líderes? —preguntó tras recuperarse.

—Y, además, esta mañana se rumoreaba que ayer por la noche te atacaron para conseguir el casco y Karan fue en tu búsqueda.

—Ya —respondió no muy segura, pues pese a que sabía que Karan había ido al rescate no sabía nada más. Miró a Ivette intrigada—. ¿Dicen algo más?

Ivette negó.

—No he podido enterarme de mucho, la verdad —apuntó.

Elin chasqueó la lengua.

—Lástima —susurró mientras cogía otro cruasán y miraba al frente donde estaban preparando, al final del jardín, unas dianas para entrenar la puntería.

—Eh, rubia. —Las dos se giraron ante aquella llamada. Karan salía al jardín a través de la puerta del comedor cargando con varias cajas—. ¿Vas a comerte toda la bolsa de cruasanes?

Elin le sonrió mientras se metía otro en la boca.

—Estoy muerta de hambre. Ayer no cené —indicó.

Karan depositó las cajas en el suelo y miró al frente, donde en ese momento Adrián y Alexandros acababan de colgar las dianas al final del largo jardín. Se llevó la mano a la cabeza y resopló.

—¿Estás bien? —preguntó Elin al ver su gesto.

Karan la miró y asintió.

—Me he levantado con dolor de cabeza, mucha tensión acumulada —respondió sin darle importancia.

—Debe de venir mal tiempo —indicó Ivette.

—Pues qué bien... —ironizó Karan—. Fantástico. —Chasqueó la lengua y miró a Elin directamente—. ¿Por qué no comes otra cosa? —preguntó—. No entiendo cómo engulles tanto y luego estás tan delgada.

Elin e Ivette se acercaron a observar.

—¿Qué es esto? —preguntó Elin ignorando su último comentario.

Karan abrió la caja y la miró con una sonrisa de soslayo.

—Flechas de amor de Cupido —ironizó mostrándoselo. Había cientos de aquellas flechas—. ¡Alexandros! —gritó—. Ya las tengo.

Alexandros corrió hacia allí con elegancia, mientras sus cabellos rubios iban hacia atrás. Las dos muchachas se quedaron observándolo, incluso Elinladeó su cuello mientras masticaba, contemplándolo.

Karan resopló y se cruzó de brazos mientras Alexandros llegaba hasta él y miraba el interior de las cajas.

—Perfecto —dijo cogiendo las flechas—. ¿Y el arco? —preguntó a Karan.

—En la otra caja —respondió señalando con un movimiento de cabeza a la otra. No pudo evitar chasquear la lengua mientras observaba cómo Elin miraba de arriba abajo al muchacho que se agachaba frente a ellas. Por otro lado, Ivette ya ni siquiera disimulaba, pues otro suspiro hizo que Karan pusiese los ojos en blanco.

—¿Eres bueno con el arco? —preguntó Elin.

Alexandros se puso en pie, con su porte elegante y sujetando el arco en su brazo mientras en la otra mano sujetaba varias flechas. Karan miró alternativamente de Alexandros a Elin, cruzado de brazos. No le hacía ninguna gracia que el hijo de Eros se pasease por su jardín sin camiseta.

Alexandros sonrió a las muchachas y se giró colocando el arco a la altura de su hombro, situando la flecha en el centro y tensando la cuerda. El movimiento fue muy ágil y veloz, tanto que para cuando todos se habían dado cuenta de lo que había hecho, Alexandros ya había disparado tres flechas a la diana más alejada, acertando justo en el centro.

—Impresionante... —susurró Ivette.

Alexandros sonrió orgulloso de lo que acababa de hacer mientras Elin miraba también impresionada la diana y volvía la vista hacia él.

—Vaya —comentó Elin graciosa—, lo de que tu padre disparaba flechas de amor era cierto.

Alexandros le sonrió y asintió.

—Siempre se me ha dado muy bien hacer blanco, sea a la distancia que sea.

—¿Con cualquier arma? —preguntó Elin interesada.

Alexandros le ofreció una sonrisa traviesa mientras adoptaba una postura erguida ante ella,

aunque en su mirada tenía un ligero toque de broma.

—Con cualquiera... —comentó con voz pausada y grave.

A Karan aquella insinuación lo desesperó y carraspeó interrumpiendo la conversación.

—Pañales... —lo llamó con gesto siniestro—, ¿por qué no entrenas a todos los semidioses? —le propuso directamente.

Alexandros enarcó una ceja hacia él, pues aquel apodo no le gustaba nada. De igual forma Elin le reprendió con la mirada por lo que acababa de decir. Colocó una mano en el hombro de Alexandros y dio unas palmaditas intentando calmarlo, pues parecía realmente ofendido.

—No le hagas caso —pronunció Elin con ternura y luego hizo un gesto gracioso—. Quizá no le iría mal que una de tus flechas acabase en su trasero.

Karan chasqueó la lengua y miró al muchacho, esta vez con gesto más tranquilo.

—Venga, a entrenar... —ordenó, aunque con un tono de voz más amable—. Ivette. —Miró a la muchacha—. ¿Has disparado algún arma? —Ella negó directamente—. Alexandros, evalúa a cada uno de tus compañeros y enséñales. Te nombro... mmm... responsable del Departamento de Entrenamientos, ¿de acuerdo?

Aquello hizo que Alexandros abriese los ojos al máximo olvidando el apelativo que le había dicho hacía unos segundos. Para ninguno de los tres pasó desapercibido el brillo que aparecía en sus ojos, como si fuese un verdadero honor.

—¿Podrás encargarte? —insistió Karan.

—Sí, claro —respondió emocionado.

—De acuerdo, pues empieza —Señaló con un movimiento de cabeza a un grupo de semidioses que se encontraba sentado en el comedor—. Elin. —Se giró hacia ella—. ¿Podemos hablar? —preguntó mientras se colocaba a su lado. Ella lo miró fijamente, pues parecía que aún se sentía ofendida por el apodo que le había puesto a Alexandros. Volvió a meterse otro mini cruasán en la boca—. ¿Me vas a dejar alguno o qué? —preguntó observando la bolsa.

—No sé, creo que no te lo mereces —ironizó ella.

Karan enarcó una ceja y se colocó justo enfrente, echándose un poco encima.

—¿Tú crees? ¿Ni siquiera después de salvarte la vida ayer? —preguntó en un tono provocador.

Ella lo miró fijamente. Los ojos de Karan resplandecían casi dorados. Estrelló la bolsa de cruasanes contra su pecho.

—Toma, aquí los tienes. Todos tuyos.

Karan la miró con una sonrisa mientras sujetaba la bolsa de cruasanes.

—Bien... también tengo fruta. —Ella puso cara de desagrado—. ¿No?

Elin lo miró pensativa. Estaba claro que había algo en Alexandros que no era de su agrado, aunque también debía tener en cuenta que se trataba de Karan, no es que fuese a considerarse el más amable del grupo. Aun así, tenía razón en una de las cosas que había dicho: le había salvado la vida y no era la primera vez. De hecho, pese a su carácter un poco prepotente Karan siempre había salido en ayuda de todos ellos.

—¿Dónde están Gael y Neil?

—Han ido a buscar a Lucía y a Adriana.

Aquello la sorprendió.

—¿Vienen?

Él asintió y miró hacia dentro de su propiedad.

—Ven, te pondré al corriente antes de que lleguen —dijo dirigiéndose a la puerta del comedor.

Ella lo siguió y miró su perfil. Por lo que había entendido el día anterior, algún semidiós se había hecho pasar por ella mientras la mantenían dormida. Karan se había dado cuenta de ello y había acudido rápidamente a su piso para asegurarse de que estaba bien.

Atravesaron el comedor y subieron los primeros escalones cuando ella lo detuvo con su mano, mirándolo con cierta ternura.

—No sé lo que ocurrió ayer, Ichiro se encargó de dejarme dormida... —susurró con delicadeza—, pero sé que viniste a buscarme para asegurarte de que estaba bien. Si no fuese por ti...

Karan colocó una mano sobre la suya con delicadeza, pues en ese momento Elin lo observaba de una forma distinta a todas las anteriores veces. Su mirada expresaba un agradecimiento que ni siquiera podía explicar con palabras, ni siquiera cuando el Vesubio había erupcionado y él la había sacado de allí con su velocidad lo había mirado de aquella forma.

La contempló con una sonrisa un poco tímida, pues no estaba acostumbrado a aquellas muestras de cariño.

—No es nada, Elin —respondió con delicadeza, sin apartar la mano de la suya. Luego ladeó su cuello—. Pero la próxima vez que intenten algo así... —Y dio un paso hacia ella, en ese momento, su mirada se transformó en algo peligroso—. Los mataré.

Lo creyó, no solo por su mirada, sino por la intensidad con que había pronunciado aquellas palabras. Desde luego, cuando decía aquellas cosas daba bastante respeto.

—¿Ya te encuentras bien? —continuó Karan sin apartar la mano de ella.

—Sí, estoy perfectamente.

—¿Te golpearon? ¿Te hicieron daño?

Pudo detectar su voz dolida. Ella se encogió de hombros.

—Intenté pelear. Algún golpe me llevé... pero ellos también —acabó con una sonrisa pilla.

—No esperaba menos de ti —comentó subiendo y bajando sus cejas repetidas veces en actitud graciosa. Apartó la mano de ella delicadamente y siguieron subiendo las escaleras. Tomaron el pasillo a la derecha en dirección al despacho—. Ayer dijiste que tenías que trabajar el lunes... —Ella asintió mientras Karan abría la puerta—. Preferiría que te quedases aquí. Hermi puede llevarte al trabajo y después traerte de vuelta.

Karan entró y fue directo a la mesa donde reposaba el ordenador que habían usado la noche anterior, así como todos los documentos donde habían apuntado las posibles conexiones que podían existir respecto a lo que había escuchado en el piso de Elin.

—Claro, pero... de todas formas, su plan fracasó. No creo que vuelvan a repetirlo —comentó ella entrando en la oficina.

Karan fue hasta su butaca mientras la miraba no muy seguro por la respuesta.

—Ya lo imagino —dijo encendiendo el ordenador. Elin se sentó frente a él—. Pero aquí estarás a salvo. —Se quedó observándola unos segundos, perdiéndose en sus preciosos ojos azules y notó cómo algo dentro de él se rompía al recordar la imagen de ella tendida en el suelo de su piso, inconsciente—. No estarás en ningún lugar más a salvo que aquí, conmigo —pronunció seriamente. Ella apretó los labios y asintió, conmocionada por las palabras de él. Karan suspiró e intentó recomponerse. Debía confesar que la situación vivida el día anterior le había superado, incluso había llegado a perder los papeles en algún momento. Debía centrarse en averiguar qué

era lo que tramaban para detenerlos. Sabía que querían el casco y que también necesitaban el rayo, es decir, irían a por él, pero eso no lo asustaba... Lo asustaban mucho más las palabras que había escuchado pronunciar a Rubén e Ichiro antes de que ellos fuesen conscientes de su presencia.

Repitió aquellas palabras en su mente.

—Allá donde la vamos a llevar no va a hacer mucho calor... al contrario. Menuda sorpresa se va a llevar cuando se despierte. —Había reído Rubén mientras clavaba su mirada en Elin, luego había mirado a Ichiro—. ¿Crees que la habrán encontrado ya?

—No lo sé, Roha es muy grande —había respondido Ichiro.

—Verás qué risas cuando se despierte en medio de las montañas nevadas... —había continuado Rubén—. No se parece en nada a la playa, ¿eh, guapetona? Bronte va a estar encantado cuando al final te tenga.

Miró fijamente a Elin, le había costado más de la cuenta contenerse, pero allí vivían civiles que no merecían un final así y, al fin y al cabo, su misión principal era proteger a la humanidad.

—Ayer, después de la intrusión de tu doble... —comenzó a explicarle Karan—, y tras darme cuenta de que no eras tú realmente...

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó intrigada, intentando centrarse en la conversación, pues aún las últimas palabras que Karan había pronunciado persistían en su mente, erizando su piel.

En ese momento, una mueca graciosa atravesó el rostro de él.

—Ya te lo dije ayer... —le recordó apoyándose sobre la butaca con una ligera sonrisa—, estabas demasiado... seductora...

Ella lo escudriñó con la mirada.

—¿En serio? ¿Era verdad?

Él se apoyó sobre la mesa, divertido.

—Pues claro que era verdad —se defendió—. Joder, tu doble me empujó contra la pared en plan *femme fatale*, te me acercabas muy... provocativa... —La miró con intensidad—. Te acercaste demasiado a mis labios... —Ella lo miraba enarcando una ceja—. Pero no funcionó... No, no... —Y volvió la mirada hacia uno de los documentos—. Pensé... esta no es mi Elin —bromeó—. Mi Elin no sería tan directa...

—Vale, ya lo pillo...

—Tenía su puntito por eso. —La señaló.

—Yaaa.

Karan la interrogó con la mirada.

—Eres siempre tan políticamente correcta... —pronunció pensativo—, ¿no has pensado nunca en desmelenarte? —Ella oscureció su mirada—. No te quedaba mal ese *look*.

Ella se apoyó contra la mesa.

—Vale, ya me lo has explicado... al grano —ordenó un poco abochornada. A saber qué había hecho aquel semidiós tomando su forma—. ¿Sabemos quién era el impostor?

—Tenemos una ligera idea. Seguramente sea el hijo de Horus. Es uno de los pocos cambiaformas de la historia y su hijo, Asim, es uno de los semidioses con más poder.

—Pero lo ganaste, ¿no?

—¿Qué pregunta es esa? —preguntó él como si no tuviese sentido—. Pues claro que lo gané, pero también tenía tu apariencia, por lo tanto, tenía tu fuerza. No me supuso ningún problema. —Y

sonrió hacia ella.

—Abrevia... —pronunció mosqueada.

—El hecho es que, al darme cuenta de que además tenía tu tarjeta, llamé a Hermi y fui de inmediato a tu piso. Te encontré tirada en el suelo rodeada por Rubén, Theron e Ichiro. —Ella tragó saliva—. Y antes de que se percatasen de que me encontraba allí... los escuché decir algo sobre que iban a llevarte a unas montañas nevadas...

—¿Montañas nevadas? —preguntó sorprendida.

Él asintió. Se apoyó contra el respaldo y se pasó la mano por la barbilla, pensativo.

—También mencionaron un nombre: Roha.

—¿Es algún lugar?

—Es lo que intentamos averiguar. Ayer por la noche estuvimos indagando y solo encontramos dos cosas que se corresponden con ese nombre: un laboratorio químico ubicado en Valencia, España, y una población de la India.

—En India hay montañas consideradas entre las más altas del mundo —susurró ella pensativa.

—Ya, pero... ¿qué iban a buscar allí? ¿Por qué iban a ir a la India? Es algo que no comprendo. Se me escapa. —Suspiró y la miró fijamente. Elin, absorta en sus pensamientos, intentaba encontrar una conexión entre ellos. Tragó saliva y esta vez adoptó un tono de voz más delicado—. Rubén también dijo que... —Inspiró sin apartar la mirada de ella—. Que te querían para ellos.

Aquellas palabras hicieron que Elin elevase su mirada hacia él.

—¿A mí? —preguntó sorprendida. Karan asintió con bastante preocupación—. ¿Y por qué van a quererme a mí?

—Tengo dos opciones —dijo Karan—. La primera: por tu poder. Aunque tú no lo creas el hecho de contar contigo es muy importante. Puedes sanarnos a todos, incrementar nuestro poder... eso nos da ventaja frente a ellos.

Ella lo miró confundida.

—Tampoco tiene sentido. A ellos no los sanaría —sentenció.

—Pero si estás con ellos tampoco podrás sanarnos a nosotros. Eso equilibraría un poco la balanza. —Se puso erguido en su butaca y durante unos segundos guardó silencio—. Aunque me decanto más por la segunda opción...

—¿Y cuál es?

Karan la miró fijamente y durante unos segundos apartó la mirada de ella, como si buscara la forma más correcta de pronunciar aquello.

—Para abrir las puertas del Tártaro también necesitan el rayo de Zeus, y el rayo solo lo tengo yo. Yo soy el único descendiente vivo de Zeus.

—Ya, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? —comentó ella sin comprender.

Karan la miró fijamente y tragó saliva notando cómo su corazón se disparaba. Se removió un poco en su asiento tratando de decir aquello con la mayor naturalidad posible. «Iría a buscarla a cualquier parte del mundo y se enfrentaría a todo aquel que intentase hacerle daño». Eso era lo que debía decirle, lo que realmente creía que ocurría. Si ellos la tenían, él estaría a su merced.

Dudó de nuevo y moduló su voz.

—Saben que... —Ella se quedó observándolo. ¿Qué le ocurría a Karan? Lo miró sin comprender, incluso enarcando una ceja hacia él—. Iría a...

Se calló cuando escuchó unos pasos tras la puerta. Hermi abrió sin llamar, aunque toda su

atención se concentró en Gael y Lucía que lo seguían.

Tanto Karan como Elin se pusieron en pie para recibirlos. Sus rostros pasaron de estar serios a lucir sonrientes.

—¡Lucía! —exclamó Elin avanzando hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Hola, Elin! ¡Cuánto tiempo! —comentó Lucía mientras se estrechaba con ella en un fuerte abrazo.

—Hará casi un mes que no nos vemos —apuntó Elin soltándose de ella—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, intentando aprovechar las vacaciones cuando puedo —bromeó y se giró hacia Karan que caminaba hacia ella también para darle un abrazo.

Lucía, nieta de Laureano, uno de los mejores historiadores que habían conocido, había sido clave para poder hacerse con el casco. Si no fuese por su dominio del período histórico y sus conocimientos lo habrían tenido mucho más difícil.

Lucía se abrazó a Karan unos segundos y se distanció de él mientras observaba a su alrededor.

—Cada vez tienes la casa más desordenada —bromeó ella mirando a Karan de reojo.

Sabía de quién se trataba, y aunque al hijo de Zeus siempre le había precedido una fama de prepotente e incluso de tipo peligroso, con ella siempre había sido cordial y muy amistoso desde el primer momento.

Si cualquiera de los semidioses o simples mortales le hubiese insinuado o bromeado de aquella forma seguramente lo hubiese fusilado con la mirada... con Lucía simplemente le enseñaba los dientes con una sonrisa tímida y se encogía de hombros.

—Ya pondré orden cuando esto acabe y... —Miró a Hermi—. Cuando dejen de invadirla.

—Je, je, je... —Rio Hermi mientras iba hacia el escritorio.

Karan puso los ojos en blanco y se centró de nuevo en Lucía.

—Supongo que Gael ya te habrá puesto al corriente de...

—Roha. —Lo cortó ella dirigiéndose al ordenador. Todos la miraron asombrados, excepto Gael que poseía una enigmática sonrisa.

Elin la siguió.

—¿Sabes qué es?

Lucía miró a Karan y señaló la butaca que estaba frente al ordenador.

—¿Puedo? —le pidió.

Karan asintió mientras se acercaba también.

—Todo tuyo.

—Perfecto... —dijo sentándose y cogiendo el ratón del ordenador. Abrió un buscador de internet y comenzó a escribir—. La cuestión no es de qué se trata Roha... —dijo mirando a Elin—, sino dónde se encuentra.

Karan se situó al otro lado del escritorio.

—Hemos visto que en la India hay una población llamada así.

Lucía negó.

—No creo que sea lo que os interese. Verás... —comentó mirando a Karan—, mientras veníamos hacia aquí Gael me ha puesto al día de todo... —Miró a Elin—. Menos mal que estás bien —dijo aliviada. Elin le sonrió con ternura—. Y cuando me ha dicho lo de Roha... —Se quedó pensativa—. Es un nombre que me sonaba mucho, estaba segura de que lo había estudiado en clase, así que me he puesto a investigar.

—Como siempre —pronunció Karan.

—Y... —Giró la pantalla del ordenador y vieron un mapamundi que se había agrandado sobre el país de Etiopía.

Todos la miraron sin comprender.

—¿Etiopía? —preguntó Elin.

Ella asintió.

—¿Os suena el Reino de Aksum? —preguntó ella entusiasmada.

Todos negaron, aunque giraron su cuello hacia Karan cuando escucharon que comenzaba a resoplar.

—Joder —susurró bajito, como si en aquel momento comprendiese ciertas cosas—. Ahora lo entiendo. ¿Cómo no he podido caer antes? —dijo pensativo. Miró a Elin que lo observaba sin comprender—. El Reino de Aksum se originó sobre el siglo I después de Cristo y hasta el VII después de Cristo. Muchos historiadores creen que es el antiguo reino de Saba, es decir, que sus reyes eran descendientes del rey Salomón de Israel.

—¿El que construyó el templo de Jerusalén? —preguntó Elin alucinada—. ¿El del juicio de Salomón? ¿El que dijo que partiesen al niño por la mitad según el Antiguo Testamento?

—El mismo —indicó Karan y miró fastidiado a Lucía—. Aunque no solo es nombrado en la Biblia. En el Corán está considerado como uno de los mayores profetas. Ellos lo conocen como Sulayman.

—Exacto —le dio la razón Lucía mientras Gael se situaba a su lado, escuchándola—. Salomón heredó un gran imperio creado por su padre, el rey David, que abarcaba desde el Valle Torrencial en la frontera con Egipto hasta el río Éufrates situado en Mesopotamia. Hizo grandes proyectos de construcción, como por ejemplo el que has dicho —indicó a Elin—. El Templo de Jerusalén.

—Mierda —volvió a susurrar Karan.

—¿Y sabéis para qué construyó el Templo de Jerusalén? ¿Su verdadera finalidad? —preguntó. Karan se pasaba la mano por los ojos con cierto agobio mientras Elin lo miraba suspicaz—. Para guardar el Arca de la Alianza.

Elin pestañeó repetidas veces y miró a Karan asombrada.

—¿El Arca de la Alianza?

—Sí, la de Indiana Jones... ya sabes... —continuó Lucía como si estuviese claro.

—Ya... —contestó no muy segura. Se removió inquieta y miró de nuevo a Lucía—. ¿Y Roha es alguna forma de llamar al Arca de la Alianza?

Lucía negó.

—No. Verás... era tal el esplendor de Israel en el reinado del rey Salomón que aquello llamó la atención de la reina de Saba, que acudió para conocer a aquel sabio rey. —Luego sonrió de una forma enigmática—. Ahora empieza lo gracioso, porque existen varias fuentes. Según el Antiguo Testamento, la reina de Saba viajó desde los confines de la tierra llevando regalos al rey, tales como piedras preciosas, oro y especias. Según el Corán. —Señaló a Karan, el cual lo había mencionado antes—. En el viaje, la reina de Saba quedó tan impresionada por la sabiduría de Salomón que se convirtió al monoteísmo y a partir de ese momento solo alabó al Dios Yahvé, pero... existe otro relato mucho más interesante... Según el *Kebrá Nagast*, el libro sagrado de la Iglesia ortodoxa etíope, ambos tuvieron un hijo...

—Al que llamaron Menelik I —indicó Karan—, quien sería el futuro rey de Etiopía. De hecho,

muchas corrientes como la masónica dan como cierto este relato.

—Vale, ¿y? —le preguntó Elin.

—Se dice que, según el *Kebra Nagast*, la reina de Saba esperaba un hijo del rey Salomón cuando regresó a su hogar, así que Menelik nació en Eritrea —continuó Karan—, de hecho, no fue hasta que el niño creció que conoció a su padre. Es decir, tuvo que viajar desde Etiopía hasta Israel para conocerlo. Cuando llegó quedó totalmente maravillado con la ciudad de Jerusalén y de su padre. Incluso dicen que Salomón ofreció a Menelik I ser su sucesor y este se negó. Pero a cambio...

—Oye, ¿cómo sabes tanto de esto? —preguntó Elin desquiciada—. ¿No dijiste una vez que no te interesaba la historia de nuestros ancestros?

Karan chasqueó la lengua.

—Ya, pero esto sí me interesa... bastante —sentenció. Parecía incluso nervioso—. Además, lo de los ancestros sigue sin interesarme, esto es otra cosa bien diferente. —Se apoyó contra la mesa cruzándose de brazos—. Como iba diciendo, Menelik se negó a ser el sucesor de su padre en Jerusalén, aunque le pidió regresar a su tierra con intelectuales y sacerdotes, por lo que pretendía alcanzar los logros de su padre en su propio reino. Salomón aceptó, e incluso mandó hacer una copia del Arca de la Alianza para que la llevase con él. —Y sonrió en plan travieso.

—¿Por qué te ríes ahora?

Esta vez fue Lucía quien intervino.

—Menelik la sustituyó por la original y se la llevó a Etiopía.

—Ah, ¿sí? —preguntó Elin sorprendida. Miró a Hermi directamente—. ¿Eso es verdad?

Hermi se encogió de hombros.

—Bueno... hay algunas discrepancias sobre...

—Pero a ver... —intentó aclarar Elin las ideas—, ¿es eso? ¿Buscan el Arca de la Alianza?

—Debe de ser eso —continuó Lucía—. Porque, justamente, lo que ellos mencionaron como Roha, es lo que actualmente se conoce como Lalibela. Fue la capital de la Dinastía Zagüe. Es como se la conocía antes. —Tomó aire y miró a Gael unos segundos—. Según el *Kebra Nagast*, el Arca de la Alianza se encuentra en Etiopía. De hecho, es la fuente más fiable.

Karan intervino de nuevo ante la atenta mirada de Elin.

—Los relatos indican que, tras el robo del arca por parte de Menelik I, el arca permaneció primero en la isla Elefantina del río Nilo, posteriormente, según los escritos, el Arca de la Alianza habría sido depositada en una especie de tabernáculo en la isla de Tana Kirkos, ubicada en el lago Tano, en Etiopía, donde permaneció durante ochocientos años.

—Después de ochocientos años —continuó Lucía—, los relatos señalan que el rey Ezana...

—¿Quién es ese? —preguntó Elin que comenzaba a agobiarse con tanto dato.

—Uno de los reyes del reino de Aksum. Gobernó desde el año 330 después de Cristo hasta el año 356 —continuó Lucía—. Este rey se convirtió al cristianismo y sometió a varios pueblos colindantes. Según la historia que cuenta Rufino de Aquilea, gracias a san Frumencio, esclavo y tutor del joven rey, adoptó dicha religión. De hecho, Ezana luchó contra los nubios y grabó sus victorias en *ge'ez*, el antiguo idioma etíope, en sabeo (o himyarita) y en griego para alabar a Dios por sus victorias. Es una especie de piedra de Rosetta. —Lucía se apoyó en el respaldo—. Pues este rey, dada su conversión al cristianismo, hizo llevar el arca hasta una pequeña iglesia situada en Aksum.

En ese momento Neil abrió la puerta con una gran sonrisa.

—¡Aquí estáis! —dijo permitiendo entrar primero a Adriana—. Os hemos estado buscando por la planta baja. —Se quedó consternado cuando vio las caras serias de todos—. ¿Qué ocurre?

Karan se pasó la mano por el cabello, revolviéndolo, y se giró hacia Hermi.

—Por favor, ve a Lalibela y asegúrate de si están o no allí realmente.

Hermi asintió y desapareció de inmediato. Cuando se giró Lucía se separaba de Adriana y Elin se acercaba para abrazarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella al ver a todos con rostros serios.

—Tenemos problemas —explicó Karan mientras se acercaba para abrazarla también, luego miró a Neil directamente—. Es más grave de lo que esperaba.

Neil tragó saliva al ver el rostro tan serio de Karan y miró directamente a Lucía, pues sabía que ella podría resolver sus dudas.

—¿Qué ocurre?

Karan fue quién habló.

—Están en Etiopía, Lalibela. Buscan el arca —fue lo único que dijo.

Adriana miró sorprendida a Neil.

—¿Qué arca?

—El Arca de la Alianza —contestó Karan.

Neil resopló y miró a Lucía.

—¿Cómo lo sabéis?

—Lalibela era antiguamente conocida como Roha —indicó Lucía.

Karan resopló de nuevo al escuchar aquel nombre y fue hacia la mesa para sentarse sobre ella cruzándose de brazos.

—¿El... el Arca de la Alianza está en... Etiopía? ¿Es... real? —preguntó Adriana sorprendida.

Neil asintió hacia ella, mirando fijamente a Karan.

—Tenemos que encontrarla antes que ellos —sentenció Karan.

Elin lo miraba sorprendida, realmente se le notaba preocupado.

—De acuerdo —dijo Lucía—. Según los antiguos escritos el rey Ezana guardó el Arca de la Alianza en la iglesia de Nuestra Señora de Sion, en Aksum.

—¿Eso se sabe? —preguntó Adriana que intentaba centrarse en la información.

Lucía se encogió de hombros y le mostró el móvil.

—Yo me acabo de enterar hace una hora, cuando he aterrizado en Atenas. —Miró a Karan, el cual permanecía pensativo—. Por lo visto, el arca es cuidada por un sacerdote descendiente de los levitas —acabó la frase sin comprender.

—¿Levitas? —preguntó Neil.

Karan elevó su cabeza y miró a Neil, aunque parecía más inmerso en sus pensamientos que en las palabras que decía.

—Los levitas pertenecían a una de las Doce Tribus de Israel. Se trata del tercer hijo de Jacob, Leví. De hecho... —comentó poniéndose erguido—, según la biblia fueron los elegidos por Dios para servirle. Grandes figuras de las antiguas escrituras pertenecían a esta tribu: Moisés, Samuel, Ezequiel, Aarón, Malaquías...

Elin se había mantenido callada los últimos minutos, observando a Karan. Estaba demasiado serio, incluso parecía preocupado, algo que la sorprendía en exceso.

—¿Para qué la quieren? —preguntó al final. Karan la miró fijamente sin responder—. ¿Para qué? —insistió ella al ver que no contestaba.

En ese momento, Hermi apareció en el despacho y centraron la mirada en él.

—No he visto a Bronte ni a ninguno de sus amigos por allí —indicó.

—¿Es posible que nos estemos equivocando? —preguntó Gael por primera vez.

—Lo dudo —sentenció Karan y luego miró a Elin que no dejaba de estudiarlo—. El arca es un receptáculo. Mejor no tenerla cerca.

Elin lo miró de los pies a la cabeza.

—¿Receptáculo para qué? ¿Para el rayo de Zeus? —Karan suspiró y desvió la mirada de ella sin querer responder a la pregunta—. ¿Te asusta? —preguntó Elin indignada—. Eres el hijo de Zeus... ¿crees que van a poder contigo un grupo de...?

Karan comenzó a reír.

—¿Asustarme? —preguntó poniéndose en pie, con todos los músculos en tensión—. De asustarme nada, rubia. Me cabrea, me cabrea hasta tal punto de que... —Iba subiendo el tono de su voz—. Tengo que controlarme todo el rato para no explotar aquí mismo.

—Vale, vale... —indicó Hermi con los brazos hacia él—, cálmate, ¿eh?

—Ese inútil de Bronte... —rugió Karan como si hubiese estado conteniéndose todo el rato. Todos dieron un paso atrás, incluso Elin que no se esperaba aquella subida de tono. Se giró hacia Hermi de una forma agresiva—. ¡Búscalo! ¡Voy a acabar con esto ahora mismo! —Y fue directo hacia su amigo.

—Karan, Karan... —comenzaron a decir todos al ver el temperamento de su amigo.

Hermi no pudo controlar un tic en el ojo al ver que se acercaba con movimientos tan agresivos.

—Sabes que si no me llaman me es casi imposible encontrarloos... ¡Ahhh! —gritó cuando Karan lo cogió del cuello de su camiseta.

—¡Pues búscalo con ganas! —rugió acercándolo a su rostro—. Ve ahora mismo a la iglesia de Nuestra Señora de Sion a mirar si está todo bien.

—Vale, vale... pero suéltame —dijo intentando soltarse él mismo. Karan lo dejó escapar y lo miró con contundencia.

—¡Ve! —gritó.

Un segundo después Hermi había desaparecido.

Todos se miraron de reojo mientras observaban la espalda de Karan, con los hombros subiendo y bajando a gran velocidad por lo acelerado de su respiración.

—¿Seguro que es Etiopía? —preguntó Lucía tecleando en el ordenador.

Karan focalizó su atención en ella.

—Por lo que tengo entendido... sí.

Lucía tragó saliva.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gael colocando una mano en su hombro

Lucía suspiró.

—Hay muchas teorías. Muchos dicen que el Arca de la Alianza sigue bajo el templo de Salomón, en Jerusalén. En 1981, un grupo de obreros israelíes cavó un túnel secreto bajo el templo, estando prohibido. La policía tuvo que detenerlos, pero el jefe de dicha expedición aseguró que solo se encontraba a doce metros del arca. Dicha teoría proviene de una leyenda en la que los monjes, anticipándose a la destrucción de Jerusalén, cogieron el arca y la escondieron en

unas cuevas profundas bajo el templo para protegerla.

—No tiene lógica que entonces nombrasen Roha —intervino Neil.

Lucía seguía leyendo con atención la página.

—Aquí dicen que es posible que siglos más tarde los templarios se hiciesen con el arca y se la llevasen de allí. —Se mantuvo en silencio unos segundos—. Otros dicen que está en el monte Tsurugi en Japón.

—¿En Japón? —preguntó Elin.

Lucía se encogió de hombros.

—Sí, en 1936 se hicieron excavaciones en el monte y no encontraron nada, pero cada año un grupo de fieles coge un cofre bañado en oro igual al arca y lo pasean.

—¿Igual al arca? —preguntó Elin otra vez.

Lucía asintió.

—Sí, y suben el monte conmemorando que el arca está con ellos. —Tecléo de nuevo y siguió leyendo—. Hay más, también dicen que se puede encontrar bajo la cripta de la catedral de Chartres, en Francia. Y hay otra localidad de Francia, Languedoc, donde dicen que los nazis realizaron excavaciones para encontrarla.

Karan simplemente la observó sin decir nada más. Miró directamente a Neil y a Gael.

—¿Creéis que los demás semidioses estarán listos para luchar?

Neil resopló.

—Algunos sí. Alexandros, Xenos, Adrián, Miguel Ángel y alguno más podrían ayudarnos.

Karan se quedó pensativo justo cuando Hermi volvió a aparecer en la habitación. Todos se volvieron hacia él.

—No hay ningún movimiento —respondió Hermi—. La iglesia está tranquila.

—De acuerdo —dijo Karan intentando calmarse—. Gael... selecciona a todos los semidioses que creas que puedan luchar. Quiero el grupo más fuerte en Etiopía y también que vigilen los otros emplazamientos. Lucía —comentó señalándola, ella alzó la mirada sorprendida—, ¿puedes encargarte de buscar las zonas que se deben vigilar? —Ella asintió rápidamente y volvió a teclear en el ordenador—. Neil, te quiero en la capilla de Santa María de Sion, ya. —Y señaló a Hermi para que lo llevase. Luego miró a Elin—. Tú aquí, conmigo.

Neil se acercó a Adriana y la besó.

—Lo siento —susurró.

Ella se encogió de hombros.

—No pasa nada. Evita que se hagan con el arca.

Neil asintió y fue hacia Hermi que esperaba a unos metros a que se despidiese de ella.

Pocos segundos después desapareció. Adriana miró a ambos lados sin saber qué hacer hasta que coincidió con la mirada de Karan.

—¿Necesitas que haga algo?

Karan apretó los labios.

—¿Te importa ayudar a Lucía con la investigación de los sitios? Necesito que todas las opciones que existan estén cubiertas.

—Por supuesto —dijo dirigiéndose hacia la mesa junto a Lucía. Cogió una silla y se sentó al lado de ella.

Lucía le pasó papel y bolígrafo.

—¿Puedes ir apuntando los sitios que te vaya diciendo? —preguntó Lucía.

Karan se quedó observando a las dos chicas mientras Gael salía del despacho rumbo a la planta baja para seleccionar a los semidioses lo suficientemente preparados como para enfrentarse a Bronte y a sus aliados y Elin seguía observándolo de aquella forma tan suspicaz.

## 8

Elin miró de nuevo su reloj de muñeca. Las cuatro y media de la tarde.

Habían quedado en veinte minutos en el despacho. Karan había bajado al jardín sin pronunciar nada más.

Aquello se había complicado en cuestión de pocas horas. Sabía que la situación era seria, muy seria. Jamás había visto a Karan tan preocupado, así que intuía que el hecho de que buscasen el Arca de la Alianza no era bueno... Aunque había algo que se le escapaba. ¿No necesitaban el rayo de Zeus?

«El arca es un receptáculo. Mejor no tenerla cerca».

Karan había pronunciado aquellas palabras con una frialdad y un nerviosismo patentes, pero aquello no resolvía realmente sus dudas.

Por lo que había entendido, para abrir las puertas del Tártaro e invocar a Crono necesitaban el tridente de Poseidón, el casco de Hades y el rayo de Zeus. Desde un principio había dado por hecho que el rayo lo tenía Karan, de ahí que lo apodasen el destructor, pero entonces ¿por qué Bronte buscaba el arca?

«Es un receptáculo», repitió de nuevo en su mente.

Se había dirigido directamente a la habitación de Karan y se había sentado frente a su ordenador portátil. No se fiaba mucho de internet, pero seguro que podría encontrar algo que le diese una pista.

Tras varios minutos de búsqueda comenzaba a hacerse una idea de todo lo que el arca significaba. Conocía la mitología, la historia de la mayoría de sus ancestros, pero debía reconocer que justamente de aquel objeto sagrado no tenía mucho conocimiento. Por lo que sabía, se trataba del lugar donde Moisés había guardado las tablas de la ley y que había acompañado a los israelitas en el éxodo durante cuarenta años, vagando por el desierto.

Aparte de eso, no tenía muchos más conocimientos.

Según una web especializada en historias sagradas, y concretamente en el Arca de la Alianza, esta había sido construida por los humanos bajo el mandato de Dios, aproximadamente en el siglo xv antes de Cristo, en el monte Sinaí. Según el éxodo, Dios le entregaba a Moisés las tablas de la ley y unas instrucciones de cómo construirla. Aquella arca significaba el contrato entre Dios y la humanidad, y a cambio de que Dios los protegiese ellos debían cumplir sus leyes. Además, en muchas webs la llamaban también «el trono de Dios». Aquella definición la dejó pensativa durante unos segundos.

—Hazme un santuario y habitaré en medio de ellos —susurró Elin leyendo uno de los versículos del capítulo veinticinco del éxodo—. ¿Qué significa eso? —preguntó asombrada al leer aquella frase.

Posteriormente, se explicaba cómo estaba construida el Arca de la Alianza según las antiguas escrituras. Medía dos codos de largo, por codo y medio de ancho y codo y medio de alto, es decir, se trataba básicamente de una caja rectangular de un metro por metro y medio, recubierta de oro tanto por el exterior como por el interior, y tenía dos anillos de oro en cada uno de sus ángulos a través de los cuales se introducían dos barras de madera. La tapa estaba hecha de oro y en cada

extremo había un querubín o ángel de la guarda mirándose de frente con las alas extendidas hacia delante.

Lo cierto es que las escrituras detallaban dicho objeto de una forma precisa.

El arca no podía ser tocada ni vista, por lo que siempre era transportada a través de aquellas barras de madera y siempre estaba cubierta. Uno de los encargados de llevar el arca era Aarón. Aquello llamó su atención y clicó sobre el nombre.

—Aarón, primer hijo de Amram y Jocabeb, de linaje levítico de Coat, hermano mayor de Moisés. Aarón estaba casado con una mujer llamada Eliseba con la que tuvo cuatro hijos: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar —leyó casi en silencio la frase de nuevo—. La tribu Leví —susurró.

Parecía que sí era cierto que había una familia destinada a cuidar el arca.

Abandonó esa página web y fue al buscador. De aquello ya tenía constancia más o menos, ella necesitaba saber por qué razón la buscaba Bronte y, más aún, por qué Karan no había respondido a su pregunta.

Tecleó: «¿Qué había en el interior del Arca de la Alianza?».

Entró en la primera web que se abrió y se sorprendió al saber que no solo se encontraban las tablas de la ley; según las sagradas escrituras el arca almacenaba, además de dichas tablas, el báculo de Aarón, un bastón que se convertía en serpiente, y una jarra de maná, que por lo que explicaban debía tratarse de un almidón comestible que caía del cielo.

Chasqueó la lengua y volvió al buscador. Comenzaba a impacientarse. Ya sabía que no eran datos fáciles de encontrar y que, además, aquellos datos no serían más que meras especulaciones, pero muchas veces la realidad superaba la ficción de los humanos.

Inspiró y volvió a teclear de nuevo. «Proezas del Arca de la Alianza». Quizá, de aquella forma, pudiese saber de lo que era capaz.

Leyó atenta los enunciados de la web y decidió entrar en el primero justo cuando notó una corriente de aire tras ella, dejándola totalmente estática.

—Rubia... —susurraron en su oído.

Elin dio un brinco levantándose de la silla y llevándose la mano al corazón.

Karan permanecía a su lado con una media sonrisa.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —gritó desquiciada, pues parecía que el hijo de Zeus se divertía siempre sorprendiéndola de aquella forma.

—¿Asustada? —preguntó enarcando una ceja.

Ella resopló.

—No te esperaba aquí.

—¿Y a quién esperabas? Es mi habitación —bromeó. Ella puso los ojos en blanco—. Te estaba buscando —comentó más seriamente—. Hemos quedado en diez minutos en el despacho para organizarnos. —Ella tragó saliva y asintió—. ¿Qué haces aquí? —preguntó con curiosidad.

Ella apretó los labios y se encogió de hombros.

—Estaba usando tu ordenador —comentó acercándose a él para apagarlo.

Aquello llamó la atención de Karan que cogió su mano apartándola delicadamente del teclado y miró lo que buscaba.

—Proezas del Arca de la Alianza —susurró Karan mirando atento la pantalla.

Ella tragó saliva y asintió.

—Solo estaba buscando información —indicó ella con inocencia.

—¿Sobre lo que es capaz de hacer el arca? —preguntó él mientras se apartaba levemente para que ella pudiese apagarlo.

Elin suspiró mientras movía el ratón hasta el botón de apagar.

—Sí —respondió y se giró hacia él con cierta timidez—. Quería saber cuál es su poder real. ¿Por qué Bronte la busca? —Karan la miró fijamente y no pudo evitar recorrer su rostro—. Bronte necesita el tridente, el casco y el rayo. ¿Por qué el arca? —Luego lo miró de una forma más preocupada—. ¿Qué tiene que ver contigo, Karan?

Él no apartaba la mirada de ella. Observó el ordenador apagado y bajó la tapa.

—Es un arma muy peligrosa —susurró sin mirarla.

—¿Por qué? —insistió.

—Lo único que debes saber es que no pueden hacerse con ella.

Aquello la irritó. ¿A qué venía tanto misterio?

—¿Cómo que lo único que tengo que saber es eso? —preguntó tirante.

Karan tragó saliva y la miró de nuevo con intensidad. Dio un paso hacia ella, acercándose excesivamente.

—No sería la primera vez que el arca destruye ciudades o acaba con la vida de miles de personas.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Si por algún casual consiguiesen el casco de Hades que obra en nuestro poder y el arca y... la hiciesen funcionar...

Elin parpadeó varias veces.

—Pero ¿no necesitan el rayo?

Karan tragó saliva e inspiró, pensativo, como si se debatiese entre dar aquella información o callársela. Dio unos pasos hacia la puerta y se giró hacia ella antes de abrir.

—El rayo no lo van a lograr, pero al margen de eso, con el arca, el casco y el tridente ya lograrían sus pretensiones —sentenció—. Hay que supervisar los grupos...

—Karan... —dijo ella con una tenue voz.

Estaba claro que no quería hablar sobre el tema.

—Encárgate de supervisarlos —pronunció antes de salir.

Aquello iba en serio, muy en serio. Mukhtar miró a través de la ventana del avión, suponía que en menos de diez minutos aterrizarían en el aeropuerto de Aksum.

Tal y como le habían dicho, era posible que Bronte estuviese buscando el Arca de la Alianza. Miró a su compañera sentada a su lado. Cassandra llevaba los auriculares puestos y mantenía los ojos cerrados, apoyando su cabeza contra el respaldo. Para ella, aquello era solo una aventura, pero él sabía el peligro al que se enfrentaban.

Sobrevolaban campos de cultivos con diferentes tonalidades de verde y marrón.

Jamás había llegado tan lejos. Le habían hablado de ello cientos de veces, pero jamás había tenido la suerte de visitar aquella zona.

Cerró los ojos unos segundos. Su mente voló años atrás, aquello ya era un vago recuerdo, aunque debía confesar que aún sentía los golpes en su estómago y en su rostro, acondicionándolo y entrenándolo para soportar el dolor.

Tenía las manos por encima de la cabeza, sus muñecas estaban rodeadas por grilletes que

mantenían sus brazos en alto impidiendo que se pudiera defender de aquel que lo fustigaba. El ambiente en aquel subterráneo era frío y oscuro.

Con el último golpe consiguieron hundir su puño en su estómago y expulsó todo el aire quedándose sin aliento.

Echó la cabeza hacia abajo conteniendo un grito y abriendo su boca al máximo, intentando encontrar algo de oxígeno.

El hombre que lo golpeaba dio un paso atrás mientras se arremangaba y tomó impulso de nuevo cuando otro de los hombres que observaba lo detuvo.

—Basta —ordenó haciendo que el agresor se detuviese. Dio unos pasos hacia delante y se colocó ante Mukhtar, el cual mantenía la cabeza hacia abajo—. Mírame —ordenó.

Mukhtar trago saliva notando el sabor del hierro en su boca y elevó su rostro hacia el hombre que permanecía frente a él, con una mirada decidida.

—¿Estás seguro de que deseas esto? —preguntó con voz queda.

—Sí —respondió con un gemido.

—¿Que sabrás soportar lo insoportable?

Mukhtar se mojó los labios, aún con la respiración acelerada.

—Sí.

El hombre asintió y miró hacia atrás observando al agresor unos segundos. Se volvió hacia Mukhtar y lo miró fijamente.

—Pues da siempre gracias con el corazón humilde.

Mukhtar asintió sin perder el contacto visual con el hombre que le hablaba, que en ese momento se giró e indicó al agresor que lo desatase. No tardó más que unos segundos en caer al suelo en cuanto los grilletes de sus muñecas se abrieron.

Aquella paliza era la más dura hasta el momento.

—Que no beba agua hasta dentro de cinco horas —ordenó el hombre antes de abandonar aquel subterráneo frío y oscuro.

Abrió los ojos cuando su compañera, Kassandra, tocó su brazo.

—Ya estamos aterrizando —dijo con una sonrisa.

Aquel rostro tranquilo, feliz e inocente le hizo sonreír. No había nada mejor que la ignorancia y el desconocimiento para ser feliz y vivir tranquilo.

En cuanto el avión tocó tierra ambos bajaron y caminaron por la pista de despegue hasta el aeropuerto. Allí se bastaban con una persona al inicio de la cola y otra al final que indicaban cómo llegar hasta el edificio.

Tras recoger sus maletas un hombre los esperaba con un cartel con sus respectivos nombres.

Eran las siete y cuarto de la tarde cuando se subían al coche que los llevaría hasta el hotel.

El sol se había puesto hacía más de un cuarto de hora y las pocas farolas alumbraban la carretera B30 que llevaba a la ciudad.

—Disculpe —comentó Mukhtar acercándose al asiento delantero—. El señor Bronte dijo que vendría a buscarnos.

El conductor giró su cabeza para observarlo.

—Aligebanyimi, Aligebanyimi<sup>1</sup>...

Kassandra lo miró extrañada y se acercó a Mukhtar.

—¿Qué dice?

—Ni idea. —Se giró para observarla—. Creo que habla amhárico.

Ella suspiró y volvió a apoyarse contra el asiento.

—¿Arab? —preguntó de nuevo, y luego miró a su amiga—. Con suerte domina el árabe...

—Sí, árabe —contestó el conductor en su idioma.

Mukhtar sonrió a Kassandra.

—Al menos sabe árabe...

Ella le sonrió.

—Pues menos mal que tú lo dominas —dijo feliz—. Nunca me has dicho en qué zona de oriente naciste.

Él le devolvió una sonrisa enigmática y se giró hacia el conductor para hablar con él en árabe.

—Creía que vendría el señor Bronte a buscarnos al aeropuerto —indicó al conductor.

—No, señor Bronte ocupado ahora —respondió—. Yo llevar a hotel.

—¿Qué hotel? —preguntó Mukhtar. El conductor le entregó un sobre. Lo abrió y observó. En el interior había dos reservas—. Hotel Delina —susurró.

—¿Ese es nuestro hotel? —preguntó Kassandra.

Mukhtar asintió.

—¿Está cerca? —preguntó al conductor.

—Sí, cerca. Cinco minutos —indicó.

—Gracias. —Se sentó apoyando la espalda—. Bronte no va a venir a buscarnos al hotel.

Ella lo miró extrañada.

—Ah, ¿no? —Él negó—. ¿Y qué hacemos aquí entonces? ¿Para qué nos dice que vengamos? —Mukhtar negó dando a entender que no lo sabía, aunque comenzaba a sospecharlo—. De todas formas, nos dijo que nos veríamos mañana... —recordó ella.

Mukhtar se fijó en las pocas casas que había por la zona, la mayoría de una planta, pintadas de azul o marrón. Poco después atravesaron una calle con bastantes supermercados. La gran mayoría de aquellos edificios eran de color amarillo y, en aquella zona, no se veía farola alguna, la calle estaba iluminada solo por las tiendas y por algún bar que aún mantenía sus puertas abiertas.

Había bastante gente caminando por la zona. El conductor detuvo el vehículo frente al hotel llamado Delina. Consistía en un edificio de tres plantas, color crema, con unos balcones que rodeaban todo el edificio con barandillas color azul.

—Aquí. —Señaló el hombre.

Ambos salieron del coche observando a su alrededor justo cuando la lluvia volvió a caer sobre ellos.

—Comienza a llover —indicó Kassandra cogiendo la maleta que le ofrecía el conductor—. Gracias —dijo tras cogerla y salir corriendo hacia el edificio.

Mukhtar imitó a su amiga y ambos se colocaron bajo el portal hasta que el vehículo inició la marcha y desapareció tras la esquina.

—Es una zona muy oscura —susurró mientras sacudía su cabello mojado—. ¿No tienen farolas?

—No te preocupes —dijo Mukhtar arrastrando su maleta hacia la puerta de entrada—, Etiopía es uno de los países más seguros de África. Pocas veces hay robos o hurtos a turistas... están encantados cada vez que ven a uno. Como mucho se te acercarán adultos para hacerse una

fotografía contigo o niños para pedirte algo de dinero u objetos. —Abrió la puerta y dejó que su compañera pasase primero—. El Gobierno de Etiopía desaconseja darles nada por muy cruel que parezca, cree que de esa forma evita que los niños dejen la escuela y caigan en la práctica de la mendicidad.

El recibidor constaba de un mostrador al final de una pequeña habitación y unas escaleras al lado. El suelo era de un color rojizo y las paredes, pintadas de blanco, estaban un poco desconchadas.

Mukhtar se encargó de tratar con el administrativo que se encontraba tras el mostrador y, posteriormente, les tocó subir las maletas al segundo piso sin ascensor.

Contrariamente a lo que esperaban las habitaciones estaban bien. No es que fuesen muy grandes, pero ambas estaban impecables, muy limpias y con una pequeña cama en medio, una mesita de noche, un armario y un aseo consistente en un retrete, un lavamanos y una ducha.

Kassandra dejó la maleta en su habitación sin cerrar la puerta.

—¿Quieres que vayamos a cenar? —preguntó.

Mukhtar salió de su habitación y se asomó a la suya observando el interior. Eran prácticamente iguales, con la diferencia de que la colcha de su cama era verde y la de Kassandra era de un azul oscuro.

—Uhhmm... no tengo mucha hambre —comentó mirando su reloj. Las siete y treinta y cinco de la tarde.

—¿No? —preguntó ella mientras se agachaba al lado de la maleta y la abría—. Abajo hay un restaurante pizzería.

—Ya. —Chasqueó la lengua y extrajo el móvil de su bolsillo—. Voy a hacer una llamada, y... luego me gustaría ir a un sitio.

—¿Adónde? —preguntó con curiosidad.

Mukhtar tragó saliva e inspiró un poco fuerte.

—Solo a dar una vuelta.

—¿Con la que está cayendo? —preguntó mirando hacia la ventana.

Él se encogió de hombros mientras salía de la habitación.

—Necesito estirar las piernas... —pronunció saliendo ya de la habitación de Kassandra y dirigiéndose a la suya.

—Cuando acabes avísame y si quieres damos un par de vueltas a la manzana. —Continuó sonriente—. Por cierto, deberíamos llamar al señor Bronte, ¿qué se supone que debemos hacer aquí hasta mañana?

—Luego lo llamamos —comentó Mukhtar cerrando la puerta de su habitación.

Se quedó un segundo pensativo y fue hacia la ventana apartando la cortina semitransparente para observar.

Tal y como le había dicho su compañera en ese momento caía una buena tormenta, pero no era de extrañar, era época de lluvias.

Extrajo el teléfono móvil y observó la cobertura. Marcó el teléfono en su agenda con nerviosismo y lo llevó a su oído. Aquello no le gustaba nada, le daba mala espina.

En ese momento escuchó cómo descolgaban al otro lado de la línea.

—*'Ana balfel fi 'Aksum<sup>2</sup>* —comentó en árabe.

La voz al otro lado de la línea tardó unos segundos en llegar.

—*W hu?*<sup>3</sup>.

—*La 'aelam*<sup>4</sup>. —Tragó saliva y miró preocupado a través de la ventana. Su habitación daba a una calle totalmente oscura y nada transitada—. *Rieaya*<sup>5</sup>.

Dicho esto, colgó el teléfono y se quedó observando la calle. Puede que no fuese a ocurrir nada, que solo estuviese sucumbiendo al pánico, pero algo le decía que el señor Bronte no tenía buenas intenciones, que sabía más de lo que debía.

Él mismo era consciente de que el peligro no era real, pero aquel hombre lo asustaba y lo intimidaba como ningún otro había hecho. Alrededor del señor Bronte había un aura de peligrosidad, de mala intención... que no le gustaba nada.

Siempre había sido bueno para intuirlo. Por eso mismo él había sido el escogido para aceptar aquella beca. Siempre era bueno tener controlado a todo investigador que pudiese acercarse o estuviese tras la pista de algo tan importante como el Arca de la Alianza.

Apretó los labios y tragó saliva. Sabía que la zona estaría vigilada, pero no estaría de más ir a controlar la situación.

Abrió en el móvil el GPS y comprobó que la iglesia de Santa María de Sion se encontraba a solo quince minutos a pie de su hotel.

Fue hasta la maleta, la abrió, cogió una chaqueta chubasquero y salió de la habitación justo cuando *Kassandra* abría la puerta de la suya.

Una sonrisa se dibujó en los labios de ella.

—¿Ya estás listo? —preguntó entusiasmada.

*Mukhtar* la contempló de la cabeza a los pies. Ella también se había puesto un chubasquero. Aquello necesitaba hacerlo solo. No podía estar al cuidado de su compañera.

Comenzó a caminar hacia el pasillo en dirección a las escaleras, aunque cuando se giró *Kassandra* lo seguía con una mirada entusiasmada.

—¿Sabes qué? ¿Por qué no esperas en el restaurante? —preguntó él con una sonrisa.

—¿No íbamos a dar una vuelta? —preguntó ella directamente—. Me apetece mucho, aunque esté lloviendo, es la primera vez que vengo. —Se encogió de hombros—. Antes has dicho que no es peligroso y así abrimos el apetito —respondió con gran alegría.

*Mukhtar* asintió no muy convencido. De todas formas, no tenía por qué ocurrir nada.

---

1Aligebanyimi. traducción del idioma amhárico: «No entiendo». Es un idioma hablado en el norte y centro de Etiopía, donde es lengua oficial

2Lengua árabe. Se escribe la pronunciación (sonora), no las letras árabicas.

3¿Y él?

4No lo sé.

5Cuidado.

## 9

Elin miró fijamente a Karan. Tal y como había ordenado se habían reunido en el despacho de él junto a los semidioses más fuertes que en ese momento se encontraban en casa.

—Lucía, ¿cuáles son los sitios clave?

—No he tenido mucho tiempo... —dijo mirando los documentos ante todos ellos.

—Necesito lugares —la apremió Karan.

Lucía tragó saliva y miró de reojo a Adriana.

—Creo que los más relevantes son la iglesia de Santa María de Sion en Etiopía, el templo de Salomón en Jerusalén, el monte Tsurugi de Japón, Chartres y Languedoc en Francia, la cueva de Hércules en Toledo, España, el Vaticano, los subterráneos del museo del Louvre... —comentó desesperada—. ¡Hay tantos sitios y tan poco tiempo! —gritó mostrándole los documentos.

—Vale, vale... —dijo Karan intentando calmarla—. Neil —lo llamó—, llévate a un par de semidioses al templo de Salomón. Gael, coge un grupo y ve a Japón... —Miró al resto de semidioses—. Miguel Ángel, a la cueva de Hércules. Adrián a Chartres, Xenon a Languedoc. —Resopló y miró al resto de semidioses—. Escoged cada uno a dos semidioses de los que revolotean por el jardín y se comen la comida de mi nevera e id a vigilar. También quiero un par de voluntarios para el Louvre y el Vaticano.

Alexandros lo miró bastante enfurecido.

—¿Y yo? —preguntó al ver que no lo nombraba.

Karan lo miró fijamente. Sabía que era buen luchador, además de un excelente arquero.

—Tú y Elin vendréis conmigo. —Aquello hizo que Alexandros parpadeara varias veces, pues no esperaba que fuese él uno de los elegidos para acompañarlo después de la forma en que lo trataba—. Estaremos comunicados vía móvil. Hermi, lléalos —ordenó, luego miró a Elin—. Creo que no iría mal hacer una visita al señor Morris para obtener unos cuantos regalos más.

Ella lo miró enarcando una ceja.

—¿En qué piensas? —preguntó colocándose a su lado mientras veía a Hermi desaparecer junto a Neil y su equipo.

Karan miró a Alexandros que se ponía a su lado, con el arco en la mano y unas cuantas flechas.

—No les irían mal unos uniformes.

—¿Uniformes? —preguntó Alexandros entusiasmado.

—Oh, sí... —ironizó Karan—, seguro que te encantan.

—¿Tenéis uniformes? —preguntó hacia Elin ante la seria mirada de Karan.

—Sí, están bien —respondió ella con una sonrisa mientras Hermi aparecía de nuevo en la oficina.

—¡Hermi! —gritó Karan—. Nosotros, vamos.

—¿Y por qué no os los ponéis? —insistió Alexandros.

—Hoy vamos de incógnito —bromeó Karan colocando una mano en el hombro de Hermi, al igual que Elin y Alexandros.

—¿Adónde? —preguntó Hermi.

Karan lo miró sorprendido.

—¡Iglesia de Santa María de Sion! ¡Aksum! ¡Etiopía!

Hermi lo miró fastidiado.

—¡Eh! Tranquilo, has dicho un montón de sitios y no recuerdo el equipo de cada uno —Se quejó.

Un segundo después, se encontraban bajo la lluvia en una oscura calle de Aksum. Miraron a su alrededor. La zona se veía pobre, oscura y húmeda. Había algunos edificios y casas alrededor de la que se suponía que debía de ser la iglesia de Santa María de Sion. Algunos árboles precedían a una puerta de madera. La capilla no era muy grande, de un color azulado en la parte baja y blanca en los tres arcos que formaba. Sobre estos arcos una gran cúpula se elevaba.

—Gracias —susurró Elin a Hermi antes de desaparecer.

Karan observó al frente.

—¿Es aquí? —preguntó Alexandros mientras se pasaba la mano por el cabello rubio y largo que comenzaba a humedecerse.

Elin lo miró de reojo.

—Más o menos —respondió Karan caminando por la calle hacia la esquina de la iglesia—. Según la leyenda se encuentra en la Capilla de las Tablas.

—¿No es aquí? —preguntó ella observando la iglesia.

—Detrás —indicó caminando rápidamente, aunque se detuvo y se giró hacia Alexandros que caminaba con el arco en la mano mientras con la otra se limpiaba las gotas de la cara con movimientos lentos, como si se acariciase. Suspiró y se armó de paciencia, aquel muchacho exhalaba sensualidad aunque estuviese en el aseo haciendo sus necesidades. Observó alrededor —. Tu puntería es muy buena —indicó—. Busca un lugar elevado desde donde puedas tenerlo todo controlado. —Alexandros asintió—. ¿Tienes el móvil? —Volvió a asentir—. Avisame cuando estés ubicado e indícame la zona.

Alexandros asintió, aunque no dedicó ninguna sonrisa hacia él. Sin embargo, sí sonrió de una forma atractiva a Elin.

—Y deja de sonreír —comentó Karan señalándolo mientras se alejaba—. Esto es serio —dijo mientras se giraba dándole la espalda. Miró a su lado—. Quédate conmigo.

Ella ladeó su rostro y lo escudriñó con la mirada, sin dejar de caminar.

—Lo imaginaba. —Karan chasqueó la lengua. Elin se giró para observar a Alexandros alejarse y observar los altos edificios—. ¿Por qué martirizas tanto al muchacho? —susurró.

Él la miró de reojo.

—Concéntrate, Elin. No es momento para...

—¿Y cuándo lo será? —bromeó—. No es momento para que me expliques por qué martirizas tanto a Alexandros... —Karan resopló—. Tampoco es momento para que me expliques todo lo concerniente al arca, ¿verdad? —Esta vez Karan inspiró con fuerza, como si se armase de paciencia mientras observaba de un lado a otro—. Dime, ¿de qué hablamos? ¿De qué es momento? —continuó con ironía.

Karan se detuvo.

—No es momento para hablar, rubia.

—Deja de llamarme rubia —susurró ella con un gruñido.

—Pero si te encanta... —bromeó esta vez él mirando hacia el otro lado, asegurándose de que en la zona no había nadie. Se pasó la mano por el cabello y cuando se giró observó a Elin que

permanecía mirándolo fijamente. Si algo había tenido claro desde un principio era que no le gustaba nada aquel mote. Aunque lo que más llamó su atención fueron sus cabellos mojados pegados a su rostro, las gotas de lluvia cayendo por su frente y resbalando por sus mejillas y labios. Observó cómo se pasaba un brazo sobre el otro, frotándose—. Tienes frío —afirmó él.

—No, no hace mucho.

Karan ladeó su cabeza hacia un lado con una sonrisa traviesa.

—¿Necesitas que te dé calor? —Y elevó sus cejas varias veces en actitud bromista.

Ella lo miró con desagrado.

—¿Tienes tiempo para dar calor pero no para hablar sobre uno de los temas que te propongo?

—Hay preferencias —comentó con una sonrisa irónica mientras volvía a avanzar.

Esta vez fue Elin la que puso los ojos en blanco y avanzó adelantándose a él. Karan la siguió a su espalda.

Elin se apartó el cabello del rostro y se detuvo.

—¿Esta es la capilla de las tablas?

Karan se situó a su lado y asintió sin decir nada más, mirando todo a su alrededor. Solo había silencio y oscuridad. Elin dio un brinco alejándose de él cuando la melodía de su móvil sonó.

Karan chasqueó la lengua y la miró fastidiado mientras extraía el móvil de su bolsillo.

Le mostró la pantalla a Elin.

—Solo es pañales —dijo mientras llevaba el móvil a su oído.

—No lo llames así —lo reprendió ella.

Karan la ignoró mientras apretaba el botón de aceptar la llamada.

—¿Sí?

—Ya estoy situado —escuchó el susurro de Alexandros.

—¿Dónde? —preguntó mirando de un lado a otro.

—Os estoy viendo. El edificio de tres plantas que tiene las barandas azules, a vuestra izquierda —indicó. Karan miró en aquella dirección—. Estoy en la azotea.

—¿Cómo has subido?

—Soy bueno trepando —dijo con orgullo.

—Ya, muy bien. Vigila la zona y... —Miró de un lado a otro—. Si ves algo sospechoso avísame. ¿Sabes silbar?

En ese momento un silbido bastante fuerte llegó hasta ellos.

—Parece que también sé —bromeó con un tono de voz socarrón.

Karan puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, protege la zona y si ves algo sospechoso avísanos y llama a Hermi.

—Muy bien —contestó.

Karan miró diferentes mensajes que estaba recibiendo. La mayoría informando de que la zona para la que habían sido destinados estaba limpia. Un nuevo mensaje apareció en el grupo de «Familia feliz... y Karan». Odiaba ese grupo, pero ya se había cansado de pedir que le cambiaran el nombre, parecía que cuanto más lo pedía más disfrutaban sus compañeros.

—Parece que todo está calmado —susurró Karan guardando el móvil en su bolsillo.

Elin miró también alrededor.

—Sí, muy tranquilo. ¿Qué te ha dicho Alexandros?

—Nos está controlando, vigilará la zona. —Y señaló directamente con un movimiento de

cabeza hacia el edificio más alto de la zona—. Está en la azotea.

Ella lo miró extrañada.

—¿Y cómo ha subido hasta ahí?

—Dice que trepando... —Se giró y se dirigió hacia la Capilla de las Tablas—. Yo creo que estaba la puerta abierta y ha subido por las escaleras.

La capilla, situada justo detrás de la iglesia de Santa María de Sion, era muy pequeña, construida con un ladrillo color marrón. Poseía dos ventanas a cada lado. Sobre ella, en su techo, se encontraba la cruz aksumita.

—¿Es aquí? —preguntó ella acercándose a la valla que no llegaría a más de dos metros de altura y con la que se pretendía proteger aquel objeto tan valioso.

—Sí.

Elin miró atenta la valla. Era de color azul y en algunas zonas la pintura se había desconchado y dejaba ver el óxido.

—¿Está electrificada? —preguntó mirando a Karan.

Karan se cogió a unos de los barrotes y sonrió.

—No, ¿por qué iba a estarlo?

Ella lo miró como si aquella pregunta fuese una tontería.

—¿Tú por qué crees? ¿Porque puede que uno de los objetos más valiosos de la historia de la humanidad esté ahí guardado?

Karan chasqueó la lengua y miró hacia la capilla.

—No tienen muchos recursos en este país —señaló él—. Además, aquí veneran el arca, nadie se atrevería a intentar llevársela.

Ella parpadeó varias veces y miró lo pobre de la iglesia. Aquello era cierto, había pocos recursos y, por lo que parecía, aquellas calles estaban más bien desiertas.

—Oye, ¿seguro que este es el lugar?

Karan se quedó observando la iglesia, pensativo.

—No lo sé. —Se cruzó de brazos—. Pero la historia lo señala como uno de los lugares más probables y Bronte estaba en Lalibela... —Se cogió a la valla y haciendo fuerza subió y saltó al otro lado.

—¿Qué haces? —preguntó Elin.

—¿Tú qué crees? Asegurarme de si el arca está aquí y, si es así, llevármela. —Enarcó una ceja hacia ella—. ¿Necesitas ayuda?

Ella lo miró enfurruñada. Se cogió a la valla y saltó al otro lado sin problema.

—¿Y cómo se supone que te la vas a llevar? Hermi no puede transportar objetos —preguntó mientras caminaba hacia la puerta.

—Estoy bastante fuerte y puedo volar.

Ella lo miró fijamente.

—¡Venga ya! —gritó furiosa. Karan enarcó una ceja mientras se cruzaba de brazos, sin perder el contacto visual con Elin y situándose frente a la puerta—. ¿En serio? —preguntó esta vez más confundida, pues Karan no sonreía.

En ese momento la puerta de la capilla se abrió. Karan se giró, aunque lo que no esperaba era recibir un golpe con un palo de madera en la cabeza.

—Auuu —se quejó Karan.

El hombre, etíope, vestía una túnica de color amarillo hasta los pies y llevaba un turbante en la cabeza. Comenzó a mover el palo de madera de un lado a otro, aunque Karan lo esquivó rápidamente.

Elin se alejó dando unos pasos hacia atrás.

—*Kezīhi wit'a! Kezīhi wit'a!* —gritó el hombre de más de sesenta años blandiendo su palo de un lado a otro, intentando alcanzar a Karan—. *Lēbochi!*

Elin se quedó observando. Karan no atacaba, simplemente se limitaba a esquivar los golpes de aquel hombre.

—Pero ¿qué haces? —gritó Elin a Karan.

En ese momento, Karan detuvo el palo de madera con su mano sin ningún esfuerzo. La mirada de aquel hombre y la de Karan se encontraron.

—*Inya lēbochi āyidelenimi.* —Pudo ver cómo el hombre se quedaba paralizado—. *Inya liniredawo inichilaleni.*

Elin los observó. Aquel hombre debía de ser el cuidador del arca, tal y como le habían explicado, un descendiente de la tribu Leví. Sabía muchos idiomas, pero aquel no era uno de ellos, por suerte, Karan sí lo dominaba.

Respiró tranquila cuando vio que el hombre bajaba el palo y miraba a Karan dubitativo, después dirigió la mirada hacia ella, observándola.

—Mukhtar? —preguntó el hombre asombrado.

Lo miró sin comprender.

—¿Mukhtar? ¿Quién es ese? —preguntó Karan hacia el hombre. Suspiró e indicó a Elin que se acercase—. Yo soy Karan, y ella es Elin. —Ella lo saludó con la mano.

El hombre los miraba confundido.

—¿Desde cuándo sabes lengua amhárica? —preguntó Elin mirándolo de reojo.

—Ya te dije una vez que tenía estudios —le contestó en el mismo tono.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó ella interesada mientras el hombre los miraba cada vez más asombrado, sin comprender nada de lo que decían.

—Primero que me largase, luego que era un ladrón. Le he dicho que veníamos a ayudar y me ha preguntado si era Mukhtar —respondió.

Elin lo miró extrañada.

—¿Conocemos a alguien con ese nombre?

—Yo no.

—Yo tampoco —respondió ella pensativa.

Karan miró al hombre seriamente.

—¿Habla otro idioma? —siguió preguntando.

—Árabe.

—Árabe me vale —indicó Elin a Karan que obviamente quería enterarse de toda la conversación.

Karan miró hacia atrás, asegurándose de que nadie se acercaba. Aquello estaba demasiado tranquilo para su gusto.

—¿Podemos hablar? —preguntó al monje.

El monje los miró de arriba abajo.

—¡No! —gritó. Estaba claro que no se fiaba de ellos.

Karan tocó el costado de Elin.

—Haz lo de la luz con la mano —le pidió.

Ella lo miró extrañada.

—¿Que haga qué?

—Lo de la luz que haces con la mano... —insistió más alterado—. ¿No ves que no se fía? —preguntó señalando al hombre.

Esta vez fue Elin quien miró a ambos lados, suspiró y colocó una mano frente a él. Un segundo después de la mano comenzó a emanar una luz dorada muy tenue.

Esta vez Karan sí sonrió hacia el monje que observaba maravillado la luz que Elin desprendía.

—Venimos a ayudar... —susurró en árabe—, necesitamos hablar con usted. Creemos que puede estar en peligro el...

Karan se calló y ambos cerraron los ojos cuando el monje gritó y cerró la puerta en sus propias narices. Vale, aquella demostración no había servido de nada.

Resoplaron y ella miró de reojo a Karan.

—Me parece que no se fía —ironizó cerrando la palma de su mano y haciendo que la luz desapareciese—. Va a ser un problema si no podemos...

—Aquí no hay ningún problema —directamente elevó su mano, dio un golpecito a la puerta y esta cayó golpeando el suelo, revelando una pequeña estancia.

—Por Dios... —se quejó Elin—, ¿por qué lo rompes todo?

—¿De dónde crees que me viene el mote del destructor?

La mirada de ellos dos coincidió con la del monje que se encontraba al otro lado de la pequeña estancia, con el teléfono móvil en la mano.

—Eh, ¿qué haces con el teléfono? —gritó Karan en árabe mientras entraba en la capilla.

—¡Esto es un lugar sagrado! —le devolvió el grito el monje muerto de miedo.

Elin lo siguió pasando por encima de la puerta que se encontraba tendida en el suelo y se giró para observar al exterior.

—¿Por qué has tenido que tirar la puerta abajo? —se quejó ella—. Ahora todo el mundo que pase por aquí...

—¡Quieto! —Lo amenazó Karan girándose. Cogió la puerta, la colocó en su sitio y luego situó su mano en las dos bisagras. Un estallido de luz los cegó a los dos, aunque para sorpresa incluso de Elin la puerta se mantuvo fija.

—Ahhh —gritó con fuerza el monje al ver lo que hacían.

—¡Cállate! —ordenó Karan girándose y señalándolo—. Vas a llamar la atención de toda la ciudad.

La capilla, en el interior, era muy pequeña y sobria. Había varias estanterías junto a las paredes, un pequeño altar al final con varias figuras, velas y flores bastante secas y un par de sofás a cada lado.

Miró de un lado a otro, extrañado.

—¿Y el arca? —preguntó mirando a Elin que también observaba de un lado a otro. Miró directamente al monje y fue hacia él, el cual se mantenía en una esquina de la casa, temblando—. ¿Dónde está? —preguntó hacia él.

—¡Esto es sacrilegio! —gritó el monje.

Karan se colocó ante él y puso los ojos en blanco.

—¿Sacrilégio? —preguntó extendiendo los brazos hacia los lados—. Que yo vea aquí no hay ningún objeto sagrado. ¿Dónde está el arca?

—¡No tenéis derecho a entrar aquí! —continuó.

—Créeme... —comentó acercándose más a él, intimidándolo, pues le sacaba una cabeza—, tengo más derecho que tú.

Elin se acercó a él para intentar calmarlo.

—Escuche, cálmese... no vamos a hacerle daño, solo estamos buscando el arca. Necesitamos protegerla.

—¡Marchaos de aquí! —volvió a gritar hecho una furia.

Karan resopló y esta vez lo cogió por el cuello de la túnica amarilla y lo elevó levemente mientras los gritos del monje se incrementaban. Karan lo colocó a la altura de sus ojos.

—Karan... —se quejó Elin.

—Escucha —continuó Karan sin hacer caso a Elin, centrando su mirada en los ojos oscuros de ese monje—, no estoy para tonterías. —Apretó los labios—. Has visto de lo que es capaz la rubia... —Elin resopló—. Y yo. —Intentó calmar su voz—. Necesito tu ayuda. —En ese momento el monje dejó de gritar y se cogió con fuerza a los brazos de Karan que aún lo mantenían elevado—. Hay personas malas que quieren...

—Personas malas... —repitió el monje mirando a Karan.

—Sí. Quieren hacerse con el arca. Necesitamos evitarlo.

El monje golpeó las manos de Karan llamando su atención, enfadado y, en ese momento, lo soltó en el suelo.

Lo observó de los pies a la cabeza y luego miró a Elin también, escudriñándola.

—No tenemos tiempo... —susurró Elin intentando convencerlo—. Necesitamos poner el arca a salvo. Somos de los buenos.

El monje seguía mirándolos sin estar muy seguro.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Ella es Elin, descendiente de la diosa nórdica Eir, por eso emite lucecitas con las manos. —El monje enarcó una ceja hacia él—. Yo soy Karan, hijo de Zeus... —Y le sonrió enseñándole los dientes—. Y mi padre me dio un rayo.

—¿Por qué le dices eso? —preguntó Elin pasmada por sus palabras.

Karan se giró hacia ella.

—¿Acaso crees que nos va a creer? —se mofó. Aunque Karan se giró cuando el monje salió corriendo hacia la puerta con los brazos hacia delante intentando coger el pomo y huir de ellos. Karan suspiró y en una fracción de segundo apareció ante él bloqueándole el paso. El monje, que no se lo esperaba para nada allí, chocó con él y cayó al suelo. Automáticamente, comenzó a arrastrarse gritando. Si hasta ese momento parecía asustado ahora estaba totalmente aterrado. Karan chasqueó la lengua y miró a Elin de forma cómica—. Te lo dije. No nos cree.

Elin resopló.

—Tienes muy poco tacto —lo riñó acercándose al monje, aunque este se alejaba de ambos arrastrándose sobre el suelo—. Escuche, cálmese... —dijo arrodillándose ante él, echando las manos hacia delante intentando tranquilizarlo—. No tenemos malas intenciones, ya vemos que el arca no está aquí, pero ¿tiene idea de dónde puede estar?

—¿Trabajas para Bronte? —preguntó el monje sin tapujos.

Ambos lo miraron fijamente. Karan se arrodilló ante él, estudiándolo. Elin tragó saliva.

—¿Qué sabes de Bronte? —preguntó con voz grave.

—Mukhtar nos advirtió —susurró mientras miraba hacia una de las esquinas.

—Pero ¿quién es ese Mukhtar? —preguntó Karan desquiciado.

Elin siguió la mirada del monje y, en ese momento, fue consciente de que bajo una de las mesas parecía haber una puerta de madera en el suelo.

—Karan —dijo ella poniéndose en pie y desplazando a un lado una de las mesas. Sí, aquello, sin duda, era algo que intentaban ocultar.

Karan clavó la mirada en la madera y fue hacia allí.

—Ni se te ocurra moverte de aquí —amenazó al monje.

Elin tiró de la anilla de hierro hacia arriba intentando levantar la puerta, pero era imposible.

—Dame —dijo Karan quitándole la anilla de hierro—. Apártate. —Cogió con fuerza la anilla gruesa de hierro—. Y no mires en el interior del hueco.

Aquello la pilló desprevenida.

—¿Qué no mire en el interior? —preguntó sorprendida.

—No, no mires...

—¿Por qué? Si está ahí quiero verla.

Karan se giró.

—Puedes quedarte ciega. Solo pueden mirarla los dioses y los descendientes de Zeus. Haz lo que te digo —pronunció seriamente.

Aquel tono de voz la dejó sin palabras. Por primera vez no lo había escuchado hablar con una entonación que sugiriese «obedéceme», sino con un tono de súplica.

Se giró hacia el monje, el cual, aunque no se había levantado, retrocedía poco a poco alejándose de ellos.

Karan tiró de la anilla y la puerta de madera se abrió. Elin se colocó al lado del monje mientras Karan miraba en el interior. Se tumbó en el suelo e introdujo medio tronco en el hueco mientras formaba chispas en su mano para alumbrarse.

¿Qué era aquello? Se trataba de un rectángulo bajo tierra. Observó las cuatro paredes. Allí no había nada, sin embargo, las medidas podían encajar con lo que sería el arca.

—No está —pronunció aún sin sacar la cabeza del hueco.

Elin se giró hacia el monje.

—¿No está? ¿Dónde está? —preguntó más molesta—. Nos está haciendo perder el tiempo. —El hombre se removió inquieto, aquella mujer parecía que comenzaba a alterarse también. Elin siempre se había considerado una mujer paciente, pero no estaba dispuesta a tolerar que le tomasen el pelo o le ocultasen información cuando lo que intentaban era salvarlos a todos—. ¡Escúcheme bien! —gritó cogiéndolo del brazo. Lo puso frente a sus ojos con una mirada colérica. Aquel grito llamó la atención de Karan que durante unos segundos extrajo medio cuerpo del hueco para observarla—. Me parece que no entiende la situación en la que nos encontramos... —pronunció con voz siniestra.

—Ayyy —gimoteó el monje.

—Ese tal Bronte quiere hacerse con el arca, y ¿sabe lo que ocurrirá si se hace con ella? —volvió a gritar mientras lo retenía contra ella. Karan resopló ante aquella repentina subida de tono—. ¡Moriremos todos! —Lo sujetó con más fuerza—. ¿Quiere que eso ocurra? ¿Quiere? —gritó.

Karan volvió a observar en el interior y una cosa sí llamó su atención. Tragó saliva al comprender lo que representaba.

—La cruz aksumita —susurró al ver aquella cruz de cuatro puntas.

—¡Lo único que puede evitar la catástrofe es que nosotros nos hagamos con ella antes! — Seguía zarandeando Elin al monje.

Karan se puso en pie y fue hacia ellos agachándose a su lado.

—¿Los templarios se la llevaron? —preguntó nervioso. El monje tragó saliva y lo miró asustado—. ¿Dónde? —gritó más desquiciado.

—No, no sé...

—¡Sabías que el arca no estaba aquí! —gritó Karan inculpándolo directamente. Lo cogió esta vez por el cuello con una mano y elevó la otra mano, de la cual comenzaron a salir pequeños rayos de electricidad—. ¿Dónde está? —preguntó mirándolo fijamente, amenazándolo.

Se habían acabado las tonterías.

El hombre tragó saliva. Estaba claro que había hecho un juramento y que no podía decirlo. O eso, o en realidad no tenía ni idea de dónde se encontraba, aunque aquello le parecía bastante difícil dado que su misión era la protección del arca.

En ese momento la pequeña lámpara que alumbraba el interior de la capilla se apagó.

Karan y Elin se miraron en la oscuridad y luego Karan cogió del brazo al monje.

—¿Se suele ir mucho la luz? —susurró.

—No —respondió con un tono de voz asustado.

Karan inspiró más fuerte y miró con determinación a Elin. Algo no iba bien. Se mantuvieron unos segundos en silencio, escuchando.

—Están aquí —susurró alzándose levemente hacia la ventana para observar. Apartó la cortina y pudo ver a cuatro personas que habían saltado la valla de seguridad. Los reconoció al momento. Pudo identificar a tres de ellos, la otra, se trataba de una chica que, aunque le sonaba, no sabía de quién era descendiente—. Odell, Rubén y Asim. A la otra no la conozco. —Miró al monje—. Mételo en el agujero, vamos —ordenó a Elin. Allí estará a salvo.

—No... —se quejó el monje mientras Elin lo arrastraba hacia el agujero para esconderlo.

Karan observó. Aquellos semidiosos estaban rodeando la pequeña capilla para atacarla. Estaba claro que eran conscientes de que ellos se encontraban en el interior, de lo contrario, ¿por qué no entraban directamente a buscar el arca?

—Basta... —se quejó el monje mientras Elin volvía a empujarlo hacia el hueco.

—Solo intentamos protegerlo —dijo ella.

—Me prometieron que no me harían daño —gimoteó él mientras Elin lo cogía de un brazo para ayudarlo a bajar. En ese momento se quedó paralizada al escuchar aquello.

Karan se giró hacia él con la respiración entrecortada.

—¿Quién le prometió que no le harían daño?

Elin contuvo la respiración mientras observaba impasible a Karan.

—Bronte —susurró el hombre.

Entonces, fue consciente de lo que ocurría, aunque una potente luz comenzó a inundar toda la vivienda entrando los rayos con una intensidad cegadora a través de las cortinas.

—¿Qué ocurre? —gritó el monje asustado.

Elin tragó saliva y miró a Karan.

—Nos han engañado —pronunció Karan. Se asomó a la ventana y observó cómo aquella muchacha, de la que no sabía el nombre, era la que emitía aquella luz tan potente hasta que su cuerpo se transformó en llamas—. Mierda —gritó mirando hacia Elin, la cual ayudaba a entrar al hombre en el hueco.

Sabía lo que aquella muchacha haría a continuación. Prendería todo.

Karan se acercó al hueco y lo ayudó a bajar, al menos, ahí estaría protegido, pues sabía que sería imposible salir de esa casa y Hermi no podía transportarlo.

—¿Dónde está el arca? —preguntó acelerado Karan soltando ya la mano del hombre que estaba en el interior del hueco.

El hombre tragó saliva sin estar convencido.

—Karan —gimió Elin mirando hacia la ventana, casi sin poder abrir los ojos por la intensidad de la luz.

Los cristales de las ventanas de la capilla se rompieron como si se tratase de una explosión y un viento caliente inundó la estancia.

—¡Dímelo! —gritó Karan.

El hombre apretó los labios y se sentó en el hueco.

—Chartres —pronunció.

Karan asintió y cerró la puerta de madera sobre su cabeza. Los habían engañado, les habían hecho creer que estaba en Etiopía, los habían despistado y, ahora, tenían vía libre para hacerse con el arca mientras los retenían allí y, de paso, intentaban acabar con sus vidas.

A su mente volvió el recuerdo de cuando había rescatado a Elin: «¿Crees que la habrán encontrado ya?». «No lo sé, Roha es muy grande», había contestado Ichiro.

Sabían que los espían, que estaban siempre tras ellos y, por eso mismo, habían mencionado aquella ciudad y habían ido hasta allí. Bronte los había conducido hasta una pista falsa facilitando así su cometido.

Karan colocó una mano ante él, pues la luz lo deslumbraba, y se puso en pie. No le daba miedo lo que aquella mujer iba a hacer con aquella intensa luz, sabía que podía con ella y con los demás, pero bajo sus pies había un inocente.

Elin se puso en pie y Karan la cogió del brazo colocándola a su espalda.

—No te apartes de mí —susurró mientras colocaba las manos hacia abajo. Les haría frente a todos ellos sin problema. Comenzó a crear rayos de las manos que caían hacia el suelo, de un color azul claro y blanco puro, con una luz más intensa que la que provocaba aquella muchacha desde fuera. Elin dio un paso hacia atrás, asombrada por la electricidad que Karan desprendía de sus manos. Jamás lo había visto en aquel estado. Los rayos bajaban hacia el suelo y recorrían parte de él—. ¡Hermi! —gritó con fuerza cuando la pared de aquella capilla comenzó a arder y comenzó a desmoronarse anunciando ya la proximidad de los cuatro semidioses a los que pretendía enfrentarse. Él ya estaba preparado para atacar si fuese necesario. No los dejaría acercarse, pero, por otro lado, debía dirigirse a Chartres antes de que fuese demasiado tarde.

Justo en el momento en el que un trozo de pared se derrumbó pudo ver cómo una flecha iba directa hacia Rubén, clavándose en su pierna, de manera que gritó y cayó al suelo mientras esta lo atravesaba. Tanto Karan como Elin observaron a Alexandros a pocos metros de sus contrarios cargando el arco de nuevo a gran velocidad y disparando hacia los cuatro de forma continua, concretamente hacia la mujer en llamas, aunque sus flechas se derretían antes de que llegasen a

tocarla.

—Alexandros —gritó Karan.

Alexandros volvió a disparar otra flecha hacia Odell que, en ese caso, extraía una espada para luchar contra él y la esquivó agachándose con un rápido movimiento. Alexandros tensó la cuerda del arco de nuevo y otra flecha salió despedida hacia Odell. Desde luego, era mucho mejor de lo que esperaba. La velocidad a la que cargaba el arco, lo tensaba y disparaba era sobrehumana.

Alexandros aprovechó para desviar la mirada hacia Karan al escuchar su grito. Karan señaló la madera bajo sus pies. Alexandros lo entendió. Ya había observado al monje cuando ellos habían entrado a la capilla, suponía que debían haberlo escondido allí.

—¡Hermi! —gritó de nuevo Karan antes de que aquella mujer convertida en llamas apuntase hacia él con sus manos y una llamarada fuese en su dirección. Karan dio un paso hacia delante, protegiéndose con un brazo mientras con el otro expulsaba electricidad que salió disparada de su mano hacia ella, recorriendo el suelo en una fracción de segundo antes de hacerla saltar por los aires.

Miró a Odell que se acercaba a Alexandros esquivando sus flechas e incluso desviando algunas con su sable y señaló hacia él con la mano. Un rayo de más grosor salió hacia la espalda de Odell, a pocos metros de Alexandros, y lo derribó arrojándolo al suelo. Su mirada enfurecida voló directamente hacia Rubén que intentaba controlar la hemorragia de su pierna por la flecha que la atravesaba.

Hermi apareció en aquel momento, aunque lo primero que hizo fue girarse para observar hacia el lugar donde los silbidos de las flechas cortaban el aire.

—Por todos los dios... —susurró asombrado al ver a Alexandros disparar hacia los semidioses y la capilla ardiendo. Su mirada se detuvo unos segundos en aquella mujer en llamas y tragó saliva.

Se calló cuando Karan colocó una mano en el hombro de Hermi. Elin hizo lo mismo.

—A la catedral de Chartres. ¡Ahora! —exclamó.

CATEDRAL DE CHARTRES  
FRANCIA

Adrián, hijo de Apolo, colocó sus manos formando un cuenco y creó una suave luz en su interior. Se giró hacia sus compañeros, Timeus, descendiente de Himeneo, dios de las bodas y que paseaba cerca del altar y Sarisha, descendiente de Afrodita, diosa del amor y la belleza, una preciosa india con la piel color caramelo, cabello negro al igual que sus ojos y que en esos momentos se acercaba a él.

Adrián dio un paso al lado iluminando la estancia. Por lo que había visto en un cartel la catedral de Chartres cerraba a las siete y media de la tarde, así que llevaba más de cuatro horas sin ningún visitante.

Era realmente enorme, de hecho, entre los tres no podían cubrir ni una de las zonas de la catedral.

—¿Has visto algo? —preguntó Sarisha.

Adrián negó y miró de nuevo hacia su compañero que se había apoyado en el altar.

—Nada, todo está muy tranquilo —susurró. Miró de nuevo a su alrededor mientras seguía caminando, pasando al lado de enormes columnas que se elevaban hacia el techo.

En lo alto de la catedral decenas de vidrieras de colores dejaban pasar la luz de la luna dando algo de claridad al interior.

—Es una catedral impresionante —afirmó Adrián mirando hacia lo alto. Sarisha se colocó a su lado con una leve sonrisa. Adrián había llamado su atención desde un principio. Era un chico apuesto, más alto que ella, de un cabello extremadamente negro y ojos verdes—. ¿Crees realmente que el Arca de la Alianza puede estar aquí? —preguntó no muy seguro—. Me parece extraño que pueda estar en un lugar tan transitado por la gente.

Ella sonrió divertida.

—Pon algo frente a las narices de una persona y no lo verá. Escóndelo y seguro que lo encuentra. —Se encogió de hombros con una agradable sonrisa—. Es la ley de Murphy —bromeó. Siguieron caminando mientras observaban, atentos y vigilantes a todo—. Es uno de los sitios en los que podría estar escondida, pero vete a saber. Esta catedral fue construida según la geometría sagrada —puntualizó mirando hacia los lados.

Adrián la miró de reojo y examinó todo a su alrededor.

—Algo había escuchado —indicó él sin mirarla.

—Las construcciones como el Taj Mahal, el Partenón o esta misma catedral se trabajaron de igual manera. Quien las construyó tenía un conocimiento preciso y profundo de las leyes armónicas, rítmicas y proporcionales del universo.

Adrián sonrió mientras se ponía a su lado.

—No te consideraba tan mística —bromeó.

Ella miró hacia el techo.

—¿Sabes? Esta catedral pertenece a uno de los grupos de las catedrales que se dedican a la veneración de la Virgen María, como Notre Dame —indicó rápidamente—. Las ubicaciones

físicas de estas catedrales forman un patrón para venerar a la constelación de Virgo. —Adrián se quedó observándola—. Dichas catedrales fueron construidas casi al mismo tiempo. La construcción de Notre Dame se inició en 1163, en 1194 se construye la catedral de Chartres, Reims en 1211, Amien en 1221... y muchas más como Bayeux, Rouen, Laon, Abbeville...

—La constelación de Virgo era para los romanos lo mismo que Isis para los egipcios, ¿verdad? —preguntó iniciando la marcha.

Ella asintió.

—Me preguntabas si creo que el arca puede estar aquí... ya la verdad es que no tengo ni idea —susurró ella ante la mirada divertida de él—. Estudié arquitectura —continuó esta vez divertida.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

Ella asintió.

—Claro, ¿qué te pensabas? —preguntó con un tono de voz gracioso—. Esta catedral está llena de simbología. Desde aquí dentro no puedes apreciarlo, pero esta catedral está liderada por dos torres, una representa al sol y otra a la luna. Keith Critchlow...

—¿Quién?

—Un profesor de la facultad donde estudié, en Inglaterra. Nos explicó que la torre del sol encaja perfectamente en la longitud del cuerpo de la catedral que son 365 pies y que coincide con el número de días de un año solar. Por otro lado, la torre de la luna cae a veintiocho pies del final del pasillo y coincide justamente con el ciclo de veintiocho días de la luna. ¿Por qué se codificó todo esto en una iglesia?

—¿Por qué? —preguntó intrigado.

—Los constructores creían que el universo estaba compuesto por dos fuerzas opuestas. El sol, es decir, la luz, y la luna, la noche, la oscuridad.

—El bien y el mal... siempre es lo mismo. Muy de Hollywood. —Rio Adrián.

—¿De dónde crees que saca Hollywood las ideas? —se mofó ella avanzando por delante de él, comprobando que todo estuviese en calma—. Además —continuó señalando hacia delante, al inicio de la catedral—, el pórtico norte de la catedral se llama el pórtico de los iniciados. Hay dos columnas esculpidas. —Se acercó más a él y volvió a susurrar—. En una de ellas se observa un arca que es transportada por una carreta de bueyes, en la otra, está tallada la figura de un hombre cubriendo el arca con un velo, rodeado por un montón de cadáveres entre los que destaca un caballero en cota de maya. —Adrián enarcó una ceja—. Y justo debajo de estas representaciones hay escrita una leyenda «*Hic amittitur Archa cederis*» cuya traducción es...

—En este lugar se oculta el Arca de la Alianza —sonrió—. Sé latín. Un poco —acabó confesando.

—¿Estudiaste latín?

—No, soy veterinario.

—Ah... qué mono —dijo con una sonrisa a la que correspondió Adrián que en ese momento observaba a su compañero Timeus caminando por la cámara principal, observando el techo—. ¿No te parece mucha casualidad como para pensar que no hay algo de verdad en todo esto?

Adrián se giró hacia ella, pensativo.

—¿Que realmente esté aquí? —preguntó. Ella asintió con efusividad—. No sé yo —contestó no muy convencido—. Sigo pensando que me parece un sitio muy transitado como para ocultar un

objeto como ese.

—Todos los pilares, la longitud de la catedral y los cruceros son múltiplos del número 1,6180, el número áureo, el número divino —continuó ella acercándose—. La disposición de las hojas de un tallo, el ángulo de los pétalos de las flores, incluso de la cantidad de pétalos, el grado de apertura de las flores, la relación entre el grosor de las ramas principales de un árbol y su tronco, la distancia entre el ombligo y la planta de los pies de una persona respecto a su altura total, la cantidad de espirales de una piña... toda la naturaleza, toda la vida, está regida por este número. —Lo miró sonriente—. Esta iglesia es especial. Esconde muchos secretos y conocimiento. Además, cada 21 de junio, el primer día del solsticio de verano, a las doce en punto, el primer rayo de sol del mediodía atraviesa un orificio circular iluminando una baldosa, la cual es diferente al resto, dando en una marca que se encuentra en uno de los laterales de dicha losa.

—¿Qué losa? —preguntó intrigado. Aquello había llamado su atención.

Ella se quedó pensativa.

—No lo sé. —Adrián comenzó a mirar al suelo e incrementó la luz de sus manos. Fue hacia el centro de la catedral pisando baldosas de un color azulado y amarillo—. ¿No sabes dónde está esa baldosa?

Ella negó.

—No, pero aquí no es. Esto es el laberinto. —Adrián miró el suelo comprobando los círculos que formaban. Era cierto, aquello era como un laberinto representado en el suelo—. Su circunferencia tiene 131 metros de diámetro y 264 metros de recorrido a través de once círculos hasta llegar al centro. Otras catedrales francesas como Amiens, Bayeux o Mirepoix también contienen laberintos en su interior.

—¿Qué significa?

Ella se encogió de hombros.

—Algunos dicen que simboliza el laberinto del Minotauro, otros la búsqueda interior y que en su centro se encuentra la parte divina. —Observó a su alrededor—. Piensa también que esta catedral se erigió sobre un altar, según algunos estudiosos, dedicado a la diosa Madre de la mitología druídica, concretamente para la tribu celta de los carnutes.

—Ya... —respondió buscando en el suelo—. Debemos encontrar la baldosa con esa marca. ¿Hay catacumbas en esta catedral?

—¿Y en qué catedral no hay? —bromeó ella—. Estas son las más grandes de Francia. Se hicieron excavaciones que se remontan a la época romana. Ahí se encontró la Virgen Negra.

—¿En serio?

—No es la primera Virgen negra que se encuentra. Hay unas cuantas. En España: la Virgen de Montserrat, la Virgen de las Cruces en Badajoz, en Madrid, Guipúzcoa... en Francia también, en Puerto Rico, Costa Rica, Cuba, Argentina... hay infinidad. La mayoría de las vírgenes templarias eran negras. Luego decidieron modificarlo. —Y se encogió de hombros.

Adrián se quedó un momento pensativo ante aquellos datos.

—Hay que encontrar la losa de la inscripción... —dijo nervioso mientras avanzaba por el pasillo saliendo del laberinto—. Timeus. —Se giró para llamar a su compañero.

Ambos se giraron y se quedaron en silencio al no recibir respuesta. Miró de un lado a otro. ¿Dónde estaba?

—¿Timeus? —insistió.

Aquello lo puso en alerta.

Sarisha dio unos pasos hacia atrás colocándose al lado de Adrián y giró sobre sí misma. En ese momento detectó la mano de Adrián cogiendo la suya.

—No te separes de mí —susurró tirando de ella con paso lento, observando a cada lado.

Aquello no le gustaba. Intentó ver entre la oscuridad de aquellos rincones.

—¿Timeus? —preguntó de nuevo mientras notaba los latidos de su corazón con fuerza en su pecho.

Adrián miró de un lado a otro.

—¿Dónde está? —preguntó ella con temor.

Adrián tragó saliva y se detuvo para observar. No se escuchaba nada, absolutamente nada, ni siquiera los pasos de su compañero.

De repente, Sarisha se llevó la mano a la boca intentando contener un grito.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adrián alarmado. Siguió la mirada asustada de ella hasta unas columnas. A su lado, podía ver medio cuerpo tumbado en el suelo—. ¿Timeus? —preguntó corriendo hacia él.

No se había equivocado. Timeus permanecía inconsciente en el suelo. Una pequeña brecha se abría camino en su frente.

Sarisha llegó a su lado y se arrodilló acelerada.

—Timeus... —gimió colocando las manos en sus hombros, asustada. Cuando se giró hacia Adrián no tuvo tiempo de reaccionar. Pudo ver una sombra aparecer a su espalda y después una mano que rodeaba su cabeza y tocaba su frente. Al momento, Adrián cayó desplomado en el suelo.

Sarisha gimió y se arrastró sobre el suelo de la catedral mientras sentía cómo su corazón quería escapar por su boca.

Tragó saliva e hizo acopio de todo el valor que pudo.

—¿Bronte? —preguntó con voz trémula.

Ichiro se colocó ante ella con una sonrisa.

—Bronte está ocupado —bromeó colocándose enfrente.

Sarisha se puso en pie rápidamente. Necesitaba huir de allí.

—Herm... —gritó justo antes de que Ichiro la atrapase por la cintura y tocase su frente.

Su cuerpo cayó desplomado, sin peso, totalmente inconsciente mientras Ichiro la sujetaba. Se agachó con ella depositándola en el suelo con cuidado.

—Es hermosa —comentó una voz a su lado.

Ichiro se puso en pie sin apartar la mirada de la joven.

—Es una descendiente de la diosa Afrodita, ¿cómo no lo va a ser? —Se giró hacia su compañero—. ¿Tienes noticias del resto, Tritón?

Tritón medio sonrió.

—Todo está saliendo como estaba planeado —indicó.

—¿Bronte la ha conseguido ya? —preguntó con ansiedad.

—No lo sé. Supongo que estará a punto —comentó encogiéndose de hombros. Miró a su alrededor—. ¿Hay alguno más vigilando?

—No, no he visto a nadie más —informó Ichiro.

—Bien —contestó Tritón.

Bronte, acompañado de Asim, Theron y Vasilus, descendiente de la diosa de la venganza Némesis, subieron los anchos escalones de piedra hasta situarse frente a la puerta de madera que precedía la entrada al convento de Santo Domingo.

Jamás había visitado aquel rincón del mundo. Normalmente se movía más por Europa. Cuando había descubierto aquel lugar gracias a sus contactos no había querido aparecer por allí, pues sabía que Hermi estaba tras su pista, por eso mismo no había visitado la ciudad de Cuzco durante los últimos meses. Debía estar seguro de todo antes de hacer lo que iba a hacer, no podía volver a errar.

Miró la puerta de madera y se giró observando a sus acompañantes, todos esperando la orden.

Miró las calles que rodeaban el templo. A esa hora, las seis de la tarde hora de Perú, las calles estaban repletas de gente que paseaba. El clima era templado, apenas unos veinte grados centígrados.

El convento de Santo Domingo, o como allí lo conocían, el Templo del Sol, había sido un lugar sagrado donde se rendía adoración al dios inca del Sol, y que había sobrevivido hasta nuestros días.

La mayoría de los hogareños lo conocían como Coricancha, lo que significaba en su idioma templo de oro o recinto de oro. Uno de los mayores templos que había perdurado hasta nuestros días. La datación de su construcción no estaba clara, pero la mayoría de arqueólogos lo databan en el período de Ayamarcas, cuando aquella población era un señorío inca, antes de su gran Imperio, en la época preestatal. Aquel templo se había construido en sus inicios con piedra calcita y andesita, creando muros totalmente lisos y unidos con una precisión quirúrgica, y creando la figura del sol. Todo ello, recubierto de láminas de oro que reflejaban la luz del sol y que poseían muchas divinidades esculpidas en oro en su interior.

En 1438, asumió el poder Pachacútec, noveno gobernante del estado Inca, y el templo comenzó a remodelarse, pero no fue hasta el año 1533 cuando dicho templo fue saqueado casi por completo, despojado de los metales preciosos que lo decoraban, a manos de Francisco Pizarro bajo la Corona española. A partir de ese momento, dicho templo fue asignado a los Dominicos que ya en el año 1530 habían construido el templo de Santo Domingo sobre los cimientos del Coricancha.

Bronte miró a Theron y le dio la orden con un sutil movimiento de cabeza en dirección a la puerta. Debían ser rápidos.

Theron atravesó la puerta sin problema y esta se abrió desde dentro.

Bronte, acompañado de Vasilus y Asim, entraron al templo y cerraron la puerta tras ellos.

Dentro había poca luminosidad, solo la que entraba a través de los altos ventanales creando rayos de luz que descendían hasta el suelo. El silencio era absoluto hasta que uno de los dominicos se quedó paralizado en medio del templo, vestido con su hábito blanco consistente en una túnica con capucha.

Se quedó totalmente quieto y observó hacia un lado, hacia la capilla donde muchos de sus hermanos dominicanos oraban.

Dio unos pasos hacia Bronte.

—Disculpen, pero el convento se ha cerrado hace media hora —pronunció caminando hacia

ellos con una voz sosegada.

Bronte miró a Vasilus y no tuvo que decirle nada. Vasilus apartó la chaqueta fina que le llegaba hasta las rodillas, de un color gris oscuro, extrayendo un enorme sable.

El dominico se quedó paralizado y lo miró asustado.

—No, no... —Retrocedió el fraile avisando al resto de sus compañeros que en ese momento salían de la capilla quedándose petrificados.

Theron se colocó al lado de Bronte.

—Deberíamos dejar alguno vivo —susurró—. Deben indicarnos dónde están los pasadizos.

Bronte lo miró de reojo y sonrió con malicia.

—No hace falta. Sé perfectamente dónde están. —Señaló al resto de frailes que comenzaban a correr gritando, huyendo de aquel hombre.

Theron suspiró y desapareció de su vista apareciendo entre todos aquellos frailes.

Bronte miró a Vasilus, el cual elevó su sable y atravesó el estómago del fraile tiñendo su hábito de rojo.

Los gritos de todos retumbaron en las paredes de aquel antiguo templo, mientras todos aquellos que intentaban huir caían bien ante el sable de Vasilus o a manos del descendiente del dios de la muerte, Theron.

—Vamos —le indicó a Asim que observaba todo sin inmutarse.

Avanzaron sorteando sin problema los cadáveres y los charcos de sangre que iban dejando. No dejarían ni uno vivo, no podían arriesgarse a fallar.

# 11

Karan miró fastidiado a Hermi que ayudaba a incorporarse a Sarisha. Volvió su cabeza hacia Timeus y Adrián que se encontraban sentados en el suelo de la catedral de Chartres, apoyando su espalda en las inmensas columnas que sostenían aquella increíble edificación. Aquello solo había podido ser obra de Ichiro.

Por suerte, habían conseguido suficientes granos de café en Etiopía y, aunque tardaban cerca de diez o quince minutos en hacer efecto, lograban sacar a sus compañeros del sueño en que los había sumido el hijo de Morfeo.

Karan colocó una mano sobre el hombro de Adrián que en ese momento se frotaba los ojos.

—¿Estás bien?

Adrián asintió y miró en dirección a Sarisha que resoplaba mientras Hermi la ayudaba a sentarse.

Elin se arrodilló al lado de Sarisha y colocó una mano en su frente, al quedarse dormida debía de haber caído golpeándose y tenía una pequeña brecha. Karan se fijó en cómo la luz dorada emanaba de su mano.

Miró a Hermi.

—¿No hay nadie más?

Hermi negó y miró a su alrededor, en la oscuridad.

—Tampoco parece que hayan hecho nada aquí.

Karan tragó saliva y suspiró.

—El monje de Santa María de Sion nos dijo que estaba aquí.

Hermi se encogió de hombros sin saber qué responder a aquello. Se pasó la mano por los ojos intentando ordenar las ideas.

—Llévanos a casa —ordenó antes de mirar su móvil. Al menos, el resto de sus compañeros había contestado a su mensaje diciendo que se encontraban bien.

Hermi se colocó en medio de ellos y cuando detectó que todos lo tocaban aparecieron en casa de Karan.

De entre los semidioses que se encontraban allí para proteger el casco uno se adelantó hacia Karan mientras el resto acompañaba a sus compañeros hacia el sofá.

—¿Qué ha ocurrido?

—Creo que Bronte nos ha tendido una trampa —informó llamando la atención de todos. Se fijó en Adrián, Timeus y Sarisha que parecían aún un poco mareados—. Hermi, ve a buscar a Alexandros a Etiopía.

Hermi desapareció. Karan fue hacia Adrián que era el que parecía estar más despierto y se agachó a su lado.

—¿Cuántos eran?

Adrián tragó saliva y chasqueó la lengua.

—Solo vi al chino —indicó.

—Es japonés —explicó Karan—, es hijo de Morfeo.

—¿No me digas? —ironizó mientras se frotaba los ojos—. Menudo hijo de...

—¿Escuchasteis algo? —lo interrumpió.

Adrián negó.

—No. Vimos primero a Timeus tendido en el suelo y cuando me acerqué a él para ayudarlo el muy crabrón me durmió.

Karan miró a Sarisha que lo observó fijamente, apretó los labios y ella sí asintió.

—Estaba todo muy oscuro —explicó ella—, pensé que aquella silueta era la de Bronte, pero me contestó que Bronte estaba ocupado. —Karan inspiró con más fuerza y colocó las manos en su cintura—. Intenté llamar a Hermi, pero no me dio tiempo.

—Lo sentimos mucho —interrumpió Adrián.

Karan negó rápidamente mientras se pasaba la mano por la mejilla, pensativo.

—Lo importante es que estáis bien —dijo sumergido en sus pensamientos.

Chartres era el nombre que había pronunciado aquel monje de Etiopía. Nada más llegar allí se habían encontrado con que Ichiro había dormido a sus compañeros. Algo fallaba.

Se giró hacia Hermi cuando este apareció en medio del salón y miró de una forma tímida a Karan.

—¿Y Alexandros? —preguntó al ver que su compañero había vuelto solo.

Hermi chasqueó la lengua.

—Tenemos un problema.

Hermi apartó la mano del hombro de Karan y Elin y miraron a Alexandros de espaldas a ellos. Mantenía retenidas junto a la única pared que quedaba en pie de la iglesia de Santa María de Sion a tres personas.

A una de ellas ya la conocía, el monje que en principio era el encargado de proteger el Arca de la Alianza. Sintió cómo la ira se apoderaba de él al recordar que le había mencionado que el arca se encontraba en la catedral de Chartres.

—Vuelve a moverte y te atravieso el corazón con una flecha —gritó Alexandros hacia otra de las personas que retenía.

Se trataba de un hombre de piel morena, seguramente de origen árabe, pelo muy negro, parecía joven y se sujetaba la mano de donde brotaba bastante sangre. A su lado, había una muchacha con las manos en alto, con su pelo rizado y castaño que caía sobre sus hombros.

—Alexandros —comentó Karan dando unos pasos hacia él, seguido por Elin y Hermi.

En ese momento detectó la mirada de aquel hombre árabe sobre la suya, asustado, como si no diese crédito a lo que veía. Aquello le hizo sospechar y miró a Alexandros de reojo. Estaba claro que aquellos no eran semidioses, parecían demasiado asustados con lo sucedido, como si no creyesen la aparición de ellos allí.

—Nefilim —susurró Mukhtar.

Kassandra lo miró sin comprender, sin atreverse a bajar las manos, pues Alexandros no dejaba de apuntar a los tres con el arco.

Karan se colocó a su lado, observándolos.

—Baja el arco —susurró escudriñando a aquella pareja. Sin duda estaban asustados, pero aquel muchacho lo había llamado nefilim, algo que había llamado totalmente su atención—. ¿Quiénes son? —preguntó a Alexandros.

—Estaban escondidos tras ese edificio, han intentado aproximarse —explicó con voz calmada.

Karan volvió a mirarlo de reojo y se centró de nuevo en aquellas dos personas.

—Eso no explica por qué los retienes...

—Han dicho algo sobre Bronte —acabó explicando con una sonrisa irónica.

Karan miró al hombre árabe que no le quitaba ojo de encima, con los párpados totalmente abiertos, conmocionado. Dio un paso hacia él, intimidándolo.

—¿Bronte? —preguntó con la mirada fija en él y escudriñando también a la muchacha que aún mantenía las manos levantadas—. ¿Quiénes sois?

Elin se colocó a su lado mirando con seriedad a los tres retenidos.

—¿Quién sois? —gritó de nuevo hacia las tres personas, aunque detuvo su mirada en el monje que en ese momento tragaba saliva—. ¿Por qué nos engañaste? —preguntó colocándose frente a él.

Elin se apartó un poco de él, jamás lo había visto tan furioso como aquella vez. Karan elevó su mano de la que empezaron a surgir rayos de un azul eléctrico. El monje gritó mientras lo observaba. Karan lo cogió del cuello de la túnica estampándolo con fuerza contra la pared mientras con la otra mano desprendía rayos azules en señal de amenaza.

—Habla o juro que te convertiré en cenizas.

Mukhtar miró asombrado a Karan y cómo su mano desprendía aquellos rayos. Observó cómo acercaba la mano hacia el monje que cerraba los ojos apretando los párpados asustado.

—¡Te dijo la verdad! —interrumpió Mukhtar.

Karan no distanció la mano del monje, simplemente giró su cabeza hacia él con una mirada tan aterradora que las piernas de Mukhtar flaquearon.

Karan observó a aquel muchacho. No le gustaba amenazar a civiles ni mostrarles de lo que era capaz, y menos aún quitarles la vida, pero a estas alturas, tal y como estaban las cosas, no podía mostrar debilidad. Haría todo lo necesario para salvar al resto de la gente.

—¿A qué te refieres? —preguntó sin descender su mano.

Mukhtar tragó saliva, tenía la boca seca por los nervios. Notó el cuerpo de su compañera a su lado, temblando de miedo.

—Os dijo que el arca estaba en Chartres —susurró.

—Bronte atacó a mis compañeros en Chartres —rugió—. ¿Estaba ahí? ¿Se la ha llevado? —continuó Karan alterado, ante la atenta mirada de Elin y Hermi que no intervenían en la conversación.

Mukhtar no dejaba de temblar, aun así, pudo negar con su cabeza. Aquella respuesta hizo que Karan dejase de crear rayos y bajase la mano, soltase al monje y diese unos pasos hacia él. Se fijó en la muchacha que estaba a su lado, abrazada a sí misma y llorando, temblando de miedo.

Se colocó ante Mukhtar con la mirada fija en los ojos de él, aunque este evitaba su mirada.

—¿Quién eres? —preguntó directamente mientras Elin se colocaba a su lado.

Mukhtar intentó calmar su respiración. Jamás había sentido los latidos de su corazón tan disparados.

—El monje no os miente —susurró con la voz entrecortada y la cabeza hacia abajo—. La última noticia que tiene él es esa, es la última ubicación conocida para los descendientes de la familia Leví.

Karan miró de reojo a Elin que se colocaba a su lado de nuevo. ¿Cómo podía saber todo eso aquel joven?

Mukhtar volvió a tragar saliva y elevó su cabeza despacio, con la mandíbula apretada, luego miró de reojo a su compañera, Kassandra, que ni siquiera levantaba el rostro del suelo.

—La Orden del Temple se ha encargado siempre de proteger el...

—¿La Orden del Temple? —preguntó Karan mosqueado—. No me vengas con tonterías...

—Es verdad —comentó alzando la voz.

En ese momento, Hermi, que se había mantenido alejado de ellos, se colocó frente a Mukhtar.

—La Orden del Temple desapareció en el año 1307 —indicó Hermi con una voz mucho más calmada que la de Karan—, cuando se arrestó a todos los templarios bajo el reinado de Felipe IV y fueron condenados a la hoguera.

Mukhtar negó.

—Mataron a muchos, a la gran mayoría... —susurró con la voz entrecortada—, pero otros lograron escapar y se refugiaron en Escocia, España, Portugal... y en muchos otros países. —Lo miró fijamente—. No desaparecimos... simplemente nos hicimos invisibles. —Se llevó la mano al cuello y extrajo un pequeño colgante con la cruz de los templarios, la misma cruz que la aksumita—. Siempre hemos estado aquí para proteger el arca e intentar...

—¡Y una mierda! —gritó Karan colocando la mano en el estómago del joven y presionándolo contra la pared—. ¿Por qué sabes el nombre de Bronte?

—¡Lo estábamos vigilando! —gritó de los nervios. Karan enarcó una ceja—. Siempre... —tragó saliva—, siempre que hay una excavación arqueológica en busca del arca intentamos infiltrarnos.

—¿Y tú eres el infiltrado? —Se burló y puso los ojos en blanco—. ¿Dónde está el arca? —preguntó esta vez con un gruñido. Mukhtar lo miró con la mandíbula apretada, con la mirada fija y cargada de fuerza—. Si eres un templario de verdad debes saberlo. Será mejor que me lo digas, chico, porque Bronte no tiene muy buenas intenciones.

—¿Y tú sí? —preguntó con un grito.

—Oh, sí... y tanto que sí, las tengo. —Se acercó más—. ¿Sabes por qué Bronte quiere encontrar el arca? —Mukhtar no dijo nada, solo se limitó a mirarlo—. Si fueses de la Orden del Temple, como dices ser, sabrías el poder que tiene el arca...

—Lo sé —interrumpió.

—Pues Bronte pretende usarla. —Y acabó sonriendo con ironía—. Y creo que a nadie de este mundo le interesa que lo haga. Si no, ¿por qué crees que me molestaría en venir? Tú mismo me has llamado nefilim. —Mukhtar tragó saliva—. Ya has visto lo que han hecho...

—Otros nefilim... iguales a ti.

—La facción de Bronte —continuó Karan. En ese momento, intentó calmarse—. Si lo que me explicas es cierto... necesito que me digas dónde está el arca.

—No puedo.

Karan resopló, armándose de paciencia. Elin intervino colocándose al lado de Karan que permanecía con los músculos en tensión.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con voz amable.

Mukhtar la miró.

—Mukhtar.

Tanto Elin como Karan lo miraron fijamente, aquel era el nombre que tantas veces el monje había pronunciado. Ambos inspiraron intentando calmarse.

Elin cogió su mano que sangraba. Él intentó apartarla un par de veces, pero Elin lo retuvo. Colocó su palma encima de la suya y comenzó a emitir una luz dorada. Tanto el monje como Cassandra miraron asombrados aquella luz mientras Karan suspiraba, se cruzaba de brazos y cerraba los ojos intentando ser paciente.

Mukhtar observó cómo la herida de su mano se cerraba hasta que Elin la soltó lentamente. La observó maravillado, sin saber qué decir, mientras Karan abría los ojos y miraba de reojo a Elin.

—Mukhtar, no vamos a haceros daño, ni a ti ni a ninguno de vosotros, pero tú mismo has dicho que estabais vigilando a Bronte. Bronte no es buena persona, ya hemos luchado contra él en otras ocasiones... —Mukhtar apretó los labios y descendió su mirada hacia el suelo, pensativo—. No tiene buenas intenciones —indicó Elin con voz pausada—. Estamos aquí para protegeros a todos vosotros, pero para poder hacerlo necesitamos que confíes y nos ayudes a encontrarla. Necesitamos saber dónde está para protegerla y que Bronte no pueda hacerse con ella.

Mukhtar permaneció en silencio unos segundos. Aquella muchacha tenía un don increíble, le había curado la mano en un abrir y cerrar de ojos. Alzó su mirada clavando sus ojos en los suyos, de un azul intenso que incluso en la oscuridad brillaban. Esa chica desprendía una ternura que no podía explicar con palabras. Sin embargo, el compañero que tenía al lado era todo lo contrario.

Sabía que Bronte no tenía buenas intenciones, además, había visto el ataque que habían hecho a la iglesia de Sion. Estaba claro que había dos facciones, pues los había visto luchar. Miró al monje que permanecía en silencio, temblando de miedo.

Miró a Elin y permaneció unos segundos observándola. Sabía que el arca corría peligro, solo esperaba no equivocarse con su decisión.

—Está bien —susurró. Miró a su compañera que lo observaba muerta de miedo—. Coricancha. El Templo del Sol en Perú.

Karan se giró directamente mirando a Hermi y colocó una mano en su hombro.

—Elin, conmigo —pronunció con urgencia.

Elin miró al muchacho y asintió.

—Gracias —comentó mientras colocaba una mano en el hombro de Hermi.

—Alexandros —ordenó Karan a su compañero—, llévalos a mi casa.

Y, sin más, desaparecieron.

Alexandros se giró y los observó de los pies a la cabeza. Los tres permanecían totalmente paralizados ante lo que acababan de presenciar. Suspiró y les indicó con un movimiento de cabeza que lo siguieran.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mukhtar cogiendo de la mano a Cassandra, la cual lloraba sin consuelo, pues había acumulado muchos nervios en los últimos minutos.

—Ya has oído al jefe...

—¿Y quién es el jefe? —preguntó Mukhtar sin moverse.

Alexandros sonrió mientras seguía avanzando, aunque al ver que ellos no lo seguían se giró y colocó las manos en su cintura en actitud despreocupada.

—Mejor pregúntaselo tú cuando vuelvas a verlo.

—No pienso ir contigo —sentenció.

Alexandros enarcó una ceja y dio unos pasos hacia él.

—Y tanto que vendrás.

—No, ¿por qué debería hacerte caso? En lo que a mí respecta. —Comenzó a tirar de la mano

de Kassandra en dirección contraria—. Habéis estado a punto de matarnos.

Alexandros le cortó el paso.

—Verás, a mi jefe no le gusta tener gente en casa... —indicó—, pero si ha dicho que vendáis conmigo es porque si Bronte descubre que nos habéis ayudado os matará... a los tres. —Luego miró a Kassandra que lo observaba con lágrimas en los ojos—. Creedme, son tiempos difíciles, y el lugar más seguro donde podéis estar es con nosotros. No tengáis miedo, os protegeremos de Bronte.

Mukhtar pasó un brazo por encima de los hombros de Kassandra atrayéndola hacia él y contempló a aquel muchacho al que habían llamado Alexandros. Su melena rubia volaba hacia atrás, sus facciones eran mucho más tiernas que las de aquel al que llamaban jefe.

Alexandros tendió su mano hacia ellos.

—Tranquilos, confiad en nosotros —pronunció con voz tranquila.

Mukhtar tragó saliva y, finalmente, asintió mientras seguían a Alexandros, internándose en las calles de Aksum. Apretó con más fuerza a Kassandra contra él y miró de reojo al monje que los seguía unos pasos por detrás.

—¿Cómo se llama tu jefe?

Alexandros se giró, aunque no dejó de avanzar.

—¿Dónde estáis alojados? —se limitó a preguntar sin responder a Mukhtar.

—Está a diez minutos de aquí —indicó.

—Se llama Karan.

—Y la casa de... Karan, ¿dónde está?

Alexandros se detuvo y medio sonrió. Colocó las dos manos por delante, sujetando el arco.

—En Atenas.

—¿Atenas? —preguntó Mukhtar.

Alexandros asintió e indicó con la mano que fuesen ellos por delante para que lo guiasen hasta el hotel.

—Sí, en Atenas. En el barrio de Plaka.

—Lo conozco —dijo rápidamente, sin soltar a su compañera—. Somos de Atenas.

Alexandros los miró y asintió.

—Qué bien —comento como si para él no tuviese ningún interés aquel dato.

## 12

En cuanto aparecieron en el interior del Templo del Sol, Karan cogió a Elin por el brazo y la colocó a su espalda.

Las miradas de los tres recorrieron los cuerpos inertes que yacían en el suelo del templo. Sus hábitos, que hacía poco habían sido totalmente blancos, lucían ahora totalmente ensangrentados.

Elin dio unos pasos hacia delante, hacia el cuerpo que tenían más cerca, pero Karan la retuvo.

—Elin... —susurró mirando a todos lados.

—Tengo que ayudarlos —sollozó ella.

El sufrimiento que vio en su mirada fue tan grande que la soltó permitiendo que se agachase al lado del primer cadáver.

—Hermin —susurró Karan escandalizado por la cantidad de sangre que había en el lugar, incluso algunas gotas descendían por las paredes fruto de los salpicones. Quien hubiese hecho aquello era un bestia, y sabía perfectamente quién había sido. Puede que aquel joven árabe tuviese razón—. Ve a buscar a Gael y a Neil. Ya —pronunció mirando a todos lados, atento por si aparecía algún intruso. Hermin desapareció en ese preciso instante.

Se agachó al lado de Elin, aunque se mantenía atento a todo lo que les rodeaba.

—¿Puedes ayudarlo?

Ella negó con su rostro y fue hacia el siguiente.

—Están... están muertos —susurró prácticamente ahogada.

Karan se puso en pie.

—¿Cuánto hace?

—Menos de una hora —susurró ella consternada, buscando el pulso a todos los hombres que permanecían tendidos en el suelo, desangrados, sin poder contener las lágrimas. Aquella era la peor matanza que había visto nunca, además, de una forma totalmente gratuita, sin que tuviesen oportunidad alguna de defenderse frente a ellos.

Notó la presencia de Karan a su lado y la cogió del brazo para levantarse.

—Hay que tener cuidado, es posible que sigan aquí —susurró cogiéndola de la mano y arrastrándola hacia la zona del altar, esquivando todos los cuerpos inertes.

Cortes en la cara, en el cuello, en el abdomen, incluso de algunas heridas aún brotaba algo de sangre. La imagen era escalofriante.

Se detuvo y apretó la mano de ella cuando escuchó un susurro. Ambos miraron alrededor mientras Karan se situaba delante de ella.

—Karan... —susurró Elin soltándose de su mano.

Salió corriendo hacia una de las columnas. Tras ella un hombre permanecía apoyado, con las manos en el estómago, luchando por respirar.

La imagen los dejó atónitos unos segundos. La sangre salía de su estómago sin parar, el rostro blanquecino del fraile les daba a entender que le quedaban pocos minutos de vida.

Elin se agachó de inmediato a su lado, frente al hombre que no dejaba de gemir.

—Tranquilo... te pondrás bien —susurró Elin colocando las manos en su estómago.

Karan miró de un lado a otro mientras veía de reojo cómo la luz que Elin emitía de sus manos

iluminaba la estancia.

El fraile ni siquiera se inmutó cuando vio aquello, era como si estuviese resignado ya a morir, pero tras varios segundos pudo ver cómo alzaba la mirada hacia el rostro de Elin mientras su labio inferior temblaba y sus ojos se humedecían.

Karan dio un paso al frente mientras notaba los latidos de su corazón desbocados en el pecho. Lo había infravalorado, había infravalorado a Bronte, jamás había pensado que llegase a eso.

Se giró cuando escuchó unos pasos justo por detrás. Hermi apareció junto a un Gael y un Neil totalmente abatidos ante lo que veían. Sus miradas desesperadas se encontraron unos segundos.

—¿Bronte? —preguntó Gael mirando a su alrededor.

—¿Quién si no? —preguntó Karan con las manos convertidas en puños.

Las miradas de todos se centraron en el fraile y en Elin que apartaba las manos de su estómago. Aunque estaba manchado todo en sangre la herida había desaparecido. Volvió a mirar a Elin maravillado, como si no diese crédito, con una mirada de agradecimiento y de admiración que no podía describirse con palabras. Cogió las manos de Elin teñidas de sangre, expresándole su gratitud.

—¿Cómo has...? —logró articular el fraile entre sollozos.

Karan se acercó y se arrodilló al lado del fraile.

—Venimos a ayudar.

El fraile se giró hacia él con los ojos cargados de lágrimas.

—Ya es demasiado tarde —comentó desviando la mirada hacia el resto de sus compañeros de convento. Comenzó a llorar desconsolado—. ¿Por qué han hecho esto? —preguntó entre sollozos.

Karan aguantó el tipo como pudo. Debía centrarse para evitar una catástrofe peor.

—El arca —dijo Karan—. Los que os han hecho esto querían el arca. ¿Dónde la tenéis?

El fraile miró a Elin e intentó ponerse en pie, aunque las piernas aún le flaqueaban y Karan tuvo que volver a ayudarlo a sentarse.

—Dinos simplemente por dónde es. Nosotros nos ocupamos —insistió él.

El fraile tragó saliva y giró su cabeza hacia la derecha, señalando con la mano temblorosa hacia uno de los laterales donde había un pequeño altar sobre un suelo de madera.

—Bajo el altar —susurró. Karan iba a levantarse, pero el fraile lo retuvo—. Las escaleras que hay bajo la trampilla conducen a una cripta de la época colonial. —Tragó saliva con dificultad—. A la izquierda hay una entrada. La pared está tapiada. Derribadla. El túnel os llevará hasta Saqsaywaman.

—¿Dónde está eso? —preguntó Neil.

—A unos dos kilómetros —indicó el fraile—. Allí la encontraréis. —Karan iba a volver a levantarse, pero el fraile volvió a retenerlo—. No... no dejéis que se la lleven.

Asintió, colocó una mano sobre la de él para tranquilizarlo y se puso en pie.

—Me quedo aquí —indicó Elin—. Puede que alguien más necesite ayuda.

Karan apretó los labios observando a su alrededor, pero finalmente asintió.

—Hermi, quédate con ella.

Gael apartó el altar y Neil una pequeña alfombra.

—No parece que hayan movido el altar —comentó Neil.

Karan abrió la trampilla y descendió sin pensarlo por las escaleras.

Allí abajo había una total oscuridad.

—Neil, luz —ordenó mientras sus compañeros lo seguían.

Neil creó una llama en su mano. Al final de las escaleras, tal y como el fraile les había indicado, había una cámara colonial.

No debían de acceder mucho a aquella zona porque el ambiente estaba totalmente cargado, como si no se ventilase desde hacía años.

Varias estatuas de piedra se encontraban en una esquina. Algunas mesas sostenían sobre su tabla algún escudo que debía de tener varios cientos de años.

Una de las figuras llamó su atención. Fue hacia ella. Se trataba de un hombre con barba blanca, pelo largo, vestido con una túnica y una espada sujeta con las dos manos. Su punta reposaba entre los dos pies, aunque lo que más llamó su atención era la cruz que se plasmaba en aquella túnica. La cruz del temple, la misma que la aksumita. Se quedó observándola fijamente hasta que la voz de su amigo lo hizo girarse.

—Karan —lo llamó Neil.

Karan miró hacia donde indicaba Neil. Había una entrada a un túnel, pero por lo que le había dicho el fraile esta debía estar tapiada y, en este caso, los ladrillos color rojizo se encontraban desperdigados sobre el suelo. Ya no cabía duda, Bronte había accedido a aquel túnel y había ido en busca del arca.

Karan se movió rápidamente hacia el túnel y pasó por encima de los ladrillos. Neil lo siguió en segundo lugar alumbrando y por detrás iba Gael, mirando de vez en cuando hacia atrás mientras corrían por aquel túnel oscuro, únicamente iluminado por la luz que emanaba de la mano de Neil.

—El fraile ha dicho que tiene unos dos kilómetros de largo —comentó Karan acelerando el paso.

Aunque los permitía moverse con agilidad, debían agachar un poco la cabeza para no toparse con la roca del techo.

—Debe de ser un túnel de construcción inca —indicó Gael mientras corría tras sus compañeros.

Karan se detuvo de inmediato y paró a sus compañeros con la mano, instándoles a que guardasen silencio, pues el túnel llegaba a su fin y se abría otra gran cámara.

Neil bajó la intensidad de la llama haciéndola casi desaparecer. En ese momento, fueron conscientes de que ninguna otra luz alumbraba aquella cámara que se abría ante ellos.

—No hay nadie —susurró Neil incrementando de nuevo la llama.

Karan fue el primero en asomarse.

La cámara era enorme. Era increíble cómo los incas podían haber cavado aquellos túneles y cámaras sin maquinaria eléctrica alguna.

Fue el primero en entrar, mirando de un lado a otro en posición de ataque por si debían defenderse.

Nada, allí no había nada ni nadie. La cámara estaba totalmente vacía.

Gael y Neil miraron también hacia los lados. Solo observaban las cuatro paredes, pese a lo enorme que era para estar bajo tierra estaba totalmente vacía.

—¿Es aquí? —preguntó Gael atravesando la sala y acercándose a la pared de enfrente, buscando alguna entrada secreta.

Neil hizo lo mismo mientras iba hacia otra de las paredes.

Karan elevó su mirada. Debía haber unos tres o cuatro metros hasta un techo de madera.

Suponía que debía estar bajo el suelo del Saqsaywaman, la fortaleza ceremonial inca al norte de la ciudad de Cuzco.

Miró desesperado en todas direcciones hasta que contuvo la respiración. Comenzó a caminar hacia la pared que tenía a su lado. Ante ella, había un altar de piedra.

Tragó saliva al observarlo. No tenía un metro, pero podía asegurar que las medias de aquel altar serían de ciento once centímetros por sesenta y siete, las mismas medidas que daban las escrituras sagradas del Arca de la Alianza.

Se agachó frente al altar al ver que había una inscripción.

—Neil, Gael —los llamó nervioso.

Ambos se acercaron, y supo que pensaban lo mismo cuando los escuchó protestar.

—No, mierdaaa —susurró Gael.

Karan se giró hacia Neil y señaló una inscripción.

—Necesito que alumbres.

Neil se situó a su lado mientras observaba.

—*Hic jacet in telum Dei* —susurró Karan—. Latín.

—¿Latín? —preguntó Gael sorprendido—. En el Imperio inca hablaban lengua quechua.

—Aquí reposa el arma de Dios —susurró Karan poniéndose en pie, despacio, luego miró la parte superior, vacía. Miró a sus compañeros de forma directa mientras intentaba contener la rabia y la frustración. Habían llegado tarde. —Se la han llevado.

#### EN ALGÚN LUGAR DEL OCÉANO PACÍFICO.

El C-17 Globemaster III era un avión de transporte militar de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos capaz de transportar cargas de hasta doscientas sesenta y cinco toneladas y una capacidad de carga útil de 77.519 kilos, considerado como el tercer avión de transporte militar más grande del mundo, con una velocidad media de crucero de ochocientos treinta kilómetros por hora. Aquel, junto a una flota de diez aviones de caza, había sido el regalo que Asim le había entregado para llevar a cabo su plan.

Por suerte, contaban con un militar del rango de Asim en su equipo que no solo podía ofrecerles una gran ventaja por su poder, sino por la posición que ostentaba. Mariscal del aire de la Fuerza Aérea Egipcia, que contaba con más de mil cien aviones de combate y doscientos cuarenta y cinco helicópteros armados, considerada la armada más grande de África y Oriente Medio. Su lema «cada vez más alto, en pos de la gloria» hacía honor a la gran armada que presidía y la bestia que surcaba los aires sobre algún punto del océano Pacífico, con cincuenta y tres metros de largo y casi cincuenta y dos metros de una punta de un ala a la otra.

Lo habían acondicionado lo suficiente como para hacer un viaje más o menos cómodo. El enorme pasillo en su interior tenía decenas de asientos en cada lateral. Además, habían añadido algunas sillas acolchadas en el centro, rodeando unas mesas, que les permitía a todos los semidioses que lo acompañaban estar más cómodos en el largo viaje.

Bronte se puso en pie, observando fijamente a los dos semidioses que se acercaban a la misteriosa caja situada al final del avión, cerca de las puertas de hierro que blindaban la cabina.

—Quietos —los amenazó Bronte.

Ambos se giraron observando a Bronte, el cual caminaba despacio en su dirección.

—Solo queremos verla.

—¿Es que queréis morir, idiotas? —preguntó llegando hasta ellos, empujándolos para alejarlos de la caja de madera—. Alejaos. —Cuando ambos se apartaron Bronte se giró observando la madera—. Lo que menos necesitamos ahora es que se ponga en funcionamiento en el aire —susurró mosqueado. Miró a Odell que se encontraba en uno de los asientos cercanos—. Que nadie se acerque.

Odell asintió dispuesto a cumplir la orden.

Se había hecho con ella, lo había logrado. Aún no se lo creía. Ante él, se encontraba el arma más mortífera que jamás se había creado. Ni el tridente de Poseidón ni el casco de su propio padre superaban la fuerza y el potencial de aquel objeto al que los humanos conocían como el Arca de la Alianza: un objeto capaz de acabar con la vida de las personas y de todo un planeta.

No sería la primera vez que el arca se descontrolaba y acababa con la vida de varias personas, eran infinidad de historias las que narraban los sucesos de aquel poderoso objeto y sabía que todas eran ciertas.

Sentía terror al estar frente a un objeto como aquel, un objeto que había sido forjado por los mismos dioses.

Sabía de lo que era capaz, del peligro que conllevaba estar a pocos metros de ella y que en cualquier momento el arca podía despertar y acabar con ellos. Por esa misma razón se había prohibido a la humanidad verla y tocarla, razón por la cual se transportaba a través de unos palos y siempre cubierta.

—¿Cuánto tiempo de vuelo tenemos? —preguntó Odell mientras estiraba las piernas y colocaba los brazos tras su cabeza, acomodándose.

—Quedarán unas once horas —indicó Bronte.

Odell resopló y se quedó observando la caja unos segundos.

—¿Sabes cómo se usa? —Se burló.

Bronte lo miró de reojo.

—Claro que lo sé, idiota. —Se giró hacia él y ladeó su cabeza—. Pero aún nos hace falta el casco de mi padre.

Odell se echó hacia delante apoyando los codos en sus rodillas, en una postura poco elegante y despreocupada, aun así, su mirada fue firme.

—Cuando salgamos de este maldito avión iré y te lo traeré —pronunció convencido.

Bronte lo miró fijamente y comenzó a reír, lo que dejó aturdido a Odell.

—¿Crees que si fuese tan fácil no lo hubiésemos logrado ya? —preguntó dando un paso hacia él, en actitud intimidante—. Ya escuchaste lo que Ichiro dijo, las medidas de protección del casco. —Enarcó una ceja hacia él y se giró con una ligera burla en su rostro—. Dudo que pudieses traerlo sin quedar atrapado en esa maldita prisión de electricidad. —Aunque el tono que usó para aquella frase lo ofendió, Odell se obligó a mantener la boca cerrada—. Ya lo conseguiremos, todo a su debido tiempo —susurró y contempló al ejército que había formado. Decenas de semidioses se habían adherido a su causa y creían firmemente que había llegado el momento de realizar dicho cambio. No era la primera sublevación que llevaban a cabo, ya había habido otras hacía milenios, pero aquella vez lo lograrían de verdad.

Se fijó en todos ellos unos segundos, la mayoría conversando entre ellos o echando alguna mirada furtiva hacia la caja de madera.

Fue hacia una de las múltiples ventanas que había en cada lateral, pequeñas y del tamaño un

poco más grande que su cabeza y miró a través de ella.

Hacía poco más de media hora que surcaban el océano rodeando la costa de Chile, sabía que quedaban muchas horas de vuelo, pero la impaciencia se apoderaba de él, no solo por el hecho de que seguramente el equipo de Hermi y Karan no tardaría en dar con él, sino porque, además, ir subido en aquel avión era como estar sobre una bomba de relojería que podía explotar en cualquier momento.

Observó que, por debajo de ellos, varios cazas surcaban los cielos, protegiéndolos. Sabía que tanto por el otro lado como por delante y detrás los cazas con los que le había provisto Asim los protegerían frente a eventuales problemas.

En cuanto aterrizasen ocultaría el arca y comunicaría a su padre su reciente victoria. Estaba seguro de que estaría encantado.

—Theron —llamó la atención del hijo del dios de la muerte que se encontraba sentado frente a él—, Odell —lo nombró también—. Encargaos del transporte del arca hasta mi regreso. —Theron y Odell asintieron. Bronte miró a Asim, el cual permanecía de pie, con gesto serio y de brazos cruzados, mirando hacia la caja de madera que ocultaba el arca—. Llévame con mi padre, tenemos muchas cosas de las que hablar —ordenó mientras se acercaba.

Se giró y miró en dirección a la caja de madera. La mayoría de los semidioses de allí sabían lo que transportaban, pero no eran conocedores de su enorme poder. Seguramente, si fuesen conscientes como él de lo que era capaz de hacer el arca, se arrojarían del avión sin pensarlo un segundo.

Asim fue hasta él colocando la mano en su hombro y desaparecieron.

# 13

Alexandros observó al monje al que habían salvado en la iglesia de Santa María de Sion sentarse a su lado. El hombre lo contemplaba ensimismado. Estaba claro que jamás había subido en un avión, incluso dudaba que hubiese viajado alguna vez fuera de Aksum.

Tras recibir la llamada de Karan y enviarle a través del teléfono móvil los cuatro billetes de avión se habían dirigido al aeropuerto. Por suerte, aquella misma noche cogían el vuelo directo que los llevaría a Atenas. Karan se había visto obligado a contratar un chárter, dado que el vuelo que salía aquella misma noche con destino a Atenas hacía dos escalas, la primera en el Aeropuerto Internacional de Bole, en Addis Adeba, Etiopía, y la segunda escala en el Aeropuerto de Fiumicino, en Roma, Italia, con una duración total del viaje de dieciséis horas y media. No podía permitirse tanto tiempo, de modo que había contratado un vuelo privado que los llevase directamente al Aeropuerto de Atenas, reduciendo así el tiempo de viaje en unas ocho horas.

Otra posibilidad habría sido que Neil fuese con el avión privado que Robert les había regalado, pero aquello conllevaba que Neil volara hasta allí y luego volver. Tardaría incluso más que con el vuelo normal, aunque este tuviese dos escalas.

—Tenéis dos horas para llegar al Aeropuerto de Aksum, ¿te dará tiempo? —le había preguntado Karan.

—Claro, Mukhtar me ha dicho que se llega en media hora. —Había mirado a Cassandra y Mukhtar mientras recogían sus cosas en el hotel—. ¿Hermi vendrá a buscarme cuando los lleve?

—¿A buscarte? —Karan parecía confundido—. Los tienes que acompañar en el vuelo.

—¿Acompañarlos? —preguntó Alexandros sorprendido.

—Claro —respondió Karan como si no comprendiese aquella reacción—. Si Bronte descubre que están con nosotros es posible que quiera matarlos. Además, si lo que Mukhtar nos ha explicado es cierto, es posible que pueda ayudarnos.

—¿Ayudarnos con qué? —preguntó molesto—. Me acabas de decir que se han llevado el arca. Karan resopló.

—Tú hazlo. Te envío ahora los cuatro billetes.

—Joder —susurró Alexandros—. ¿Me voy a pasar ocho horas en un avión? —protestó—. No soy ningún niño.

Karan rechinó los dientes, bastante tenía ya como para encima tener que pelear para que su propio equipo cumpliera sus órdenes.

—Hazlo —ordenó antes de colgar, sin esperar respuesta por su parte.

Dos horas después se encontraban sentados en un chárter de doce plazas solo para ellos. Lo bueno que tenía era que no había tenido que dejar el arco y las flechas allí, pues sabía que por el arco de seguridad de un aeropuerto convencional no le permitirían llevar esos objetos.

Los había facturado como equipo de caza y ahora se encontraba en un compartimento al final del avión.

El Challenger 605 era un moderno avión con capacidad, en este caso, para doce personas, con un aseo completo y una longitud de cabina de 8,61 metros.

Todos los asientos eran butacas blancas, acolchadas y amplias, muy cómodas.

Al inicio, al lado de la izquierda había una mesa con dos butacas a un lado y otras dos al otro. Los demás asientos se encontraban dispuestos por parejas o bien en horizontal a un lado. Lo cierto es que era muy espacioso.

—Ponte el cinturón —ordenó al monje sentado a su lado.

El monje lo miró sin comprender.

Mukhtar, que se había sentado a la mesa junto con Cassandra se giró hacia él.

—No entiende el inglés. Solo amhárico o árabe.

Alexandros resopló.

—Qué viaje más entretenido me espera. —Miró a Mukhtar—. No hablo ninguno de esos dos idiomas, ¿tú sí?

Mukhtar miró directamente al monje.

—*Wadaeat ealaa hizamik, min fadlik*. —El monje asintió y se puso el cinturón—. Hablo árabe —explicó a Alexandros—. Se llama Robel. —El monje asintió cuando escuchó su nombre.

—De acuerdo —comentó Alexandros abrochándose también el cinturón—. Aprovechad para dormir, son unas ocho horas de vuelo —dijo apoyándose contra el asiento.

Mukhtar miró hacia delante donde Cassandra permanecía mirando por la ventana mientras el avión comenzaba a recorrer la pista de despegue. Se había mantenido muy callada durante aquellas últimas horas, esquivando su mirada, incluso había podido distinguir cómo temblaba y lo observaba con curiosidad.

Mukhtar se apoyó contra el asiento y observó la pista de aterrizaje mientras el avión tomaba más velocidad y se elevaba. En ese momento, escuchó un gemido por parte de Robel, el cual se sujetaba con fuerza al asiento.

Alexandros lo miraba confundido.

—Tranquilo —pronunció Mukhtar para calmar al monje—. Es normal. No te preocupes.

Robel tragó saliva, aun así, seguía sujeto con fuerza al asiento, impresionado por la sensación de sentirse elevado por primera vez. Una vez transcurrieron varios minutos desde que el avión se estabilizase, pudo ver cómo se relajaba y se soltaba del asiento.

Mukhtar se sentó correctamente, aunque esta vez detectó la mirada fija de Cassandra sobre él. Lo miraba con inquietud hasta que reaccionó y se giró hacia la ventana para ver cómo se internaban en las nubes. Aquel gesto nervioso por parte de ella le hizo ser consciente de que se había visto arrastrada allí, sin comprender prácticamente nada de lo que ocurría.

—Kassandra... —susurró apoyándose contra la mesa, ella lo miró un segundo mientras apretaba los labios y volvió a desviar la mirada hacia la ventana mientras tragaba saliva. Sí, aunque no dijese nada, sus gestos y su comportamiento revelaban lo nerviosa que estaba—, no tienes que preocuparte por nada. —Ella simplemente lo miraba de reojo sin girarse. Mukhtar suspiró y se apoyó contra el asiento, observándola. Era consciente de que tenía que darle una explicación sobre lo ocurrido, pero ni siquiera sabía cómo comenzar. Se llevó la mano al cuello y extrajo la cruz templaria que llevaba bajo su camiseta—. Pertenezco a la Orden del Temple desde que cumplí los dieciocho años... —Aquellas palabras, aunque no provocaron que ella hablase, sí lograron que volviese a mirarlo de reojo—. Mi familia siempre ha pertenecido a ella. Mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos... —Finalmente ella suspiró y se volvió hacia él, pensativa—. Todos mis antepasados han pertenecido a ella.

Kassandra se mojó los labios.

—La Orden del Temple... —susurró con la cabeza cabizbaja, aunque la elevó para mirarlo—, pensaba que habían desaparecido.

Sintió cierto alivio cuando ella le habló. No quería perderla. Cassandra se había convertido en una buena amiga aquellas últimas semanas, sabía que era una buena mujer.

Le sonrió levemente y negó.

—No es así —explicó con calma, aliviado por poder mantener una conversación con ella y revelar ciertos detalles.

Kassandra tragó saliva y lo miró cohibida.

—Templarios, illuminati, masones... Este tipo de sociedades pensaba que eran meras leyendas. —Luego le sonrió de una forma amarga.

Mukhtar negó.

—No, siempre hemos estado ahí... aunque tenemos intereses muy diferentes. Nunca nos confundas. —Kassandra se quedó observándolo con interés, esperando a que prosiguiese—. Los illuminati tienen origen en Baviera, en Alemania, en 1776, y se supone que se disolvieron gracias al duque Karl Theodor en 1784. Como ves, su vida como organización real y avalada fue muy corta. Ahora bien, tras la prohibición en Baviera por parte de este duque, los illuminati se establecieron en Nueva York creando la orden Illuminati de los Estados Unidos que, hoy en día, aún existe. Hay fraternidades estudiantiles como Skull and Bones o The Order que siguen con la simbología illuminati, aunque se mantienen bastante ocultos. Básicamente, están en contra de todas las religiones, el patriotismo y el nacionalismo y su meta es instaurar un Gobierno mundial. —La miró enarcando una ceja—. ¿Cómo crees que ha llegado el símbolo del ojo al billete de dólar en Estados Unidos? —Y acabó sonriendo—. Los masones, por otro lado, siempre han estado cubiertos de leyendas, incluso se le atribuye al arquitecto del templo de Salomón, Hiram Abif, el origen de la masonería. Algunos de ellos dicen que son tan antiguos como Moisés. Noé o el mismísimo Adán eran masones... —Hizo un gesto gracioso con su rostro—. Meras leyendas y especulaciones para dárselas de importantes. Han sido una organización muy restrictiva, pero a partir del siglo dieciséis permitieron la entrada de más miembros a la organización, la gran mayoría nobles y personas de gran influencia en las ciudades. Esto ha sido lo que la ha dotado de todo el prestigio que tiene. Ahora, no deja de ser una especie de club para personas de clases elevadas de la sociedad. En la actualidad muchos de ellos se dedican al comercio, a la banca... pero jamás se puede confundir a la Orden del Temple con las otras, jamás hemos tenido los mismos propósitos ni nuestro origen ha sido el mismo. —Chasqueó la lengua—. Si bien muchos dicen que en el año 1314 un grupo de caballeros de la Orden del Temple logró escapar del reino de Francia llegando a la costa de Inglaterra, los que huyeron crearon allí otro grupo, mucho más hermético por el miedo a ser descubiertos. Esto ha dado lugar a confusión y a un grave error. Los masones y los templarios no somos lo mismo. Lo que dicen es una mera leyenda sin prueba alguna, es cierto que algunos ritos son los mismos, pero no es la misma esencia la que nos conduce. Hay mucha diferencia de tiempo de por medio. De hecho... —Sonrió más abiertamente—. Los masones presumen de que el arquitecto del templo de Salomón pertenecía a su orden, templo que fue construido por primera vez por el rey Salomón alrededor del año 960 antes de Cristo. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, la Orden del Temple se fundó en el siglo XII después de Cristo y, como es sabido por muchos, realmente, la orden jamás llegó a desaparecer. —Se puso más erguido en la butaca—. A diferencia de los illuminati, la misión de los masones es incitar a la

humanidad a investigar para la liberación, el progreso y la felicidad del ser humano, siempre con valores de tolerancia, igualdad, justicia y amistad. Son muy altruistas... —La miró fijamente—. Ahora bien, nuestra misión, la misión de la Orden del Temple, es totalmente diferente...

—¿Y cuál es? —preguntó con curiosidad.

—Es más... mística —acabó diciendo—. La orden se fundó a finales del año 1118 por nueve caballeros franceses liderados por Hugo de Payns tras la primera cruzada, después de que el emperador bizantino Alejo I Comneno, que en ese momento batallaba contra los turcos selyúcidas, hiciese una llamada de auxilio a los diferentes países cristianos de la Europa Occidental para que lo ayudasen en la conquista de lo que llamaban Tierra Santa.

Ella asintió.

—Guillermo de Tiro...

—Sí. —Sonrió Mukhtar al saber por dónde iba—. Era el biógrafo oficial de la Orden del Temple.

—Ese biógrafo mencionó que la misión de estos nueve caballeros fue simplemente la de custodiar todos los caminos de aquel entonces, brindando protección a los peregrinos cristianos que se dirigían a Tierra Santa.

—Eso dicen, pero ¿de verdad crees que una orden constituida solo por nueve caballeros podía proteger todo un territorio? ¿Todos y cada uno de los caminos que conducían a Tierra Santa? No olvides que, durante nueve años, solo fueron nueve los integrantes de esa orden. —Ladeó su cuello—. Había un ejército que se encargaba ya de la seguridad de los caminos.

—¿Qué insinúas? —preguntó ella mirándolo fijamente.

—Esa era su misión oficial. —Apostilló con los dedos—. ¿Por qué crees que llevan la cruz de aksum como símbolo? —preguntó mostrándole el colgante que llevaba al cuello—. No es la cruz cristiana que vemos en las iglesias, sin embargo, eran el ejército del vaticano, ¿verdad?

—Por lo que sé, esa cruz simbolizaba el martirio de Cristo, y era de color rojo porque es la sangre vertida por Cristo, pero también porque es la sangre de la vida según la Iglesia.

—Ya —se burló Mukhtar—, el papa Clemente V inició una campaña contra los templarios y en el año 1306 centenares de ellos fueron ejecutados, ¿verdad?

Ella lo miró fijamente.

—No soy especialista en los templarios, pero sé que el rey Felipe IV de Francia, el Hermoso, intimidó al papa para que iniciase un proceso contra los templarios. La Corona francesa estaba muy endeudada con la Orden Templaria, entre otras cosas por el préstamo que su abuelo Luis IX les había solicitado para pagar su rescate tras ser capturado en la Séptima Cruzada. Además, Felipe el Hermoso quería unificar todo el poder, incluyendo el religioso.

—Y para ello se valió justamente de la Inquisición —corroboró Mukhtar—. Inquisidores como Guillermo de Nogaret, Guillermo Imberto o Esquieu de Floyran... comenzaron una campaña de difamación contra los templarios acusándolos de herejía, sodomía, sacrilegio a la cruz e incluso de escupir sobre ella, renegar de Cristo, adoración a ídolos paganos, hasta de adorar a Baphomet y tener contactos homosexuales. Jacques de Molay, el Gran Maestro del Temple en esa época, al descubrir dichas acusaciones, fue a hablar con el papa alegando que todo aquello era falso y, ¿qué hizo el papa? —Guardó unos segundos de silencio—. Nada —sentenció—. Clemente V ordenó arrestar a todos los templarios y poner todos sus bienes, que eran muchos, bajo el dominio de la Iglesia. Muchos templarios fueron encarcelados y aquí, Esquieu de Floyran, aseguró haber

compartido celda con un templario y que este le había confesado que todo de lo que se le acusaba era cierto. Además, gracias a la tortura que se llevó a cabo en la Inquisición, se obtuvieron confesiones falsas. Poco después, en el mes de abril del año 1310 se comenzó a ejecutar en la hoguera a los templarios bajo las órdenes del monarca, incluso cuando no existían sentencias definitivas y, además, el rey decidió escoger un tipo de leño que ardía más lento para aumentar su sufrimiento. —Kassandra apartó la mirada de él asqueada por aquellas palabras—. Sí, ese era el fantástico rey Felipe el Hermoso. Consiguió toda una fortuna y evitó el pago de una deuda —ironizó—. Finalmente, el 18 de marzo de 1314 el Gran Maestre Jacques de Molay, junto a sus tres hombres de más confianza: Godofredo de Charney, Hugo de Peraud y Godofredo de Goneville, fueron declarados culpables de todos los cargos frente a la catedral de Notre Dame y condenados a morir en la hoguera. —Mukhtar ladeó su cabeza—. ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras del Gran Maestre mientras ardía? —No esperó a que ella preguntase cuáles eran—. Sus últimas palabras fueron dirigidas al rey y al papa, afirmando que debido a la injusticia que se había cometido ambos rendirían cuentas ante Dios antes de un año. Así fue, Clemente V murió al cabo de un mes y el rey Felipe el Hermoso en el mes de noviembre de ese mismo año. —Mukhtar se apoyó contra la mesa—. Fue una acusación injusta y con una clara misión: primero, conseguir todas las riquezas de los Templarios y aquellos objetos que podían poner en duda la religión instaurada y, por lo tanto, el sistema de gobierno que el monarca pretendía imponer y, segundo y más importante, silenciar la verdad que los templarios sabían.

—¿Y cuál es esa verdad?

Mukhtar la miró fijamente unos segundos.

—¿Qué pensarías si te dijese que todo lo que has estudiado, lo que has aprendido, es falso? —Ella enarcó una ceja—. Muchos de los templarios, como te he explicado, lograron escapar de la Inquisición y, por suerte, consiguieron esconder los objetos más preciados, aquellos objetos que, si fuesen descubiertos, echarían por tierra todas las creencias que la sociedad nos ha instaurado, por las que nos regimos.

Ella tragó saliva.

—¿Objetos como el Arca de la Alianza? —preguntó con voz temblorosa y señaló a Alexandros que en ese momento se relajaba mirando por la ventana—. Es lo que van buscando, ¿verdad?

Mukhtar asintió.

—El Arca de la Alianza, el Santo Grial, el Arca de Noé, el mito de los ángeles... esos objetos y creencias no son como los pintan. Con una simple mirada te darías cuenta del engaño al que te han sometido. ¿Has leído la Biblia? —Ella negó directamente—. ¿Sabes lo que es el Arca de la Alianza?

Ella parpadeó varias veces.

—Donde guardaban las tablas de los diez mandamientos, ¿no? —preguntó.

Mukhtar medio sonrió.

—Sí, entre otras cosas... pero deberías leer los pasajes que hablan sobre ella. La misma Biblia es muy clara respecto al arca y qué podía llegar a hacer.

—¿Qué hacía?

Mukhtar se encogió de hombros.

—Te puedo hablar de lo que especifican las antiguas escrituras, de que realmente se trataba de un arma sumamente peligrosa, que según los pasajes de la Biblia destruyó ciudades y acabó con la

vida de muchas personas, de que la familia Leví, la encargada según las escrituras de cuidar el arca, debía ponerse unos trajes especiales cuando estaban cerca, e incluso en la Biblia se detalla cómo eran esos trajes especiales y que, pese a las precauciones que tomaban, muchos de los miembros de esa familia murieron calcinados por ella.

Kassandra tragó saliva.

—¿En serio? —preguntó ella consternada.

—Hay muchas cosas que podrían saberse solo leyendo, pero nos conformamos con lo que nos explican. Está perfectamente descrito en muchos libros, no solo en la Biblia, sino en los textos apócrifos. —Se apoyó contra la mesa para darle énfasis a sus palabras—. El Arca de la Alianza es la mayor amenaza de la humanidad, el arma más peligrosa y mortífera que haya existido nunca, capaz de aniquilar a toda una especie. Por eso debe mantenerse oculta. Por eso mismo, entre otras cosas, existía la Orden del Temple, no solo para preservar la verdad, sino para evitar que dichos objetos cayesen en malas manos.

Kassandra tragó saliva y miró a través de la ventana.

—¿Y crees que ellos son de fiar? —preguntó mirando de reojo hacia Alexandros.

Mukhtar suspiró.

—Espero que sí —susurró—. Salvaron la vida al monje. —Señaló hacia él—. Mientras otros lo atacaban.

—Les dijiste que estaba en el Templo del Sol, en Perú —recordó ella.

Él asintió.

—El arca se ha mantenido oculta durante milenios y, para que nadie pudiese seguirle la pista, se ha cambiado de ubicación muchas veces. —Medio sonrió—. Permaneció escondida en el templo de Salomón, en Jerusalén, hasta que se decidió que lo mejor era sacarla de allí, pues era sabido prácticamente por todos que el arca moraba en su interior. Menelik, el hijo del rey Salomón y de la reina de Saba, fue el encargado de transportarla hasta la isla Elefantina del río Nilo, posteriormente se llevó a otra isla ubicada en el lago Tano de Etiopía, pero tras unos ochocientos años allí se decidió trasladarla a Aksum, a la iglesia donde hemos estado, la iglesia de Santa María de Sion. —Puso los ojos en blanco en ese momento—. En Etiopía la gente está feliz de que el arca esté allí, es como... un secreto a voces, por eso mismo, cuando surgió la idea de que el arca se encontraba allí, se trasladó a escondidas a la catedral de Chartres, en Francia, en el año 1260, tras la reconstrucción de la capilla. En el año 1194, concretamente en junio, cayó un rayo en la iglesia y solo dejó en pie las torres occidentales, parte de la fachada y la cripta. Se pensó que sería un buen escondite, ya que si un rayo la había alcanzado quedando calcinada, si en algún momento el Arca de la Alianza se ponía en funcionamiento y provocaba alguna destrucción sería más fácil hacer creer a la población que podía tratarse de otro infortunio, así que, una vez estuvo reconstruida, se llevó allí.

—Pero ¿no les habías dicho que está en Perú? —insistió ella.

—Sí. El arca se trasladó a Sudamérica pocos años después. —Le sonrió de una forma enigmática—. ¿Te suenan la Pinta, la Niña y la Santa María?

Kassandra se quedó pasmada al escuchar aquellas palabras.

—Las carabelas de Cristóbal Colón —susurró.

—Exacto. ¿Nunca te has fijado en el símbolo de sus velas? —Ella negó—. Llevaban el símbolo del temple, la cruz de Aksum.

Ella parpadeó varias veces.

—No me había dado cuenta —susurró pensativa.

—Tras la huida de los templarios por todo el mundo, los caballeros que residían en España se unieron a la Orden de Calatrava. —No hizo falta que Kassandra le preguntase en qué consistía aquella Orden, pues su mirada reflejaba desconcierto—. La Orden de Calatrava era de tipo militar y religiosa, fundada en el Reino de Castilla, lo que hoy conocemos como España, en el año 1158 por el abad Raimundo de Fitero. En 1147 la ciudad de Calatrava, en Ciudad Real, había sido arrebatada a los árabes por Alfonso VII, primer rey leonés de la casa de Borgoña. Dada su posición estratégica, el rey quiso asegurar su defensa entregándola en 1150 a la Orden del Temple, dado que en esa fecha no existía un ejército regular. La Orden del Temple pudo conservarla del empuje islámico unos años, pero finalmente le devolvió la fortaleza al sucesor de Alfonso VII, el rey Sancho III. Ante esto, el rey ofreció Calatrava a quien pudiese hacerse cargo de su defensa. —Se apoyó de nuevo contra el respaldo—. Cuál fue la sorpresa de todos cuando el abad del monasterio cisterciense de Fitero, alentado por un monje que anteriormente había sido un guerrero llamado Diego Velázquez, aceptaron el reto. En poco tiempo, formaron un ejército de más de veinte mil monjes y soldados, a los que se unieron parte de los soldados del Reino de Aragón. Por esa misma razón, ante la multitud que se reunía en la ciudad de Calatrava para defender su frontera frente a los árabes, estos rehusaron entrar en batalla y se retiraron al sur. —Medio sonrió—. Tal fue el éxito que se convirtieron en una orden militar, la primera hispana, y que adoptó el nombre propio de la ciudad que defendían: Calatrava. —Hizo un gesto gracioso con su rostro—. Eran buenos... —Rio—. De hecho, a la orden se le concedieron más lugares que defender y reconquistar y acabó por convertirse en la Encomienda Mayor de la Orden para la Corona de Aragón, fijando finalmente su fortaleza en Calatrava la Nueva, en el antiguo castillo de Dueñas, tras la batalla de las Navas de Tolosa en 1212. A partir de 1228, la orden pasó a contar con encomiendas en Andalucía, concedidas por el rey Fernando III en agradecimiento por los servicios prestados en la Reconquista, y fueron extendiendo sus dominios por Jaén, Córdoba y Sevilla.

—Y Cristóbal Colón, ¿pertenece a la Orden de Calatrava?

—Cristóbal Colón estuvo alojado durante muchos meses en uno de sus conventos, conviviendo con dicha orden y con los templarios que se habían unido a ellos. Allí, obtuvo mucho conocimiento y un mapa de los propios archivos de la Orden del Temple. —Se echó de nuevo hacia delante—. Cristóbal Colón sabía perfectamente adónde se dirigía. De hecho, consiguió la financiación de la Corona española gracias a la muestra de una cartografía templaria donde se detallaba cómo aprovechar los vientos alisios para alcanzar el continente americano.

—¿Lo tenían cartografiado? ¿Los templarios ya habían llegado antes? —preguntó Kassandra estática.

Mukhtar sonrió de una forma relajada, Kassandra volvía a tener aquella mirada curiosa y cargada de energía. La diferencia con las horas anteriores era enorme, ahora se le notaba relajada, disfrutando incluso de la conversación.

—Según la crónica, Colón llegó a América en 1492, es decir, según recoge la historia, el hombre blanco llegó allí en esas fechas. ¿Cómo explicas entonces que cuando Hernán Cortés llegó a México en 1519 los indígenas tuviesen ritos como la confesión o la comunión? Estos eran prácticamente iguales a los católicos. —Ella lo escudriñó con la mirada—. O que Moctezuma, el

gobernante azteca, le hablase a Cortés de sus antepasados, describiéndolos como hombres blancos, rubios, de ojos verdes y azules, barbados y de buenas costumbres. Ellos, en principio, jamás habían visto un hombre blanco, jamás habían visto un color de ojos como el verde o el azul, ni siquiera debían de saber sobre su existencia.

Kassandra lo miraba fijamente.

—Los hindúes tienen dioses de color azul...

—Ya. —la interrumpió él—. Pero dicha leyenda azteca decía que un día el dios Viracocha regresaría desde la tierra del sol poniente, una deidad que según ellos vestía de oro y plata, con barba y ojos claros, y que se había ido a través del océano Pacífico para volver en tiempos de gran necesidad. —Colocó las manos cruzadas sobre la mesa—. La Orden del Temple ya había estado allí siglos antes... ¿de dónde crees que los templarios habían sacado tantas riquezas y oro? —bromeó—. Francisco Pizarro, cuando llegó a Perú en 1532, comprobó asombrado que los incas no oponían resistencia. Su sorpresa fue mayor cuando al entrar en el Templo del Sol, en Cuzco, encontró la figura de lo que ellos llamaban deidad. La estatua era un hombre alto, barbudo, de tez pálida y envuelto en un manto blanco con una cruz en el pecho, justamente la cruz del temple, la cruz de Aksum.

—¿De verdad?

—Además, los nativos llamaban a los conquistadores «los tecpanlaques», cuya traducción es los hombres de palacio o los hombres del templo. De hecho, los indígenas de Tiahuanaco hablaban del padre Gnupa, en Bolivia, según ellos un hombre blanco, un predicador, y sus restos se conservan en la Puerta del Sol del recinto lítico de Kalasasaya, pero lo mejor de todo es que cuando analizas las cuarenta y ocho figuras que adornan la portada precolombina donde se puede ver la representación de doce apóstoles, los doce profetas menores y los veinticuatro ancianos que se describen en el Apocalipsis de San Juan, estas son prácticamente iguales a las de la catedral francesa de Amiens, construida entre 1220 y 1269. Dicha catedral está cerca del puerto francés de Dieppe, un puerto marítimo templario.

—Pero, no es posible que...

—En el Museo Nacional de Arqueología de la Paz, en Bolivia —interrumpió él—, se conserva una pequeña estatua de andesita que representa a un monje encapuchado con las manos cruzadas por delante. Sobre ellas, hay una cruz del temple grabada en el pecho. Dicha estatua apareció en 1957 debajo de un asentamiento precolombino y data del siglo trece, es decir, dos siglos antes de la llegada de los españoles con Cristóbal Colón, según la historia que todos conocemos. Pero no solo eso... —dijo apoyándose contra la mesa—, ¿cómo explicas que en la capilla escocesa de Rosslyn, cerca de Edimburgo...?

—Esa capilla es conocida como templaria.

—Exacto —le dio la razón—, ¿cómo es posible que en sus paredes haya mazorca de maíz talladas en la piedra? ¡Cincuenta años antes del descubrimiento oficial del Nuevo Mundo! —Acabó riendo y miró con cierta ternura a Kassandra—. No todo es lo que parece, Kassy. —Ella inspiró con fuerza y apretó los labios—. Verás, la Inquisición se inició en Francia en 1184. A partir de ese momento, y viendo el peligro que los templarios podían correr, muchos de ellos huyeron, comenzaron a esconder los objetos sagrados para protegerlos y que no pudiesen ser destruidos y... para cuando acabaron con la orden quemando en la hoguera en 1314 a su Gran Maestre, la mayoría de las posesiones de los templarios habían sido puestas a buen recaudo, lejos

de las manos de la Inquisición. ¿Qué lugar mejor que el Nuevo Mundo, del que ni siquiera el resto de la población de occidente era consciente? Con la llegada de los templarios al Nuevo Mundo sobre el año 1270, estos ayudaron a construir templos, enseñaron a sus gentes la importancia de esos objetos y, posteriormente, se llevó el arca allí para su protección, de ahí que la Orden de Calatrava, que había recogido a cientos de templarios que huían de la Inquisición, tuviese dichos mapas y cartografías que, posteriormente, fueron usados por la Corona española para descubrir, de forma oficial, el Nuevo Mundo.

Kassandra parpadeó varias veces ante la cantidad de datos que le había dado. Si aquello era realmente cierto y el Arca de la Alianza existía, tenía toda la lógica que se encontrase en aquel lugar tras su explicación. Los datos históricos, la simbología... todo tenía su significado y concordaba con lo que conocía de la historia, aunque había algo que aún se le escapaba.

Miró hacia un lado, donde Alexandros permanecía con los ojos cerrados, de brazos cruzados y relajado.

—¿Y ellos? ¿Quiénes son? —susurró volviendo su mirada hacia Mukhtar.

Él también observó unos segundos a Alexandros.

—No lo sé —pronunció pensativo.

—Antes has dicho una palabra: Nepalis...

—Nefilim —le corrigió él. Suspiró y tragó saliva aún observando a Alexandros—. No lo tengo muy claro, pero intentaré hablar con ellos para descubrirlo. —Se giró y miró a Kassandra, aunque parecía que estaba más tranquila sabía que por dentro debía de estar hecha un manojo de nervios. Pasó su mano por encima de la mesa y cogió la suya con suavidad. Aquel gesto llamó la atención de ella que lo miró asombrada. Mukhtar le sonrió de una forma reconfortante—. Creo que podemos estar tranquilos, me da la sensación de que no quieren hacernos daño.

Ella le sonrió de una forma tierna y asintió sin apartar la mano de él.

—¿Has visto lo que hacían? Aparecieron de la nada y uno de ellos creaba rayos de su mano, la chica te ha curado la herida en un segundo. —Mukhtar asintió mientras la contemplaba—. Es todo muy extraño.

—Lo es —susurró y, sin poder evitarlo, acarició la mano de ella con el pulgar. Las miradas de ambos se encontraron. Aquella experiencia los había unido más de lo que esperaban.

Kassandra tragó saliva mientras notaba cómo la piel se le erizaba ante el contacto y se obligó a apartar la mano de él lentamente, intimidada por lo que acababa de sentir. Mukhtar la dejó ir sin apartar su mano ni su mirada de ella. En ese momento, detectó que aquel gesto la había intimidado de una forma que le parecía encantadora, pues Kassandra había desviado su mirada hacia la ventana del avión y colocaba uno de sus rizos tras su oreja.

—Será mejor que descansemos un poco —pronunció él lentamente.

Ella le sonrió mientras lo miraba de reojo y cerró los ojos. Mukhtar se quedó observándola durante varios minutos. Su respiración era ya tranquila, sus gestos relajados... No pudo evitar recorrer su rostro mientras sus músculos también se relajaban.

Ya no era solo la experiencia que había vivido con ella, sino poder explicarle todas sus vivencias, sus conocimientos... era algo que no hacía desde la muerte de su mujer.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios mientras la observaba hasta que, con el paso de los minutos, el cansancio también lo venció y se sumió en un plácido sueño.

# 14

No había pasado buena noche. Cada vez que cerraba los ojos veía a todos aquellos monjes ensangrentados en el templo de Perú. No había podido salvar a nadie más. Aquello la había mantenido en vela durante casi toda la noche, pese a que Karan le había vuelto a ofrecer su habitación y la cama era cómoda. Le era imposible estar tumbada sin hacer nada. Aquello era ya demasiado serio.

Cuando el reloj marcaba las siete de la mañana y comenzaba a escucharse movimiento en la casa había salido de la habitación. No quería salir antes para no hacer ruido y despertar al resto.

Sabía que, ahora mismo, Bronte tenía en su poder el tridente de Poseidón y el Arca de la Alianza, aunque aún no comprendía bien cuál era su conexión con Zeus y, por lo tanto, con Karan.

Karan rehusaba explicarle lo que el arca podía hacer, cuál era su cometido. Ciertamente que no habían tenido casi tiempo de hablar, pero ella necesitaba saber.

Había visto varias películas y series de televisión donde el arca era una de las protagonistas y sabía que aquella historia surgía de las antiguas escrituras. Por suerte, Karan tenía una amplia biblioteca, mucho más grande de lo que había imaginado en un principio. Las estanterías llegaban casi hasta el techo. Estaba claro que había investigado sobre muchos y muy diversos temas.

Se sorprendió al ver que las primeras estanterías eran sobre energía nuclear y electricidad, así como otros libros que suponía debían de ser de la carrera. Luego ya había libros más antiguos y de todas partes del mundo.

En aquel momento, a ella le interesaba concretamente uno, aunque con la cantidad de libros que había allí le iba a costar encontrarlo.

Pasó prácticamente media hora hasta que logró dar con el Antiguo Testamento.

—Aquí —susurró mientras lo cogía.

Fue hasta la mesa que había en el centro. Ni siquiera se sentó, colocó el libro sobre la mesa y lo ojeó. Era muy grueso. Resopló y lo abrió por el final. Por suerte, había un glosario por orden alfabético. Buscó las palabras «Arca de la Alianza». Salía varias veces. Cogió papel y bolígrafo y apuntó los diferentes versículos. Puede que no averiguase mucho, pero al menos lo intentaría.

Cogió la silla y esta vez se sentó mientras miraba el primer salmo que había apuntado: Éxodo 1:25. Leyó atentamente en susurros.

«...Y ellos tienen que hacerme un santuario, por cuanto yo tengo que residir en medio de ellos. Conforme a todo lo que te voy a mostrar como modelo del tabernáculo y como modelo de todos sus enseres, así lo han de hacer ustedes...».

Sabía a lo que se refería, el tabernáculo era la tienda o templo donde guardaban el arca durante el éxodo bíblico de los israelitas hacia su Tierra Prometida.

«...Y ellos tienen que hacer un Arca de madera de acacia, de dos codos y medio su longitud y de codo y medio su anchura y de codo y medio su altura...».

Aquellas eran las medidas que ya habían mencionado.

«...Y tienes que revestirla de oro puro. Por dentro y por fuera la has de revestir, y tienes que hacer sobre ella un borde de oro en derredor. Y tienes que fundirle cuatro anillos de oro y ponerlos por sobre sus cuatro pies, de modo que haya dos anillos a un lado de ella y dos anillos a

su otro lado. Y tienes que hacer varales de madera de acacia y revestirlos de oro. Y tienes que meter los varales por los anillos a los lados del Arca, a fin de que con ellos se lleve el Arca. En los anillos del Arca han de quedar los varales. No se han de quitar de ella. Y tienes que colocar en el Arca el testimonio que te daré...».

Se quedó pensativa.

—¿Las tablas de la ley? —preguntó—. ¿Qué tiene que ver esto con que Bronte la quiera? —siguió leyendo.

«...Y tienes que hacer una cubierta de oro puro, de dos codos y medio su longitud y de codo y medio su anchura. Y tienes que hacer dos querubines de oro. De labor a martillo los has de hacer en ambos extremos de la cubierta. Y haz un querubín en un extremo y un querubín en el otro extremo. Sobre la cubierta han de hacer ustedes los querubines, en sus dos extremos...».

Suspiró y dejó de leer. Aquello ya lo sabía, era tal y como se describía aquel preciado objeto. Siguió leyendo hasta que una frase captó su atención.

«...Y allí ciertamente me presentaré a ti, y hablaré contigo desde más arriba de la cubierta, desde entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio... —Parpadeó varias veces».

¿Hablar? Aquello no lo sabía. Sabía que se trataba de un objeto que transportaron durante todo el éxodo y donde, en principio, habían introducido aquellas conocidas tablas de la ley, pero no sabía que en las propias escrituras se mencionase que también permitía un contacto directo con él.

Se quedó consternada. Karan le había explicado que también incluían en su interior el bastón que se convertía en serpiente y un poco de maná, pero aquella era una función que desconocía. ¿Aquel objeto les permitía mantener un contacto con Dios? ¿Igual que Poseidón mantenía contacto con los atlantes e incluso les hizo un regalo? ¿Zeus también lo había hecho?

Se quedó consternada unos segundos y miró el siguiente punto, intentando comprender todo aquello.

«...Harás llegar delante de ti a Aarón tu hermano, y a sus hijos consigo, de entre los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes; a Aarón y a Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar hijos de Aarón. Y harás vestiduras sagradas a Aarón tu hermano, para honra y hermosura...».

—La familia Leví, la encargada del cuidado del arca —susurró.

«...Las vestiduras que harán son estas: el pectoral, el efod, el manto, la túnica bordada, la mitra y el cinturón. Hagan, pues, las vestiduras sagradas para Aarón tu hermano, y para sus hijos, para que sean mis sacerdotes. Tomarán oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido, y harán el efod de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido, de obra primorosa. Tendrá dos hombreras que se junten a sus dos extremos, y así se juntará. Y su cinto de obra primorosa que estará sobre él, será de la misma obra, parte del mismo; de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido. Y tomarás dos piedras de ónice, y pondrás las dos piedras sobre las hombreras del efod. Harás, pues, los engastes de oro, y dos cordones de oro fino, los cuales harás en forma de trenza; y fijarás los cordones de forma de trenza en los engastes. Harás asimismo el pectoral del juicio de obra primorosa, lo harás conforme a la obra del efod, de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido. Será cuadrado y doble, de un palmo de largo y un palmo de ancho; y lo llenarás de pedrería en cuatro hileras de piedras; una hilera de una piedra sárdica, un topacio y un carbunclo; la segunda hilera, una esmeralda, un zafiro y un diamante; la tercera hilera, un jacinto, un ágata y una amatista; la cuarta hilera, un berilo, un ónice y un jaspe. Todas estarán montadas en engastes de oro...».

Tragó saliva callándose un momento.

—Debían ir vestidos de una determinada forma para estar ante el arca —susurró. Miró de nuevo el salmo.

«...Harás también en el pectoral cordones de hechura de trenzas de oro fino. Y harás en el pectoral dos anillos de oro, los cuales pondrás a los dos extremos del pectoral. Y fijarás los dos cordones de oro en los dos anillos a los dos extremos del pectoral; y pondrás los dos extremos de los dos cordones sobre los dos engastes, y los fijarás a las hombreras del efod en su parte delantera. Harás también dos anillos de oro, los cuales pondrás a los dos extremos del pectoral, en su orilla que está al lado del efod hacia adentro. Harás asimismo los dos anillos de oro, los cuales fijarás en la parte delantera de las dos hombreras del efod, hacia abajo, delante de su juntura sobre el cinto del efod. Y juntarán el pectoral por sus anillos a los dos anillos del efod con un cordón de azul, para que esté sobre el cinto del efod, y no se separe el pectoral del efod...».

—Está totalmente detallado —exclamó sorprendida, aunque abrió los ojos al máximo cuando leyó lo siguiente.

«...Harás el manto del efod todo de azul; y en medio de él por arriba habrá una abertura, la cual tendrá un borde alrededor de obra tejida, como el cuello de un coselete, para que no se rompa. Y en sus orlas harás granadas de azul, púrpura y carmesí alrededor, y entre ellas campanillas de oro alrededor. Una campanilla de oro y una granada, otra campanilla de oro y otra granada, en toda la orla del manto alrededor...».

Tragó saliva.

—Granada, ¿una granada? —Sabía lo que significaba aquello, la granada era el símbolo del Hades, del inframundo. Siguió leyendo.

«...Y estará sobre Aarón cuando ministre; y se oirá su sonido cuando él entre en el santuario delante de Jehová y cuando salga, para que no muera...».

—¿Si no vestían así morían? —Alzó la mirada hacia la estantería.

De acuerdo, aquello ya se lo había explicado Karan más o menos, aunque no esperaba que estuviese tan detallado. ¿De verdad era necesario un vestuario tan exhaustivo para estar ante el arca? ¿Por qué razón?

Se quedó pensativa unos segundos. De todas formas, aquello no explicaba de lo que era capaz el arca, la razón por la que incluso Karan se había puesto nervioso al descubrir qué era lo que buscaban, aunque lo peor de todo era saber que ahora obraba en poder de Bronte.

Buscó el siguiente versículo que tenía apuntado: Josué capítulo tres y cuatro.

—A ver si aquí sale algo más... —susurró mientras buscaba entre las hojas.

Lo halló y abrió el libro echándose casi encima de él.

«...Tú, pues, mandarás a los sacerdotes que lleven el arca del pacto, diciendo: Cuando hubiereis entrado hasta el borde del agua del Jordán, pararéis en el Jordán. He aquí, el arca del pacto del Señor pasa el Jordán delante de vosotros... y cuando las plantas de los pies de los sacerdotes que llevan el arca fueran asentadas sobre las aguas del Jordán, las aguas del Jordán se partirán: porque las aguas que vienen de arriba se detendrán en un montón...».

Se quedó callada.

—¿Qué? Pero ¿esto no es lo que hizo Moisés en el Mar Muerto al huir de Egipto? —preguntó en voz alta mientras volvía al punto donde lo había dejado.

«...Cuando los que llevaban el arca entraron en el Jordán, así como los pies de los sacerdotes

que llevaban el arca fueron mojados a la orilla del agua las aguas que venían de arriba, se pararon como en un montón y fueron partidas, y el pueblo pasó en derecho de Jericó. Mas los sacerdotes que llevaban el arca del pacto estuvieron en seco, en medio del Jordán, hasta que todo el pueblo hubo acabado de pasar el Jordán, y todo Israel pasó en seco...».

Se medio levantó de la silla, confundida con aquel dato. ¿El Arca de la Alianza era capaz de separar las aguas? ¿Qué era todo aquello? ¿Cómo era posible que hasta ese momento no hubiese tenido conocimiento de aquel dato?

Estaba claro que se trataba de un objeto poderoso. Recordó que Gael, al ser hijo de Poseidón, podía mover las aguas a su voluntad... ¿aquel objeto también podía?

Aquel dato la había dejado pensativa, sin duda era un objeto muy poderoso, pero aún no acababa de comprender la conexión que tenía con Karan. Sabía que Bronte la necesitaba para algo, pero también sabía que necesitaba el rayo de Zeus para abrir las puertas del Tártaro y desencadenar el caos. Algo se le escapaba y ni siquiera sabía si podría encontrarlo o deducirlo a través de las Antiguas Escrituras. Normalmente siempre les había ido bien, pues encerraban una verdad codificada, pero, en este caso, de momento, no le estaban aclarando nada.

Al menos, sabía que aquel objeto tenía poder, no como había pensado hasta ahora, creyendo que únicamente se trataba del lugar donde guardaban las tablas de la ley.

Suspiró y fue a por el siguiente versículo que tenía apuntado. Josué 6:11-27. En este caso explicaba cuando el pueblo de Israel había llegado finalmente ante la ciudad amurallada de Jericó.

«...Y Josué se levantó de mañana, y los sacerdotes tomaron el arca de Jehová. Y los siete sacerdotes, llevando las siete bocinas de cuernos de carneros, fueron delante del arca de Jehová, andando siempre y tocando las bocinas; y los armados iban delante de ellos, y la gente reunida iba detrás del arca de Jehová, andando y tocando las bocinas. Y cuando los sacerdotes hubieron tocado las bocinas la séptima vez, Josué dijo al pueblo: Dad grita, porque Jehová os ha entregado la ciudad. Entonces el pueblo dio grita, y los sacerdotes tocaron las bocinas: y aconteció que como el pueblo hubo oído el sonido de la bocina, dio el pueblo grita con gran vocerío, y el muro cayó a plomo. El pueblo subió luego a la ciudad, cada uno en derecho de sí, y tomáronla. Y destruyeron todo lo que en la ciudad había; hombres y mujeres, mozos y viejos, hasta los bueyes, y ovejas, y asnos, á filo de espada...».

Dio un paso atrás alarmada por lo que acababa de leer.

«...Entonces el pueblo dio grita, y los sacerdotes tocaron las bocinas: y aconteció que como el pueblo hubo oído el sonido de la bocina —repitió—, dio el pueblo grita con gran vocerío...».

Tragó saliva.

«...Y el muro cayó a plomo...».

Miró al frente, pensativa.

—¿Derrumbó los muros de una ciudad? ¿De la ciudad de Jericó?

¿El Arca de la Alianza era capaz de derribar los muros de toda una ciudad? ¿De separar las aguas del río Jordán?

Miró directamente a las estanterías. ¿Estaría hablando de unos muros muy altos? ¿Era realmente cierto aquello? Si era así se estaba hablando ya de un arma realmente peligrosa.

Necesitaba buscar más datos para conocer la envergadura real del poder que tenía el arca según las escrituras.

Fue directa al ordenador de mesa y lo encendió. Se trataba de un ordenador antiguo, nada que ver con el que Karan tenía en su despacho.

Cuando lo encendió intentó abrir el buscador.

—Mierda —susurró al ver que iba lentísimo.

Se giró y observó la extensa biblioteca que tenía, quizá iría más rápida cogiendo la enciclopedia, aunque justo en ese momento se abrió el buscador.

Tecleó compulsivamente: «Ciudad de Jericó, muro».

Las páginas web se abrieron poco a poco y comenzó a leer en susurros.

—Muchos cometen el gran error de decir que por los años que se supone que Josué y los israelitas llegaron a la Tierra Prometida, sobre el año 1200 a 1600 antes de Cristo, la ciudad de Jericó aún no existía... gran error. —Elin leyó con atención—. La ciudad de Jericó es una de las más antiguas ciudades amuralladas del mundo, cuyo origen se remonta al 8000 antes de Cristo, tal y como se pudo demostrar tras las sucesivas excavaciones realizadas en el siglo pasado en las ruinas de Tell es-Sultán, muy cerca de la actual ciudad de Jericó. —Bajó con el ratón por la página web—. La arqueología ha demostrado que en este lugar han sido destruidas y reconstruidas ciudades a lo largo de los milenios —susurró—. En el período que va de 1930 a 1936 el arqueólogo John Garstang trazó la evolución histórica de la ciudad. Su investigación se centró en el impresionante sistema de fortificaciones de Jericó, compuesto por un muro de retención de piedra, de unos cinco metros de altura; una muralla de ladrillos de unos dos metros y medio, levantada encima de dicha estructura y fortalecida por detrás por un murallón de tierra; y otra muralla más que rodeaba la ciudad. Entre ambas murallas había indicios de estructuras domésticas o casas, que eran consistentes con la descripción de la casa de Rahab, la ramera, que según el relato del libro de Josué se hallaba sobre la muralla. Otro detalle interesante era que en una parte de la ciudad había grandes pilas de ladrillos en la base del muro, tanto externo como interno, lo que indicaba un desmoronamiento repentino de las fortificaciones. —Se quedó absorta—. Garstang logró comprobar que según todos los indicios los muros habían caído de adentro hacia afuera. Esto era un detalle muy notable, porque cuando son atacadas las ciudades, los muros caen hacia adentro, y no hacia fuera. La causa de la caída debió de haber sido un potente temblor de tierra; una vez caídos los muros, debió ser fácil para los invasores ingresar a la ciudad y trepar por las ruinas. —Se quedó en silencio—. ¿Un temblor? —Se levantó y fue directa a la mesa donde la Biblia aún se mantenía abierta.

«...Entonces el pueblo dio grita, y los sacerdotes tocaron las bocinas: y aconteció que como el pueblo hubo oído el sonido de la bocina dio el pueblo grita con gran vocerío y el muro cayó a plomo...».

Se giró y observó el ordenador.

—Garstang demostró que los muros habían caído de adentro hacia afuera —susurró pensativa. Miró de nuevo la Biblia—. ¿El arca derribó ciudades? ¿Tenía la capacidad de destruir? —susurró consternada. Necesitaba saber más, si aquel objeto había sido tan importante seguramente estaría explicado en más textos.

Fue directa hacia la estantería y miró los libros por encima de ella, donde se encontraba el hueco de donde había cogido la Biblia.

—El Testamento copto —susurró al verlo situado por encima.

Sabía que aquel era el testamento de la Iglesia copta ortodoxa, un canon mucho más amplio que

el de otros grupos de cristianos. El Antiguo Testamento de la Iglesia etíope contenía todos los textos aceptados en la Biblia más los decretados como apócrifos.

Recordaba que Karan le había explicado el romance entre el rey Salomón y la reina de Saba y que, fruto de aquella unión, había nacido Menelik, el cual, posteriormente, había robado el Arca de la Alianza a su padre para transportarla a Etiopía. Seguro que allí podía encontrar mucha más información.

Se puso de puntillas para alcanzar el libro y resopló al no llegar. Se puso aún más de puntillas cuando un brazo apareció por encima de ella, cogió el libro y se colocó a su lado.

Elin se giró de inmediato sorprendida por aquella intromisión. Karan sujetaba el libro mientras la observaba con actitud seria, como si no le gustase verla allí, aunque aquel gesto se modificó con una gran sonrisa y la miró de los pies a la cabeza.

—Qué pequeña eres... —bromeó. Ella enarcó una ceja y suspiró mientras Karan leía el título del libro que pretendía alcanzar—. El Antiguo Testamento copto. —La observó unos segundos y se lo tendió de forma amable—. ¿Qué haces aquí? —preguntó conduciendo su mirada del ordenador encendido a la mesa donde la Biblia permanecía abierta.

Elin suspiró y fue hasta la mesa depositando el libro que acababa de entregarle Karan.

—Nada —comentó sin mirarlo, encogiéndose de hombros.

—¿Nada?

—Solo quería saber un poco más sobre el arca... —susurró sin prestarle atención.

Karan la observó unos segundos y se giró al observar la pantalla del ordenador encendida.

—Te estaba buscando, Neil ha ido a por Alexandros y el resto al aeropuerto, están a punto de aterrizar. —Se fijó en la página web del ordenador y se giró de nuevo hacia Elin—. ¿El muro de la ciudad de Jericó? —preguntó sorprendido—. ¿Por qué miras eso?

—En la Biblia dice que los israelitas lograron derribar el muro que rodeaba la ciudad con la ayuda del arca. —Karan la miró atentamente y, al no decir nada, Elin siguió hablando—. También he visto que separó las aguas del río Jordán y que la familia Leví que comentaste era la encargada de su cuidado. Además, debían vestirse de una forma especial para...

—¿Sabes por qué vestían así? —preguntó directamente.

Elin lo miró fijamente.

—Según la Biblia, recibieron esas órdenes de Dios.

Karan le mostró una sonrisa encantadora que hizo que Elin tragase saliva. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

—¿Sabes que los hijos de Aarón, el hermano mayor de Moisés, pertenecientes a la familia Leví, murieron al acercarse al arca? —Ella negó. Karan se apoyó contra la mesa mientras la observaba de una forma intrigante. ¿Al final se iba a sincerar con ella? Prefirió guardar silencio—. Los dos hijos de Aarón se acercaron al arca para presentarle una ofrenda y esta les lanzó dos rayos que los quemó por dentro.

—¿Por qué?

—Mi padre no les entregó ningún juguete —pronunció seriamente—. O la sabes controlar o estás perdido... —admitió al final y se cruzó de brazos—. Las vestimentas que debían llevar al estar cerca del arca eran para su protección. Las piedras que llevaban en el pecho: rubí, topacio, cornalina, diamante, zafiro, turquesa, amatista, ágata y jacinto... más luego, sobre las hombreras, conectadas por hilos de oro, dos enormes piedras ónix, ¿sabes qué tienen en común?

—Son piedras preciosas —respondió Elin.

—Las piedras de ónix tienen una composición química de óxido de sílice, no es buen conductor de la electricidad, al igual que las piedras preciosas. Con esas vestimentas —pronunció más lentamente—, se protegían de la electricidad.

—¿De eso se trata? ¿Producía electricidad?

—¿Electricidad? —preguntó divertido—. La electricidad es una de las cosas más insignificantes que produce el arca. —Se puso serio—. La gente moría repentinamente al estar cerca. —Suspiró—. El arca fue construida siguiendo unas instrucciones muy detalladas, la mayoría de las cuales se pueden leer en el capítulo veinticinco del libro del Éxodo.

—Lo he leído —indicó ella rápidamente.

—Pero, como bien sabes, estos escritos fueron modificados en diversas ocasiones. —La miró con una leve sonrisa—. El Arca de la Alianza fue construida y era tratada como un arma de guerra. En la Torá se explica varias veces, en el relato de los hebreos, cómo el arca va al frente de sus ejércitos en los campos de batalla, durante la conquista de Canaán. En el libro de Samuel se explica que cuando el arca fue robada por los Filisteos, esta mató a más de setenta personas, la gente enfermaba y moría... así que los filisteos la devolvieron cuando vieron que cualquier persona que se acercaba demasiado moría.

—¿Radioactividad? —preguntó Elin con cierto temor.

Karan no dijo nada al respecto, solo siguió observándola, pensativo.

—Eso es lo de menos... —En ese momento apartó la mirada de ella—. Si Bronte consigue introducir en su interior el tridente, el casco y el rayo, podría acabar con toda la vida sobre el planeta. —Volvió a mirarla seriamente—. Estamos hablando de un arma capaz de acabar con toda la humanidad, de abrir... las puertas del inframundo, del Tártaro.

—Y liberar a Crono... —susurró Elin.

—Crono es la muerte. Si logran hacerla funcionar, la muerte se apoderará del mundo y nadie, ni siquiera nosotros, podremos evitarlo. Nadie tiene la suficiente fuerza como para contrarrestar tal poder... por eso mismo lo encerraron en el Tártaro, en el inframundo, porque ni siquiera nuestros padres, los dioses, pudieron acabar con él. Si usan el arca y logran abrir las puertas del Tártaro, la humanidad estará perdida. —Resopló compungido—. Recuerdo que, según la mitología, Crono devoraba a sus hijos. Los destruía. Es la mayor fuerza negativa que puedas encontrar. Y, ahora, el arca y el tridente están en su poder.

—Tenemos el casco... —Reaccionó rápidamente Elin—. Y aún falta el rayo. No está todo perdido.

Karan le sonrió agradeciendo que intentase animarlo de aquella forma.

—No estoy tan seguro, Elin... —pronunció con una ternura que Elin no había visto hasta ahora. Ella lo observó intranquila.

—¿Por qué dices eso?

Karan chasqueó la lengua, parecía preocupado. Se quedó observando la Biblia unos segundos. Finalmente, la cogió y buscó durante unos minutos hasta que encontró lo que buscaba. Elin se fijó, tenía abierta la Biblia por el libro del Apocalipsis versículo veintiuno. Karan señaló el apartado segundo.

«...Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el

tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios...».

Le señaló la palabra tabernáculo. Supo a lo que se refería: el templo donde se guardaba el Arca de la Alianza, según la Biblia, recibía dicho nombre y aquella palabra se encontraba escrita en el Apocalipsis.

—Karan... —susurró ella—, eso no explica nada. —Continuó comprendiendo por dónde iba.

Karan suspiró y descendió el dedo hasta el apartado diecinueve.

«...Y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda; el quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista...».

Y miró a Elin compungido. Ella apretó los labios.

—Son las mismas piedras que representaban la vestimenta del Arca de la Alianza, en el mismo orden —susurró esta vez más acongojada.

Karan buscó otro versículo y miró de nuevo a Elin.

«...Y hubo voces, y relámpagos y truenos; y hubo un gran temblor, un terremoto tan grande, cual no hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra...».

Elin tragó saliva ante la mirada atenta de Karan. Tomó aire intentando mantener la calma. Ahora comprendía los nervios de Karan, la misma Biblia, la Torá, todos los antiguos escritos que hoy se consideraban sagrados por una gran parte de la población a nivel mundial pronosticaban que el Arca de la Alianza acabaría con la vida en ese mundo, que una gran catástrofe se acercaba.

Sintió cómo algo dentro de ella se rompía, consciente de lo que aquello significaba.

—Estoy segura de que lo podemos evitar... —susurró.

—Hay cosas que no se pueden cambiar.

Ella lo miró preocupada por sus palabras.

—¿Vas a rendirte?

—Jamás —contestó con contundencia—. Jamás me rendiré, lo sabes. Lucharé por ellos hasta el final.

Ella se quedó observándolo, a poca distancia, apoyada también sobre la mesa. La primera vez que lo había visto había pensado que era un prepotente, un egocéntrico... ahora, debía admitir que se había enamorado de él, de su temperamento, de su forma de llamarle cariñosamente «rubia», de su sonrisa e incluso de aquella mirada cargada de furia.

—Yo tampoco me rendiré —susurró mirándolo fijamente.

Elin pudo detectar cómo la mirada de Karan se desviaba hacia sus labios con una clara insinuación. Aquello la despejó y saltó de la mesa ante la sorpresa de Karan que se puso firme de inmediato, sorprendido por la reacción de Elin.

—Uhhmm... —comentó de espaldas a él, intentando controlar su pulso. Se giró finalmente intentando aparentar normalidad—, ¿crees que podríamos adivinar dónde mantienen el arca escondida?

Karan ladeó su cabeza y arqueó una ceja hacia ella. ¿En serio le preguntaba aquello en esas circunstancias? Si no hubiese saltado de la mesa en aquel momento estaría besándola.

Soltó la Biblia con cuidado sobre la mesa y dio unos pasos lentos hacia ella que se mantenía estática, aunque su mirada reflejaba cada vez más nerviosismo. Se colocó ante ella sin apartar la

mirada de sus ojos y colocó una mano en su estómago, empujándola por sorpresa contra las estanterías. Aquel gesto la había cogido desprevenida, más cuando Karan se situó frente a ella evitando que pudiese huir.

—Karan... —pronunció con voz nerviosa.

—¿Qué, rubia? ¿A parte de poseer el don de sanar dispones de un muelle en el trasero para dar saltos como el que acabas de dar?

Elin parpadeó varias veces. Esperaba cualquier respuesta, pero no aquella. Ese tipo de contestación acabó de despejarla.

—Qué bruto eres...

Aquel comentario hizo que él sonriese más, aunque lo hizo de una forma tierna, incluso algo tímida y que le volvió a encoger el corazón. De nuevo su mirada bajó hacia sus labios. Lentamente llevó su mano hasta la de ella, acariciándola.

—Creí que iba a morirme...

Aquella frase la dejó consternada.

—¿Qué?

—Cuando Ichiro te durmió. Si no hubieses despertado me hubiese muerto —reconoció mirándola a los ojos, sin soltar su mano que acariciaba con el pulgar—. Lo saben... por eso fueron a por ti.

Elin se quedó totalmente pasmada ante aquellas palabras. Todos sabían que Karan era una persona peligrosa, pero con ella jamás lo había sido, al contrario, siempre la había tratado con cariño.

Tragó saliva y notó cómo el corazón se le aceleraba, sobre todo porque él tenía una mirada decidida, sin apartarla de sus ojos.

—¿El qué saben?

—Necesitan el rayo... y saben que iría a cualquier parte del mundo con tal de ponerte a salvo. Por eso te atraparon —explicó en un susurro—, es la única forma real con la que podrían hacerme daño y con la que soy vulnerable —admitió y volvió a mirar sus labios.

Notó cómo su respiración se cortaba cuando intuyó de nuevo cómo Karan descendía su mirada hacia sus labios.

Se observaron durante unos segundos. Karan no se apartaba de ella, como si esperase una respuesta por su parte, pero Elin parecía estupefacta. Lo cierto era que, de todo lo que podía decirle Karan, aquello era lo que menos se esperaba. Siempre había tenido muy buena sintonía con él, debía admitir que, con el paso de los días y las semanas, y tras conocerlo, se había convertido en una persona muy especial para ella, pero jamás, pese las bromas que se gastaban, hubiese esperado que fuese tan sincero en ese sentido. Por otro lado, le imponía quién era él. Karan tenía la fama de destructor, el semidiós más poderoso de todos, aunque aún no lo hubiese visto entrar en acción.

Tragó saliva y apartó la mirada intimidada por las últimas palabras y la proximidad de él. Karan no pareció conforme con ello y, sin soltarla de la mano, dio un paso colocándose totalmente frente a ella. Elin elevó su mirada, Karan la observaba con cierta intriga, como si no se decidiese, aunque finalmente comenzó a bajar sus labios hacia ella para besarla. Llevaba mucho tiempo deseándolo, demasiado, y no iba a esperar más.

Elin se quedó estática mirando sus ojos color miel hasta que notó los suaves labios de Karan

sobre los de ella. Estaban calientes a diferencia de los suyos. Cerró los ojos mientras sentía cómo la besaba de una forma delicada, atrapando su labio inferior.

Se separó de ella lentamente y abrió los ojos. Normalmente no sentía aquellos nervios cuando besaba a una mujer, pero Elin era diferente. Desde la primera vez que la había visto había provocado sensaciones en él, sensaciones muy diferentes al resto de mujeres.

Contempló cómo ella abría los ojos lentamente. Elin era una mujer de carácter, así que no le hubiese sorprendido lo más mínimo si le hubiese plantado un tortazo en la mejilla... pero no era lo que reflejaba su mirada.

Entre ellos había existido una extraña conexión desde un principio y aquella conexión había aumentado tras aquel beso.

Karan medio sonrió y se calmó cuando comprobó que ella también sonreía, aceptando aquel gesto por parte de él.

Viendo que Elin parecía conforme con el beso se lanzó del todo, no iba a perder aquella oportunidad. No se le iba a escapar.

La cogió por la cintura y la colocó contra las estanterías, apoyándola mientras volvía a buscar sus labios y se unían en un beso más apasionado que el anterior.

Elin elevó sus manos hasta sus hombros para sujetarse a él. Le sorprendió en exceso la delicadeza del beso, la forma en que la sujetaba contra las estanterías, como si de alguna manera intentase evitar su huida.

Fue elevando sus manos hasta rodear su cuello, uniéndolas en su nuca.

Karan era todo delicadeza, aunque comenzó a incrementar la pasión del beso haciéndolo más posesivo y juntó más su cuerpo contra el de Elin, aprisionándolo.

Notó cómo el vello de su cuerpo se erizaba al notar aquel movimiento. Aquella combinación de agresividad y ternura la estaban enloqueciendo.

Karan mordió con delicadeza su labio inferior y finalmente lo abandonó para descender por su cuello mientras acariciaba su cintura y la apretaba con su cuerpo. Jamás había sentido una necesidad como la que sentía en ese momento con ninguna mujer. Ella era la única mujer que existía desde que la había conocido.

Besó su cuello mientras abandonaba una de sus manos de la cintura y cogía la suya, acariciándola. Escuchó el suspiro de Elin justo cuando un golpe le hizo abandonar el contacto y poner su espalda recta, aunque no se separó de ella.

Se giró sin soltarla del todo.

—Uhhmm... ehhh... —Hermi los observaba con los ojos como platos. Al parecer, se había materializado hacía pocos segundos y al verlos había dado un brinco hacia atrás golpeándose la espalda con una estantería. Un libro cayó de un estante superior golpeando en la cabeza de Hermi que se quejó con un sonoro «auuu». Karan enarcó una ceja hacia él—. Uhhmm... perdón... —acabó susurrando mientras se agachaba para recoger el libro, muy nervioso. Luego sonrió de una forma tímida y apartó la mirada de ellos mientras lo colocaba en el estante superior—. Mierda, si es que tendría que avisar antes de aparecer así. Joder... —susurró intimidado por la situación.

Elin se asomó tras Karan y resopló, aunque en ese momento le hizo gracia la expresión que Hermi mantenía en su rostro, parecía que se le fuesen a salir los ojos de las cuencas y mantenía la mandíbula desencajada mientras se giraba hacia ellos.

—¿Eso es lo único que vas a decir? —se burló Karan. Suspiró y se giró del todo hacia Hermi

—. ¿Qué ocurre? —preguntó con paciencia, sin un atisbo de nervios en su voz, como si el hecho de que Hermi los hubiese descubierto le diese igual.

—Ya... Uhhmm... —Reaccionó finalmente Hermi—. Neil ha llegado con... —Tragó saliva—. Con Alexandros y...

—¿Ya están aquí? —le interrumpió Karan.

—En el comedor. Por eso... eh... por eso he venido a... —Resopló y finalmente pareció controlar sus emociones—. Bueno, que eso, que cuando queráis bajáis. —Y dicho esto desapareció de la biblioteca.

Cuando Hermi desapareció Karan volvió a girarse hacia ella con una postura desenfadada y una sonrisa burlona.

—A este paso un día le da un ataque —bromeó Karan.

Elin sonrió mientras volvía toda su atención hacia él. Ambos se quedaron mirándose de una forma tierna hasta que Elin fue quien reaccionó y dio un paso al lado distanciándose de él, ante la mirada atenta de Karan.

—Será mejor que bajemos... —pronunció.

Karan asintió, pero la cogió de la mano para retenerla antes de que se alejase más. Ella tragó saliva y se giró hacia él.

—¿Está todo bien? —preguntó un poco nervioso.

Ella apretó los labios y asintió, sin saber qué otra cosa decir.

—Todo bien. —Sonrió finalmente.

Karan asintió y dio un paso hacia ella sin soltar su mano.

—Cuando acabe todo esto... deberíamos quedar —sugirió—. Vamos, rubia, solo nos vemos para salvar el mundo —bromeó—. Me gustaría poder pasar más tiempo contigo sin tener que correr de un lado a otro —se sinceró.

Ella le sonrió tímida.

—Claro... —respondió. Karan sonrió más abiertamente, sobre todo cuando ella apartó la mirada intimidada por la situación. Tan valiente para unas cosas y tan tímida para otras, le parecía adorable.

Karan acarició la mano de Elin con el pulgar y finalmente se la soltó.

—Vamos, o Hermi acabará contándolo todo —ironizó dirigiéndose a la puerta.

La dejó pasar primero y se dirigieron al comedor.

# 15

Bronte esperó a que Estéropes fuese en su búsqueda. Theron se había quedado unos metros por detrás sin cruzar las altas vallas que precedían la entrada al Hades. La niebla baja y la oscuridad características de aquel lugar seguían erizándole la piel.

Era la primera vez que iba a internarse del todo en el Hades, que iba a ver a su padre. Al fin, después de todos sus años de vida, lo conocería. Sabía que la verdadera causa de aquella reunión eran sus logros recientes. Un dios no se reunía con nadie, ni siquiera con su hijo.

Estéropes apareció entre la niebla. Hacía pocos minutos que se había reunido con él para explicarle su victoria y pedir audiencia con su padre. No sabía si se la concedería. Desde luego, si no lo lograba entonces jamás lo haría.

Su hermano se detuvo ante él.

—Sígueme. Te recibiré.

Notó cómo el corazón se le aceleraba y sus ojos se abrían de par en par sobresaltado con la idea. Intentó aparentar calma y asintió mientras caminaba tras su hermano, internándose más en la niebla. Jamás se había internado unos metros más allá de la valla. El paisaje seguía siendo el mismo: las casas a medio construir y los árboles que parecían quemados con las ramas hacia abajo. Aquel paisaje era desolador.

—¿Dónde está el chucho? —preguntó a Estéropes que caminaba unos pasos por delante.

—¿Cerberos? —bromeó—. Vigilando el Estigia. Últimamente muchas almas han intentado escapar de allí.

—No me extraña lo más mínimo —contestó Bronte mirando hacia los lados, sin poder ver muchos metros más por delante de él, pues la niebla parecía espesarse a medida que se internaban—. No es un lugar muy acogedor.

—Te acabas acostumbrando.

En ese momento, la niebla que precedía a sus pasos se abrió hacia los lados revelando ante ellos una enorme explanada de tierra negra donde ni siquiera crecían las plantas. Al final, observó un enorme castillo. Se sorprendió cuando su estructura le recordó al famoso castillo de Luis II de Baviera, el Rey Loco. Se encontró ante un castillo con unos enormes torreones, rodeados de niebla que no le permitía visualizar la parte más elevada. Para llegar hasta él hacía falta cruzar un puente de madera bastante largo, dado que todo el castillo estaba rodeado por un profundo foso cuyo fondo no alcanzaba a verse.

Caminó sobre la madera escuchando cómo crujía y, durante unos segundos, se detuvo y se asomó. Solo había oscuridad.

—No te aconsejo que te acerques mucho —pronunció Estéropes girándose hacia su hermano.

—¿No tiene fin?

Estéropes se encogió de hombros.

—No es algo que me preocupe, simplemente trata de no caerte por ahí.

Bronte se puso erguido, mirando al final del puente donde otra pequeña explanada precedía al majestuoso castillo.

Nada más atravesar el puente este se izó, evitando así la entrada de cualquiera que quisiese

llegar hasta allí. En ese momento, pudo escucharlo y se giró hacia Estéropes sorprendido.

No era un sonido muy fuerte, simplemente acompañaba al viento, pero pudo identificar los gritos y lamentos de las almas en pena que moraban en aquel lugar.

—Es escalofriante —susurró a su hermano mientras un escalofrío le recorría toda la columna vertebral.

—¿Por qué crees que nuestro padre quiere salir de aquí? —bromeó esta vez Estéropes.

Caminaron hacia la enorme puerta de entrada del castillo que se abrió como si estuviese viva.

—¿Le has explicado a padre que tengo el arca en mi poder? —preguntó entrando al lujoso y espacioso recibidor.

Al contrario que el exterior, el castillo, en su interior, era todo lujo y luz. Enormes candelabros, velas y lámparas de aceite alumbraban el suelo de mármol negro. Las paredes de piedra oscura estaban recubiertas de pinturas que reflejaban diferentes partes del mundo, algo que llamó mucho la atención de Bronte que se acercó a una de ellas, donde podía verse la hermosa isla de Santorini.

—Uno de los lugares favoritos de padre —comentó Estéropes colocándose a su lado.

—Estuve una vez —indicó Bronte—, hace un par de años. Un lugar bonito.

—Vamos, sígueme —ordenó Estéropes que inició la marcha.

El suelo de mármol estaba recubierto por moquetas color escarlata. Pasaron de largo un enorme y lujoso comedor con una larga mesa de madera maciza, rodeada de enormes butacones. Sobre esta, había varios candelabros de oro.

—Tiene buen gusto —sugirió Bronte sorprendido por la majestuosidad y el contraste con el exterior.

—Sí, lo tiene. —Se giró hacia él mientras seguía avanzando—. Nuestro padre ha decidido recibirte puesto que los cíclopes le han explicado lo que me pediste, que tienes el arca en tu poder. Lo sabe —respondió a la pregunta que le había hecho antes.

—Dudo que me hubiese recibido si no lo supiese.

Tomaron un pasillo a la izquierda donde había decenas de puertas y, finalmente, Estéropes se detuvo en la última de todas.

Se giró hacia Bronte y tragó saliva.

—A partir de aquí debes seguir tú solo —explicó.

Bronte enarcó una ceja.

—¿No me acompañas? —preguntó sorprendido.

—Sabes que no acepta nunca visitas. Ni siquiera la mía. —Resopló—. Solo los cíclopes pueden entrar.

—¿Solo ellos? —preguntó asombrado.

—Sí... —Se encogió de hombros—. Aunque muchos no salen de nuevo de la habitación.

Bronte suspiró. Había deseado aquello desde que era un niño y, al fin, lo había logrado, pero en ese momento sintió temor. Sabía que era su padre, que no le haría daño, pero no podía dejar de pensar en que se trataba del mismísimo dios del inframundo.

Estéropes colocó una mano en su hombro y le palmeó.

—Buena suerte... —bromeó mientras se alejaba dejándolo solo en aquel pasillo—. No lo enfades y... si ves que coge su cetro, corre.

Bronte se giró hacia la espalda de Estéropes mientras tragaba saliva y notaba cómo sus

pulsaciones se aceleraban.

—¿Qué cetro? —preguntó nervioso.

Resopló al ver que su hermano se alejaba y se giró observando la puerta de color crema. La puerta estaba diseñada con sumo gusto, pues en el centro había tallado sobre la madera un dibujo del mundo totalmente detallado.

Durante unos segundos no supo qué hacer y barajó la idea de irse de allí y continuar con su misión, pero, en ese preciso instante, como por arte de magia, la puerta se abrió como si lo invitasen a entrar.

Inspiró armándose de valor y colocó la palma de la mano en la puerta para empujarla y entrar. El chirrido de la puerta le heló la sangre mientras daba unos pasos hacia delante.

La estancia, al igual que el resto del castillo, era lujosa y espaciosa, aunque en este caso un poco más oscura que el castillo, ya que solo se mantenía iluminada por tres enormes chimeneas, una a cada lado y otra aún mayor frente a él.

En el centro había una pequeña mesa redondeada con una silla a cada lado. Se fijó en el resto de la estancia. No había nada más, absolutamente nada. Una habitación de más de cien metros cuadrados en la que únicamente había una pequeña mesa redondeada y dos sillas. Aquello le sorprendió. Estaba claro que aquella no era su habitación personal.

Dio unos pasos al frente cuando se dio cuenta de que no se encontraba solo. A un lado de la chimenea central un hombre de espaldas a él observaba el fuego. Aunque no pudo ver su rostro supo de quién se trataba. La corpulencia y la altura de aquel hombre, si así podía llamarlo, superaban con creces las de un humano normal.

Medía más de dos metros y, pese a su corpulencia, su figura era fibrada. Se giró hacia Bronte que lo observaba paralizado, sin poder dar un paso.

Hades tenía el cabello blanco y corto, peinado hacia atrás. Su piel era blanca, si bien era normal viviendo en un lugar como aquel, aunque si algo destacaba eran sus ojos de un color verde oliva. Tenía la piel tersa y su rostro no denotaba una edad muy avanzada, pese a quien era. Su nariz, algo aguileña y prominente, daba un aspecto de dureza a su rostro, acompañado de unos ángulos muy pronunciados.

Observó a Bronte con aspecto serio y depositó su cetro al lado de la chimenea. Bronte se fijó en aquel cetro de oro macizo con una enorme bola negra sobre él.

Hades dio unos pasos en su dirección mientras su túnica negra con un cinturón en gris oscuro se ceñía a su musculoso cuerpo.

Se detuvo ante él y detectó cómo Bronte elevaba la mirada hacia sus ojos, una mirada cargada de admiración y temor a partes iguales.

Tragó saliva mientras observaba al que era su padre, al dios del inframundo. Su aspecto era realmente temible, peligroso.

—Padre —susurró.

Ningún gesto de emoción ni cordialidad apareció en el rostro de Hades que examinó unos segundos al que era su hijo y se limitó a mirar hacia la chimenea de la izquierda mientras unía sus manos a su espalda. Sin decir nada comenzó a caminar en aquella dirección, sin prestar más atención al hombre que permanecía totalmente pasmado frente a él.

Contempló las llamas unos segundos, dándole la espalda.

Bronte no se atrevió a pronunciar palabra alguna, se quedó observándolo, sin saber qué hacer

ni qué decir.

¿Acaso esperaba que el dios del inframundo lo recibiese con los brazos abiertos y una sonrisa cálida? Era el dios del Hades, de los infiernos...

—Ha llegado a mis oídos que has conseguido el Arca de la Alianza —pronunció sin observarlo.

Bronte tragó saliva y asintió.

—Sí, la tengo. Está escondida a buen recaudo, nadie la encontrará.

Aunque aquella respuesta no provocó una sonrisa en el rostro del dios, le hizo girarse y observar de nuevo al insignificante ser que tenía delante. Así como otros dioses amaban a sus hijos, él nunca lo había hecho. Se había limitado a tener descendencia para conseguir su propósito, para tener sus propios comodines en el planeta y lograr sus intenciones. Para él nunca había significado nada todo aquello, más aún, por culpa de los humanos se veía relegado a morar en el inframundo, a vivir rodeado de la más absoluta oscuridad. Desde que Zeus había entregado el mundo a los humanos, él había tenido que permanecer escondido, oculto de todos ellos, recogiendo sus almas por siempre jamás.

—¿Sabes cuál es el siguiente paso? —preguntó como quien examina a un alumno.

—Debemos extraer el rayo de... —contestó rápidamente.

—Mi casco y el tridente —lo interrumpió con una voz grave. Bronte tragó saliva—. Los necesito.

Bronte asintió de inmediato.

—¿Ya? —preguntó sorprendido.

—Sí —respondió secamente—. Debo atender otros asuntos primero, antes de usar el arca, si no, no podré completar mi misión.

—Por supuesto —respondió directamente.

Hades lo observó de la cabeza a los pies y dio unos pasos hacia él, con la mirada totalmente fija. Sabía lo que debía hacer primero antes de usar el arca y poder llevar a cabo su plan. Con su casco y el tridente sería el dios más fuerte, nadie lo igualaría en poder, nadie podría vencerlo.

—¿Aún tiene mi casco el hijo de Zeus?

Bronte carraspeó.

—Sí, pero gracias a Ichiro sabemos dónde se encuentra. Conseguiré leerle la mente a Elin, la descendiente de la diosa Eir. Conseguiremos el casco y te lo entregaremos.

Hades miró de nuevo al fuego, meditando lo que decía.

—Esa semidiosa... —susurró mientras observaba las llamas—. Posee el don de sanar y de dotar de más fuerza a los semidioses.

—Nos encargaremos de ella.

Hades dio unos pasos hacia él.

—Con Elin son mucho más fuertes, casi inmortales... —pronunció con furia—. Acaba con ella y la victoria frente a esos semidioses será tuya. —Dio un paso hacia él para remarcar las siguientes palabras—. La necesito fuera de combate. No los pierdas de vista ni un segundo.

—Lo haré. —Reaccionó con contundencia.

Hades se quedó observándolo, sorprendido por el grado de obediencia de su hijo. Se colocó frente a él mientras Bronte se mantenía firme, prácticamente adoptando una postura militar.

—Consígueme el casco y entrégamelo junto al tridente en cuanto los tengas. Del resto ya me

encargo yo. —Y una maliciosa sonrisa brotó de los labios de Hades.

Aquello sorprendió a Bronte que lo miró intrigado y con temor. Aunque fuese su padre, su sola presencia lo aterraba. ¿Encargarse? Tragó saliva y asintió sin cuestionar ninguna de sus palabras.

—¿Y el arca?

—Llévala al lugar que te indiqué, a la Antártida, y espera allí a mi llegada.

Esa vez sí ascendió su mirada hacia él.

—¿Tu... tu llegada? —preguntó con temor.

Hades lo observó fijamente y asintió. Miró de nuevo las chimeneas y volvió a distanciarse de él.

—Cuando tengas el casco haz que me lo traigan junto al tridente, de inmediato —repitió—. Una vez los reciba nos volveremos a ver —contestó sin hacer referencia a la pregunta de su hijo. Se giró y lo miró con contundencia—. Y acaba con todos aquellos que puedan ayudarlos, aquellos que puedan revelarles los secretos que han permanecido ocultos durante milenios.

—Mukhtar, el joven que me dijiste que usase para atraerlos y distraerlos hasta Etiopía... —susurró—, el templario —indicó—, se encuentra con ellos, ahora está ayudando a Karan.

Pudo observar cómo los músculos de Hades se ponían tensos, como si le irritase solo el hecho de escuchar el nombre de aquella sociedad secreta.

—No quiero ni uno de esos eruditos vivo —acabó diciendo con rabia contenida mientras volvía a girarse hacia la chimenea.

Una vez más Bronte apretó los labios y asintió.

Se fijó en la espalda de Hades y en cómo elevaba su mano sin girarse, dando por concluida la conversación.

Bronte tragó saliva, notaba la boca seca. Estaba claro que su padre no tenía más ganas de conversar.

Apretó los labios y se giró hacia la puerta. Justo iba a abrir cuando la voz de Hades lo detuvo.

—Bronte... —pronunció sin girarse, hipnotizado por las llamas del fuego—, buen trabajo.

En ese momento expulsó el aire que había estado conteniendo.

—Gracias —susurró.

De nuevo, hubo silencio, y sabía que esas eran las últimas palabras que su padre iba a dedicarle. Suponía que, después de todo, debía dar gracias por salir vivo de allí tal y como su hermano le había dicho.

Iba a salir por la puerta cuando el recuerdo de Arges lo detuvo.

—Padre... —pronunció con un hilo de voz. Hades ni siquiera se giró—, ¿podría ver a Arges?

—¿Para qué?

—Me gustaría hablar con él.

Hades seguía sin inmutarse, sin girarse para hablar con él y evitando mantener un contacto visual.

—No puedes ir a donde él está —comentó el dios. Bronte lo comprendió y, aunque si hubieran sido otras circunstancias habría insistido más, estaba claro que Hades, su padre, no era un hombre de muchas palabras o al que pudiese llevarse la contraria—. Véngalo.

Aquellas últimas palabras provocaron una extraña sensación en el corazón de Bronte. Sí, aquello era lo que realmente necesitaba, vengar la muerte de su hermano a manos de los dioses que estaban en el otro bando. No le importaba todo lo que tuviese que sufrir o las cosas que

tuviese que hacer. Solo la muerte de aquellos que habían asesinado a su querido hermano lograría calmar sus ansias de venganza.

Apretó la mandíbula, asintió y, sin decir nada más, salió de la estancia mientras veía a su padre coger su cetro y mirar las llamas.

No hizo falta que cerrase la puerta, pues esta misma volvió a encajarse sola cuando salió al pasillo.

Se quedó varios segundos estático, sin saber cómo reaccionar. Ciertamente, no había esperado que su primer encuentro con su padre, después de todo lo que había hecho y logrado, fuese así, pero, al fin y al cabo, ellos eran dioses y estaban por encima de todo sentimiento. Aún debería sentirse afortunado de que hubiese elogiado su trabajo y su dedicación.

Aquella reunión lo había dejado frío. Después de todo esperaba que quizá tuviese otro tipo de comportamiento con él, una actitud más amistosa y paternal, que lo felicitase, o incluso que le agradeciese todo lo que había hecho por él pese a no haberlo conocido hasta ese momento.

—Dioses... —susurró asqueado.

Quizá la culpa había sido suya al crearse falsas ilusiones. Elevó la mirada al frente cuando escuchó unos pasos al final del pasillo. Estéropes se dirigía hacia él.

—Sigues vivo —bromeó fingiendo sorpresa—. ¿Cómo ha ido?

Bronte suspiró y comenzó a deshacer el camino que había hecho junto a su hermano minutos antes.

—Bien. Supongo que sí tendré que agradecer el haber salido vivo de esta habitación.

Estéropes lo miró intrigado.

—¿Lo has visto en persona? —preguntó deteniéndose en medio del pasillo. Bronte asintió. Estéropes lo miró mientras apretaba la mandíbula—. Supongo que debes de estar agradecido por ello. Nadie, de cuantos estamos aquí, ha tenido semejante honor.

Bronte arqueó una ceja e iba a responder a su hermano, pero se contuvo, no creía que fuese muy conveniente decirle que su reunión lo había dejado frío y sin emoción alguna.

—Supongo —contestó al final.

Estéropes inició la marcha, esta vez colocándose a su lado, atravesando el pasillo y pasando al lado del lujoso comedor hasta el recibidor.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó con curiosidad.

—Me ha dado las siguientes órdenes —respondió mirando al frente mientras cruzaba las puertas del palacio. Sus pupilas tardaron un poco en acostumbrarse a la oscuridad que había en el exterior del castillo, donde la luz se asemejaba a la de un atardecer. Se giró hacia su hermano—. En breve recibirás noticias de que hemos conseguido el casco de nuestro padre —comentó mirando al frente, avanzando hacia el puente de madera que atravesaba el foso. Se giró para observar que Estéropes cerraba la puerta e iba a darse la vuelta para acompañarlo cuando lo detuvo—. No hace falta que me acompañes. Sé el camino. —Volvió la mirada al frente mientras cruzaba el puente rumbo a la niebla que presidía la entrada al Hades—. Nos vemos pronto —dijo ya internándose en la fría neblina y desapareciendo de la vista de su hermano que se había quedado al otro lado del puente sin cruzar.

# 16

Se encontraban reunidos en el comedor. La mayoría de los semidioses estaban aún desayunando y, de paso, escuchando la conversación sin intervenir.

Tal y como le había dicho Hermi, Alexandros había llegado del viaje junto a Mukhtar, Cassandra y el monje de Santa María de Sion, llamado Robel. A ellos se habían unido Ivette, que se había colocado rápidamente al lado de Alexandros, el cual le había sonreído rápidamente, Xenos, Miguel Ángel y Adrián. Al lado de Karan, Elin, Neil y Gael se encontraban Lucía y Adriana.

El resto de semidioses se encontraba entrenando en el jardín.

Neil dio unos pasos al frente, enarcando una ceja.

—Un... templario —comentó tras pestañear varias veces. Mukhtar asintió como si no comprendiese su sorpresa—. Ya, lo que nos faltaba... —susurró mirando a Lucía y a Adriana.

Karan resopló y apartó a su amigo colocando una mano en su pecho y empujándolo.

—¿Cuántas veces se lo vas a preguntar?

—Las que hagan falta hasta que me lo crea —susurró Neil ante la mirada de reproche de Karan.

Mukhtar dio unos pasos hacia delante ante la mirada asombrada de Neil, mientras extraía el colgante con la cruz del temple de debajo de su camisa.

—Hemos protegido el arca durante milenios...

—Ya, pues no se os ha dado muy bien ahora —continuó Neil.

Esta vez fue Mukhtar quien lo miró asombrado.

—¿Que no se nos ha dado bien? —preguntó en un tono más elevado—. La hemos mantenido oculta durante milenios sin que ningún hombre o mujer pudiese hacerse con ella, ahora bien... lo que sí me gustaría saber es por qué todos los monjes del Templo del Sol están muertos y por qué como por arte de magia aparecéis vosotros intentando mantenerla a salvo. Nosotros solo somos hombres... —Y los señaló—. Mientras que vosotros sois...

—Vale, vale... —intervino Karan intentando poner algo de paz—. Tranquilo —dijo con voz pausada y riñó a Neil con la mirada. De acuerdo, todos estaban nerviosos, pero no por ello debían perder la compostura.

—Mis compañeros... —comentó con la voz entrecortada—, han muerto. ¿Por qué razón? ¿Quién ha ocasionado semejante matanza?

Karan miró de reojo a Neil que resoplaba mientras se cruzaba de brazos.

—Hades —intervino Gael atrayendo la mirada de Mukhtar—. Él ha sido quien ha acabado con la vida de tus compañeros y quien se ha hecho con el arca. —Lo miró fijamente—. Intentamos evitarlo, encontrar el arca antes que él... pero la teníais demasiado bien escondida y no llegamos a tiempo —se sinceró—. Lo sentimos mucho —pronunció con la voz apagada.

Esta vez Mukhtar sí se calmó con las palabras de Gael. Karan aprovechó para fijarse en Cassandra. Así como Mukhtar tenía más temperamento y hablaba con firmeza ante ellos, Cassandra se mantenía a la espalda de él, temerosa.

—¿Ella también es templaria? —preguntó a Mukhtar señalándola con la cabeza.

Mukhtar se giró levemente y observó unos segundos a Cassandra.

—No, es mi compañera de la universidad. Los dos estamos realizando el doctorado en la Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas.

—¿Vivís aquí? —preguntó Elin.

Ambos afirmaron a la vez.

Karan suspiró y dio unos pasos hacia Cassandra, ella directamente se cogió de la mano de Mukhtar quien la recibió gratamente.

—No tenéis por qué temernos... —explicó Karan con voz pausada—. Estamos aquí para protegeros.

—¿De qué? —preguntó Mukhtar.

—Creo que ya lo sabes —pronunció hacia él—, sabes cuál es el poder del arca y qué ocurrirá si se hace un mal uso de ella.

Mukhtar tragó saliva, pensativo, y, tras varios segundos, asintió.

—Se usó en varias ocasiones...

—Lo sabemos.

—Durante el Éxodo la usaron...

Karan lo cortó con la mano.

—Ya te digo que todo eso lo sabemos —remarcó—. El problema es que, ese, fue un uso muy comedido del arca —dijo mirándolo fijamente.

En ese momento pudo detectar cómo los ojos de Mukhtar se oscurecían comprendiendo su significado. Estaba claro que dominaba del tema. Soltó la mano de Cassandra y se colocó ante Karan, observándolo fijamente.

—Hizo desaparecer de la tierra prácticamente a toda la humanidad —explicó. Karan asintió lentamente—. ¿Por qué los dioses quieren hacerlo de nuevo?

—No todos —remarcó Gael—. Solo Hades.

—La otra vez que se realizó tal extinción tampoco la querían todos, solo Enlil, e igualmente lo logró.

Karan miró fijamente a Mukhtar, aquel hombre sabía de lo que hablaba. Asintió de nuevo ante el gesto asustado del templario.

—Perdón por la intromisión... —intervino Lucía dando unos pasos hacia Mukhtar—. Soy Lucía —dijo estrechándole la mano.

—Tú... también... eres...

—No, no... —intervino ella—. Soy tan humana como tú.

—Y nos da para el pelo a todos —remarcó Neil destre atrás, esta vez con un gesto más amistoso.

Lucía soltó su mano tras presentarse.

—Soy licenciada en Cultura Clásica, pero no logro identificar a Enlil.

Mukhtar la miró sorprendido.

—Enlil, el dios sumerio de la tormenta. A él le atribuyen el diluvio universal las tablillas de Sumeria. Según el mito del diluvio mesopotámico, fue Enlil quien abrió las puertas del cielo para acabar con los molestos humanos —acabó con un tono resignado.

—¿El diluvio? —preguntó Adriana desde atrás.

Mukhtar la miró.

—El diluvio universal.

—¿El diluvio universal? —volvió a preguntar sorprendida mientras miraba a Neil. Este la miró de reojo y suspiró mientras acariciaba su hombro—. ¿Fue real? —preguntó asustada—. ¿Los dioses ya intentaron destruirnos una vez? —Esta vez usó un tono dolido, lo que hizo que Neil la observase.

—No lo logró... —indicó Neil—. Y esta vez tampoco lo lograrán.

—Claro que lo logró —espetó Mukhtar—. Toda la humanidad desapareció de la tierra a excepción de Noé y unos pocos más. Y se salvaron de milagro.

—Noé —intervino Lucía.

Mukhtar chasqueó la lengua.

—Bueno, así lo llaman en la Biblia, pero este relato ya viene escrito en las tablillas de Sumeria. —Ante la mirada asombrada de Lucía siguió hablando—. La tablilla se encuentra actualmente en el Museo Británico, se halló en una excavación a manos de A. H. Layard. —Dio unos pasos hacia ella—. Se trata de la Epopeya de Gilgamesh. En la tablilla undécima se explica que los dioses decidieron enviar un gran diluvio. El dios Enki, para salvar a Ziusudra, le dijo que construyese un arca. Le dio unas dimensiones precisas y esta fue sellada con brea y bitumen. Abordaron el barco toda su familia, junto con sus artesanos y todos los animales del campo. Entonces, suscitó una tormenta violenta, que incluso hizo que los dioses se retirasen de los cielos. —En ese momento miró de reojo de Karan—. Ishtar lamentó la destrucción masiva de la humanidad y los demás dioses lloraron junto con ella. La tormenta continuó durante seis días y seis noches, y cesó después de que todos los seres humanos se volvieran barro... —Suspiró—. Finalmente, cuando el arca se atascó en una montaña, Ziusudra soltó una paloma, una golondrina y un cuervo y, al no regresar el cuervo, abrió el arca soltando a sus habitantes. Enlil, no contento con ver supervivientes, fue a por ellos, pero los demás dioses los defendieron y protegieron en los años venideros.

Lucía miró a Gael impresionada, pues no conocía aquella parte tan detallada de la historia de Sumeria.

—¿Es cierto?

Gael inspiró sin hacer ningún movimiento ni dar una respuesta.

—No solo se detalla en dichas tablas, también en la lista real sumeria, en el diluvio sumerio, en la Epopeya de Atraxhis y en este último, el Poema de Gilgamesh —continuó Mukhtar—, además, a principios del siglo xx unos arqueólogos comprobaron la existencia de extractos aluviales que irrumpían los restos materiales en diferentes lugares de la Baja Mesopotamia, y que son considerados como las pruebas reales de la existencia de un diluvio que provocó maremotos y desbordamiento de ríos. —Miró directamente a Karan—. ¿Es lo que pretenden hacer?

Karan suspiró mientras lo miraba fijamente.

—Bronte se ha hecho con el arca, pero también posee el tridente de Poseidón. Nosotros tenemos el casco de Hades. ¿Sabes lo que ocurrirá si consigue introducir el tridente, el casco y el rayo en el arca?

—Se abrirán las puertas del Tártaro —susurró asustado—. La Titanomaquia.

Karan asintió.

—Por eso es de vital importancia que Bronte no se haga ni con el casco ni con el rayo. El casco obra en nuestro poder y el rayo... lo tengo yo, y te aseguro que no lo va a conseguir por mi

parte. Ahora bien, debemos recuperar el arca como sea. Ya de por sí es peligrosa, pero en manos de Bronte es aún peor... ¿sabes dónde la pueden tener?

Mukhtar lo miró boquiabierto.

—¿Yo? —Se señaló a sí mismo—. No tengo ni idea —extendió los brazos hacia ellos—. ¿Por qué iba yo a tener que saberlo?

—Trabajaste para Bronte —le recordó Karan mientras se cruzaba de brazos—. Y eres un templario... —Se encogió de hombros.

—Uhhmm... —dijo sin saber qué responder—. Yo solo me limito a cumplir las órdenes de mi Gran Maestre, nada más. Solo me dieron la orden de acompañar a Bronte, dado que estaba interesado en encontrar el arca. Siempre supervisamos a cualquier persona que busque el objeto para asegurarnos de que no la encuentra. —Extendió los brazos hacia ellos—. ¿Qué iba a yo a saber que Bronte era uno de los vuestros?

—No es de lo nuestros —remarcó Neil con un tono de voz agresivo—. Sus intenciones son muy diferentes a las nuestras.

Karan suspiró mientras se pasaba la mano por los ojos, agotado.

—Está bien —dijo Karan girándose hacia el resto de semidioses—. Miguel Ángel...

—Sí, patrón... —dijo poniéndose rápidamente en pie, soltando la taza de café sobre la mesa y tragando rápidamente la bollería.

—Por favor... —suplicó—, no me llames así. —Miguel Ángel miró hacia los lados intimidado—. A ver. —Volvió a señalarlo—. Adrián, Alexandros y tú vigilad el casco. Quiero que dos de vosotros vigiléis la puerta de la primera planta y que uno siempre esté en el subterráneo. —Los tres asintieron—. Hermi... —Se giró hacia él—. Ve a hablar con el señor Morris. Neil, Gael, ¿podéis acompañarlo? Quiero que todos tengan una pulsera con GPS para ser localizados, y las quiero para ya. —Hermi, Neil y Gael desaparecieron al momento. Se giró hacia Adriana y Lucía—. Eres buena investigando. —Miró directamente a Lucía—. No sé si será posible, pero intenta averiguar dónde pueden tener escondida el arca... es posible que las antiguas escrituras digan algo sobre esto. —Adriana y Lucía salieron del comedor rumbo a la oficina. Se giró y observó a Elin que permanecía al lado de Mukhtar y Kassandra. Fue hacia ellos y concentró su atención en Mukhtar—. ¿Podrías ayudarnos? —pidió Karan—. Nos irían muy bien tus conocimientos.

Mukhtar asintió y miró unos segundos a Kassandra.

—De acuerdo —comentó—. Ayudaré a Lucía y a Adriana...

—Te lo agradezco mucho —pronunció Karan girándose ya hacia Elin.

Mukhtar se quedó observándolo. Su cabello, sus ojos, su rostro...

Soltó la mano de Kassandra antes de salir por la puerta del comedor y le indicó a ella que fuese con las chicas.

—Enseguida me uno a vosotras —indicó con voz pausada.

Kassandra sujetó su mano como si le asustase lo que iba a hacer.

—¿Vas a hablar con él? —preguntó ella en un susurro mirando de reojo a Karan.

Mukhtar asintió.

—No te preocupes. —Se soltó de su mano—. Enseguida me reúno contigo.

Kassandra miró en dirección a Karan que hablaba en esos momentos con Elin y asintió temerosa, estaba claro que no le hacía ninguna gracia que se quedase a solas con él, aún no se fiaba del todo.

Mukhtar se giró y observó a Karan. Tras unos segundos dio unos pasos al frente.

—¿Puedo hablar contigo a solas? —preguntó directamente. En aquel momento Karan y Elin se giraron, pues no esperaban que aún se encontrase allí. —Será un momento.

Elin asintió con una leve sonrisa.

—Echaré una ojeada por la casa —comentó distanciándose de Karan, luego observó el brazo y la mano de Mukhtar—. ¿La mano bien? ¿Puedes moverla sin problema? Era un corte profundo.

Él le sonrió con ternura, aquella muchacha era encantadora.

—Sí, todo perfecto. —Le mostró la mano—. Muchas gracias, creo que no te lo agradecí antes —respondió.

Lo cierto era que, realmente, sabía que no debía temer de ellos. Aquellos hombres y mujeres le transmitían mucha más confianza que Bronte.

Elin cerró la puerta tras ella, no sin antes echar una última mirada a Karan, el cual, en ese momento, observaba a Mukhtar.

Cuando se quedaron solos Mukhtar notó cómo los nervios se incrementaban, incluso los latidos de su corazón aumentaban por momentos. Karan imponía demasiado, sobre todo cuando lo observaba de aquella forma intrigada, esperando a que hablase.

Se apoyó contra una mesa y tragó saliva mientras lo observaba. En realidad, no sabía ni cómo empezar, pero necesitaba saber.

—¿Por qué te convertiste a la Orden del Temple? —preguntó Karan sorprendiéndolo, pues en esos momentos Mukhtar meditaba qué pregunta hacerle en primer lugar. Aquello lo descolocó, pero agradeció que le facilitara el trabajo, pues no sabía cómo sacar el tema.

—Es una tradición familiar... —pronunció—. Siempre he creído en vosotros.

—¿En nosotros? —preguntó Karan sonriéndole incrédulo.

—En los nefilim. —Tragó saliva—. Es... es lo que sois, ¿verdad? —Karan lo miró con intensidad mientras Mukhtar daba un paso hacia él, con más confianza—. En el Génesis, en el versículo 6:4 se hace referencia a ellos, a los nefilim —enfaticó—, los descendientes de los hijos de Dios y las hijas de los hombres que vivían antes del diluvio. Los vigilantes de los que se nos habla en los antiguos escritos.

—Sí, esos gigantes... —se burló Karan.

—No, la gente los confunde —contestó Mukhtar—. Conozco la historia perfectamente, no vas a engañarme. —Y medio sonrió haciendo que Karan también sonriese—. Esos gigantes reciben más adelante el nombre de anakim. —Se colocó frente a Karan—. Los nefilim reciben otro nombre en la Biblia, y no es el de anakim. —Y se puso más serio—. Se les llama los vigilantes. —Tomó aire—. Las escrituras son muy claras en ese sentido, y no me refiero solo a los textos apócrifos, la misma Biblia habla sobre ellos. En el mismo Génesis, en el versículo 3:15 dice que esos dioses, los que descendieron del cielo, se casaron con mujeres y su descendencia fue una raza inocua, y posteriormente, en el versículo 6:4 dice: «Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres y ellas les dieron hijos». —Karan lo escuchaba con atención—. A esos dioses iniciales, a los que se casaron con mujeres humanas, se les llama Gregori según algunos textos apócrifos, en la Biblia se les denomina «los ángeles caídos». De ahí que el término de nefilim signifique «los caídos». —Miró fijamente a Karan que no apartaba la mirada de él—. Esos ángeles con alas, a lo que nos tienen habituados las religiones, no se corresponden con los que explican en las propias escrituras, en la misma Biblia.

En el Génesis ya explica que esos ángeles —matizó con los dedos—, se materializaron en ocasiones y hasta tuvieron funciones biológicas corporales, comieron y bebieron con los seres humanos. Eran como cualquier persona, físicamente... y de ahí que tuvieran descendencia con las humanas. —Enarcó una ceja—. En ningún pasaje de la Biblia ni de los textos apócrifos se explica que estos «ángeles caídos», los que se unieron a las humanas y tuvieron descendencia, tuviesen alas. Sin embargo, sí encontramos que en las tablas sumerias donde se explica la creación del hombre por primera vez, en las que se narran hechos tan importantes como el diluvio, esas mismas tablas en las que se basa en Antiguo Testamento de la biblia, sus dioses, los Anunnaki, sí están representados con alas.

Karan asintió lentamente.

—Te veo muy instruido en el tema.

Mukhtar asintió mientras lo contemplaba.

—Y no solo se habla de ellos en la Biblia, sino en muchos otros escritos...

—Lo sé. —Lo cortó.

—Las tablas hablan de que los dioses vinieron del cielo y crearon al hombre, concretamente los creo Enki, para ayudarlos, para servirles... —Tragó saliva—. Decían que necesitaban oro —susurró—. El oro monoatómico para alimentarse, por eso crearon a la humanidad, para que los ayudase a extraerlo de la tierra. Con el tiempo, dejaron a doce dioses encargados de velar por el trabajo de la humanidad, de vigilar que realizasen bien sus funciones, pero... estos dioses, los que convivían con la humanidad y que estaban obligados a vigilarnos, se dieron cuenta de que éramos inteligentes, una creación mejor de la que esperaban. Incluso cuando los hombres y mujeres procrearon estos mismos dioses se enamoraron de las mujeres y se casaron con ellas, se unieron y tuvieron hijos, crearon una nueva raza, algo que había prohibido el Dios supremo, Anu, y que el hermano de Enki, Enlil secundaba, pues la humanidad... solo servía para extraer aquel oro que los dioses necesitaban. Pero esos ángeles que se encontraban con la humanidad para vigilarla dieron a los humanos conocimiento, les enseñaron cómo hacer fuego, les enseñaron cómo tratar las enfermedades con plantas medicinales, la cerámica, la astronomía... Estos dioses que permanecían aquí y cuya única misión era asegurarse de que la humanidad realizaba el trabajo para el que había sido creada, juraron mantener en secreto su convivencia con ella, incluso las familias que habían creado, pero fueron descubiertos... —Tragó saliva—. Algunos los apoyaron, otros no. Enki fue uno de los que defendió a la humanidad y todos aquellos bastardos que habían nacido, mientras que Enlil no estuvo de acuerdo y mandó el diluvio universal para borrar de la faz de la tierra a aquella abominación, según decía él. Enki fue quien aviso a uno de los humanos para que se preparase para el diluvio y de esta forma salvar su creación. —Lo miró desafiante, como si intentase convencerlo de ello—. Parece descabellado, pero esto es lo que narran dichas tablas, en lo que se basa el Antiguo Testamento bíblico y todas las demás religiones. De hecho... hay muchas similitudes. Las tablas nos dicen que el hombre fue creado para ayudar a los dioses a encontrar el oro, como trabajadores esclavos... y en la Biblia nos expone que Dios creó al hombre entre los ríos Tigris y Éufrates, y remarca... un lugar donde había mucho oro. Se les prohibió comer del árbol del conocimiento según la Biblia, algo por lo que esos dioses y la misma humanidad fueron castigados... —Apretó los labios—. ¿Es lo que sois? ¿Nefilim? ¿Los vigilantes de los que se nos habla en los antiguos escritos? ¿Los descendientes de dioses y humanos?

—Puede... —confesó al final y miró con cierta ternura a Mukhtar—. Hay muchas cosas que es mejor que la humanidad no sepa de momento.

—¿Por qué?

Karan sonrió más y se puso en pie.

—Tú crees en nosotros...

—Siempre lo he hecho. Siempre os he buscado —confesó.

Karan sonrió de una forma enigmática.

—¿Y cuál es la razón? —preguntó Karan. Mukhtar apartó la mirada de él con timidez, como si se debatiese entre explicarle lo que pensaba o guardar silencio. Ahora, corroborando quién era, el hecho de estar ante él le imponía—. No todas las personas creen lo mismo. Aún no están preparados para comprender lo que ocurrió, pero tú parece que sí. —Luego le sonrió y puso una mano en su hombro—. Tu nombre significa el escogido, ¿verdad?

Mukhtar medio sonrió y asintió.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Aunque aún no sé para qué —bromeó esta vez haciendo que la sonrisa de Karan aumentase.

—Todo a su debido momento —indicó Karan dirigiéndose hacia la puerta—. Por cierto, has comentado que vives aquí, ¿verdad? —Mukhtar asintió—. ¿Y Cassandra?

—También.

—Sería conveniente que os vinieseis aquí, al menos, hasta que se solucione esto —explicó Karan mientras abría la puerta. —Es mejor que Bronte no sepa que nos ayudáis. Aquí estaréis a salvo.

Mukhtar asintió con una leve sonrisa mientras veía salir del comedor a Karan con un paso tranquilo. Le resultaba casi imposible de comprender, pero aquello era real. Todo lo que había vivido lo había llevado hasta allí. Se quedó pensativo unos segundos, recordó todo lo que su familia le había explicado antes de entrar a formar parte de la Orden del Temple, lo que había aprendido formando ya parte de ella, en las numerosas charlas a las que había asistido. Todo había sido real y ahora, él, también formaba parte de la historia.

No pudo evitar sonreír cuando salió del comedor rumbo a la habitación donde sabía que se encontraba Cassandra, debía explicarle todo aquello y tranquilizarla, decirle que estaban seguros con ellos y que, tal y como Karan le había pedido, se quedarían allí con ellos.

Karan lo vio alejarse y no pudo menos que sonreír. Realmente, la humanidad estaba cambiando, abría su mente, lo cual era bueno... aunque sería mucho mejor si no se encontrasen en un momento tan delicado como aquel.

Avanzó por el pasillo mirando las habitaciones que tenían la puerta abierta. Muchos no habían hecho la cama y habían arrojado el pijama al suelo. Se quedó paralizado al observar a Elin. Se encontraba al final del pasillo, observando por la ventana. Algunos de los semidioses seguían entrenando en el jardín.

Karan fue hasta su espalda. Elin se giró levemente, con una mirada aún tímida por lo que había ocurrido entre ellos. Karan no pudo evitarlo y rodeó su cintura con sus brazos, desde la espalda, apoyó su barbilla en su hombro y la miró.

—Kaaaran... —pronunció ella con timidez, intentando apartarse, aunque la cogió de la mano para que no se distanciase.

—Ruibia —contestó divertido, haciendo que ella sonriese.

—Que nos pueden pillar —susurró.

Se acercó más con una sonrisa traviesa.

—Antes nos han interrumpido... —Dejó la frase sin acabar haciendo que ella esperase una continuación.

—¿Y? —preguntó Elin con una sonrisa juguetona.

—Pues que estaría bien acabar lo que hemos comenzado. No me gusta quedarme a medias... con nada.

Dicho esto, colocó una mano en su nuca y descendió sus labios hasta los de ella, atrapándolos. Elin se sujetó a sus hombros con ansiedad mientras Karan incrementaba más la pasión de aquel beso. Estaba claro que ambos deseaban lo mismo.

Se separó un segundo de ella y la observó.

—A la habitación —ordenó Karan cogiéndola de la mano y arrastrándola hasta la segunda puerta del pasillo. Puede que no les quedase mucho tiempo, pero el que tenían pensaba aprovecharlo.

Elin se dejó conducir sin problemas, ambos sabían lo que iba a ocurrir y el sentimiento era como si hubiesen estado preparándose para ello durante mucho tiempo, aunque estaba claro que los que no estaban preparados eran Hermi, Gael y Neil que desencajaron sus mandíbulas en el momento en que vieron a Karan cerrando la puerta de su habitación mientras se fundía en un beso apasionado con Elin.

Los tres ladearon su cabeza observando cómo se cerraba la puerta, sin pronunciar palabra, totalmente paralizados en el pasillo.

—Joder, menudo momento —susurró Gael.

—Y de buena mañana —concretó—. Ya decía yo que estos dos acabarían liados... —dijo Neil reponiéndose del susto.

Gael miró de reojo a Neil sin poder moverse aún.

—¿Tú? Eso lo dije yo —protestó.

Neil se giró hacia él enarcando una ceja.

—No, te equivocas... yo ya se lo insinué en el hotel de Nápoles, les dije que parecían un matrimonio...

—Pfff... —se quejó Gael—, también se lo dije yo en Nápoles cuando íbamos tras Bronte, cuando te dio por saltar de tejado en tejado.

Hermi que permanecía entre los dos resopló sin apartar la mirada de la puerta que acababa de cerrarse. No sabía si le ponía más nervioso lo que iba a ocurrir entre aquellos dos en la habitación o la conversación que estaban manteniendo Neil y Gael. Miró de reojo cómo Neil señalaba a Gael.

—Yo se lo insinué antes aún... cuando fuimos ellos dos y yo hacia el hotel de Nápoles, en el todoterreno...

—Ah, ya, el hotel de tu novia: El hijo de Vulcano —le recordó Gael con mofa ante la mirada impresionada de Hermi.

—Belenus... es Belenus —protestó Neil rechinando los dientes al ver por dónde iba a ir su amigo. Odiaba que llamasen a su padre Vulcano, y parecía que sus amigos disfrutaban con ello.

Neil iba a contestar, pero Hermi intervino ya de los nervios.

—¿Creéis que es momento para esta conversación? —gritó visiblemente alterado—. ¡¿Queréis

callaros de una vez?! —apuntó Hermi desquiciado. Ambos guardaron silencio al momento—. No estoy para tonterías. —Elevó las manos llenas de pulseras modernas que proporcionarían la ubicación por GPS de quienes las llevasen puestas y las estampó sobre el pecho de cada uno de ellos mientras los miraba con furia—. Id a repartir las pulseras a todos, ¡ya! —rugió.

Ambos las cogieron con una mirada mosqueada hacia Hermi.

—¿Por qué últimamente estás de tan mal humor? —bromeó Neil.

—¿Tú por qué crees? —se mofó Hermi.

Gael sonrió mientras se guardaba las pulseras en los bolsillos del pantalón.

—Deberías quedar más con Denise —propuso—, se llamaba así, ¿verdad? ¿No era tu novia? —se burló ante la mirada cada vez más colérica de Hermi.

—Sí, así seguro que estarías de mejor humor —ironizó Neil—. ¿Cuándo nos la vas a presentar?

Hermi ladeó su cabeza.

—¿Sí? ¿Tendría un humor tan bueno como el vuestro? —se burló.

—Y como el de Karan y Elin cuando salgan de la habitación. —Señaló Neil la puerta divertido—. Seguro que estos dos salen muy contentos.

—Se veía venir —bromeó Gael mirando hacia la puerta.

—Ya, ya... —volvió a intervenir Hermi—. ¿Os tengo que recordar lo que está ocurriendo? No es momento para distracciones —se quejó—. El mundo depende de nosotros y no podemos permitirnos...

Un golpe en la puerta de la habitación de Karan interrumpió a Hermi e hizo poner a todos la espalda recta y abrir los ojos como platos.

Los tres reaccionaron al momento, ya podían imaginarse la causa de aquel golpe.

—Qué bruto... —susurró Neil.

—Uhhmm... voy a repartir las pulseras —dijo Gael girándose de inmediato en dirección a las escaleras, huyendo del lugar.

—Yo también —respondió Neil con celeridad y ya con paso presto por el pasillo.

—Os acompaño —reaccionó rápidamente Hermi.

No había esperado a cerrar la puerta para atrapar de nuevo los labios de Elin con los suyos. Había deseado aquello desde el momento en que la había visto por primera vez y, ahora, podía concluir que era mucho mejor de lo que había imaginado.

La cogió de la cintura acercándola a su cuerpo a la vez que golpeaba con el pie la puerta para cerrarla mientras Elin rodeaba sus hombros con sus brazos, abrazándose a él justo cuando la puerta se cerró con brusquedad.

Karan acarició su cabello y lo apartó a un lado para comenzar a descender por su cuello besándolo con ternura, cambiando el ritmo de aquel frenético beso a uno más lento y sosegado, acariciando con su lengua cada centímetro de su cuello hasta llegar a la clavícula. El suspiro de Elin se escapó de sus labios mientras internaba sus dedos en el cabello oscuro de Karan. La sensación era realmente placentera, nada comparable a lo que había sentido con anterioridad. Notar esa intimidad con él era algo que no esperaba, que había sido una verdadera sorpresa.

Karan volvió a colocar las manos en las caderas de ella y la empujó contra la puerta con brusquedad. Los sentimientos y las sensaciones eran tan intensas que no le permitían moderarse.

La apoyó contra la puerta sin apartar sus labios de su cuello, saboreando su piel mientras acariciaba su cintura. Ya había estado con otras mujeres, pero ninguna le había hecho sentir lo que ella ni creía que pudiesen hacérselo sentir nunca. Eran muchas las experiencias que habían vivido juntos durante aquellos últimos meses y que los habían unido hasta llegar a aquel punto.

Elin se apoyó contra la puerta sintiendo el peso de Karan, comprimiéndola en cierto modo, pero no le importó: aquella sensación era increíble. Internó sus dedos en su corto cabello tirando de él involuntariamente. Karan emitió un leve rugido motivado por la pasión del momento. Demasiado tiempo reprimiéndose ambos como para controlarse ahora. Ninguno de los dos pensaba frenar sus impulsos.

Karan cogió la mano de Elin, la mano con que apretaba su cabello momentos antes, y la apoyó por encima de su cabeza contra la puerta con un golpe brusco, volviendo de nuevo a sus labios y saboreándolos esta vez de forma frenética.

Elin apretó su mano contra la suya intentando contener los gemidos. Ahora sí que estaba claro, no había vuelta atrás.

Enredó sus dedos con los de ella mientras imprimía más fuerza al beso y con la otra mano sujetaba sus caderas. Con un movimiento las acercó a las suyas, notando cómo los dedos de Elin apretaban más su mano y cómo un gemido volvía a escaparse de su garganta.

Aquella sensación era totalmente erótica, sensual. Sobre todo, cuando ambos dejaron de besarse y notaron sus respiraciones aceleradas. Se miraron unos segundos y Karan la soltó comenzando a desabrocharse la camisa. Elin lo ayudó a quitársela por los hombros y en pocos segundos esta cayó al suelo.

Las manos de Karan volaron directamente a la cintura de Elin introduciéndose por debajo de su camiseta. La piel de ella era suave y notó que se erizaba ante su contacto. Cogió la camiseta y se la subió hasta arriba. Elin colaboró de inmediato alzando los brazos. La arrojó al suelo y se abrazó a ella.

La sensación de estar piel con piel los dejó noqueados durante unos segundos. Karan la rodeó con un brazo conteniéndola de nuevo contra la puerta mientras la otra mano la colocaba en su nuca para apretarla contra sus labios.

Elin sintió cómo la rodeaba, cómo todos aquellos músculos se tensaban al coincidir con la piel de ella. Pese a la fortaleza que irradiaba podía notar cómo él mismo frenaba sus impulsos, conteniéndose, queriendo dilatar el tiempo.

Descendió su mano de la nuca y la llevó por su espalda, acariciándola hasta encontrar el cierre del sujetador. A medida que lo desabrochó volvió a descender sus labios lentamente por su cuello hasta llegar a su clavícula. Liberó los corchetes del sostén y bajó sus tirantes acariciando sus brazos.

Elin no pudo evitar gemir cuando sintió la suavidad de los labios de Karan sobre su pecho. En un acto impulsivo sujetó su cabeza con sus manos sin poder evitar que los gemidos comenzasen a brotar sin control de su garganta.

Karan paseó su lengua por su pecho mientras la sujetaba por la cintura, no sabía si era por el placer o por las cosquillas, pero Elin comenzaba a removerse de una forma compulsiva y sus gemidos era cada vez más estridentes.

Elevó un segundo la mirada para observarla, mantenía los ojos cerrados y sus labios entreabiertos por donde escapaban aquellos agudos gemidos.

Elin se mordió el labio e intentó acallar el siguiente gemido. La sensación era tan placentera que estaba perdiendo el sentido. Sin duda, Karan sabía lo que hacía porque estaba provocando que ella perdiese el control. Un gesto de él le hizo volver a aquella habitación.

Karan había ido acariciando su pecho y su garganta hasta colocar la mano sobre sus labios, como si quisiese acallar sus gemidos. Aquello la hizo ser consciente de que no podía controlarse, entonces colocó las manos en sus hombros para alejarlo levemente y poder recuperarse un poco. Por Dios, estaba hiperventilando y no habían hecho más que comenzar.

Karan la observó intrigado, Elin permanecía con sus enormes ojos azules entreabiertos y su pecho subía y bajaba a gran velocidad fruto de la excitación. Iba a volver a la carga cuando Elin fue quien se acercó y fue directamente hacia su cuello.

De acuerdo, él sabía hacerle perder el control, pero ella también podía hacerlo. Se puso de puntillas y fue hacia su cuello, besándolo de la misma forma que había hecho él unos minutos antes. Escuchó una respiración fuerte y grave por su parte y, al momento, la rodeó con el brazo comprimiéndola contra su pecho mientras colocaba una mano contra la puerta para sujetarse. Karan se dejó hacer, sin protestar o intervenir en lo que ella hacía, disfrutando de aquel momento hasta que no lo soportó más... Un pequeño mordisco en el lóbulo de su oreja fue su perdición.

Colocó a Elin de nuevo contra la puerta y la besó con ganas mientras llevaba las manos hasta su cinturón, lo desabrochaba y se quitaba los pantalones y la ropa interior. Ni siquiera esperó a que ella hiciese lo mismo con los suyos. Desabrochó sus pantalones y le quitó también la ropa interior. Aquellas caricias por parte de ella lo habían dejado en un estado de máxima excitación y ya no podía contenerse más. Había intentado ser tranquilo, paciente, saborear cada segundo y dilatarlo lo máximo posible, pero no esperaba que ella respondiese con tanto fervor.

Se agachó levemente para cogerla por las rodillas y la elevó contra la puerta aprisionándola mientras atrapaba sus labios y Elin rodeaba su cadera con sus piernas.

Aquella mujer lo volvía loco, y no solo por su carácter y lo hermosa que era, sino por todos los

sentimientos que despertaban en él cuando estaba a su lado. Estaba enamorado perdidamente de ella, y pensar que habían estado a punto de arrebatársela unos días antes lo encendió más. Necesitaba hacerla suya para siempre. La sujetó por el trasero mientras ella se agarraba a sus hombros y comenzó a introducirse con un movimiento lento, bajándola suavemente.

Elin gimió y apretó sus manos contra sus hombros cuando lo notó en su interior. Sus miradas se encontraron, contemplándose, hasta que Karan comenzó a moverla de arriba abajo marcando el ritmo. Ella rodeó sus hombros y, durante unos segundos, la sensación fue tan intensa que colocó su frente en el hombro de él mientras gemía, intentando amortiguar el sonido.

Los primeros movimientos habían generado unos golpes en la puerta de madera que podrían llamar la atención de cualquiera que pasase por el pasillo. Karan dio un paso al lado y esta vez la apoyó contra la pared, provocando que ella elevase su mirada situándola frente a la de él mientras este aumentaba el ritmo de sus movimientos.

La besó de nuevo, pero ella se apartó para gemir y agarrase con fuerza a él.

En ese momento fue consciente de que también estaban dando golpes contra la pared, unos golpes uniformes y fuertes. Aquello era desquiciante, siempre se había considerado bastante receloso en cuanto a su intimidad y lo que menos quería era que todos los que habían invadido su casa fuesen conscientes de lo que estaba ocurriendo en el interior de su habitación. Siempre se había considerado un hombre que sabía guardarse sus emociones, pero con Elin le era imposible.

La sujetó con fuerza y se giró. Miró a ambos lados con desesperación. Dio un paso al lado, apartó de un manotazo los documentos que tenía en el escritorio que cayeron desordenados al suelo y la sentó encima. Puede que en otro momento hubiese sido más cuidadoso, que se hubiese tomado más tiempo, pero Elin respondía de igual forma que él a sus caricias y aquello lo estaba enloqueciendo totalmente. Además, escuchar su respiración acelerada lo excitaba todavía más.

Tiró otro montón de papeles más y la grapadora dejando el escritorio totalmente despejado y se reclinó sobre ella provocando que Elin acabase medio recostada sobre la pared. Colocó un brazo a cada lado de ella y comenzó a moverse mientras buscaba sus labios y ella rodeaba sus caderas con sus piernas sujetándose también a sus brazos y acompañándolo en los movimientos.

Realmente no estaba preparada para aquel arrebató de pasión, pero lo aceptaba de buen grado. Se fijó en su rostro a pocos centímetros de ella, con la respiración también acelerada, aunque cuando coincidió con su mirada Karan le sonrió de una forma tierna. Aquel gesto la desarmó y acarició su mejilla a pocos centímetros de su rostro. Karan la miraba casi sin pestañear, aunque, sin previo aviso, giró su cabeza y atrapó su dedo pulgar entre sus dientes emitiendo un pequeño rugido. Aquello la hizo reír, sobre todo cuando Karan soltó su dedo e incrementó también su sonrisa.

Descendió sus labios hasta ella reclinándose sobre su cuerpo sin dejar de moverse y recorrió con su mano su cadera y su pierna.

Elin era lo más dulce que había probado nunca, y dudaba que con aquella vez pudiese saciarse de ella durante mucho tiempo. Era la mujer de la que estaba enamorado, estaba haciendo el amor con ella y... estaba sobre un escritorio. Aquel pensamiento le hizo reaccionar y fijó su mirada en ella, observándola. Elin parecía estar cómoda, con los ojos cerrados otra vez, disfrutando del contacto y de las caricias.

Giró su cabeza hacia la cama. Allí estarían mucho más cómodos, aunque volvió su mirada hacia ella cuando la escuchó gemir y la vio sujetarse contra sus hombros. Aumentó su ritmo

mientras descendía de nuevo hacia el cuello de ella, notando cómo comenzaba a temblar por el placer que le causaba. Rodeó con un brazo su cintura, el otro lo colocó tras su cabeza para que la apoyase y se movió de una forma un tanto brusca mientras Elin intentaba reprimir un grito escondiendo su rostro en su hombro.

Supo el momento en que ella había llegado a su punto máximo de excitación cuando gimió y se abrazó con fuerza a él. Karan también la apretó más fuerte sin dejar de moverse, mientras ella se contorsionaba entre sus brazos.

Ni siquiera pudo respirar, tuvo que contener el aliento hasta que la sensación disminuyó y pudo recuperarlo de nuevo. Jamás había sentido tanto placer como en ese momento. Apoyó su cabeza de nuevo contra el brazo que Karan había colocado tras ella, a la altura de su cabeza, con la respiración agitada, y abrió los ojos.

Karan sonreía de una forma traviesa, como si fuese consciente de lo que acababa de experimentar. La besó y se apoyó con las dos manos en la pared para no dejar caer todo su peso sobre ella.

—¿Estás bien? —preguntó con una ceja enarcada.

Elin supo por su tono de voz que bromeaba. Ahora, pese a que Karan no se detenía y sus movimientos eran más suaves, podía pensar con más claridad.

—Uhhmm... —dijo como si no estuviese muy segura de qué contestar, tomándole el pelo.

—Ya, claro... —ironizó él, y se dejó caer sobre su cuerpo de una forma sugerente—. Tiembles... y no creo que sea de frío. —Y la besó de nuevo.

Cuando se separó ella, Elin lo miraba con una sonrisa.

Karan giró de nuevo su cuello hacia la cama.

—Ahora que hemos estrenado la puerta, la pared y el escritorio, creo que le ha llegado el turno a la cama... —propuso él y volvió su mirada hacia ella—. Estaremos más cómodos.

—Me parece bien, la madera del escritorio está un poco fría —bromeó.

—Y a ninguno de los dos nos interesa que se te enfríe el trasero —continuó Karan. En ese momento la miró fijamente, aquello hizo que Elin recobrase un poco más el sentido—. ¿Debo ponerme protección?

Ella ladeó su cabeza.

—Deberías —indicó ella.

Karan asintió y abrió el cajón del escritorio. Elin aprovechó para sentarse un poco mejor, pero Karan la detuvo sin dejar que se apartase.

—Quieeeta.

—No me voy a ninguna parte... —Rio ella.

—Bien —pronunció seriamente.

Karan apartó unos papeles rebuscando. Elin miró en aquella dirección y luego lo miró con cierta sorna.

—Una caja de veinticuatro, ¿te queda alguno? —bromeó.

Karan rio mientras cogía uno de los envoltorios plateados y lo abría.

—Eliiin... —continuó con voz grave mientras se incorporaba para ponérselo. Estaba claro que no quería hablar de ese tema con ella.

—¿No vas a decírmelo? —continuó ella con la broma—. ¿Tendré que contarlos?

Karan suspiró y la miró divertido mientras cerraba el cajón.

—¿Acaso te interesa los que queden? —La retó. Ella se encogió de hombros y él le hizo un gesto gracioso con su rostro—. Fíjate que desde que te conozco no he gastado ninguno, ¿te vale con eso? —Y directamente la cogió por el trasero para elevarla en sus brazos. Elin no esperaba aquel movimiento y se sujetó rápidamente a su cuello.

—Aspiras alto, hijo de Zeus. Veinticuatro... —continuó ella con la voz sobresaltada—, venden cajas con menos cantidad.

Karan soltó una carcajada mientras iba hacia la cama y se sentaba en un lateral colocándose a Elin a horcajadas sobre él.

—¿Ahora te vas a poner celosa? —continuó con la broma—. ¿Cómo sabes tú eso?

—Hago colección... —Aquella respuesta hizo que la mirase fijamente, sorprendido. Elin tenía una mueca divertida en su rostro. Aquella mujer no dejaba de sorprenderlo.

La miró de una forma bravacona.

—Pues yo no tengo ninguna intención de coleccionarlos... no nos van a durar ni una semana —acabó diciendo.

Y volvió a besarla. Elin pasó sus manos por su pecho notando cómo los músculos de él se comprimían bajo sus manos, ante su contacto. La aupó levemente y volvió a entrar en su interior mientras ella arqueaba la espalda y él la sujetaba para que no cayese.

Karan apartó con una caricia el cabello de ella de su hombro y luego elevó la mano hacia su mejilla mientras Elin se movía lentamente, llevando esta vez ella el ritmo, uno mucho más suave y lento que el que él había empleado.

Acarició su mejilla observando sus ojos celestes, de un azul como el cielo en un día de sol. Sus mejillas estaban rosadas y sus labios enrojecidos por los besos.

Karan tragó saliva mientras la ayudaba con el brazo en sus movimientos y finalmente acarició su cabello rubio.

—Sabes que estoy enamorado de ti —susurró contra sus labios.

La mirada de Elin se transformó y durante un segundo se detuvo. Jamás había visto tanta ternura en sus ojos. Sonrió levemente, con algo de timidez. Lo imaginaba, sabía que él debía sentir algo, pero aquella confirmación la llenó de emoción. Se sujetó a su cuello y acarició su nuca sin dejar de moverse lentamente.

—Y yo de ti —susurró ella también.

La sonrisa de Karan se incrementó y la observó maravillado, como si fuese incapaz de comprender aquellos sentimientos.

La besó de nuevo, la sujetó con fuerza con su brazo por la cintura y la hizo rodar para colocarla debajo cubriéndola con su cuerpo. Se situó de nuevo entre sus piernas mientras colocaba un brazo bajo la cabeza de Elin y comenzó a moverse con un ritmo más acelerado y constante que el que llevaba ella.

Elin se sujetó a sus brazos acompañándolo en sus movimientos, notando que todo su mundo volvía a girar a su alrededor.

Él, Karan, el destructor, el que sembraba el terror entre todos sus adversarios, era sin duda un amante extraordinario, pero le sobrecogía la ternura que demostraba con ella desde siempre, más aún en ese momento.

Karan cogió su pierna, flexionándola al lado de su cadera y se fundió en un apasionado beso con ella mientras ambos se evadían de aquel mundo y entraban a uno al que solo ellos dos podían

acceder.

Se puso una camiseta negra de manga corta y se sentó en la cama para ponerse los calcetines. Miró hacia atrás, Elin también se estaba vistiendo. Se quedó contemplando cómo se miraba en el espejo del baño intentando arreglar su cabello. Se puso en pie calzándose los zapatos y fue hacia allí.

Elin miró de un lado a otro del aseo, buscando algo.

—¿No tienes un peine?

—Primer cajón a la derecha —contestó situándose a su espalda. Colocó un brazo a cada lado suyo y besó su cabeza—. No hace falta que te peines, estás bien así.

Ella enarcó una ceja y se señaló el cabello.

—¿Tú crees? —ironizó—. Está fatal.

Karan sonrió mientras ella cogía el peine y comenzaba a desenredar el cabello.

—Me lo voy a cortar ya mismo —dijo tirando del peine para deshacer los nudos.

—¡No! —exclamó situándose a su lado. Elin lo miró sorprendida por su grito—. Me gustas así.

—Ya... —Y volvió su atención hacia el espejo—. Pues me lo pienso cortar, no te imaginas el calor que da en verano.

Karan se cruzó de brazos mientras la observaba.

—Mientras no te lo cortes como yo... —Y se encogió de hombros.

Elin lo observó de reojo mientras se peinaba hasta que quedó contenta con el resultado y volvió a guardar el peine en el cajón. Karan permanecía a su lado observándola, sin decir nada.

—¿Qué hora es? —preguntó volviendo a la habitación.

—Las diez y media —contestó mirando el reloj de su muñeca.

Elin resoplo mientras se ponía los zapatos.

—A las doce tengo una operación —comentó de morros.

Karan enarcó una ceja.

—¿Vas a ir al hospital?

—Tengo que ir —dijo poniéndose firme.

—¿No puedes pedir que te sustituyan? —Ella negó con su cabeza—. Elin... —comentó de una forma más pausada—, no me fío de las intenciones de Bronte. Hace unos días ya intentaron...

—No va a volver a ocurrir —pronunció lentamente con una leve sonrisa hacia él—, ya no tengo la tarjeta para acceder al casco, ¿recuerdas?

—No es eso lo que me preocupa —dijo cogiendo su mano—, ya lo sabes. No irían a por ti por esa razón.

Ella suspiró.

—Hay una persona que espera una operación...

—¿No puede operarlo otro? —continuó preocupado.

—Connigo en quirófano se salvará seguro —contestó y apretó su mano con una leve sonrisa—. Además, no puedo quedarme aquí retenida para siempre. —Le sonrió con cariño—. Esa persona me necesita. —Se soltó de su mano y rodeó la cama—. Se trata de una gastrectomía subtotal...

—¿Qué es eso? —preguntó intrigado.

—Extirpar parte del estómago por un tumor gástrico.

Karan puso cara de desagrado.

—Desde luego, hay que tener estómago... nunca mejor dicho.

Aquel comentario hizo gracia a Elin que se encontraba estirando la sábana de la cama.

—Serán unas cuatro horas de tiempo quirúrgico. Volveré esta misma tarde para merendar.

—¿Ya tendrás hambre? —bromeó llevándose una mirada graciosa por parte de ella. Karan estiró también la sábana de su cama y fue hacia la puerta de la habitación junto a ella—. ¿Tienes que irte ya?

—Si no te importa comeré algo antes...

—¿Importarme? —Rio Karan—. ¿Ahora me pides permiso, rubia? El otro día estabas atacando mi bolsa de cruasanes de chocolate sin contemplaciones.

—Mmm... me encantan —bromeó ella abriendo la puerta.

—Seguro que hay alguna sobra de la cena de ayer.

Bajaron a la planta baja donde el olor les llegó de la cocina.

—Huele a pasta... —comentó ella con una sonrisa.

—¿Nunca piensas en la verdura o el pescado? También tengo, ¿eh?

—No, quiero pasta... —lo interrumpió ella mientras entraba por la puerta de la cocina.

Karan cerró los ojos y suspiró.

—Qué zampona eres, parece mentira... —susurró.

Se acercó a Ivette que introducía en la nevera varios táperes. Elin fue directa para allí.

—¿Son macarrones? —preguntó asombrada.

—Sí, de la pasta que sobró ayer de la cena. Iba a dejar listo un sofrito...

—Tengo que ir a trabajar —dijo quitándole el táper de la mano. Se giró hacia Karan—. ¿Tienes tomate y queso rallado?

—En la nevera —contestó.

Ivette la ayudó a buscarlos.

—Déjame que te lo caliente. —Se ofreció Ivette quitándole el táper de la mano. Cogió el bote de tomate y se dirigió a la encimera donde había un plato—. Iba a freír un poco de carne para hacer un sofrito y dejarlo listo para comer. ¿Te apetece?

—¡Estupendo! —reaccionó—. Pero tengo que irme ya mismo.

Karan la miró asombrado, sin dar crédito.

—¿De verdad vas a zamparte un plato de macarrones a las diez y media de la mañana? —preguntó.

Elin volvió a mirar en el interior de la nevera. Estaba repleta.

—Mmm... queso rallado —dijo sin responder a su pregunta mientras cogía el paquete—. Para mí —dijo depositándolo sobre el mármol—. Y sí —Se giró hacia Karan—. Por supuesto que me lo voy a zampar, luego no podré comer durante horas y tengo hambre, no he desayunado... —bromeó ella.

—¿Has estado entrenando? —preguntó Ivette con una sonrisa mientras removía la carne en la sartén—. Llevan toda la mañana en el jardín...

—Sí, un ratito... —ironizó Elin sonriente.

Karan carraspeó mientras daba unos pasos hacia ella.

—¿Un ratito? —preguntó provocativo.

En ese momento, Hermi entró por la puerta junto a Neil y Gael. Los tres se quedaron quietos, mirando fijamente a Elin y a Karan mientras tomaban asiento en la mesa de la cocina.

Karan los saludó, aunque le aturdió que los tres se quedasen quietos y desviasen la mirada hacia otro lado. ¿Qué hacían ahí quietos sonriendo como tres tontos y evitando su mirada?

Neil fue el primero en reaccionar.

—¿Todo bien? —preguntó dirigiéndose a la nevera. La abrió y cogió una botella de agua fría.

—Sí —respondió Karan—. ¿Habéis entrenado?

—Sí, nos hemos unido a ellos cuando hemos regresado con las pulseras... —explicó Gael—, por cierto... —dijo acercándose a la mesa, dejando dos pulseras sobre la mesa—, aquí tenéis las nuevas para vosotros. El señor Morris dice que estas tienen la última actualización. Además, ya están sincronizadas. —Y acabó con una gran sonrisa, elevando las dos cejas repetidas veces hacia Karan.

Aquel gesto por parte de su amigo lo desconcertó un poco.

—Vaaalee... —pronunció lentamente, no muy seguro. Gael seguía sonriendo como un tonto y elevaba sus cejas continuamente—. ¿Tienes un tic o qué? —preguntó desquiciado.

—Hermin —dijo Elin mientras se servía un vaso de agua—. ¿Puedes llevarme al hospital cuando coma? —Aquello cogió por sorpresa a los tres y miraron directamente a Karan, esperando su reacción—. Tengo una operación.

—¿Vas a ir al hospital? —preguntó Neil no muy seguro.

Karan señaló a Neil dándole la razón.

—Tengo que ir.

—¡Ya están los macarrones! —exclamó Ivette.

—¡Bien! —exclamó Elin poniéndose en pie. Cogió su plato y comenzó a echarse cucharadas de la olla donde Ivette había mezclado la pasta con el sofrito caliente—. No será mucho rato, es una operación de duración media... unas cuatro horas.

Neil miró a Karan un poco mosqueado.

—¿Macarrones ahora, Elin? —preguntó Neil enarcando una ceja.

Ella los miró sorprendida.

—Pero ¿qué os pasa con los macarrones? Tengo que ir a trabajar y no voy a poder comer nada allí.

Neil resopló mientras miraba a Karan que seguía enarcando una ceja.

—No me parece muy conveniente que vayas al hospital después de lo que ocurrió el otro día —comentó Neil.

—Ehhh... se trata de un hospital. —Arrastró ella las palabras—. No van a hacer nada ahí—. Cogió el bote de tomate y se echó más encima de los macarrones. Miró a Hermin de nuevo—. ¿Podrás llevarme o no?

Hermin miró a Karan, el cual se encogió de hombros.

—Supongo que... ¿sí? —acabó diciendo no muy seguro.

—¿Vas a comerte todo eso de verdad? —preguntó Gael absorto con el plato que se había echado.

—Que síí... —respondió agotada.

—¿Vosotros también habéis estado entrenando? —bromeó Neil que volvía a lucir una gran sonrisa.

Karan enarcó de nuevo una ceja hacia él. ¿Aquello eran insinuaciones? ¿Sabían algo que no debían saber?

Elin respondió con inocencia mientras se sentaba a la mesa, depositaba el plato sobre ella y se echaba queso encima.

—Un poco...

Karan volvió a carraspear por la insinuación de ella.

—Ya... —contestó Neil sentándose a la mesa con ellos, ante la atenta mirada de Karan. Luego se encogió de hombros—. ¿Y para cuándo estarás de vuelta?

Elin lo miró mientras introducía en su boca unos cuantos macarrones.

—A primera hora de la tarde. —Lo señaló—. Llamaré a Hermi cuando acabe. —Miró su reloj concentrada—. Voy bien de tiempo.

—¿Cuánto tiempo antes de una operación tienes que estar allí? —preguntó Karan.

Ivette intervino.

—¿Alguien más quiere macarrones?

—No, no, gracias, Ivette, no te preocupes. Comeremos más tarde —dijo Karan y miró a Elin esperando una respuesta.

—Con una hora basta. Total, me preparan el quirófano, es llegar, que me vistan, lavarme bien las manos y que me pongan los guantes estériles.

Karan asintió y miró a Neil.

—¿Puedes encargarte tú este mediodía de... los invitados? —acabó pronunciando con voz grave.

—Ya me parecía a mí... —bromeó Neil cruzándose de brazos—. Claro, no hay problema. Nosotros nos encargamos. —E indicó con un movimiento de cabeza a Gael.

Elin volvió a meterse un buen tenedor de macarrones en la boca y miró intrigada a Karan.

—No vas a acompañarme al hospital.

Se giró directamente hacia ella.

—Y tanto que voy a acompañarte al hospital. —Ladeó su cabeza—. No voy a dejarte sola. —Y lo dijo con tanta seguridad que Elin no insistió, se limitó a resoplar y poner los ojos en blanco.

—No vas a poder entrar a quirófano —explicó ella.

—Ni ganas —contestó rápidamente—. Me quedaré vigilando en la puerta.

Gael colocó una mano en el hombro de Karan y otra en el de Elin, sonriente.

—Qué monos sois —se mofó.

Karan volvió a mirar intrigado a su amigo y golpeó su mano para que la quitase de encima de su hombro.

—Quita la manaza —se quejó Karan. Ahí estaba pasando algo. Miró a Elin engullir el plato de macarrones—. Respira, que aún te atragantarás.

Elin miró a Karan y enarcó una ceja.

—Déjame comer tranquila —susurró ella mientras pinchaba con el tenedor de nuevo.

Eran las tres y media de la tarde cuando Lucía y Adriana decidieron bajar al comedor a descansar y a comer, tras investigar durante toda la mañana y todo el mediodía. Mukhtar se había unido a ellas y a Cassandra tras la conversación con Karan.

Todo había sido cierto, desde un principio. Aquello lo había mantenido absorto gran parte de la mañana, sin poder aún darle credibilidad a lo que había descubierto. Siempre se había mantenido muy activo durante las investigaciones, pero aquellos pensamientos lo mantenían ahora en silencio, hecho que había causado alguna mirada intrigada por parte de Cassandra.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella en cuanto se quedaron solos en el despacho. Mukhtar la miró sorprendido, como si en aquel momento despertase de un sueño. Se quedó observándola fijamente—. ¿Has hablado con Karan? —preguntó ella intrigada.

No había querido sacar la conversación ante las otras dos mujeres, parecían agradables y de confianza, pero aquel era un tema que prefería tratar a solas con él.

Mukhtar se levantó de la silla mientras asentía y se acercó a ella. Miró hacia la puerta asegurándose de que estaba cerrada y la miró con intensidad.

—Son lo que creía... —susurró.

—¿Nefilim? —preguntó ella boquiabierta, él asintió directamente—. Lo que has comentado antes sobre esos seres... son... ¿son como ángeles?

Mukhtar chasqueó la lengua mientras se apoyaba en la mesa.

—No... bien, bien... —dijo pensativo—. Has oído hablar de las tablillas de Sumeria, ¿verdad?

—Claro, ¿y quién no? —contestó ella.

Él apretó los labios.

—Los sumerios se encontraban ubicados en la antigua región de Oriente Medio, en un pasado formaba la parte sur de la antigua Mesopotamia. Su ubicación exacta era en la planicie entre los ríos Éufrates y Tigris, de ahí que Mesopotamia signifique en griego entre los ríos. —Se cruzó de brazos—. Mesopotamia estaba compuesta de distintas regiones como Asiria, en el norte, Acad, en el centro... etc. Esta civilización —enfaticó—, está considerada como la primera y la más antigua civilización del mundo, al menos, es la teoría que acepta la arqueología y la historia moderna oficial. —Acabó la frase con un gesto de desagrado.

Aquel gesto llamó la atención de Cassandra.

—¿Y no es así?

—Realmente, la procedencia de sus habitantes, los sumerios, es incierta y existen muchas hipótesis. Ni siquiera la historia se pone de acuerdo en ello. —Se encogió de hombros—. El nombre sumerio fue dado por los semitas acadios, los sucesores en términos históricos de los sumerios —explicó—, pero aún no se sabe la razón por la que los acadios dotaron con ese nombre a esas tierras. Los sumerios se hacían llamar a sí mismos *sag-giga*, lo que significa literalmente «los extranjeros de caras negras». —Puso cara de sorprendido—. Se llamaban a sí mismos extranjeros.

—¿Podían venir de otra región entonces? —preguntó Cassandra.

—Es lo más lógico, que dicha civilización se trasladase a ese asentamiento siglos o milenios antes. De acuerdo con las investigaciones, en la Baja Mesopotamia existieron asentamientos humanos desde el Neolítico, es decir, sobre el 6700 antes de Cristo, pero ¿qué hubo antes? ¿De dónde venían? —preguntó mirándola fijamente—. La lengua que ellos usaban no tuvo parentesco con ninguna de su época, no ha habido vocabulario ni idioma en el mundo que se le pareciese. Era una lengua de tipo aglutinante, con una raíz que expresaba el concepto y una partícula anexa que indicaba el significado. Jamás se ha encontrado una lengua igual a esa en toda la historia de la humanidad. —Kassandra se quedó pensativa—. La Biblia establece en el Génesis que el hombre fue creado entre el Tigris y el Éufrates, en esa zona... —remarcó—, justo donde encontramos los asentamientos de dicha civilización. Sumeria significa entre los ríos. ¿Coincidencia? —preguntó esta vez en plan divertido.

Ella inspiró intentando asimilar la información.

—No lo parece.

—Existe lo que se denominan las primeras culturas preurbanas, sobre el 7000 antes de Cristo. Ya tenían artesanía y cerámica, pero en ninguna hay nada escrito. Era como si el lenguaje no existiese, como si entre los humanos no fuésemos capaces de comunicarnos. O, al menos... aún no hemos encontrado pruebas sobre ello.

—Es demasiado antiguo... —indicó ella—. Es normal que no se encuentre.

—Verás, hubo un grupo de científicos que hizo una investigación sobre de dónde provenían los sumerios, es decir, qué era lo que había antes. —Se cruzó de brazos—. Mediante los satélites observaron que en la tierra habían quedado grabados unos caminos, como si en el pasado hubiese habido una fuerte migración. Esos caminos tenían como meta justamente la zona de Sumeria, ahora bien, ¿dónde se encontraba el inicio de esos caminos? ¿De dónde venían los migrantes?

—¿Lo sabes? —preguntó Kassandra

Mukhtar asintió.

—Se hizo una exhaustiva investigación y, tras observar con satélites y valorar diversas pruebas científicas, determinaron que dicha migración se había iniciado en lo que es hoy la actual Pakistán. —Inspiró con fuerza—. Y, cómo no, se hizo una excavación en la zona donde se habían iniciado dichas migraciones que habían conducido a la humanidad hasta Sumeria. —Kassandra permanecía ante él en silencio, escuchando atenta—. La cultura de la ciudad de Mohenjo-Daro, una civilización del valle del Indo, antes se creía que existió sobre el año 2600 antes de Cristo, pero ahora, con las nuevas investigaciones, ha sido datada en el 13000 antes de Cristo. —La miró fijamente—. Como te he dicho, en 1960 se hicieron unas excavaciones en esa zona y... encontraron unos esqueletos a los que se les hizo la prueba de carbono. Datan del 8000 al 12000 antes de Cristo...

—Es impresionante... —susurró ella—. ¿Son anteriores incluso a Sumeria?

—Es posible, de hecho, es de donde vino ese inmenso flujo de migración hasta Sumeria, pero... eso no es lo más impresionante. —Y la miró con una leve sonrisa.

—Ah, ¿no?

—Lo que llamó la atención de los científicos fue que, tras examinar los esqueletos encontrados en la ciudad de Mohenjo-Daro, dichos esqueletos contenían radioactividad.

Kassandra parpadeó un par de veces impresionada al escuchar aquello, sin comprenderlo.

—¿Radioactividad?

—Cuando las excavaciones de Mohenjo-Daro llegaron a las antiguas calles, tras metros de excavación, encontraron cuarenta y cuatro esqueletos dispersos. Los esqueletos se encontraban tendidos en plena calle, es decir, fue una muerte violenta y repentina. Las alarmas de los arqueólogos e investigadores se dispararon cuando detectaron que toda aquella zona excavada tenía unos niveles elevados de radioactividad.

—¿Cómo puede ser? —preguntó sin salir de su aturdimiento.

—Estos científicos encontraron evidencias de lo que parecía ser el epicentro de una gran explosión con un diámetro de 45,62 metros. En aquella zona los objetos y las rocas estaban fundidos y cristalizados. Piensa que para que una roca se derrita y se convierta en cristal hace falta una temperatura de, como mínimo, mil quinientos grados centígrados.

—¿Pudo ser un volcán? —preguntó intentando encontrar una explicación razonable.

—¿Desde cuándo los volcanes despiden radioactividad? —bromeó—. Además, los estudios geológicos no han podido demostrar nada similar, ya lo estudiaron. —Inspiró intentando centrarse de nuevo—. Muchos historiadores piensan que los humanos que consiguieron sobrevivir a ese cataclismo se ubicaron en Sumeria —concluyó—. Muchos estudios arqueológicos han demostrado que en esta zona de Mesopotamia existieron grandes migraciones, así que... no es descabellado pensar que estos antiguos pueblos, como por ejemplo Mohenjo-Daro, se asentaron con posterioridad en la región de Mesopotamia. A los que se asentaron allí los conocemos como sumerios.

—Tiene lógica —dijo ella convencida.

—Existen claros indicios que demuestran que la historia retrocede mucho más tiempo de lo que siempre hemos creído, a una época remota enterrada por el paso del tiempo, pero de la que aún conservamos algún recuerdo, alguna prueba de que estuvo ahí. —Se acercó a ella que se había sentado en una silla ante él, atónita al escuchar aquello. Se arrastró levemente sobre la mesa para quedar frente a ella—. En la segunda mitad del siglo diecinueve, el señor Mosuf, cónsul francés, inició unas excavaciones en la zona de Sumeria, encontrando el palacio real de Sargón II. Posteriormente, en 1847, *sir* Austen Henry Layard, un joven explorador británico, descubrió el palacio de Senaquerib, con setenta y una habitaciones, y la famosa biblioteca de Assurbanipal con más de veintidós mil tablillas. Los sumerios fueron quienes inventaron el sistema de escritura cuneiforme: empleaban un punzón que apretaban contra una tablilla de arcilla que luego calentaban y endurecían para preservar lo escrito en ellas. Bien, pues en dichas tablillas se explican códigos legales, recetas médicas, la receta de la cerveza... —dijo divertido—. Existen hojas de contabilidad, títulos de propiedad, recibos, listas de aves, de instrumentos musicales, matemáticas, encantamientos, pero también tablillas que hablan sobre astrología, el universo y los mitos de la creación del hombre. —Ella escuchaba atenta—. Nínive, la importante ciudad sumeria excavada donde han encontrado tantas tablillas, y que recibe actualmente el nombre de Mosul, en Irak, está descrita ya en la Biblia, concretamente en el Génesis, en el versículo 10:7, como una ciudad edificada y cuyo gobernante, el rey Nimrod, fue el bisnieto de Noé. Dicha ciudad es real —enfaticó—. La describen como una ciudad grande, de tres días de recorrido, y que se extendía a lo largo de cincuenta kilómetros con una anchura total de veinte. Actualmente, toda esa zona son ruinas. —La observó seriamente—. Son enclaves aparecidos con posterioridad al gran cataclismo del que nos hablan todas las antiguas escrituras. Todas las religiones del mundo, si te fijas, nos explican lo mismo.

Kassandra se quedó pensativa.

—Antes, Karan ha hablado sobre el Arca de la Alianza y que podía destruir a toda la humanidad... ¿fue eso lo que pasó? ¿Lo que hallaron en Mohenjo-Daro? —Tragó saliva nerviosa—. ¿Por eso existía radioactividad en aquella zona tan antigua?

Mukhtar cerró los ojos unos segundos angustiado por la pregunta.

—Es posible... —susurró.

Kassandra se puso en pie de inmediato, asustada por lo que su amigo acababa de revelarle. Seguramente, sin las vivencias de las últimas horas no creería nada de lo que le explicaba, pero tras lo que había visto sabía que todo aquello era cierto.

—Ha dicho que Bronte quiere usarla. —sollozó. Mukhtar la miraba fijamente—. Si es así no estamos a salvo. Tenemos... —comentó nerviosa—, tengo que ir a buscar a Aileen, a mi niña —pronunció dirigiéndose a la puerta con desesperación.

Mukhtar corrió hacia ella interceptándola, sujetándola por los brazos, aunque ella al momento intentó deshacerse de él.

—Kassandra... —dijo tratando de contenerla—, Kassy... no, escúchame... —Ella lo miró a los ojos, en ese momento los tenía llorosos—. Por el momento es mejor que nos mantengamos alejados de nuestros hijos. —Intentó hacerla reflexionar—. Créeme, no hay nada que desee más que ir yo también en busca de mi hijo, pero tal y como nos han dicho, es posible que Bronte nos esté buscando... y, ¿si nos encuentra? —preguntó con cierto dolor—. Manteniéndonos alejados de ellos estarán a salvo.

Ella apretó los labios mientras se sujetaba a los brazos de Mukhtar.

—¿Y quién dice que ellos son de fiar? —Señaló hacia la puerta—. Que no quieren el arca para sus propios intereses... —Gimió desesperada.

Él negó.

—Escucha —continuó sin soltarla—, como te he dicho, entre las tablillas de Sumeria encontradas se da mucha información. Existe una tablilla a la que llaman La Lista Real Sumeria, realizada por los escribas de Mesopotamia. En ese documento se detalla la sucesión de monarcas desde los primeros tiempos hasta las conquistas de Hammurabi, sobre el 1810 antes de Cristo. Lo impresionante... —enfaticó esa palabra—. Es que en esta lista se detallan períodos de tiempo que parecen imposibles.

Kassandra tragó saliva intentando calmarse, tratando de asimilar toda aquella densa información.

—¿A qué te refieres?

—Desde el punto de vista histórico —remarcó—, el primer rey mencionado en la lista es Mebaragesi, el cual reinó en la ciudad de Kish entre el 2631 y el 2601 antes de Cristo. Antes de este, la lista de los reyes sumerios relata ocho reyes que reinaron, por lo que se dice en dichas tablas, antes de un gran diluvio. La lista comienza diciendo: «La realeza descendió de los cielos. Después de que la realeza descendiese de los cielos se encontraba en Erid. En Eridug, Alulim se convirtió en rey, gobernó durante veintiocho mil ochocientos años. Alaljar gobernó durante treinta y seis mil años. Dos reyes gobernaron durante sesenta y cuatro mil ochocientos años». —Ella lo miró impresionada—. Algunos de los gobernantes mencionados en esta lista, como por ejemplo Etana, Lugalbanda o Gilgamesh, que es el quinto rey en suceder, son figuras míticas y legendarias cuya vida se narra en dichas tablillas.

—Pero... ¿esa cronología? ¿Tanto tiempo? Es un error, debían de medir el tiempo de otra forma.

—¿Un error? Muchos de ellos creen que esas fechas son erróneas, pero en muchas de las tablillas se demuestra que dominaban la contabilidad, que sabían perfectamente el funcionamiento del universo, que sabían que un año terrestre tiene 365 días, incluso en una de las tablillas se describe el ciclo del planeta Venus, su composición... todo. Llegaron a calcular cuánto tarda nuestra galaxia, entera, en dar una vuelta a su propio eje: veinticinco mil novecientos años, así como la órbita que hace alrededor de la constelación de las Pléyades. —En ese momento sonrió—. Las Pléyades deben su nombre a la mitología griega, a las siete hijas de Atlas y Pleione, colocadas por Zeus entre las estrellas. Los sumerios seguían con gran interés dicha constelación, pero sorprende que, en la Biblia, en el versículo de Job 38:31, diga: «¿Podrás tú atar los lazos de las Pléyades, o desatarás las ligaduras de Orión? ¿Sacarás tú a su tiempo las constelaciones de los cielos, o guiarás a la Osa Mayor con sus hijos?». —La miró con intensidad al recitar la siguiente parte—. «¿Supiste tú las ordenanzas de los cielos? ¿Dispondrás tú de su potestad en la tierra?».

—¿Qué quieres decir? —preguntó asombrada.

—Los antiguos aztecas también basaban su calendario en las Pléyades y muchas otras culturas antiguas —continuó—. En cuanto al tiempo que gobernaron, existen más estelas que hablan de dinastías divinas que vivieron cientos de años en otras culturas. Por ejemplo, en Egipto, según una de sus estelas, hubo una dinastía de dioses que reinó durante trece mil novecientos años. El primer dios al que hacen referencia fue el dios del fuego, Belenus, o como otros lo llaman Vulcano o Hefesto. Después le siguió Sosis, Saturno, Isis, Osiris... etc. A estos los siguieron dinastías de semidioses o, si lo prefieres, nefilim, como se les cita en la Biblia, o los héroes según la mitología griega. No es algo que apareciese solo en la cultura de Mesopotamia. Cassandra... —dijo buscando su mirada—, la civilización sumeria tenía una inteligencia y un conocimiento del universo del que nosotros comenzamos a disponer ahora. ¿De verdad crees que erraron en esos cálculos? —Kassandra tragó saliva sin saber qué decir—. Además, tras estos ocho reyes de origen divino comenzaron a reinar los hombres con períodos de tiempo normales... ¿Por qué iban a hacer esa diferenciación? —La miró con intensidad—. Los dioses tienen una vida mucho más larga que la de los humanos. Fíjate, el Génesis cuenta la historia del Diluvio Universal y los esfuerzos de Noé, tras ser avisado por Dios, para salvar de la destrucción a todas las especies. En dicha tablilla, en la lista de los reyes sumerios, dice textualmente: «gran inundación que barrió toda la tierra». Los períodos de tiempo tan largos que dan también aparecen en el Génesis, donde se registran vidas muy largas. Recuerda a Matusalén o a Noé que dicen que vivió unos setecientos años. —Tragó saliva—. Curiosamente, entre Adán y Noé solo hay ocho generaciones, igual que los ocho reyes de Sumeria antes del cataclismo. Dicha lista documenta no solo una gran inundación, sino que también refleja el mismo patrón de disminución de la longevidad que se encuentra en la Biblia y en las antiguas escrituras sagradas, sean de la cultura o la religión que sean. —La sujetó con más fuerza por los hombros para darle más énfasis a las palabras—. En los textos de Ebla, una antigua ciudad localizada al norte de Siria y que ahora recibe el nombre de Tell Mardikh, encontraron más de veinte mil tablillas cuneiformes, datadas por la ciencia actual en el año 2250 antes de Cristo. Estas tablillas contienen los nombres de tres profetas que se mencionan en la Torá. La Torá fue escrita hace unos tres mil años, es decir, sobre el año 1000 antes de Cristo, durante el Éxodo. Dichas tablillas son, como mínimo, mil quinientos años más

antiguas que la Torá —concluyó—. ¿De dónde crees que vienen todas las creencias? ¿En qué se basan? —le preguntó a ella que se mantenía estática ante él—. Estamos hablando siempre de lo mismo, Kassy. Todo tiene su origen en Sumeria. Simplemente han ido desvirtuando la realidad y manejándola a su antojo. —Ella tragó saliva intentando asimilar toda aquella información—. Las tablillas sumerias nos relatan que Anu es el dios del cielo, de todo el universo, y bajo su mando se encuentran sus hijos: Enlil, el señor del aire y Enki, el señor de la tierra: tres, igual que la Santísima Trinidad de la religión cristiana. Por debajo, estaban los Igigi, lo que ellos llamaban dioses menores, término que también se emplea en la Biblia y en la mitología griega. Lo que nos relatan las tablillas de Sumeria es que los dioses descendieron al planeta para obtener oro, algo que necesitaban para ampliar su vida, y dado que extraerlo de la tierra era un trabajo agotador decidieron crear al hombre. Enki fue el encargado de la creación de la humanidad. Según lo que se cuenta en la leyenda épica Acadia, llamada Atrahasis, u otra llamada Eluma Elish, se dice que para liberar de su trabajo a los dioses Enki utilizó un homínido ya existente, el cual manipuló de alguna manera para hacerlo capaz de entender y satisfacer las necesidades de los dioses. —Ladeó su cabeza—. Muchas de las tablillas contienen figuras o secuencias parecidas al ADN...

—Espera, espera... ¿estás hablando en serio?

—Estoy relatando lo que narran las tablillas de Sumeria, pero, de hecho, Francis Crick, el descubridor del ADN, dijo: «Hemos sido creados por vidas externas a la tierra, el origen de la vida en la tierra viene del exterior». Esas fueron las palabras de uno de los mejores físicos, biólogos moleculares y neurocientíficos británicos que han existido cuando, en 1953, descubrió el ADN. —Le medio sonrió al ver la cara sorprendida de ella—. En cuanto a las tablillas, cabe destacar que según la historia que se nos narra no se consiguió crear al hombre ni al primer ni al segundo intento, sino que tardaron miles de años en conseguir una mano de obra decente, pero claro... ¿qué es un milenio en la vida de un dios? —Y sonrió de forma burlona—. De hecho, la mitología mesopotámica nos explica que el hombre y la mujer fueron creados a la vez, y que la primera mujer fue llamada Lilit, aunque posteriormente fue abandonada por Adán y por los dioses por no obedecer. En la mitología hebrea, en el Génesis 1:27, dice: «Creó, pues, Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó». Los dos a la vez, Kassandra —enfaticó—. Y, en la Biblia que todos conocemos, en Isaías 34 versículo 14 indica: «Los gatos salvajes se juntarán con hienas y un sátiro llamará al otro, también allí reposará Lilit y en él encontrará descanso». La mencionan, Kassy, Eva no fue la primera mujer creada. No solo la Biblia la nombra, o los textos hebreos, sino que, además, en las tablillas sumerias, se especifica que hubo varios intentos más antes de dar con el hombre y la mujer que ellos deseaban. Finalmente, cuando lograron su creación, la mayoría de esos dioses trataba a la humanidad como mano de obra, sin preocuparse por su bienestar, solo como una máquina para obtener un beneficio, sin embargo, Enki amaba a su creación.

—Son muchas casualidades entre diferentes culturas... —contestó ella esta vez más relajada.

Él asintió con una sonrisa.

—A esos dioses los sumerios los llamaban Anunnaki, también conocidos como los Anunna, los cincuenta grandes dioses hijos de An, o Anu. Ahora bien, si hacemos las cuentas de lo que nos describen las tablillas sumerias en la lista de reyes sumerios, donde sus primeros gobernantes vivían de diez mil a sesenta mil años, el primer gobernante reinó entre los años, aproximadamente, 453600 al 388800 antes del diluvio. Aunque depende de cuándo fechamos la

catástrofe, podría decirse que el primer rey divino, según las tablillas reinó sobre el 400000 antes de Cristo. —Viendo que ella estaba más tranquila, la condujo hacia la mesa y la silla de nuevo, apartándola de la puerta, aunque Cassandra no se sentó, pues, pese a que no lo expresaba, seguía estando muy nerviosa por lo que él relataba—. En 2007 se hizo un descubrimiento en Sudáfrica. De hecho, en el 1400 después de Cristo, cuando los portugueses descubren el cabo de Buena Esperanza, en lo que hoy es Mozambique, se encontraron con una tribu llamada Maku-Maki. Vivían en unas ruinas, pero estos relataban que dichas ruinas no habían sido construidas por ellos, sino que ya estaban allí desde siempre. Posteriormente, tras la llegada de los portugueses a Zimbabue, encontraron más ruinas y algunas de ellas con inscripciones que nadie conocía, ni siquiera los habitantes de aquellas tierras. Estas construcciones son circulares, compuestas por piedras que llegan a pesar dos toneladas. No es solo una construcción o dos, hay más de diez millones de ellas a lo largo de doscientos cuarenta y un mil kilómetros cuadrados. Estas construcciones también se encuentran en Botsuana. Según las investigaciones científicas, en esas ruinas vivieron más de cincuenta millones de personas. Dichas construcciones están unidas por caminos. Además, en la zona se ha encontrado lo que los científicos llaman «el calendario de Adán», aunque en África prefieren llamarlo «el calendario de Enki». Está situado en Mpumalanga, en Sudáfrica, se trata de un círculo megalítico de unos treinta metros de diámetro. Los científicos han constatado con asombro que el monumento está alineado con los puntos cardinales, así como con el solsticio y el equinoccio, incluso está alineado astronómicamente con la constelación de Orión. Las piedras están colocadas de tal manera que permiten seguir el movimiento del sol, el cual proyecta sombras sobre la roca. Algunas de estas piedras pesan cinco toneladas —exclamó incrédulo, como si aún no diese crédito—. El calendario de Adán ha sido datado con una antigüedad estimada de unos setenta y cinco mil años.

—¿Y cómo levantaban esas piedras? —exclamó.

Mukhtar se encogió de hombros con una sonrisa al ver que, en ese momento, ya captaba toda su atención.

—Además, la zona está plagada de minas de oro, de hecho, alguna como la de Sheba Gold Mine, sigue en activo. —Aguantó la respiración unos segundos—. Esta zona se nombra en las tablillas sumerias con el nombre de Abzu, uno de los lugares donde la humanidad extrajo oro para los dioses. —Kassandra tragó saliva, notaba que la boca se le secaba—. La mitología africana coincide totalmente con las tablillas de Sumeria en cuanto al origen del hombre. De hecho, en las propias tablillas se especifica que Enki, para ayudar y facilitar a los hombres la tarea de extraer el oro de la tierra, les dio un instrumento que permitía derribar parte de la tierra, crear huecos, hundir montañas...

—¿El Arca de la Alianza? —preguntó asombrada.

Mukhtar la miró fijamente.

—Las piedras con que construían estas ciudades son unas piedras muy características, cuarcita, la cual contiene grandes cantidades de aluminio y transmite muy bien la electricidad. —Se cruzó de brazos mientras volvía a apoyarse contra la mesa—. En esa zona hay más de setenta y cinco mil minas excavadas, todas de una gran antigüedad. Fueron descubiertas en el año 1800 de nuestra era, y se supo que además de estar comunicadas unas con otras, había herramientas que no debían existir en aquella época según la historia oficial. Lo más intrigante es que, en el año 1900 después de Cristo, encontraron bajo estas minas de oro una de diamante, a sesenta y un kilómetros de

profundidad, cortada con tal precisión que los exploradores salieron corriendo de allí asustados. El diamante es la roca más dura que existe y, actualmente, solo puede ser rota o rallada por otro diamante o bien por láser. —Inspiró aire—. Según se relata, la humanidad estuvo extrayendo oro durante cientos de milenios.

Kassandra se removía inquieta, intentando ordenar las ideas.

—Esas construcciones, las ciudades... las que dices de Sudáfrica, ¿están datadas? —preguntó con cierto temor.

—Se han estudiado durante varios años, de hecho, aún siguen en ello... —concretó—. Fotografías, pruebas de todo tipo que se han ido acumulando... —Sonrió—. Las pruebas indican que estamos ante una civilización anterior a todas las demás por miles de años. Las ruinas están fechadas en, aproximadamente, unos doscientos mil años antes de Cristo.

—¿Qué? —gritó—. No puede ser —comentó boquiabierta.

—Existe hasta la fecha en que creen que fueron abandonadas —indicó él—. Los científicos han decretado que fueron abandonadas sobre el año 12000 antes de Cristo, aproximadamente.

Kassandra parpadeó varias veces.

—La fecha coincide con el cataclismo del diluvio y el de muchas otras religiones —susurró asombrada. Mukhtar asintió. Kassandra se quedó unos segundos callada, pensativa—. Espera... ¿y qué tiene que ver esto con Karan? Te refieres a que... ellos, ¿son dioses? ¿Los que nos crearon para esclavizarnos? —acabó susurrando con temor.

Mukhtar negó, aunque llamó su atención que en ese momento las manos de Kassandra temblaban.

—Eh —susurró cogiendo una de sus manos con delicadeza. Se quedó observándola—. ¿Estás segura de que quieres oír esto?

Ella asintió de inmediato.

—Necesito saberlo —contestó, aunque no se soltó de su mano.

Mukhtar suspiró y apretó los labios unos segundos.

—¿Recuerdas lo que he comentado antes sobre los nefilim? —Ella asintió sin decir nada, esperando a que él siguiese. Tragó saliva y suspiró—. ¿Has oído hablar de los manuscritos del Mar Muerto?

—Claro. Todo el mundo.

—Están considerados apócrifos, es decir, no aceptados por la Iglesia católica en el Concilio de Nicea por no seguir el canon. —Ella asintió—. Entre esos rollos se encontraron varios textos que corroboraban dicha historia, de hecho, de alguno de ellos, como el *Libro de Enoc*, se encontraron varias copias... como si fuese muy importante y no quisiesen perderlo. Necesitaban que perdurase. Bien, dichos manuscritos, así como muchos otros, explican que tras la creación del hombre y una vez que este desempeñaba su trabajo en las minas, durante milenios los humanos estuvimos vigilados para que realizásemos bien el trabajo. Para ello, los dioses superiores encomendaron dicha misión a los llamados por muchos textos como los Gregori.

—¿Eran Dioses? —preguntó rápidamente.

—Más o menos, no eran dioses supremos como Anu, eran inferiores a él. —En ese momento se dio cuenta de que estaba acariciando su mano involuntariamente—. La Biblia los llama vigilantes o ángeles.

—¿Ángeles? —preguntó asombrada.

—Según los textos apócrifos, esta misión fue encomendada a doscientos ángeles. El que los dirigía se llamaba Shemihaza. Esos ángeles o vigilantes pasaron cientos de años, incluso milenios, con la humanidad. Poco a poco la fueron conociendo hasta que se dieron cuenta de que el hombre evolucionaba, aprendía... se encariñaron de ellos y se enamoraron de algunas mujeres. —Kassandra tragó saliva—. Estos doscientos ángeles más el que los dirigía...

—Shemihaza —recordó ella.

—Decidieron dar una oportunidad a la humanidad y comenzaron a enseñarles. Les explicaron cómo hacer fuego, cómo sanar mediante plantas medicinales, la astronomía, a hacer vasijas... tal y como explican también las tablillas de Sumeria, pero esto estaba prohibido por la ley suprema.

—¿Prohibido?

—El conocimiento estaba prohibido para la humanidad. Para el resto de dioses y ángeles que no vivían con la humanidad solo éramos mano de obra... pero estos vigilantes se encariñaron, vieron nuestro potencial y decidieron darnos este conocimiento a escondidas, sin que los altos mandos se enterasen.

—¿Tiene que ver esto con lo que dice la Biblia de que el hombre no debía comer del árbol prohibido del conocimiento? —bromeó ella.

—En una bonita alegoría, ¿no crees? —bromeó él—. El hecho es que estos doscientos vigilantes juraron que lo mantendrían en secreto y que si eran descubiertos todos aceptarían el castigo. Ninguno de ellos incriminaría a nadie. Todos aceptarían por igual las consecuencias.

—Se arriesgaron un poco, ¿no? —ironizó ella.

Mukhtar le sonrió.

—Llevaban tantos años aquí que incluso tuvieron descendencia con mujeres humanas. No se explica solo en las tablillas de Sumeria, en el *Libro de Enoc* y en muchos otros manuscritos más, sino que también lo especifica perfectamente la Biblia. A esta descendencia, a los seres que nacieron de la unión de estos vigilantes y de las humanas, se los llamó nefilim.

Kassandra pestañeó diversas veces.

—¿Eso es lo que son? —preguntó Kassandra señalando la puerta donde afuera podía escucharse a muchos de los que se encontraban en aquella casa.

—Ellos, al igual que lo que especifican todos estos textos, son hijos de los dioses y de humanos. ¿De dónde crees que viene el mito de los ángeles caídos?

—Pero... ¿dioses, ángeles o vigilantes? —preguntó confusa.

—La historia y las religiones han puesto nombres diferentes a las mismas personas. Anu, dios supremo sumerio en la mitología griega, sería representado como el Titán, mientras que los ángeles o vigilantes serían los demás dioses. Lo mismo ocurre en la Biblia, que denomina ángeles o vigilantes a aquellos que nos enseñaron, mientras que en las tablillas de Sumeria se refieren a ellos como dioses menores por debajo de Anu. Es lo mismo —concluyó. Ella asintió comprendiendo lo que decía—. Estos dioses o ángeles o vigilantes, al enseñar a la humanidad, cometieron lo que los textos sagrados llaman «el primer pecado». Por ejemplo, según las tablillas y los textos apócrifos, Shemihaza enseñó los conjuros y la magia, otros enseñaron a forjar armas... pero cuatro de ellos no participaron: Gabriel, Sariel, Miguel y Ezequiel. —Colocó la mano de Kassandra entre las dos suyas—. Fueron descubiertos —acabó diciendo—. Así que el dios supremo encargó a estos cuatro ángeles, que no habían participado, dar el castigo.

Ella tragó saliva.

—¿Los castigó? —preguntó un poco ofendida—. ¿Por enseñarnos?

—Lo que narran estos textos es que el castigo fue encerrarlos en el *ut*, lo que significa cárcel de rocas de hielo cortantes, abismo, pozo e incluso prisiones de oscuridad. Aunque ese no fue el castigo más importante. Antes de ser encarcelados verían cómo sus descendientes, los nefilim, serían exterminados de la tierra junto a la humanidad.

—¿El diluvio?

—Sí —indicó—. Ahí fue cuando Enki, según los sumerios, avisa a Ziusudra, al que conocemos como Noé, para que construya el arca para salvarse, y salvar así a la especie humana, la que él había creado y a la que amaba.

—¿Y no se enfrentó al dios supremo? —Kassandra se puso en pie.

—¿A Anu? —ironizó mientras ella se soltaba de su mano—. Creo que bastante hizo desobedeciéndolo y avisando a uno de los humanos. —Inspiró intentando calmarse—. Todos los humanos y todos los nefilim desaparecieron de la faz de la tierra, a excepción de la historia que ya conocemos de Noé y su familia, aunque en los textos apócrifos se especifica que fueron algunos más. Tras esto... —dijo dando un paso al frente y cogiendo la mano de Kassandra. Ella alzó la mirada hacia él cohibida por la situación y por la forma en que la acariciaba intentando calmarla —, estos ángeles que habían incumplido las órdenes, los que habían tenido descendencia con humanas y nos habían enseñado, fueron encerrados. Los escritos dicen que estos ángeles caídos yacerán en esa prisión de piedras cortantes y hielo bajo siete gemas y siete picos.

—¿Siete gemas y siete picos? —preguntó ella pensativa.

—Concretamente, en el Deuteronomio...

—¿En qué?

—Es uno de los libros bíblicos que forman el Antiguo Testamento, también se ha incluido en el Tanaj hebreo, incluso en el Pentateuco. De hecho, en la Biblia cristiana se encuentra antes del apartado de los libros históricos. —Se acercó un poco más a ella—. Ahí, se especifica: «Están aquí, en su tumba de hielo, bajo siete gemas y siete montañas de cristal. Tres apuntan al sur y tres apuntan al este. Día y noche se funden en uno con fuego en el cielo. Aquí están, en su cárcel de hielo ligados al pozo». —Suspiró—. A estos ángeles que estaban de nuestro lado, a los que se encargaron de proteger a Noé y a su descendencia tras el cataclismo, y que siempre han cuidado y protegido a la humanidad, se les ha llamado los vigilantes. Ellos la cuidan y la protegen como hicieron sus ancestros, incluso tienen descendencia. En los manuscritos del Mar Muerto se explica que los vigilantes —y remarcó aquella palabra—, se rebelaron contra su superior para casarse con las hijas de los hombres y que de esas uniones nacieron los nefilim. En la actualidad, todo sigue igual. Ellos están aquí para protegernos, entre nosotros.

Kassandra permaneció en silencio, procesando toda la información.

—El lugar donde castigaron a... a aquellos vigilantes, a los que se casaron por primera vez con las humanas... ¿sabes a qué lugar se refiere? —preguntó con curiosidad.

—Bueno —sonrió levemente—, lo que se comenta entre mis compañeros...

—¿Tus compañeros? —preguntó sorprendida.

—De la Orden del Temple —dijo rápidamente—. Dicen que lo que se describe se parece a un invierno boreal, fíjate que dice «día y noche se funden en uno con fuego en el cielo». —Ella asintió—. Y justamente en la Antártida hay una cordillera tres veces más grande que los Andes, llamada la cordillera de Sentinel, es decir, centinela, ¿y qué significa centinela? —bromeó esta

vez—. El que vigila —prosiguió—. Esta cordillera está presidida por el monte Vinson y está formada por siete montañas, de las cuales tres apuntan al sur y tres al este. Además, el Hades, el inframundo, lo que sería ese abismo al que fueron arrojados y condenados de por vida, en griego antiguo se pronuncia Tapoc, en el Imperio romano era el Tártaro, en koiné es At-tártaro, y en bizantino es At-taros. Todos estos términos tienen el mismo significado, aquella prisión oscura donde encerraron a los vigilantes.

—¿En serio? —preguntó asombrada.

—Sí.

—Se parece mucho a Antártida, ¿no? Donde justamente se encuentra la cadena montañosa Sentinel. —Mukhtar le hizo un gesto gracioso y se encogió de hombros—. ¿Cómo sabéis todo esto? ¿No os dedicabais solo a proteger el arca? —preguntó con curiosidad. Aquello lo dejó pensativo. Cassandra lo miró un poco preocupada—. ¿Mukhtar? —preguntó al no recibir respuesta—. ¿Estás bien?

Se había quedado totalmente paralizado.

—El arca... —susurró.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada esta vez.

En ese momento, las palabras que había pronunciado Karan aquella tarde volvieron a su mente: «Por eso es de vital importancia que Bronte no se haga ni con el casco ni con el rayo. El casco obra en nuestro poder y el rayo... lo tengo yo, y te aseguro que no lo va a conseguir por mi parte».

—¿Cómo... cómo no me había dado cuenta antes? —se preguntó a sí mismo y miró a Cassandra—. Hades necesita el casco, el tridente y el rayo para abrir las puertas del Tártaro, tal y como se hizo ya en la antigüedad. Todo es simbología —dijo asombrado—. No hace falta que vayan a por Karan para conseguir el rayo, si los vigilantes están ahí, en sus prisiones de hielo, solo hace falta que haya un antiguo ascendiente de Karan encerrado para poder obtenerlo...

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

Mukhtar la cogió por los brazos y, sin pensarlo, la atrajo hacia él y la besó lleno de euforia. Cassandra parpadeó varias veces antes de que él se alejase con una gran sonrisa, como si lo que tuviese en mente no le hiciese ser consciente de lo que acababa de hacer.

Abrió la puerta a toda prisa y miró a uno de los semidioses.

—Eh, ¿dónde está Karan?

—No está aquí —contestó el joven—, pero dicen que está al llegar.

—Necesito hablar con él —pronunció acelerado mientras corría por el pasillo.

Kassandra lo vio alejarse totalmente paralizada, y se rozó los labios con las yemas de los dedos. Mukhtar ni siquiera se había dado cuenta de lo que acababa de hacer.

## 19

Elin acabó de abrocharse la camisa y fue hacia su bolso. La operación había ido muy bien, ni siquiera había usado sus poderes esta vez. Con tres horas y media había bastado para extirpar el tumor. Ahora, el anestesista sería quien asistiría al paciente hasta que despertase en quirófano. Era un alivio cuando las operaciones iban de maravilla y no se veía forzada a distraer a los médicos para ayudar al paciente. No sería la primera vez que iba en plena noche al hospital a visitar a alguno y, mientras estaba dormido, lo sanaba.

Buscó en su bolso el móvil y observó, ninguna llamada.

—Elin —comentó una de las enfermeras entrando al vestidor—, ya coges vacaciones, ¿verdad?

—Sí —respondió colocando el bolso en su hombro—, al fin. Tenía unas ganas...

—No me extraña.

—¿Tú cuando las coges?

—En septiembre, aún me quedan unas cuantas semanas de trabajo —pronunció su compañera divertida.

—Ya te queda poco. —Le sonrió—. No me iré a ningún sitio de viaje, así que, si hay algún problema con algún paciente, avísame, ¿de acuerdo?

—Disfruta de las vacaciones, Elin —bromeó ella—. Cuando vuelvas tendrás un montón de operaciones.

Ella chasqueó la lengua.

—Ya, pero prefiero que me aviséis, así no me doy ningún susto cuando vuelvo —ironizó.

Sabía que su compañera no iba a llamarla, pero ya se encargaría ella de ponerse en contacto con el hospital para asegurarse de que sus pacientes seguían bien.

—Bueno, pues nos vemos a mi regreso —se despidió de ella mientras abría la puerta.

—Descaaaaaaa. —Escuchó que le respondía la enfermera mientras cerraba la puerta.

No pudo evitar que una sonrisa brotase de sus labios al encajar la puerta. ¡Sí! ¡Vacaciones! Y aunque sabía que realmente no iba a tenerlas, pues debía encargarse de unos asuntos muy importantes, el hecho de no tener que estar pensando en el trabajo y debiendo acudir al hospital la liberaría para centrarse en su misión actual.

Se giró y dio un paso atrás. Miró a los lados, asustada.

—Karan... —susurró—, ¿qué haces aquí? —preguntó mirando de un lado a otro del pasillo—. Esto es una zona privada para los trabajadores del hospital.

Karan le sonrió mientras ladeaba su cabeza.

—Ya te dije que no iba a perderte de vista —contestó bravucón.

Ella enarcó una ceja y colocó una mano en su pecho, apartándolo.

—Madre mía, qué pesadito eres... —susurró con ironía, aunque la sonrisa de su rostro la delataba. Lo cierto era que se sentía mucho más segura con él cerca.

Karan cogió su mano y la miró con gesto gracioso.

—Y lo que te queda... —bromeó él también. Cogió la mano que aún mantenía en su pecho y miró hacia los lados—. Hay que llamar a Hermi. —En ese momento Hermi se materializó a su lado, lo que hizo que ambos lo mirasen sorprendido—. Qué rapidez —comentó Karan asombrado.

Hermi lo miró sin comprender, aunque fijó su atención en Elin.

—¿Has acabado ya? —preguntó hacia ella.

—¿Qué haces aquí? Nos pueden pillar —susurró ella mirando de un lado a otro del pasillo del hospital.

—Es urgente, ¿has acabado ya o no? —preguntó con ansiedad.

—Sí.

—Pues hay que irse, Mukhtar necesita hablar contigo. —Y desvió su mirada hacia Karan.

—¿Por? —preguntó sorprendido—. Le dije a Neil y a Gael que se encargasen...

—Ya, bueno... —contestó Hermi sin hacerle caso, colocando una mano en el hombro de cada uno—, es muy urgente y te interesará —acabó diciendo antes de desaparecer.

Justo entonces, abrió la puerta la enfermera que se cambiaba de ropa.

—Elin... —comentó divertida—, ¿qué haces a...? —Se quedó totalmente callada y desconcertada cuando vio que no había nadie en el pasillo. Juraría que la había escuchado hablar con alguien hasta momentos antes de abrir la puerta.

Hermi se materializó con ellos dos en el salón del comedor de la casa de Karan. Neil, Gael, Lucía y Adriana parecían estar esperándolo. Sus gestos no le gustaron, parecían nerviosos. Mukhtar permanecía sentado a la mesa junto a Cassandra, la cual los miró impresionada al verlos aparecer, siendo la única que se asustó ante aquella intrusión.

Todos poseían un semblante serio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Karan.

Mukhtar no se anduvo con rodeos. Inspiró con fuerza y se levantó de la mesa lentamente, mirándolo de forma fija.

—Tienen otra forma de conseguir el rayo.

Aquello hizo que Karan lo mirase extrañado, sin comprenderlo. Dio unos pasos hacia él colocándose al otro extremo de la mesa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Mukhtar apretó los labios intentando ordenar las ideas para explicarse con claridad.

—¿Te sueña el proyecto Amanda en la Antártida? —comenzó.

Karan lo miró pensativo.

—Sé que hay diversos proyectos, pero no sé a cuál te refieres en concreto —comentó sinceramente.

—Se trata de un proyecto americano ubicado en el cráter de la tierra de Wilkes, uno de los mayores cráteres de impacto de la tierra, con una extensión de prácticamente quinientos metros de diámetro. Un cráter gigantesco, el doble de grande que el del Golfo de México, el que se supone que extinguió a los dinosaurios —explicó—. El proyecto consiste en un supertelescopio enterrado en la Antártida cuya función es sondear todo lo que hay bajo el hielo. —Karan asintió—. En el año 2006, dichos científicos observaron mediante este telescopio una colisión de neutrinos con una energía diez mil veces superior a la de los neutrinos que emite nuestro sol con otras partículas.

—Espera —interrumpió Adriana—, traduce. ¿Qué significa eso?

—Y explícalo de una forma sencilla, por favor —aclaró Lucía.

Mukhtar asintió hacia las dos jóvenes.

—Los neutrinos son partículas elementales de masa prácticamente nula que se forman por

reacciones nucleares. —Y miró directamente a Karan—. Los neutrinos de alta energía, como es este caso, se producen por cataclismos cósmicos extremadamente violentos como un agujero negro, una supernova o incluso el Big Bang. Una vez se crean estos neutrinos tras los cataclismos, estos se desplazan a una velocidad cercana a la velocidad de la luz y no se detienen ya nunca, dado que al tener una masa prácticamente nula es extraño que colisionen con otras partículas. Su desplazamiento es en línea recta, atravesando las estrellas, los planetas, las galaxias, los campos magnéticos... hasta el límite del universo. —Dio un paso al frente para enfatizar sus palabras—. Los neutrinos son muy difíciles de detectar excepto... —Apretó los labios—. Cuando entran en colisión con un átomo. Este choque desintegra el núcleo del átomo y el neutrino se transforma en una partícula a la que los científicos llaman muon. Es ahí donde puede ser detectado sin problemas, pues, pese a que continúa con su trayectoria, puede ser reconocido por el destello de luz que emana, lo que se llama en física la radiación de Cherenkov, ¿lo entendéis?

Ambas muchachas se removieron incómodas.

—Más o menos... —contestó Lucía, y se encogió de hombros—. Soy de letras. —Y sonrió un poco tímida.

—¿Lo entendéis? —insistió al resto que lo miraba con la mandíbula desencajada.

Neil se acercó a Karan.

—Joder con el templario, ¿no? —preguntó intentando recomponerse.

Mukhtar se colocó frente a ellos alzando los brazos.

—¡Algo en la Antártida los detuvo! —concluyó como si fuese obvio—. ¡Algo con una fuerza que supera a todo lo que hemos conocido hasta ahora! —Se removió nervioso mientras Karan arqueaba una ceja—. Hay otro proyecto llamado IceCube, otro supertelescopio situado en el otro extremo del Polo Sur, en la estación Amundsen-Scott, y que comenzó a funcionar en 2006, es treinta veces más potente que el Amanda. Este telescopio llegó a detectar una cantidad de treinta millones de neutrinos chocando con otro campo de fuerza. —Tragó saliva y los miró a todos—. Estos supertelescopios están situados en la cordillera Sentinel. —Fue hasta Karan y dejó caer el *Libro de Enoc* sobre la mesa—. Te lo he cogido prestado de la biblioteca —comentó en un tono gracioso. Karan asintió aún sin comprender—. ¿Lo has leído?

—Claro que lo he leído.

—¿Qué libro es? —preguntó Elin situándose al lado de Karan.

—El *Libro de Enoc*. —La miró de reojo—. Enoc fue el séptimo hombre en la línea sucesoria desde Adán, padre de Matusalén. Lo encontraron entre los manuscritos del Mar Muerto.

—Repetido dos veces —indicó Mukhtar—. De gran importancia —enfatizó. Cogió el libro y lo abrió, hojeando hasta que llegó al capítulo seis—. «Así sucedió, que cuando en aquellos días se multiplicaron los hijos de los hombres, les nacieron hijas hermosas y bonitas; y los Vigilantes, hijos del cielo, las vieron y las desearon, y se dijeron unos a otros: «Vayamos y escojamos mujeres de entre las hijas de los hombres y engendremos hijos. —Leyó directamente del libro—. Entonces Shemihaza que era su jefe, les dijo: «Temo que no queráis cumplir con esta acción y sea yo el único responsable de un gran pecado». Pero ellos le respondieron: «Hagamos todos un juramento y comprometámonos todos bajo un anatema a no retroceder en este proyecto hasta ejecutarlo realmente». Entonces todos juraron unidos y se comprometieron al respecto los unos con los otros, bajo anatema. Y eran en total doscientos los que descendieron sobre la cima del monte que llamaron «Hermon», porque sobre él habían jurado y se habían comprometido

mutuamente bajo anatema. —Alzó la mirada hacia Karan—. Estos son los nombres de sus jefes: Shemihaza, quien era el principal y en orden con relación a él, Ar'taqof, Rama'el, Kokab'el, -'El, Ra'ma'el, Dani'el, Zeq'el, Baraq'el, 'Asa'el, Harmoni, Matra'el, 'Anan'el, Sato'el, Shamsi'el, Sahari'el, Tumi'el, Turi'el, Yomi'el, y Yehadi'el. Estos son los jefes de decena».

—Conozco el libro —dijo Karan—. Decidieron dar una oportunidad a la humanidad. Les enseñaron y tuvieron descendencia con humanas, pero más tarde los descubrieron y se les castigó por ello.

—Exacto. Respecto al castigo... fueron encerrados en una prisión de hielo —respondió Mukhtar acelerado, buscando en la siguiente página. Alzó el dedo para llamar la atención de todos al comenzar a leer—. «Vi en el fin de la Tierra, el firmamento de los cielos. Y me dirigí hacia el sur, y ardía día y noche, donde había siete montañas de piedras preciosas, tres hacia el este y tres hacia el sur. Y el del medio llegó al cielo, como el trono del Señor». —Miró a Karan—. En la Antártida, el lugar donde arde día y noche con la aurora boreal en la temporada de verano, existe una cordillera, la cordillera Sentinel, formada por siete montañas. El monte Vinson, el central, es el más alto de la Antártida, tres de esas montañas están orientadas hacia el este y tres hacia el sur.

Karan lo miró fijamente.

—Entiendo, ¿crees que pueden estar ahí encerrados? —preguntó aún sin comprender por qué le explicaba todo aquello.

—Escuché a mi Maestro hablar sobre ello una vez, pero ahora lo entiendo todo —dijo mirando el *Libro de Enoc*—. No habla sobre los doscientos vigilantes que fueron encerrados, pero sí sobre los más importantes. —Pasó unas cuantas hojas hacia atrás y leyó—. «Y 'Asa'el enseñó a los hombres a fabricar espadas de hierro y corazas de cobre y les mostró cómo se extrae y se trabaja el oro hasta dejarlo listo y en lo que respecta a la plata a repujarla para brazaletes y otros adornos. A las mujeres les enseñó sobre el antimonio, el maquillaje de los ojos, las piedras preciosas y las tinturas. Shemihaza enseñó encantamientos y a cortar raíces; Hermoni a romper hechizos, brujería, magia y habilidades afines; Baraq'el los signos de los rayos». —Miró directamente a Karan que en ese momento dio un paso al frente, asombrado por aquello—. «Kokab'el los presagios de las estrellas; Zeq'el los de los relámpagos». —Volvió a ascender la mirada hacia él que, en ese momento, había captado toda su atención—. La lista sigue, pero... dos de ellos tienen el poder del rayo. Puede que no sean tan poderosos como Zeus, pero son dos... y si lo unimos a la fuerza de los neutrinos podrían extraer la suficiente energía como para...

En ese momento Karan recordó cuando había acudido al piso de Elin para salvarla.

—¿Crees que la habrán encontrado ya? —había preguntado Rubén, obviamente refiriéndose al Arca de la Alianza.

—No lo sé, Roha es muy grande —contestó Ichiro.

—Verás qué risas cuando se despierte en medio de las montañas nevadas... —Había reído mientras observaba a Elin que yacía inconsciente.

—Las montañas nevadas... —susurró Karan para sí mismo. Miró a Mukhtar con decisión—. ¿Cómo pueden llegar hasta ellos? —preguntó acelerado. En ese momento se le notaba nervioso.

—No, no lo sé... —Tragó saliva—. Mi Maestro era quien sabía más sobre estos temas. Ni siquiera entendía lo que escuché hasta que lo he relacionado con...

—Necesito saber cómo pueden acceder hasta su poder —pronunció con una mirada totalmente seria—. ¿Cómo se llama tu Maestro y dónde puedo encontrarlo?

Mukhtar tragó saliva.

—Se llama Constantine Goumas. Suele estar en el convento Gran Meteoro, en Meteora.

Karan miró a sus compañeros con una clara decisión tomada. Se giró y fue hacia la puerta de la oficina, bajó las escaleras seguido por todos. Tal y como había ordenado, Alexandros y Adrián se encontraban custodiando la puerta que permitía ir al sótano donde se guardaba el casco.

—¿Y Miguel Ángel? —Alexandros fue quien avanzó unos pasos hacia él mientras sonreía hacia Elin de una forma seductora—. Eh, tú... —llamó su atención con un grito—, ¡céntrate!

—Está abajo, haciendo guardia frente a la puerta acorazada —informó rápidamente.

Karan miró a sus compañeros. Neil y Gael parecían esperar órdenes.

—Informa a todos de que tenemos que marcharnos. Nadie... —Y lo señaló con el dedo—. Absolutamente nadie puede entrar en esta casa, ¿de acuerdo?

—Claro.

—¿Me has entendido bien? —repitió—. Nadie.

—Que sí, que sí... —indicó con una sonrisilla traviesa.

—Os quiero a todos totalmente alerta. —Y miró también a Adrián, el cual asintió—. ¿Lleváis todos las pulseras con GPS? —Directamente le mostraron las muñecas.

Se giró hacia el resto. Lucía, Adriana, Cassandra y Mukhtar permanecían tras Gael, Neil y Elin.

—Hermi —dijo hacia sus compañeros—, al templo Gran Meteoro. ¡Ya!

Tanto Gael, como Neil y Elin colocaron su mano sobre el hombro de Hermi justo antes de desaparecer.

El interior del monasterio era bastante oscuro. Elin retiró su mano del hombro de Hermi y miró a su alrededor. La capilla era pequeña, con sus increíbles frescos de gran maestría que relataban las persecuciones y martirios que sufrieron los cristianos.

El silencio era absoluto. Elin dio unos pasos hacia la pequeña ventana por donde entraba la claridad del día. Desde allí se podía observar un paisaje increíble.

Los monasterios de Meteora o los monasterios suspendidos en el cielo, tal y como se les conocía, se encontraban en la llanura de Tesalia, al norte de Grecia, a unos trescientos cincuenta kilómetros de Atenas. Las formaciones rocosas sobre las que se construían aquellos monasterios ortodoxos, según los antiguos escritos cristianos, «eran rocas enviadas por el cielo a la tierra para permitir a los griegos retirarse y rezar».

Los monjes habitaron las Meteoras desde el siglo XI, pero no fue hasta el siglo XIV cuando se construyeron dichos monasterios con la intención de escapar de los turcos y albaneses. San Atanasio fue quién fundó aquel gran templo, situado a 613 metros sobre el nivel del mar.

En su interior, y aún en la actualidad, atesora imponentes reliquias y valiosos frescos. Posteriormente, veinticuatro monasterios más se alzaron sobre los peñascos de aquella región, aunque la gran mayoría fueron destruidos o arruinados durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, dado que la resistencia griega se refugió en ellos ante la invasión alemana.

Aquel monasterio en concreto se encontraba sobre la roca más alta y amplia de la zona. La construcción de aquel imponente edificio había sido toda una hazaña.

Se giró y observó a sus compañeros. Había mucho silencio. Demasiado.

Karan miró alrededor. La capilla era pequeña, circular, disponía solo de unas cuantas sillas de

madera para sentarse y había un altar donde se mostraba a Jesucristo.

—¿Por qué hay tanto silencio? —preguntó Neil.

—Es un monasterio —Le recordó Gael.

Karan se situó al lado de Elin que observaba maravillada el paisaje. Lo cierto era que la estampa que podía verse desde allí era impresionante. Por debajo, había también montículos de roca que mantenían suspendidos otros conventos.

—Los monasterios no abren todos los días para las visitas al público. Este está cerrado hoy —indicó Karan—. Además, es el monasterio más grande y los turistas solo pueden acceder a según qué zonas. —Miró a Hermi—. Esto seguro que es zona privada, ¿verdad?

Hermi asintió observando las pinturas.

—¿Vamos? —preguntó Neil con ansiedad mientras abría la puerta de la capilla.

—Cuidado —indicó Gael—, los monjes pueden asustarse si nos ven.

Karan se colocó tras su espalda.

—Si les da un ataque al corazón que los reviva la rubia —pronunció abriendo la puerta directamente—. No estoy para perder el tiempo.

—Deja de llamarme rubia... —gruñó ella desde atrás.

Gael y Neil se miraron de reojo.

—No hay quién os entienda... —susurró Neil enarcando una ceja a su compañero.

Karan lo escudriñó con la mirada mientras abría la puerta de par en par. Volvió su mirada al frente. Ante ellos había una gran iglesia esta vez. Largos bancos la atravesaban, donde los monjes, seguramente, pasarían horas orando. Las antiguas lámparas redondas, forjadas en hierro, pendían del techo, aunque los monasterios se habían actualizado y también disponían ya de electricidad.

Igualmente, la iglesia también era bastante oscura pese a que había muchas ventanas, pues estas eran pequeñas. Sus paredes no estaban pintadas en un color claro, sino más bien oscuro. Allí dentro no había prácticamente luz.

—No sé qué tienes que entender. —Inició Karan la marcha atravesando la iglesia, buscando una puerta para salir de allí.

—¿Seguro? —insistió Neil y sonrió de forma picarona a su compañero Gael—. Ahora te odio, ahora me llevo bien contigo, ahora te digo rubia... —Tanto Karan como Elin se giraron hacia él enarcando una ceja, aunque ninguno aminoró su paso—. Ahora te sonrió... —continuaba Neil bromeando—, ahora te digo que si sigues comiendo te vas a poner como un tonel...

—¿Eso piensas? —interrumpió Elin provocativa hacia Karan.

Él se encogió de hombros.

—Será que no te lo he dicho veces —comentó como si le sorprendiese el hecho de que ahora ella se sintiese ofendida—. Engulles de lo lindo —dijo llegando a la siguiente puerta.

—Después tú dices palabrotas y ella te dice malhablado... —continuó Neil ignorando la conversación de ellos dos.

Karan abrió la puerta y miró el largo pasillo que se bifurcaba en dos.

—¿Dónde se habrán metido? —preguntó Karan avanzando por él.

Neil y Gael seguían por detrás, con una sonrisa en su rostro, ante la atenta mirada de Hermi que los observaba de forma suspicaz.

—Luego pilla y os besáis como si se fuese a acabar el mundo —acabó diciendo Neil como si nada.

En aquel momento tanto Karan como Elin pusieron su espalda recta, deteniéndose. Karan se giró hacia ellos, los tres sonreían mucho.

—Y luego vuelves a llamarla rubia y ella se mosquea... —insistió Neil esta vez con gesto gracioso—. ¿Ves? No hay quien os entienda... —sentenció cruzándose de brazos.

Karan ladeó su cabeza y miró de reojo a Elin, la cual también los miraba con suspicacia, aunque sus mejillas estaban un poco ruborizadas.

Ya le había parecido que aquellas últimas horas insinuaban demasiado. ¿Era posible que los hubiesen pillado? Estaba claro que sí. Lo sabían. No le importó, al contrario, sintió cierto orgullo. Centró su mirada en Neil.

—Al menos yo no voy llorando por los rincones.

Neil pestañeó varias veces, sorprendido por aquella respuesta.

—¿Así que lo admitís? —preguntó Gael divertido—. ¿No vais a negarlo?

—¿Para qué voy a negarlo? —preguntó Karan asombrado y miró a Elin mientras se encogía de hombros—. Es obvio que nos han pillado, rubia, —Y señaló a sus compañeros mientras ella asentía con timidez.

—¿Cómo que llorando por los rincones? —protestó Neil ignorando la pregunta de Gael.

—Ehhh... bajad el tono —susurró Hermi.

—¿Y qué más da, Hermi? —preguntó Karan—. Hemos venido para que nos encuentren los monjes, que por cierto... ¿dónde narices están? —arremetió sin bajar su tono de voz. Luego miró con una enigmática sonrisa a su amigo e hizo un gesto burlón—. Ay... he perdido a Adriana... no me va a querer nunca... ¿qué más da la vida? Vamos a morir todo, así que... —recordó unas palabras que había pronunciado Neil cuando iban tras el casco de Hades y Adriana había descubierto quién era él en realidad. Ella se había asustado y no quería saber nada de él... y Neil no había llevado muy bien aquello.

Neil extendió los brazos hacia los lados, asombrado.

—Eso no fue así. —Y lo señaló a él—. Estás exagerando.

—¿Sí? ¿Tú crees? —enarcó Karan una ceja hacia él—. Yo lo recuerdo aún peor...

Hermi se colocó en medio de los cuatro.

—¿Qué tal si buscamos al monje que nos interesa? Nos urge bastante —recordó molesto—. Después ya podréis solucionar esto... —Resopló y avanzó unos pasos por delante—. Si es que realmente hay algo que solucionar. Yo no os entiendo a ninguno de vosotros y aquí sigo.

Todos suspiraron y se giraron hacia Hermi, iniciando la marcha tras él.

—Entonces... —Dio una palmada en la espalda de Karan y miró a Elin sonriente—. ¿Estáis juntos?

Karan se apartó de su mano.

—Primero preferiría hablar de esto a solas con ella —le indicó Karan.

—Ehhh —se quejó Elin—. ¿Hablar? —preguntó anonadada, llevando sus manos a la cintura y deteniéndose. Los tres se quedaron quietos otra vez—. ¿Qué hay que hablar, Karan? —preguntó mosqueada.

—Por favor —insistió Hermi llegando al final del pasillo y girándose hacia ellos—. ¿Podemos hacer lo que hemos venido a hacer?

—Bueno, pensaba que... quizá deberíamos hablar nosotros primero antes de...

—¿De qué? ¿De decir que estamos juntos? —preguntó ella con la mirada encendida cruzándose

de brazos—. ¿Te crees que me voy acostando por ahí con más chicos y...?

—Eliiinm... —interrumpió Karan mirándola seriamente.

Neil chasqueó la lengua y luego Gael resopló.

Karan ya sabía que era una mujer de carácter, y estaba claro que el hecho de que él no hubiese confirmado que estaban juntos tras lo ocurrido en la habitación parecía que le dolía.

—¿Cómo va a ser esto? —preguntó ella aún molesta—. Ahora me acuesto contigo... ahora no...

—¿Podemos continuar? —insistió Hermi de nuevo.

Karan seguía girado hacia Elin, igual que Neil y Gael que observaban la escena petrificados.

—Yo no he dicho eso —se defendió Karan—, simplemente... no sé si querías que dijese una cosa u otra —continuó acelerado, bastante nervioso—. Seguro que si hubiese dicho que sí te hubieses enfadado igual por responder sin tu permiso —acabó con un tono de voz más grave.

Ella resopló.

—Eso no es así... ¿cómo se supone que debo tomarme esa respuesta?

Karan resopló.

Gael y Neil se miraron de reojo.

—¿Ves? Como un matrimonio, igual —susurró Neil a Gael.

—Eso te lo dije yo —respondió Gael asombrado a su compañero.

—No, te lo dije yo —le rectificó Neil.

Karan extendió los brazos hacia Elin.

—Pues desde luego no como te la estás tomando —dijo con la respiración acelerada. Luego resopló y se giró hacia Neil—. ¿Contento? —gritó hacia él.

Neil colocó las manos por delante de él y negó.

—No... Uhhmm... no pretendía que... —Miró a Elin que lo miraba también con furia y se encogió de hombros con una leve sonrisa—. Si nosotros nos alegramos mucho...

Karan resopló desquiciado y apartó a Neil para seguir adelante, aunque se detuvo en medio del pasillo, asombrado.

—¿Y Hermi? —preguntó a sus compañeros al ver que Hermi no se encontraba al final del pasillo. Aquello lo mosqueó—. ¿Hermi? —preguntó acelerando el paso, seguido ya por todos.

—No aparece —indicó Elin acelerando el paso.

Aquello mosqueó a Karan que llegó a gran velocidad al final del pasillo, adelantando a sus compañeros. Miró a un lado y a otro y, de repente, aguantó la respiración.

—Hermi —susurró.

Hermi permanecía tumbado en el suelo, con los ojos cerrados.

Corrió hacia él arrodillándose.

—¿Hermi? —preguntó acelerado mientras llevaba la mano a su cuello. De inmediato detectó su pulso calmado.

Hermi permanecía dormido, sin reaccionar. Karan tocó su hombro, nervioso, mientras el resto de sus compañeros llegaban al final del pasillo y observaban petrificados.

Karan miró hacia ellos. Hermi no reaccionaba y aquello solo podía significar una cosa. No estaban solos allí.

—Cuidado —comentó hacia sus compañeros que miraban sorprendidos a Hermi, sin dar crédito a lo ocurrido.

En ese momento notó una brisa tras su nuca, como si cada movimiento de sus compañeros se ralentizase. Supo de qué se trataba.

Se agachó a gran velocidad esquivando la mano con que Ichiro iba a tocarlo. El hijo de Morfeo era rápido, mucho, pero ni punto de comparación con Karan.

Karan se giró rápidamente, a una velocidad casi imperceptible incluso para sus propios compañeros, echó su brazo hacia atrás para tomar impulso y golpeó directo en el pecho de Ichiro dándole a la vez una descarga eléctrica.

Ichiro salió disparado hacia el final de aquel pequeño pasillo golpeándose contra la pared y quedándose sin aliento.

Karan llevó la mano a su bolsillo y extrajo un grano de café para introducirlo en la boca de Hermi. En ese momento escucharon unos pasos correr tras la puerta al final del pasillo. Estaba claro que Ichiro no estaba solo y, ahora, con Hermi fuera de combate, no podían salir de allí fácilmente.

Le arrojó el grano de café a Neil.

—Pónselo debajo de la lengua, rápido —exigió mientras iba hacia la puerta.

Notó cómo sus músculos se tensaban cuando observó a Elin tras Gael, aunque ella no parecía asustada, más bien impresionaba dispuesta a luchar.

Karan se giró y observó la puerta, escuchando cada vez los pasos más cercanos. No sabía lo que encontraría tras ella, pero no iba a esperar a que la atravesasen.

Pasó al lado de Ichiro con la mirada clavada en la puerta, aunque la desvió un segundo hacia él cuando vio que abría los ojos y se llevaba una mano al pecho dolorido.

Karan no lo dudó, se le había agotado la paciencia, llevaba demasiado tiempo conteniéndose.

Extendió la mano hacia él creando un rayo que salió disparado hacia el pecho de Ichiro, el cual gritó y de nuevo quedó inconsciente.

Sin más preámbulos, abrió la puerta y la atravesó sin esperar. Tal y como había escuchado varios de los semidioses corrían hacia ellos, aunque lo que más le sorprendió fue ver los cuerpos de muchos de los monjes tendidos sobre el suelo. Ichiro debía de haberlos dormido, puesto que al menos no sangraban. Ahora comprendía por qué todo estaba tan en silencio.

Identificó rápidamente a Rubén y a Theron. Estos no estaban solos, pues pudo observar cómo al final de aquel enorme salón varios semidioses más corrían en su dirección.

Aquello se iba a acabar. Se le había agotado la paciencia.

Karan dio un paso al frente colocando una mano a cada lado, de cada una de ellas salió un rayo hacia el suelo, sin detenerse, moviéndose como si se tratase de relámpagos.

Hubiese sido mucho más fácil actuar si no hubiese ningún humano allí tendido en el suelo, inconsciente.

Elevó sus manos y los rayos fueron a parar a los semidioses más cercanos. Uno de los rayos, de un azul eléctrico, cruzó la distancia que había hasta llegar al pecho de Rubén y de Theron, incrustándose en ellos, aunque el rayo no disminuía su intensidad. Otro rayo iba desde las manos de Karan hasta los pechos de sus contrarios, similar a las ramas de un árbol y de una intensidad luminosa que hacía que toda la estancia brillase.

Rubén y Theron salieron despedidos hacia atrás. Karan no dejó de avanzar. Aquello iba a acabar en ese momento, se había contenido durante mucho tiempo esperando que ellos reaccionasen, que se diesen cuenta del error que estaban cometiendo, pero no era así. Todo iba de

mal en peor y estaba claro que no iban a cejar en su empeño de destruir a la humanidad. Él no lo iba a permitir.

Rubén y Theron cayeron al suelo inconscientes. Karan pudo ver cómo el resto de semidioses desaceleraba su carrera hacia él. Si bien no dejaban de avanzar, sus rostros denotaban miedo.

Neil corrió hacia Hermi. Ciertamente estaba dormido. Abrió su boca y colocó el grano de café bajo su lengua. Elin se colocó frente a él y puso sus manos en su cabeza, de donde comenzó a brotar una luz dorada.

—¿Puedes despertarlo? —preguntó Neil acelerado.

Elin apretó los labios y miró a Neil, negando con la cabeza.

—No funciona —gimió observando a Karan luchar frente a los que venían.

Gael corrió al lado de Karan que de nuevo volvía a irradiar electricidad por sus manos, paralizando a todos los que venían corriendo en su dirección, que no eran pocos.

Gael se situó a su lado.

—Sabían que vendríamos aquí a buscar información —comentó Gael observando hacia delante—. Nos tienen vigilados.

—Y a Mukhtar también —indicó Karan sin dejar de avanzar hacia delante.

No entendían cómo todos aquellos semidioses, unos veinte en aquel lugar, podían estar del lado de Bronte y, por lo tanto, ser fieles a Hades.

Gael se agachó a su lado flexionando su rodilla y puso la palma de la mano en el suelo. Un segundo después, una onda sísmica atravesó el suelo derribando a todos los que corrían en su dirección.

Karan aprovechó para girarse observando a Neil y a Elin.

—¿Despierta? —gritó hacia ellos.

Elin lo miró asustada y en ese momento detuvo la luz que volvía a emanar de sus manos.

—No.

Karan resopló mientras veía cómo los semidioses a los que Gael había derribado volvían a ponerse en pie.

Estaban atrapados. Comprendía perfectamente por qué estaban allí, a qué habían venido. El problema era que sin Hermi ellos no podían huir de allí: era una encerrona en toda regla. Conocían sus posibles movimientos y les llevaban ventaja. Aquello le hizo pensar. Si habían ido a por los templarios, concretamente a por el Gran Maestro, podían ir también a por Mukhtar, a su casa.

—Mierda —susurró dando unos pasos hacia delante al ver que Rubén también se ponían en pie.

Miró hacia los lados, varios monjes permanecían boca abajo o apoyados en las paredes, dormidos. No podía usar todo su potencial allí o acabaría con la vida de todos ellos. Al menos, Ichiro permanecía inconsciente, lo cual era todo un alivio.

Miró al frente centrando su mirada en una mujer de cabello negro y ojos extremadamente azules que corría en su dirección mientras de sus manos brotaba un humo negro.

—Tiara —susurró Gael poniéndose en pie—, es hija de la diosa de los encantamientos. Cuidado con ella —pronunció al ver que Karan se adelantaba.

—Que tenga cuidado ella —comentó con los dientes apretados antes de extender su mano en su dirección y de que un rayo atravesase la estancia. La muchacha colocó las dos manos ante ella

paralizando el rayo, aguantándolo, como si ni siquiera notase dolor cuando este entraba en contacto con sus manos.

Sin previo aviso, Neil se colocó a su lado y extendió su mano en su dirección extrayendo una llama de fuego.

El humo que emitía Tiara a través de sus manos la rodeó, como si crease una burbuja impenetrable alrededor de su persona.

Karan se giró hacia Elin, a pocos metros por detrás, la cual había vuelto a colocar las manos sobre la cabeza de Hermi en un intento porque despertase más rápido.

—Vamos, Hermi... —suplicó ella—, despierta. Tienes que sacarnos de aquí.

Karan resopló al contemplar que la hija de la diosa de los encantamientos seguía avanzando hacia ellos y que, tras ella, protegidos con su poder, avanzaban muchos más semidioses.

No podía permitir que llegaran hasta allí.

—Neil, voy —dijo avanzando.

—¿Qué? —preguntó absorto, aunque al momento dejó de expulsar fuego al interponerse Karan en su camino.

Se le estaba agotando la paciencia y, aunque sabía que debía controlarse o acabaría haciendo añicos aquel templo, le estaba siendo muy difícil.

Tiara hizo que el humo que protegía su cuerpo y a todos los que avanzaban tras ella se difuminase cuando Neil se detuvo, lo que no esperaba Tiara era que Karan se moviese a tanta velocidad.

Lo tenía justo delante segundos antes y, poco después, se había materializado al otro lado de la sala, encerrándolos por detrás.

Varios semidioses se giraron hacia él confundidos.

—Neil, ¡ahora! —gritó mientras extendía los brazos hacia delante. Sus manos se iluminaron y de ellas surgieron rayos que se bifurcaban hacia los lados, en constante movimiento hacia cada uno de aquellos semidioses que lo miraban sorprendidos.

Neil hizo lo mismo extendiendo sus manos y una llama de fuego volvió a ir directa hacia Tiara, la cual la contuvo de inmediato creando de nuevo un humo más espeso a su alrededor, que protegía incluso a varios de sus compañeros.

Muchos de ellos cayeron al momento. Karan observó sin dejar que el rayo cesase cómo el humo tomaba una forma circular, compacta.

¡Ah, no! ¡Ni hablar! Desvió una de sus manos directamente hacia el humo que la rodeaba, aumentando la energía del rayo.

Gael se giró cuando escuchó un gemido por parte de Rubén que intentaba levantarse. Fue hacia él y golpeó su pómulo arrojándolo al suelo de inmediato, inconsciente de nuevo. Ichiro también parecía estar recuperando la conciencia, así que no dudó en asestar otro puñetazo y arrojarlo al lado de Rubén. Theron ni siquiera se movía o parecía luchar por recuperar la conciencia.

—Vamos, Hermi... vamos... —volvió a gemir Elin que desviaba su mirada de Hermi a la lucha que estaban manteniendo Neil y Karan intentando contener a todos aquellos semidioses. Miró a Gael desesperada—. ¡No funciona! —gritó.

Gael se movió nervioso observando a sus compañeros.

—Tú tardaste casi diez minutos en volver a estar consciente —le recordó pasando a su lado, dirigiéndose hacia Neil.

Elin intensificó su poder sobre la cabeza de Hermi.

—Vamos, Hermi, escúchame... —susurró—, tienes que volver. —sollozó.

Elevó la mirada y observó cómo Gael se colocaba al lado de Neil, preparado para luchar si no lograban contenerlos más.

Karan permanecía al otro lado de la estancia irradiando de sus manos incontables rayos. Se quedó impresionada al verlo. Jamás lo había visto luchar de aquella forma, estaba segura de que era la primera vez que veía su verdadero poder.

Lo llamaban el destructor por algo, así que tuvo la convicción de que podía hacer mucho más. Si por algo se caracterizaba Karan era por el autocontrol que tenía, pues sabía que si desataba todo su poder podía hacer desaparecer toda aquella zona.

Observó sorprendida cómo el humo que desprendía aquella semidiosa se iba debilitando, sin poder soportar la fuerza de Neil y Karan. En ese momento detectó cómo el brillo de los rayos de Karan aumentaba intensificando su poder casi sin inmutarse.

El murmullo de uno de los cuerpos inconscientes que había cerca de ella provocó que Elin se girase asustada y dejara de emitir la luz dorada. Rubén parecía despertar de nuevo. ¿No podía quedarse inconsciente y punto?

—Atrévete a moverte —rugió Elin hacia él.

Rubén focalizó sus ojos hacia ella, intentando recordar dónde se encontraba.

Miró a Hermi, el grano de café aún no hacía su efecto. Miró al frente donde Gael se había agachado de nuevo y creaba un pequeño temblor en el centro de aquella estancia intentando desestabilizar a Tiara. En ese momento escuchó los gritos de la muchacha, unos gritos de rabia e impotencia, como si estuviese llegando a su límite. No creía que aguantase mucho más.

Volvió a mirar a Rubén, el cual se llevaba la mano a la cabeza mientras se arrodillaba.

Elin se puso directamente en pie, notando cómo la ira se apoderaba de ella. Rubén era uno de los culpables de que Ichiro la hubiese dormido y no pensaba consentir que volviese a ponerse en pie.

Fue hasta él y, antes siquiera de que Rubén pudiese defenderse, golpeó con fuerza su cabeza echándolo de nuevo al suelo. Se quedó observándolo. Sí, de nuevo volvía a estar inconsciente, no le causaría más problemas durante un rato. Aun así, necesitaba algo con lo que defenderse. Miró hacia los lados buscando algún objeto que pudiese servirle como arma cuando una inesperada explosión de luz en el centro de aquel lugar le hizo cerrar los ojos, cegándola.

Cuando volvió a abrirlos desencajó la mandíbula, igual que Neil y Gael.

—Karan, no... —le advirtió Neil.

Karan aún desprendía unos potentes rayos de su mano y con esos rayos mantenía contra la pared a Tiara y a cuatro semidioses más. Elevó la mano lentamente haciendo que los rayos también elevasen los cuerpos de los semidioses que gritaban.

—¿Por qué no? —rugió Karan—. Están ayudando a Hades. —Incrementó su poder y los semidioses gritaron más. Sin duda, aquello debía de doler.

Elin se fijó en el resto de semidioses que permanecían en el suelo inconscientes. Era obvio que Karan había aumentado su poder creando aquella súbita explosión.

—Porque nosotros no somos como ellos —indicó Gael.

La mandíbula de Karan se tensó, parecía que fuese a perder el control en cualquier momento. Fijó la mirada en Tiara, por descontado, la semidiosa con más poder que se mantenía consciente.

—Podría acabar con todos vosotros en un segundo —indicó Karan.

Tiara y el resto tragaron saliva mientras intentaban controlar los gritos de dolor. Karan se detuvo haciendo desaparecer los rayos y los cinco cayeron al suelo inconscientes.

Se quedó observándolos con los músculos en tensión. Todo sería mucho más fácil si no estuviesen los monjes allí y Hermi no estuviese dormido. No le hubiese costado nada hacer saltar aquello por los aires... Por otro lado, debían encontrar al Gran Maestro y despertarlo.

Se giró hacia sus compañeros. Neil observaba a los cinco semidioses que acababan de caer mientras Gael se dirigía directamente hacia uno de los monjes que estaba más próximo.

—Ponedles granos de café bajo la lengua —dijo Karan.

Miró directamente hacia Elin, la cual lo observaba desde el otro lado del salón, aunque su corazón se paralizó y la respiración se le cortó cuando vio que una silueta aparecía tras ella.

Elin no tuvo tiempo de reaccionar.

—¡Elin! —gritó Karan antes de ver cómo Asim aparecía tras ellas y la rodeaba con un brazo.

En ese momento Gael y Neil se giraron también hacia ella. Los tres corrieron en su dirección mientras Elin intentaba zafarse del brazo de Asim.

Karan corrió hacia allí a gran velocidad.

Elin centró su mirada en Karan mientras extendía su brazo en su dirección. Lo vio desaparecer por la velocidad que llevaba hacia ella, pero no llegó. Lo último que vio Karan fue el rostro asustado de Elin antes de volatilizarse junto a Asim, justo cuando se materializaba en el mismo lugar donde Asim y Elin acababan de desaparecer.

## 20

Karan se quedó petrificado en el mismo lugar donde pocos segundos antes había visto a Elin desaparecer junto a Asim.

—No —susurró mirando de un lado a otro nervioso, igual que sus compañeros—. ¡Elin! —gritó desesperado.

Neil y Gael también giraban sobre sí mismos, dispuestos a atacar y a salvarla si volvían a aparecer. Se giraron hacia Karan, el cual tenía todos los músculos en tensión y respiraba acelerado.

Neil tragó saliva y miró a Karan con temor.

—Se la han llevado.

Karan gruñó y se arrodilló al lado de Hermi cogiéndolo por los hombros.

—¡Hermi! —gritó desesperado mientras lo zarandeaba—. Vamos, ¡despierta!

Hermi seguía inconsciente. Cuando Ichiro había usado su poder tanto con Elin como con Adrián, estos habían despertado entre diez y quince minutos después de que les pusiesen el grano café bajo la lengua, pero aquello era demasiado tiempo para que Elin permaneciese junto a Asim —. ¡Despierta! —gritó zarandeándolo con más fuerza.

El ronroneo por detrás les hizo girarse a los tres. Rubén volvía a recobrar la conciencia e intentaba situarse.

Los tres corrieron hacia él y Karan lo incorporó apoyándolo contra la pared. Automáticamente, comenzó a golpear su mejilla con no poca agresividad para que se centrase.

—¡Eh! —gritó hecho un manojito de nervios—. ¡Escúchame! —Finalmente Rubén centró su mirada en él—. Elin... ¿Dónde está? —preguntó con voz grave.

Rubén tardó un poco en contestar, le costaba situarse.

—¿Elin? —preguntó, aunque luego sonrió de una forma socarrona—. ¿Se la han llevado ya? —preguntó divertido, todavía con los ojos semiabiertos.

Karan lo cogió por las mejillas de forma agresiva, obligándolo a que lo mirase a los ojos, apretándole con los dedos.

—Dime adónde la han llevado —rugió con tal furia que Neil y Gael se miraron de reojo, arrodillados cada uno a un lado.

Rubén tosió e intentó deshacerse de la mano de Karan, pero este no se lo permitió.

—Dímelo —ordenó.

La sonrisa de Rubén se amplió.

—Jamás darás con ella —escupió al final—, y... para cuando lo hagas estará muerta —acabó la frase.

Karan comenzó a apretar la mandíbula de Rubén, pues los nervios ya no le permitían frenar su poder. ¡Lo freiría ahí mismo!

Neil lo apartó de inmediato colocándose frente a él. Colocó la palma de la mano en su pierna y, al momento, Rubén comenzó a gritar, pues lo estaba chamuscando.

Karan se puso en pie, removiéndose nervioso, y miró a Hermi. Sin Hermi no podía dar con ella y, aunque esperase a que despertara y fuesen a buscarla, puede que para entonces fuese demasiado

tarde. Necesitaba hacer algo.

—¿Dónde está? —gritó Gael colocando la palma de su mano en el pecho de Rubén que al momento comenzó a asfixiarse, pues sus pulmones se llenaban de agua. Apartó la mano de su pecho y Rubén tosió compulsivamente—. Dínoslo o te juro que te ahogaré.

Rubén comenzó a reír, incrédulo.

—No la encontraréis... —repitió.

Neil volvió a colocar una mano en su pierna, de la cual comenzó a salir humo mientras Rubén se retorció de dolor.

Karan apretó los labios. Jamás había sentido el corazón tal acelerado, jamás había pasado tanto miedo ni había sentido tanta furia. Miró de nuevo a Hermi, no despertaba. Se miró la muñeca y observó que hacía poco más de cinco minutos que le habían puesto el grano de café bajo la lengua. Aún podía tardar unos diez minutos más en recuperar el sentido y, para entonces, ya sería demasiado tarde.

Se quedó observando la pulsera, la pulsera que le había entregado el señor Morris.

¿Cómo no había caído antes?

—El GPS —susurró apretando los botones.

Buscó en la agenda con el pulso firme hasta que dio con el nombre de Elin, apretó y observó cómo aparecía un mapa señalando el punto donde se encontraba la pulsera de ella y, por lo tanto, Elin.

Gael golpeó con fuerza la mejilla de Rubén que rebotó contra la pared. Su boca se llenó de sangre, pero, aun así, este no dejaba de sonreír, como si la situación lo divirtiese.

Tosió un par de veces más y se pasó la mano por la boca limpiándose la sangre que goteaba de su labio.

—No ganaréis... —susurró con una mirada convencida hacia ellos.

En ese momento una explosión les hizo caer sobre el suelo a todos. Neil y Gael se giraron de inmediato. Karan debía de haber puesto la mano sobre la pared del templo y esta había salido volando por los aires, pues en su mano aún se paseaban los rayos azulados entre sus dedos.

El polvo invadió toda la estancia.

—Karan... —comento Gael colocándose de rodillas de nuevo.

Karan se giró hacia ellos, su mirada reflejaba miedo, pero también determinación. Si algo estaba claro era que a Karan se le había agotado la paciencia, pues jamás habían visto una mirada tan cargada de furia como la de aquella vez.

Supieron lo que iba a hacer en cuanto miró su pulsera y se volvió hacia el paisaje que había mantenido oculto la pared hasta pocos segundos antes.

Karan miró decidido hacia el horizonte y, de repente, desapareció. Sabían que era rápido, que su velocidad igualaba a la del rayo, pero jamás lo habían visto moverse a una velocidad que incluso lo suspendiese en el aire. Las nubes que había en el horizonte se abrieron para darle paso.

Desapareció sin decir nada más, aunque ambos sabían que el motivo de su partida era ir en busca de Elin.

—Vais tarde —pronunció Rubén con una sonrisa maliciosa, atrayendo la mirada de ambos.

Neil lo miró esta vez con una sonrisa.

—Os habéis equivocado. Me parece que la paciencia de Karan se ha acabado, y eso no os conviene —lo amenazó, aun así, el gesto de Rubén seguía igual, con aquella sonrisa desafiante

mostrando sus dientes ensangrentados.

Se apoyó correctamente contra la pared con gesto dolorido.

—No nos hemos equivocado —pronunció elevando la mirada hacia Neil—. Vosotros os habéis equivocado. —Rio con más fuerza, lo que puso en alerta a Neil y a Gael que se miraron de reojo—. No os dais cuenta de nada...

—¿Y de qué nos tendríamos que haber dado cuenta? —preguntó Gael.

Rubén se giró hacia él, lentamente.

—Karan ha ido por Elin, Neil y tú estáis aquí atrapados y Hermes sigue inconsciente... —Se apoyó en las manos para echar su tronco hacia delante y enfatizar las siguientes palabras—. Dime, ¿quién vigila el casco ahora? —Y rio de nuevo al comprobar el rostro temeroso de ambos al ser conscientes de lo que estaba ocurriendo. Neil incrementó su respiración—. No tenéis nada que hacer. Hades ganará y todo volverá a ser como antes, ninguno de los humanos que existe sobrevivirá. Solo quieren la guerra, nos han olvidado, nos... —Dejó de hablar cuando Gael golpeó su pómulo y este salió despedido hacia atrás cayendo de nuevo inconsciente.

Neil cogió su móvil mientras señalaba a Hermi y Gael corría hacia él agachándose a su lado. Marcó directamente el número de Miguel Ángel, pues sabía que él era el encargado de custodiar el subterráneo.

—Hermi, vamos... —susurró Gael palmeando sus mejillas—, despierta. Te necesitamos.

Neil miró asustado a su compañero.

—No lo cogen.

—Llama a Lucía —indicó Gael mientras seguía zarandeando a Hermi.

Neil comenzó a buscar en la agenda, pero, en ese momento, Hermi tosió y expulsó el grano de café de la boca con cara de desagrado.

—Me cago en...

Gael no le dejó acabar la frase y lo colocó recto cogiéndolo por los hombros. Hermi parecía un poco mareado, pues se llevaba la mano a la frente intentando centrarse.

—Hermi, Hermi... a casa —ordenó Gael mientras Neil se agachaba a su lado—. Se van a llevar el casco.

—Uhhmm... —dijo entreabriendo los ojos.

Neil resopló y se colocó ante él.

—Hermi, mírame... —dijo intentando que centrarse los ojos en él.

Tras unos segundos Hermi logró mirarlo.

—El muy capullo de Ichiro me ha... —Se llevó las manos a la cabeza—. Ahhh... la cabeza me está matando —dijo apretando los dientes.

—¡Escucha! —Lo cortó Neil con un grito—. Van a por el casco. —En ese momento Hermi sí reaccionó—. Llévanos a casa. ¡Ya!

Elin notó un fuerte golpe contra el suelo quedándose sin respiración unos segundos. Tragó saliva y miró al frente, aún tumbada sobre este.

Se encontraba en un gran avión. Lo primero que observó en un lateral fue un puesto de mando desde donde dos semidioses controlaban los radares. No los conocía en persona, pero sabía que no tenían ningún poder especial.

Frente a ella, varios metros por delante, debía de haber unos diez semidioses más, algunos de

ellos sí le eran conocidos y, por detrás, pudo ver que quien pilotaba el avión era Odell, el hijo de Ares, dios de la guerra.

No se atrevió a moverse, intentando todavía ubicarse. A través de las pequeñas ventanas circulares a lado y lado del avión pudo ver el cielo. ¿Estaban volando?

Su mirada coincidió directamente con aquellos ojos oscuros.

—Bronte —gruñó ella aún tirada en el suelo.

Sabía la razón por la cual la habían llevado allí, ya lo había comentado con Karan anteriormente. Necesitaban su poder, pero de ninguna forma iba a ayudarles.

—Aquí la tienes —dijo una voz cercana.

En ese momento fue consciente de que Asim estaba de pie a su lado. Él era quien la había teletransportado hasta allí.

No esperó, ya habían intentado dormirla una vez y sabía que o bien intentarían usar su poder o bien acabarían con ella.

Giró sobre el suelo para golpear las piernas de Asim con las suyas y derribarlo. Pelearía, pelearía hasta la extenuación. Se arrojó con todas sus fuerzas, pero Asim desapareció justo cuando iba a golpearlo.

Se puso de rodillas de inmediato, en posición de ataque, mientras observaba a cuantos tenía por delante.

Bronte miró a Asim un segundo.

—Buen trabajo. Ve a por el casco y entrégaselo a mi padre —ordenó.

Elin se puso en pie de inmediato, alertada por las palabras que acababa de escuchar.

—¿El casco? —susurró ella mirando fijamente a Bronte mientras Asim desaparecía. Bronte la miró sonriente. Elin dio un paso al frente, envalentonada—. ¡No lo lograrás!

—Y tanto que lo lograré, Elin —pronunció colocando las manos tras su espalda, caminando en su dirección con toda la calma del mundo.

En ese momento se dio cuenta de que todos los allí presentes la observaban fijamente. Notó temor, aquello no iba bien. Se encontraba en un enorme avión sin saber hacia dónde se dirigían, rodeada de todos sus enemigos y, al frente de ellos, Bronte, el hijo de Hades.

—¿Dónde estamos? —preguntó con furia hacia él.

Bronte se detuvo y se encogió de hombros.

—Estamos pasando por encima de Atenas ahora mismo —sonrió sin darle importancia a aquel dato.

¿Atenas? Tragó saliva. Sabía que Meteora, donde se encontraban sus compañeros, no estaba excesivamente lejos de Atenas, a poco más de trescientos cincuenta kilómetros. El trayecto en coche no llegaba a cuatro horas, pero aquel no era el problema, el problema era adónde se dirigían.

Observó en dirección a la ventana. El cielo era de un azul intenso, aunque vio cómo varios cazas, tanto por un lado como por el otro, parecían vigilar el inmenso avión. Bronte no andaba corto de recursos, pensó viendo cómo otro caza los adelantaba.

—Hay siete cazas que vuelan con nosotros protegiendo este avión.

Ella tragó saliva, intentando mantener la compostura.

—¿Adónde me llevas?

Bronte ladeó su cuello observándola fijamente. Aquella mirada la estremeció, aunque ningún

gesto en su rostro reveló temor.

—Tú no vas a ir a ninguna parte. —Ella lo miró sin comprender al principio, aunque cuando Bronte avanzó otro paso más ella retrocedió y miró hacia los lados buscando algo con qué defenderse. Sabía que podía darle una paliza a cada uno de ellos por separado, pero no juntos.

Miró fijamente a Bronte. Sabía lo que aquellas palabras significaban. No la quería para aprovechar su poder, todos tenían claro que ella jamás los ayudaría. La quería muerta.

Elin dio otro paso hacia atrás mientras Bronte avanzaba con la mirada segura. Sabía cuál era su poder, ya la había visto usarlo varias veces. Primero con Lucía y después con Adriana. Le quitaría el alma, su poder, su vida... la absorbería y él se volvería más fuerte.

—¡Ni se te ocurra acercarte! —gritó ella colocándose en posición de ataque.

Bronte se detuvo y rio. La observó unos segundos hasta que extendió los brazos hacia los lados.

—¿Crees que puedes hacer algo? —La provocó mientras los demás semidioses se colocaban a su espalda, dispuestos a atacar—. Estamos sobrevolando la ciudad a mucha altitud, no tienes escapatoria —pronunció con una sonrisa maliciosa en su rostro—. Y, como ves, no estoy solo.

Ella miró hacia los lados, reconociendo a varios de los que lo acompañaban. Tritón se encontraba a la espalda de Bronte, con la mirada fija en ella. Tras ellos, había muchos más, pero no sabía de qué dioses eran descendientes.

—¿Cómo puedes hacer esto? —gritó a Tritón y lo señaló—. Tú eres hijo de Poseidón.

Tritón dio un paso al frente.

—Jamás se han interesado por nosotros —contestó él.

—¿Y Hades sí?

Tritón apretó los labios.

—Al menos Hades nos promete un mundo mejor.

Ella gimió.

—¿Sabes lo que hará con el Arca de la Alianza? ¿Sabes cuál es su poder si logra abrirla e introducir los objetos?

Bronte se adelantó.

—El resultado será un mundo mejor, más justo. —Miró de arriba abajo a Elin—. ¿No estás harta de ver cómo los humanos se matan los unos a los otros por un puñado de tierra? ¿No estás harta de tener que estar siempre en las sombras negando lo que somos?

—¿Y por eso quieres destruirlo? —gritó Elin que rastreaba de vez en cuando el avión buscando con qué defenderse.

—Zeus prefirió a la humanidad antes que a su propio hermano, mi padre —escupió Bronte—. ¿Por qué Zeus debe gobernarnos a todos? ¿Por qué arrojaron a mi padre al inframundo? —gritó colérico.

Ella apretó los labios.

—Quizá por esto mismo, por acciones como esta.

—Ohhh... ya veo —comentó en plan burlesco—. ¿Y dónde están ellos ahora para defenderte? ¿Dónde está tu dios Zeus o Poseidón? —gruñó—. No, ellos jamás se han interesado por la humanidad y han dejado que esta se degrade. Se matan entre ellos, se repudian los unos a los otros... ¿esa es la idea de un mundo idílico? Muchos no estaban de acuerdo cuando Dios les dio el libre albedrío, pues sabíamos que esto podía pasar. Manejan ya la bomba nuclear, viajan al

espacio... ¿no te das cuenta del peligro?

Elin miró hacia los lados y tragó saliva, intentando controlar la situación y no sucumbir al pánico. Bronte hablaba en serio, igual que su padre, y pretendían usar el arca sabiendo todas sus consecuencias.

—Tu madre es humana —susurró ella intentando hacerlo recapacitar.

—Mi madre era una puta —sentenció él—. Sí —confirmó avanzando de nuevo hacia ella—. Hijo de una prostituta y del dios del inframundo. —La miró de la cabeza a los pies—. Ella jamás mostró clemencia conmigo. A ese punto ha llegado la humanidad.

—No todos son así —indicó ella.

Bronte avanzó hasta colocarse ante ella.

—El momento del cambio ha llegado —indicó Bronte a pocos centímetros de su rostro—. No es la primera vez que ocurre... lo sabes. La última vez estuvimos a punto de ganar... esta vez lo lograremos del todo.

—Ni tú ni Hades sois nadie para decidir sobre el futuro de la humanidad —comentó con los músculos tensos, sin apartar la mirada de sus ojos. Dio un paso atrás rápidamente—. ¡Hermi! —gritó Elin como última medida para escapar de allí—. ¡Hermi!

—No, no, no... —le indicó Bronte riñéndola con el dedo, como si se tratase de una niña—. Hermi está dormido. Nadie va a venir a ayudarte.

Elin notó cómo su labio inferior temblaba al comprender lo que ocurriría a continuación. Se contuvo e inspiró con fuerza.

—Él vendrá a por ti... —sentenció.

Bronte arqueó una ceja.

—¿Quién? ¿Karan? —ironizó—. Estamos muy lejos Elin... —explicó con paciencia—, no llegaría, y ni siquiera sabe dónde estás.

—No lo conoces. —sollozó—. Él te encontrará —sentenció con voz grave mientras notaba cómo sus ojos se humedecían—, y acabará contigo. No sabes lo que has hecho.

Bronte no pareció intimidado por aquellas palabras y dio un paso adelante encarándose a ella.

—Para cuando dé contigo, tú —dijo cogiéndola de la mano y acercándola a él—, ya estarás muerta.

Elin rugió y golpeó con fuerza el rostro de Bronte, el cual salió impulsado hacia atrás soltando su mano.

—Atrévete a tocarme de nuevo —rugió ella.

Bronte se pasó el dedo pulgar por el labio manchándose de sangre. Tritón y unos cuantos semidioses más se adelantaron para enfrentarse a ella, pero Bronte los detuvo con la mano.

—Quietos.

Elin tenía la respiración acelerada y miraba de un lado a otro dispuesta a defenderse de cualquier forma.

—Ni siquiera tengo que acercarme para que te rindas a mí —dijo extendiendo sus brazos hacia ella.

Lo notó, notó cómo sus piernas comenzaban a temblar, cómo su fuerza comenzaba a abandonarla.

Lo miró con los dientes apretados. Puede que muriese, pero iba a morir luchando.

—¡Eres un cobarde! —gritó corriendo hacia él para detenerlo, pero Bronte incrementó su

poder haciendo que ella perdiese las fuerzas incluso para dar un paso más. Le costaba mantenerse en pie.

Se acercó a ella sin descender su mano y cogió su brazo. Elin elevó la mano que tenía libre para golpear su cara, pero Bronte se la detuvo.

—Será mejor que no luches... —comentó sonriente mientras sus ojos comenzaban a brillar—, así será más rápido.

—¡No! —gritó ella intentando deshacerse de sus manos.

En ese momento Bronte abrió la boca y comenzó a aspirar.

Una luz comenzó a brotar de su garganta. Jamás había sentido algo así, como si absorbiesen su vida. Intentó en un movimiento desesperado liberarse de sus manos, un último esfuerzo, pero Bronte se estaba aplicando de lleno.

—Nooo... —sollozó ella mientras notaba cómo los latidos de su corazón se ralentizaban.

Las piernas comenzaron a temblarle, sin fuerza, como si fuesen de gelatina, sin aguantar ya su propio peso mientras veía que la luz que emanaba de la boca de Bronte cada vez era más brillante.

Cayó al suelo de rodillas, sujeta por las manos de Bronte que la acompañó al suelo sin soltarla.

—Él... —susurró Elin mientras notaba cómo todo se nublaba a su alrededor—, Karan... te encontrará.

Bronte no respondió y siguió absorbiendo su energía, su poder.

Dejó que el cuerpo de Elin cayese del todo, tumbándola. En ese momento la soltó, pues ya ni siquiera tenía fuerzas para moverse, a duras penas su pecho subía y bajaba por la respiración ralentizada y ya ni podía mantener los ojos abiertos. Su piel se había vuelto totalmente blanquecina.

Colocó una mano a cada lado de su cuerpo y su rostro sobre ella para acabar de absorber todo su poder.

Una pena, pero era necesario si querían que su plan funcionase. No podían permitirse que Elin fuese incrementando el poder de la facción contraria y sanándolos o sería imposible ganar y, ahora, estaban más cerca que nunca.

Se fijó en sus ojos entreabiertos observándolo y ningún sentimiento de culpabilidad recorrió su oscura alma. Estaba decidido a hacerlo. Harían cualquier cosa para lograr su objetivo.

## 21

Miguel Ángel pasó la página del siguiente libro y continuó con la lectura. Aquellas guardias eran un rollo.

Al menos, cuando le tocaba estar en la planta superior podía estar con un compañero. En aquel momento Alexandros y Adrián guardaban la puerta del rellano que permitía el acceso a la planta baja donde él se encontraba.

Durante seis horas él se encargaría del subterráneo donde estaba aquella puerta blindada que protegía la cámara para acceder al casco.

Debía admitir que, por lo menos, aprovechaba aquellas guardias para leer, un hábito que había perdido durante aquellos últimos meses.

Miró hacia la cámara antes de continuar con la lectura. El sonido de los pasos al bajar las escaleras que tenía por delante le hicieron alzar la vista y depositar rápidamente el libro sobre la mesa.

Se puso en pie de inmediato con una sonrisa.

—Karan —dijo sorprendido y parpadeó varias veces—. ¿Ya habéis vuelto?

Karan asintió y miró a su alrededor.

—Sí, ha sido rápido —indicó mientras se detenía.

Miguel Ángel asintió mientras lo observaba. Dio un paso hacia él con cierta intriga en su mirada.

—¿Habéis encontrado al Gran Maestro?

Karan asintió.

—Sí, ya está solucionado. —Le indicó e hizo un gesto hacia la puerta—. Ve con el resto, nos reuniremos ahora en la oficina y os informaré de todo.

Miguel Ángel lo observó. No es que Karan fuese el alma de la fiesta, pero estaba realmente extraño.

En ese momento recordó las palabras de él: uno de los semidioses podía cambiar de forma, hacerse pasar por ellos, debían tener extremo cuidado. Las últimas órdenes recibidas era que nadie bajase allí.

Lo contempló. Realmente era él, era su jefe, pero había algo en sus gestos, en su mirada, que lo desconcertaba.

Dio un paso al frente colocándose al lado de la mesa y llevó la mano a su espalda con disimulo, notando el mango de una daga.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? No te he escuchado abrir la puerta.

Karan mantenía la mirada fija en la puerta acorazada que se encontraba tras Miguel Ángel, aunque la desvió con una leve sonrisa hacia él.

—Hermi me ha traído —dijo avanzando, pero él se interpuso en su camino y lo detuvo colocando una mano en su pecho. Karan lo observó enfurecido—. ¿Qué haces? —Miguel Ángel apretó los labios y tragó saliva. Lentamente extrajo la daga mostrándosela y la colocó en su estómago. Karan lo miró enfurecido—. ¡Miguel Ángel! ¿Se puede saber a qué viene esto? —gritó.

Puede que estuviese metiendo la pata, que se estuviese equivocando, pero decididamente

aquella no era la forma de actuar que tenía Karan. Karan no hubiese intentado aproximarse a la cámara ni le gritaría de aquella forma.

—¿A qué te diriges a la cámara? —preguntó sin apartar la daga de su estómago.

Karan inspiró con fuerza.

—Solo quiero asegurarme de que el casco está ahí —indicó señalando en aquella dirección.

Miguel Ángel dio un paso atrás, extendiendo su brazo, dejando que la punta de la daga rozase el estómago de él.

—Lo está —comentó sin apartar la mirada de sus ojos. Tragó saliva e inspiró nervioso—. ¡Hermiti! —gritó Miguel Ángel.

Karan rio como si no diese crédito a lo que él estaba haciendo.

—Venga yaaa —bromeó—, ¿a qué viene todo esto? —volvió a preguntar.

—¡Hermiti! —gritó de nuevo de los nervios.

Aquel segundo grito enfureció a Karan que sabía lo que se proponía. En principio, si Hermiti lo había llevado hasta allí estaría cerca, por lo que si lo llamaba acudiría en un momento confirmando así que era quien decía ser, pero sabía que Hermiti no iba a venir, que Ichiro lo había dormido.

Su mirada se encontró con la de Miguel Ángel que lo observaba temeroso.

—¡Hermiti! —gritó una vez más.

Justo entonces, Karan cogió la daga con fuerza por el metal, ante la mirada asustada de Miguel Ángel. Si seguía gritando así llamaría la atención de todos sus compañeros.

Miguel Ángel observó cómo Karan sujetaba con fuerza la daga y un hilillo de sangre comenzaba a caer al suelo producto de los cortes provocados al sujetar la daga.

Tragó saliva y lo miró fijamente.

—Tú no eres Karan —susurró.

—No, no lo soy —respondió a secas.

—¡Alexan...! —comenzó a gritar para prevenir a sus compañeros, pero Asim, en un ágil movimiento, arrebató la daga de la mano de Miguel Ángel, desapareció de su vista apareciendo a su espalda y colocó la daga en su cuello, sin poder dar oportunidad de reacción a Miguel Ángel.

—No deberías haber gritado —lo amenazó contra su oreja antes de clavar la daga en su cuello y arrastrarla por toda la garganta provocando que una cascada de sangre brotase de él manchando toda su camiseta.

Acompañó el cuerpo de Miguel Ángel al caer mientras escuchaba el sonido gutural de su garganta al intentar respirar.

Observó la daga en su mano manchada de sangre mientras la sangre de Miguel Ángel comenzaba a extenderse por el suelo. Pudo ver cómo su cuerpo se contorsionaba levemente hasta que se detuvo.

Sin más, limpió la daga en la manga de su camisa negra y la colocó en su cinturón. Pasó por encima del cuerpo inerte y se colocó ante la puerta.

Debía darse prisa, seguramente mantendría el contacto cada poco tiempo con sus compañeros para asegurarse de que todo iba bien y, al no recibir respuesta, estos bajarían alarmados.

Elevó su mano y pulsó los números que Ichiro le había hecho memorizar días antes. Al menos, les había servido de ayuda. No le había costado infiltrarse en los sueños de muchos de ellos, Karan entre otros, para averiguar su clave. Era extraño que no hubiesen atado cabos hacía unos

días cuando muchos de ellos se habían despertado con dolor de cabeza.

Además, tenían la gran suerte de que Karan no necesitaba tarjeta para acceder, con el número secreto y el reconocimiento de retina había suficiente.

—Cuatro, seis... —Acabó de pulsar los siete números que Ichiro le había dicho. Colocó sus ojos ante el escáner de retina y un chirrido le indicó que la puerta estaba abierta.

Actuó rápido. La abrió y entró en el interior de la estancia. Sabía que no contaba con muchos segundos, aunque durante un par de ellos se quedó extasiado contemplando el casco de oro que reposaba sobre una pequeña columna. Aquella imagen era hipnótica.

Lo cogió con las dos manos notando el peso de este y salió del habitáculo justo cuando escuchó el sonido de una melodía.

Cerró la puerta de la cámara acorazada y volvió a saltar sobre el cuerpo inerte de Miguel Ángel para acercarse a la mesa y observar el móvil de este vibrando sobre ella.

—Neil —susurró con una leve sonrisa. Lo estaban llamando para avisarlo, pero ya era demasiado tarde.

Observó el casco de Hades. Era la primera vez que lo veía.

Lo elevó para ponérselo en la cabeza y salir de allí cuando escuchó que la puerta se abría a toda prisa. Escuchó los primeros pasos bajar acelerados. Una sonrisa se apoderó de su rostro mientras se ponía el casco desapareciendo del subterráneo.

—¡No contesta! —gritó Gael mientras bajaba a toda prisa los escalones seguido de Neil, Hermi y los dos compañeros que vigilaban la puerta, Alexandros y Adrián.

Los cinco se quedaron clavados en el suelo al observar la imagen. El cuerpo de Miguel Ángel permanecía en el suelo, tumbado boca abajo y rodeado de un charco de sangre.

—Nooo. —sollozó Adrián corriendo hacia él. Lo siguieron Alexandros y Neil que se arrodillaron a su lado y le dieron la vuelta con cuidado—. Miguel Ángel... —gritó Adrián—. No, no, no...

—Mierda —gritó Neil al ver el profundo corte de su garganta. Buscó su pulso entre la sangre de su cuello y miró angustiada a Hermi—. ¡Ve a por Elin!

—Si no me llama me es difícil dar con la gente —le recordó con ansiedad, al borde del llanto.

La mirada de todos se posó en Gael. Tenía los ojos vidriosos, clavados en el cuerpo de su compañero fallecido, aunque se dirigió directamente hacia la puerta acorazada con todos los músculos tensos. Extrajo su tarjeta, la insertó en la ranura, pulso los números y luego colocó sus ojos para que el sistema escanease sus retinas.

Abrió y se quedó totalmente pasmado.

Todos supieron que el casco no estaba cuando Gael tragó saliva y se giró hacia ellos con la mandíbula apretada. Sus facciones denotaban miedo.

—No está —pronunció—. Se lo han llevado —acabó con la voz entrecortada.

Su mirada voló hacia el cuerpo de Miguel Ángel mientras Alexandros y Neil intentaban reanimarlo.

—Neil... —susurró Gael, y después negó con su cabeza dándole a entender que no podían hacer nada.

Se observaron todos unos segundos, con una mezcla de ira y miedo, pues eran conscientes de lo que aquello representaba y de lo que se jugaban en ese momento.

—Iré en busca de ayuda e intentaré localizar a Elin y a Karan —comentó Hermi hecho un

manejo de nervios.

Neil se giró hacia él, muy nervioso.

—¿A quién vas a buscar? —preguntó extendiendo los brazos hacia los lados, pues prácticamente todos los semidioses que estaban de su parte se encontraban allí.

Hermi desapareció sin responder, dejándolos solos en aquel subterráneo.

Bronte aspiró con fuerza la esencia dorada que salía del cuerpo de Elin, inclinándose sobre ella para no desperdiciar ni una gota. Notó cómo sus músculos adquirirían fuerza, poder... jamás había absorbido una energía tan pura, con tanto potencial.

Observó a Elin gemir sin fuerza, con los ojos entreabiertos. Era una mujer preciosa, seguramente de las semidiosas más hermosas que existían. Era una lástima que luchase en el bando contrario, le hubiese gustado tenerla para él.

Ahora, con ella fuera de juego, su victoria estaba asegurada. Elin no podría sanar a aquellos a los que dañase o quitase la vida. Un nuevo mundo se acercaba y él formaría parte de él desde el principio, sería uno de los señores.

Atrás quedarían los días en las sombras donde los humanos dominaban el mundo como si fuese de ellos, donde se veían relegados a permanecer escondidos, ocultándose. Ahora, ese mundo sería de ellos. Durante milenios se había estado gestando esta rebelión, urdiendo un plan para conseguirlo y, al fin, después de tanta lucha y sacrificio, lo lograrían.

Volvió su mirada hacia los ojos de ella. Hacía pocos minutos habían sido de un azul intenso, como el cielo, ahora, su azul se iba apagando al igual que el color de su piel, tomando un tono cristalino. Sin embargo, la fuerza de él aumentaba, notaba cómo todo aquel poder se iba distribuyendo por todo su cuerpo, por cada uno de sus músculos, dotándolo de una vitalidad que jamás había conocido. Después de aquello, del poder que estaba absorbiendo, sería invencible durante mucho tiempo, lo justo y necesario para llevar a cabo el plan de su padre, un plan que ahora seguro que los llevaría a la victoria.

Uno de los semidioses que permanecía en la mesa del radar miró asombrado la pantalla.

—Algo se acerca —pronunció. Tritón se acercó y observó la pantalla asombrado—. Doscientos kilómetros —le informó.

Tritón se giró para observar a Bronte y ver cómo aquel vapor dorado que desprendía el cuerpo de Elin era absorbido por él.

—Cien kilómetros —pronunció el semidiós asustado mientras se ponía en pie.

—Debe de ser un caza —comentó Tritón intentando calmarlo mientras ese muchacho se dirigía rápidamente hacia una de las ventanas para observar.

—Un caza no es tan rápido —respondió con los nervios a flor de piel mientras algunos de los semidioses que los acompañaban en el avión observaban nerviosos la pantalla y otros miraban por la ventanilla.

—Cincuenta kilómetros —pronunció otro de los que observaba la pantalla, y se giró asustado hacia el resto.

Uno de los que miraban por la ventanilla tragó saliva al ver qué se dirigía a una velocidad sobrehumana hacia allí. Notó cómo un tic se apoderaba de su ojo y cómo se le entrecortaba la respiración.

—Mierda —susurró.

Nadie tuvo tiempo de reaccionar.

Karan no disminuyó su velocidad, se precipitó directamente contra la chapa del avión, agujereándola, y entró realizando un brusco aterrizaje que desestabilizó la aeronave.

Parte de las placas que cubrían la parte superior del avión salieron disparadas creando un agujero más grande y una huracanada corriente de aire se apoderó del interior de esta. Los gritos fueron generalizados y, pese a que muchos de ellos intentaban sujetarse, el viento era tan violento que salieron disparados por la abertura que Karan había creado en el techo.

Bronte había salido impulsado varios metros por delante, aunque cuando alzó su mirada se quedó totalmente pasmado. Karan se encontraba con la rodilla flexionada y la mano sobre el suelo como si se hubiese detenido así en su aterrizaje. Los rayos azulados recorrían todo su cuerpo en una muestra de poder que los dejó a todos aterrorizados.

Bronte se sujetó a un asidero mientras el aire intentaba echarlo del avión que en ese momento se encontraba desestabilizado, moviéndose de un lado a otro, y pudo ver, a través de las ventanillas, que este comenzaba a descender sin rumbo. Otro semidiós salió volando del avión por la fuerza del aire al no poder sujetarse.

—¡No puedo controlarlo! —gritó Odell que estaba a los mandos.

Bronte hizo fuerza con los dos brazos para mantenerse sujeto y centró en Karan su mirada. La imagen era sobrecogedora. Lo había infravalorado.

Karan apartó los mechones de cabello rubio de Elin que volaban sin control y colocó una mano en su mejilla, acariciándola. Había tenido tanto miedo de perderla... Tenía la piel blanquecina y ni siquiera podía moverse, solo le tranquilizó el hecho de constatar que su pecho subía y bajaba lentamente con su respiración.

Elin abrió los ojos lentamente y dio justamente con los de Karan, bastante próximo a ella, observándola con tal preocupación que en ese momento tuvo deseos de llorar. Sabía que él haría lo que fuese para ponerla a salvo, que iría en su búsqueda, pero aquellos últimos minutos había dudado sobre si llegaría o no a tiempo. Elevó como pudo su mano hasta la que él tenía posada sobre su mejilla y la acarició en señal de cariño, sin prácticamente fuerzas.

El grito de otro semidiós al salir disparado hizo que Karan elevase su mirada para observar cómo otro más salía volando por el agujero. Pudo ver a través de las ventanillas que el avión se precipitaba sin control.

—¡Es imposible! —gritó Odell a los mandos.

En ese momento el avión giró hacia la derecha provocando que muchos fuesen arrojados hacia ese lado golpeándose contra el suelo y las paredes, sin encontrar un lugar donde sujetarse. Karan sujetó a Elin haciendo presión contra el suelo y se fijó en la inclinación del avión y en cómo descendía a gran velocidad sobre la ciudad de Atenas. Le sorprendió más ver que varios cazas lo seguían, como si intentasen prestar su ayuda.

—¡Hazlo! ¡Contrólalo! —gritó Bronte desesperado a Odell, sujeto con fuerza para no salir disparado. Otro brusco giro hacia el otro lado hizo que Bronte rugiese intentando no salir disparado. Odell estaba intentando estabilizar el avión, pero sabía que era del todo imposible.

La mirada de Karan coincidió con la de Bronte. Bronte tragó saliva. El cuerpo de Karan aún era recorrido por pequeños rayos que lo rodeaban. Jamás había visto a alguien sentir tanta furia. Todos sus músculos estaban en tensión.

Karan cogió del brazo a Elin que intentó moverse, aunque le era difícil. La ayudó a sentarse sin

apartar la mirada de Bronte y la rodeó con los brazos. Pudo sentir cómo Elin apoyaba su cabeza en su hombro mientras su cabello volaba de un lado a otro y un suspiro salía de lo más profundo de su ser.

Karan la abrazó mientras observaba fijamente a Bronte. Su respiración se aceleró al ser consciente de que había estado a punto de perderla. Bronte era un despiadado asesino, sin escrúpulos, y no pararía hasta conseguir lo que quería.

Ya había aguantado bastante: había intentado hacer las cosas bien, lastimando lo mínimo posible a todos los que no opinaban como él, pero aquello era la guerra y si eso era lo que querían, guerra iban a tener.

Bronte soltó una de sus manos y la extendió hacia Karan. Supo lo que pretendía con aquel movimiento, apoderarse también de su alma, de su energía vital.

—Conmigo no podrás —sentenció Karan abrazando con más fuerza a Elin, rodeándola totalmente con sus dos brazos para protegerla mientras ella hacía lo mismo sujetándose a su cuello con todo su cuerpo temblando y sus cabellos volando en todas direcciones.

Bronte fue consciente de lo que iba a ocurrir, por algo lo llamaban el destructor.

—¡Asim! —gritó Bronte desesperado. Sabía que era la única forma de salir de allí con vida.

Karan no dejó de observarlo ni un segundo. Su paciencia se había agotado.

Sujetó con fuerza a Elin sin apartar la mirada de él, una mirada cargada de odio y rabia. No esperó más para actuar, ahora que la tenía entre sus brazos ya nada tenía importancia más que sacarla de allí, pero era tal la rabia que sentía dentro que ya no podía controlarse. Además, no podía permitir que aquel avión se precipitase en medio de Atenas sesgando cientos de inocentes vidas humanas.

Lo último que pudo ver fue a Bronte gritando el nombre de Asim antes de dejar escapar gran parte de su poder.

El avión explotó con tal fuerza que el material del que se componía se desintegró. La onda expansiva que se creó derribó a los siete cazas que lo seguían. Una onda circular surgió desde el punto donde se encontraba Karan, distribuyéndose a gran velocidad por el cielo y destruyendo todo lo que se encontraba a su paso, triturándolo.

El avión y los cazas desaparecieron sin dejar rastro mientras la onda expansiva avanzaba hacia el horizonte. Nadie excepto él y Elin podría sobrevivir a aquel estallido.

¿Querían guerra? La tendrían.

## 22

Hades notó cómo algo dentro de él se rompía. Era la segunda vez que lo sentía y sabía perfectamente lo que significaba.

Cogió su cetro y salió a toda prisa de la habitación, andando por el pasillo con paso decidido.

Salió de su suntuoso castillo y lo rodeó hasta llegar a la parte trasera. No redujo su paso ni su marcha cuando tomó unas escaleras de caracol que descendían por un barranco que parecía infinito.

Enseguida, el sonido de aquellas bestias que habitaban lo más profundo del Hades llegó a sus oídos. Los gritos y los gruñidos de los cíclopes se hacían más potentes a medida que descendía los escalones.

Tardó varios minutos en llegar hasta la parte baja de aquel terraplén, la luz apenas se internaba hasta allí. Varios cíclopes lo miraron boquiabiertos al verlo allí, pues no era muy dado a descender hasta lo más profundo.

Allí hacía frío, aunque aquellas bestias no parecían sentirlo, pues caminaban medio desnudas con sus casi tres metros de estatura, su corpulencia y su cabeza en forma de pepino, con un solo ojo en el centro.

Caminó en línea recta pasando al lado de algunos de ellos que se apartaban asustados para no obstaculizarlo. Tras el camino angosto se abría un extenso llano, casi infinito, y, en medio de aquella nada, la laguna de Estigia transportaba las almas de todos los difuntos. Cerbero se encontraba allí ladrando, aunque guardó silencio en cuanto lo vio aparecer, escondiéndose tras una roca.

Se quedó totalmente absorto cuando reconoció la figura de Bronte sobre la balsa custodiada por Caronte que atravesaba la laguna.

Nunca se había considerado padre de ninguno de los hijos que había engendrado a lo largo de milenios, pero Bronte era el único del que se había sentido un poco orgulloso.

Bronte miraba de un lado a otro, conmocionado.

Hades se acercó a la barca que se detuvo de inmediato. Cuando Bronte se giró se quedó observando a su padre sin decir nada. Hades también lo observaba.

—¿Quién ha sido? —preguntó.

—Karan —contestó directamente.

No dirigió ninguna palabra más hacia su hijo, se giró y dejó que la barca siguiese recorriendo el largo camino.

Lo suponía. Algo dentro de él le había dicho desde un principio que la muerte de su hijo sería provocada por aquel semidiós hijo de su hermano Zeus, pero quería confirmarlo y estar seguro antes de dar su próximo paso.

Ahora ya nada lo frenaba. Debía admitir que el plan no estaba saliendo del todo como había imaginado, un par de salvedades, pero jamás había estado tan cerca como en ese momento de lograrlo.

Puede que Zeus, al igual que él, no se moviese por sus hijos directos, pero sabía que sí lo haría por la humanidad.

La gente aún mantenía la vista hacia el cielo por la explosión ocurrida hacía pocos minutos cuando Karan se materializó en medio de la Plaza de la Constitución, en Atenas. También llamada plaza Síntagma, era una enorme plaza cuadrada con fuentes a los lados y en el centro.

Muchas de las personas que paseaban por la zona o bien permanecían sentadas en el bar que había en un lateral se habían puesto en pie para observar, asustados.

—¿Era un avión? —Escuchó que preguntaba la gente, sin prestarles atención a ellos dos.

Karan se arrodilló con Elin. Estaba muy pálida y débil, pero al menos estaba con vida.

Pasó de nuevo su mano por su mejilla mientras ella abría los ojos lentamente.

—Elin —susurró él notando su piel fría bajo la palma de la mano.

Se llevó la mano a la cabeza y ronroneó mientras abría los ojos de nuevo. Se notaba extremadamente débil. Finalmente coincidió la mirada con Karan que la observaba con preocupación, recorriendo cada milímetro de su rostro. Tragó saliva y desvió la mirada hacia el cielo intentando ordenar las ideas.

Asim la había llevado a un avión donde se encontraba Bronte. Tras intentar defenderse este había comenzado a absorber su energía, su poder. Recordaba que todo había comenzado a nublarse. Poco después un fuerte estallido y una corriente de aire huracanada habían invadido todo el avión. Karan había ido a buscarla y la había salvado. En el cielo aún persistía la nube de humo que avanzaba movida por el viento, producto de la explosión.

Volvió su mirada hacia Karan que la observaba expectante.

—¿Estás bien? —insistió él, aunque desvió la mirada a su alrededor.

La gente aún pasaba a su lado sin prestarles atención, intentando averiguar lo que había ocurrido en el cielo.

—¿Habrá sido un atentado? —preguntó una mujer nerviosa.

Elin suspiró y volvió a centrar la mirada en él.

—Sin fuerzas —susurró al final.

Karan volvió a bajar su mirada hacia ella.

—Supongo que no puedes curarte a ti misma, ¿verdad?

Ella volvió a tragar saliva.

—No... me temo que no —dijo cerrando los ojos de nuevo, pues aún le daba vueltas la cabeza.

Karan apretó los labios mientras la mantenía entre sus brazos, arrodillado.

El barrio de Plaka donde tenía su casa no estaba lejos de allí. No tardaría ni un minuto en llegar a su velocidad. Se concentró en su rostro. Estaba extremadamente pálido y sus ojos de un color más claro de lo normal. Sabía que recuperaría las fuerzas, Elin era una mujer extraordinaria y con una fortaleza insuperable, pero... si no hubiese llegado a tiempo la habría perdido. Bronte había absorbido su poder casi por completo, dejándola casi sin vida. No le gustaba usar su poder, pero aquello había ido demasiado lejos y no iba a pasar ni una más. Ahora, parte del ejército de Hades había sido derrotado y no dudaría en volver a actuar si lo veía necesario. Iba a ponerle fin a aquello, costase lo que costase.

Miró hacia los lados y finalmente sujetó con más fuerza a Elin.

—¿Crees que puedes caminar? —preguntó poniéndose con ella en pie—. Hay que marcharse de aquí.

Ella apoyó sus manos en sus hombros para sujetarse y guardar el equilibrio, aún le temblaban demasiado las piernas. Cuando notó su debilidad, Karan la sujetó con más fuerza y la observó

directamente a los ojos mientras colocaba su mano en su mejilla intentando que ella centrara la mirada en él.

—Elin, Elin... —dijo acariciándola suavemente, intentando que reaccionara. Sin duda estaba conmocionada.

Ella pareció recobrar un poco más el sentido ya que mantuvo los ojos fijos en Karan. Su azul, aunque seguía siendo más tenue de lo normal, adquiriría un poco más de color.

—El avión... —susurró Elin al final—, Bronte...

—No nos molestará más —sentenció. Ella cerró los ojos unos segundos intentando asimilar aquellas palabras. Sabía a qué debía su apodo, el destructor, pero una cosa era la teoría y otra ver poner aquel impresionante poder en práctica. Le daba respeto, pese a que por todos era sabido que era el semidiós con más poder, era muy diferente verlo en acción, ver de qué era capaz.

En ese momento recordó todas las veces que se había contenido de entrar a pelear y se había negado a usar su poder. No le había hecho ni falta elevar una mano o concentrarse para hacer saltar por los aires un enorme avión del ejército y una flota de cazas. ¿De qué sería capaz si se concentraba y luchaba con todo su poder?

Tragó saliva y lo observó.

—¿Estás mejor? —preguntó él aún sujetándola.

Ella asintió.

—Un poco mejor —corroboró con un hilo de voz.

Karan apretó los labios y finalmente fue a agacharse para cogerla en brazos cuando algo lo detuvo. Elin supo que algo ocurría cuando notó que el cuerpo de él se tensaba y se quedaba clavado en el suelo. Miró hacia delante, igual que Karan, que mantenía la vista clavada en un punto cercano a la fuente central de la plaza.

Su mirada coincidió con Theron, hijo de Tánato, dios de la muerte, aunque este no iba solo, unos metros a su lado reconoció a aquella mujer que había visto convertirse en llamas en Etiopía, seguramente descendiente de Helio. Al otro lado, y mirándolos también fijamente, se encontraban Vasilus, hijo de Némesis, Zarek, hijo de Priapo, y uniéndose a ellos, caminando hasta alcanzarlos, se encontraban Rob, hijo de Selene, la personificación de la luna, y Erik, hijo de Artemisa.

Todos se detuvieron a unos metros de ellos. Las personas paseaban por la plaza entre ellos sin ser conscientes de quiénes eran.

Karan cogió enseguida de la mano a Elin que dio un paso hacia atrás al ser consciente de la amenaza y miró alrededor.

La plaza estaba repleta de personas. La mayoría eran turistas que permanecían sentados bajo la carpa del bar donde ofrecían refrescos, aprovechando el magnífico día; otros bajaban las escaleras situadas al final de la plaza por donde se accedía hasta el Parlamento, donde cada hora se juntaban decenas de turistas para ver el cambio de guardia, lo que causaba que la plaza siempre estuviese repleta.

—Hay mucha gente —susurró Elin mientras Karan se colocaba ante ella.

Miró a su alrededor. Era cierto, había cientos de personas. Karan sabía que aquello no era accidental, no emplearía todo su poder rodeado de inocentes, como no lo había hecho en Meteora.

—Karan... —susurró Elin.

—Tranquila —intentó calmarla mientras daba unos pasos hacia atrás colocándola siempre a su espalda, sin perder el contacto visual con los semidioses que en aquel momento representaban una

amenaza no solo para ellos, sino para todos los que se encontraban en aquella plaza. Sabía que ellos no tendrían escrúpulos a la hora de usar sus poderes o asesinar a toda esa gente.

Theron dio unos pasos al frente y miró hacia el cielo.

—¿Qué has hecho? —preguntó a Karan en un tono elevado. Aquello llamó la atención de algunas personas que se encontraban paseando cerca y que lo observaron con una ceja enarcada.

Karan apretó los labios mientras miraba a su alrededor, controlando a toda la gente que pasaba cerca. Hubiese sido muy fácil coger a Elin y marcharse de allí, pero no podía dejar a todos aquellos civiles desprotegidos. La misión principal de sus adversarios era acabar con toda la humanidad, exterminarla. Si se iba de allí dejando a todos aquellos semidioses en medio de toda esa gente corría el riesgo de que acabasen con media ciudad.

—¡Has matado a Bronte! —gritó la mujer que creaba llamas.

—¡Ingrid! —la previno Theron al ver que ella se adelantaba con una actitud furiosa hacia él.

—Has acabado con Bronte, con Tritón, con Odell y con muchos compañeros más —comentó ella apretando los dientes con tal rabia contenida que parecía que fuese a explotar en cualquier momento.

Karan la miró fijamente.

—Ellos se lo han buscado. —Dio un paso hacia delante, quedándose Elin por detrás, la cual miraba asustada a ambos lados—. Y si no quieres acabar como ellos te sugiero que des media vuelta con tus amigos y os alejéis de aquí.

Ingrid miró con furia a Theron y al resto de sus amigos, los cuales permanecían expectantes.

Ingrid elevó su mano hacia Karan. Supo lo que iba a hacer, ya había visto de lo que era capaz en Etiopía al transformarse en una antorcha humana.

—¡Baja esa mano ahora mismo! —ordenó Karan dando unos pasos más al frente, señalándola.

—Los has matado —dijo esta vez con dolor, con la mirada firme y decidida.

Karan y Elin miraron alrededor: aunque algunos de los turistas que paseaban por allí se giraban asombrados al escuchar aquellos gritos, ninguno de ellos era consciente del peligro que corría, pues sonreían boquiabiertos y seguían con su paseo.

—Te aseguro que como hagas algo... —la amenazó Karan—, no me contendré contigo ni con ninguno de ellos.

Elin tragó saliva dando un paso más hacia atrás, consciente de que en cualquier momento podía comenzar una dura batalla. Notaba sus piernas aún muy débiles. Se fijó en toda la gente que había: parejas paseando cogidas de la mano, turistas haciendo fotos, niños corriendo, familias tomando un batido en el bar al fondo de la plaza... Si se desataba el caos ella no tenía la suficiente fuerza como para poder usar su don en ese momento.

—¡Baja esa mano! —volvió a gritar Karan de los nervios.

—¡Los has matado! ¡A todos! —gritó Ingrid sin alterar su postura, aunque en ese momento vio cómo el resto de sus compañeros se ponían a su lado, dispuestos a atacar.

Karan se giró hacia Elin nervioso y miró a su alrededor, bastante desesperado. Elin lo miraba de igual forma.

—¡No lo hagas! —Karan volvió a prevenirla esta vez más preocupado por la seguridad de todos que por la suya propia.

—¡Fríelos! —gritó Vasilus, el hijo de Némesis, a su compañera. Un chico joven, alto, fornido, de un cabello rubio casi blanco y ojos muy oscuros.

—¡Basta! —volvió a gritar Karan.

No pudo hacer nada más. De la mano de Ingrid surgió una llama que salió disparada hacia ellos dos. En ese momento la gente que había alrededor gritó, incluso alguno cayó al suelo por la impresión y echó a correr apartándose de ellos.

Karan se giró y se movió a una velocidad sobrehumana hacia Elin, abrazándola, protegiéndola de la llama mientras de su cuerpo comenzaban a emanar rayos que lo recorrían.

Cuando el fuego llegó hasta ellos fue como una pequeña explosión, como si el fuego llevase algún misil y, cuando detuvo la llama, miró al frente. El humo se había propagado por gran parte de la plaza, impidiéndoles ver más allá.

La gente que se había apartado asustada observaba asombrada a aquel grupo sin dar crédito, paralizados, con la respiración entrecortada por lo que acababan de presenciar.

Una exclamación generalizada surgió en toda la plaza cuando Karan apareció entre el humo con paso firme hacia Ingrid y la mirada decidida. Elin permanecía por detrás, retrocediendo.

Aquella llamarada no había afectado a ninguno de los dos. Ingrid lo observó impresionada, sin duda, si había podido hacer desaparecer un avión de esa envergadura y siete cazas en el cielo con una sola explosión no iba a dañarle ninguna llama.

La gente miraba expectante.

Elin se fijó en su espalda, por delante de ella, a varios metros, tenía los músculos contraídos por la tensión, pero cuando elevó levemente los brazos supo lo que iba a hacer.

—Karan, no... —susurró intentando detenerlo.

Bastante había aguantado ya, y no iba a permitir aquello ni un segundo más.

No hizo caso de lo que Elin le decía y elevó su brazo derecho hacia delante. De la palma de su mano salió un rayo color azul, ramificándose, pero que fue directo hacia el pecho de Ingrid que salió disparada hacia atrás. Cayó sobre el suelo rodando, quedándose tendida sobre este mientras intentaba recuperar el aliento.

En ese momento, el silencio que había reinado en la plaza por la expectación dio paso a los gritos de terror. La gente comenzó a correr para guarecerse o alejarse de allí, del bar la gente salió huyendo, arrojando las sillas y las mesas al suelo en la carrera.

Karan giró y apuntó a Theron expulsando otro rayo, pero este desapareció impactando el rayo en el suelo y abriendo un boquete.

Theron apareció al lado de Vasilus y Erik, expertos luchadores.

—Detenedlos —ordenó a estos dos.

Karan se giró rápidamente para observar a Elin que permanecía unos metros por detrás, con su rostro pálido, temblando y mirando asustada a ambos lados.

Se giró justo para ver cómo Vasilus y Erik corrían en su dirección. Vasilus corrió a gran velocidad, pero Erik, hijo de Artemisa y por lo tanto descendiente de la diosa de caza, era mucho más rápido.

El que fue directo a por él fue Vasilus. Karan se agachó esquivando su puño justo cuando vio por el rabllo del ojo que Erik pasaba a su lado a una velocidad sobrehumana en dirección a Elin. Golpeó con fuerza el estómago de Vasilus que sobrevoló parte de la plaza hasta caer donde Ingrid se encontraba intentando ponerse en pie.

—Maldito sea —susurró Ingrid poniéndose erguida, una vez recuperada del primer rayo de Karan, observando cómo este se deshacía de uno de los mejores luchadores con un solo golpe.

Avanzó hacia allí con los dientes apretados, gruñendo.

Karan se giró de inmediato observando que Erik cogía del brazo a Elin. No dudó en materializarse a su lado, lo cogió del brazo haciendo que soltara a Elin, alejándolo de ella, y colocó la mano en su estómago con un movimiento ágil. Segundos después, Erik caía varios metros por detrás, alcanzado por otro rayo.

Ingrid se colocó a poca distancia de ellos con una mirada cargada de ira y, esta vez, extendió los dos brazos hacia Karan creando una llamarada el doble de potente que la vez anterior.

—¡Atrás! —gritó Karan situándose ante Elin para protegerla. Elevó su brazo derecho situándolo por delante y los rayos de electricidad brotaron de esa parte de su cuerpo creando un escudo que no permitía que el fuego llegase hasta ellos. Karan hizo fuerza aguantando aquel escudo eléctrico hasta que Ingrid se detuvo, agotada por el esfuerzo y con la respiración acelerada. Karan no dudó en extender de nuevo la mano hacia ella haciendo que otro rayo, con más fuerza que el anterior, volviese a tirarla al suelo.

Miró alrededor. Aquello no parecía que fuese a calmarse, pues Vasilus y Erik volvían a la carga corriendo hacia él. Tenía suficiente poder como para deshacerse de todos ellos sin problema, pero allí había mucha gente inocente que resultaría dañada si lo hacía.

Vasilus saltó los últimos metros antes de llegar hasta él con el brazo preparado para golpear a Karan, pero este esquivó el golpe en un movimiento ágil, elevó su pierna y golpeó a Erik que se había acercado por el otro lado tirándolo al suelo.

Elin retrocedió más al ver lo que ocurría, pues Rob y Zarek los miraban con unas extrañas sonrisas, dispuestos a intervenir en cualquier momento.

Karan abrió la mano delante de él y una onda expansiva hizo que se alejase varios metros dándole el tiempo suficiente para poder esquivar de nuevo el brazo de Erik.

Aquello lo estaba alterando y su paciencia se agotaba. Se puso firme y abrió los brazos levemente, como si golpease el aire creando una onda hacia ellos dos que los volvió a alejar de él arrojándolos con gran fuerza y violencia contra el suelo, incluso fracturando las baldosas de la plaza.

Elin se vio sorprendida por aquel gesto y retrocedió más aún. Karan era muy poderoso, más de lo que había imaginado la primera vez que lo había visto, podía desarmar a sus enemigos sin apenas moverse. Observó cómo Vasilus y Erik gruñían de dolor en el suelo, paralizados por aquel inesperado golpe.

La gente seguía corriendo, huyendo de la zona entre gritos. Muchas de las personas se habían refugiado tras algún banco de piedra o en el mismo bar, sin osar moverse de allí, temblando de miedo ante lo que veían, incrédulas.

La mirada de Karan voló hacia delante, donde se encontraban Zarek y Rob dispuestos a atacar y, durante unos segundos, giró su cabeza para asegurarse de que Elin seguía tras él, a salvo. Volvió la mirada hacia delante dispuesto a contrarrestar el ataque cuando un estallido de luz les hizo retroceder a todos, incluso Karan colocó el brazo ante él para cubrirse. El sonido que siguió al estallido de luz hizo que sus oídos pitasen durante unos segundos.

Karan bajó el brazo con el que cubría su cabeza y miró hacia delante. En ese momento se le cortó la respiración y notó cómo todos sus músculos se ponían en tensión.

Zarek y Rob dieron unos pasos hacia atrás, distanciándose levemente de la persona que se había materializado ante ellos, totalmente conmocionados y asustados.

Medía más de dos metros, su cabello blanco peinado hacia atrás le daba un aspecto aristocrático. Su piel blanquecina acompañada de esos ojos color verde oliva le daban cierta semejanza fantasmagórica. En su mano sujetaba con fuerza un cetro de oro con una esfera negra en el extremo.

Karan se puso firme y miró con furia a Hades. Lo había reconocido al momento. Llevaba una armadura de color negro que le hacía un cuerpo más voluptuoso del que en realidad tenía. Lo primero que hizo fue recorrer con la mirada la plaza, visualizando a todas las personas que se estremecían ante su presencia, que temblaban y gemían asustadas tras los bancos y las sillas por lo que acababa de suceder.

—Karan... —gimió Elin desde atrás al ser consciente de quién era.

Hades dio un paso adelante, sin fijar la mirada en ninguno de los dos semidioses que se encontraban a su lado con la mandíbula desencajada. Recorrió la plaza con pausa, fijando su mirada en todas aquellas personas asustadas y, posteriormente, se detuvo ante Vasilus y Erik que permanecían en el suelo, mirándolo paralizados, pues ni ellos mismos esperaban su presencia allí.

Hades inspiró y elevó su mirada hacia Karan, el cual no retrocedió, sino que dio un paso hacia delante dispuesto a hacerle frente. Ahora que Hades se encontraba allí estaba seguro de que las consecuencias de lo que ocurriría a continuación podrían ser mortales para todos los humanos que se encontraban en los alrededores.

Muy enfurecido debía estar para presentarse allí ante todos ellos y, obviamente, sabía cuál era la causa de su cólera. Hacía pocos minutos que él mismo había acabado con la vida del único hijo vivo que tenía.

Hades focalizó su mirada en él y, sin decir nada más, extendió su cetro en dirección a Karan. Un rayo de color rojo surgió de él y a medida que se acercaba a Karan iba destruyendo toda la calzada.

Karan colocó los dos brazos por delante y los rayos volvieron a recorrer su cuerpo. El impacto lo hizo retroceder, aunque él hacía fuerza con las piernas para no ser desplazado. Gruñó por la fuerza que Hades ejercía impactando aquel rayo rojizo en sus brazos, en ese momento envueltos por sus propios rayos.

Elin gimió mientras seguía retrocediendo hasta que el rayo rojizo disminuyó.

Hades observó fijamente a Karan. El hijo de Zeus, su sobrino, era muy poderoso, cualquier mortal o semidiós hubiese quedado totalmente evaporado por el poder de su cetro. Se puso erguido colocando el cetro a su lado, mirándolo fijamente. Karan descendió sus brazos poco a poco y lo miró con furia.

—¿Crees que vas a poder vencernos? —preguntó Hades observando cómo el grupo de semidioses que luchaban de su lado se colocaban por detrás, respaldándolo y esperando a recibir sus órdenes—. ¿Que vas a poder vencerme? —rugió apretando los dientes.

—No te conviene enfadarme —respondió Karan con una voz excesivamente grave—. Sabes de lo que soy capaz.

Hades dio un paso al frente, adelantándose, con una sonrisa de autosuficiencia en su rostro.

—¡Nadie podrá vencerme! —sentenció con un grito haciendo que todos los civiles temblasen al escuchar su voz. Karan se giró para observar a Elin, la cual permanecía por detrás con un gesto aterrorizado, mirando con incredulidad hacia Hades. Aquello se les estaba yendo de las manos a todos, necesitaba detenerlos o realmente acabarían con toda la humanidad. Hades dio otro paso

hacia delante mientras Karan volvía la mirada hacia él—. Ni tú ni nadie podrá evitar que yo...

Karan no esperó a que Hades terminase la frase, de todas formas, ya sabía lo que iba a decir. Se movió a una velocidad sobrehumana creando tal onda por su velocidad que todos los semidioses que rodeaban a Hades salieron expulsados varios metros atrás, estampándose contra el suelo. Karan apareció justo frente a Hades y, sin previo aviso, echó su mano al cuello, elevándolo. Ya se le había acabado la paciencia.

—¡Nooo! —gritó Elin al ver el movimiento de Karan.

Karan lo subió con un solo brazo mientras de su cuerpo comenzaban a surgir rayos azules que lo recorrían por entero. Sujetó con fuerza a Hades que durante unos segundos pareció descolocado ante aquel movimiento por parte de su enemigo. Karan incrementó su poder haciendo que de su cuerpo emanase una luz azulada, intentando electrocutar a Hades, el cual permanecía con los brazos extendidos hacia los lados y la cabeza mirando al cielo. La electricidad comenzó a filtrarse al cuerpo de Hades, recorriéndolo.

Aquello no parecía afectar mucho a aquel dios que descendió su cabeza hacia él con una maléfica sonrisa en su rostro.

—Creo que no te ha quedado muy claro —comentó Hades sin inmutarse por todos los rayos que lo recorrían. Karan aumentó su intensidad haciendo los rayos más potentes—. Yo... —comentó esta vez con solemnidad—, ¡soy inmortal! —Y miró a todos los semidioses que se levantaban del suelo—. ¡Cogedla! —gritó mirando hacia Elin y luego sonrió directamente a Karan.

Aquello dejó sin aliento a Karan, sobre todo cuando vio por el rabillo del ojo cómo todos los semidioses corrían hacia Elin.

Elin extendió sus brazos hacia delante intentando detenerlos.

—¡No! ¡Basta! —gritó Elin hacia Theron, Vasilus y Zarek que iban en primer lugar, directos hacia ella. Miró a su alrededor, observando a toda la gente asustada que permanecía escondida, sin atreverse a dar ni un paso—. ¡Por favor! ¡Basta!

Karan apretó los labios mientras volvía la mirada hacia Hades, el cual sonreía con desprecio. Hades sabía muy bien lo que hacía, sabía que él lo dejaría todo, incluso a él mismo, por salvarla.

La sonrisa de regocijo de Hades hizo que su ira aumentase y ya no pudiese controlar su poder.

Arrojó a Hades de forma tan violenta que salió despedido recorriendo varios metros por el aire hasta que cayó en el suelo y rodó. Rápidamente se incorporó de rodillas deteniéndose en seco, dispuesto a volver al ataque, de hecho, su posición indicaba que iba a salir disparado hacia él en cualquier momento, igual que un atleta que espera el disparo para salir en dirección a la meta.

Karan se giró observando que Vasilus era el primero en llegar hasta Elin. Aquello acabó de alterarlo. Ya no podía refrenarse más, de hecho, no debía hacerlo. Ellos iban en serio, y la única oportunidad que tenía la humanidad radicaba en él.

Observó de reojo cómo Hades salía disparado hacia él. En ese momento no se reprimió más y alzó sus brazos hacia el cielo. Un remolino de rayos lo cubrió por entero emitiendo una luz entre blanca y azulada, creando una silueta formada únicamente por aquella luz electrizante.

Hades llegó justo hasta él cuando Karan se agachó y lo golpeó en el estómago, arrojándolo de nuevo hacia el final de la plaza. Puede que él fuese un dios, uno de los dioses mayores, pero él era hijo de Zeus, del dios con más poder del Olimpo.

Se giró hacia Elin observando cómo Vasilus la sujetaba por el brazo y salió disparado hacia allí.

Rob, Erik e Ingrid que iban un poco más retrasados que sus compañeros en dirección a Elin salieron disparados con un golpe tan brutal que los expulsó contra los edificios que rodeaban la plaza, resquebrajando algunos ladrillos. Erik atravesó una ventana entrando en uno de los pisos mientras gritaba.

Se movió en una fracción de segundo hasta donde se encontraba Vasilus que sujetaba a Elin y lo arrojó hacia los árboles impactando este contra un tronco.

Elin cayó al suelo mientras miraba de un lado a otro hasta que su mirada se centró en Karan, el cual iba directo hacia Theron y Zarek. Jamás había visto algo parecido ni semejante poder. Sabía de lo que era capaz cuando estaba en un estado muy inferior a aquel, pues había destruido un avión y siete cazas, así que no quería ni imaginar lo que sería capaz de hacer en aquel estado. Miró a una mujer que se encontraba a pocos metros de ella, escondida tras un banco con su niño que lloraba y se volvió hacia Karan que estaba totalmente desatado.

—¡Karan! ¡Nooo! —gritó intentando ponerse en pie, pero aún estaba demasiado débil después de que Bronte hubiese absorbido casi todo su poder.

Karan extendió los brazos creando una onda que derribó tanto a Theron como a Zarek, provocando que varios árboles se partiesen y que parte del restaurante que estaba en la punta de la plaza saliese volando impulsado hacia atrás, ocasionando los gritos de todos cuantos permanecían escondidos allí.

Erik se asomó a la ventana del piso donde se había estrellado y salió disparado hacia él mientras Rob e Ingrid se ponían en pie.

Karan elevó su mano hacia Erik y una onda azulada salió de su cuerpo en su dirección, haciendo que este fuese de nuevo impulsado hacia atrás. La onda fue a parar al edificio que tembló y una grieta comenzó a formarse en el centro. La cornisa y el tejado se fracturaron y gran parte cayó hacia la calle. La gente comenzó a esquivar los trozos de yeso y ladrillo que caían mientras los gritos inundaban toda aquella zona de la ciudad.

Elin pudo observar cómo la gente de aquel edificio se asomaba a las ventanas gritando, sin dar crédito a lo que veían. Intentó ponerse de pie y extendió la mano hacia él.

—¡Karan! ¡Basta! —gritó desesperada, pues sabía que si seguía así podía destruir parte de la ciudad.

Karan se agachó en un movimiento ágil esquivando el brazo de Rob y colocó una mano delante de él y otra apuntando a Ingrid. Esta vez la onda fue más extrema, como si cada vez los nervios y la tensión se fuesen acumulando en él y ya no pudiese controlarse.

Parte de las baldosas de la plaza salieron volando, desintegrándose, así como la fuente de piedra del centro de la plaza. La gente se mantenía tirada en el suelo, con las manos sobre la cabeza. La onda fue circulando, arremetiendo contra todos los edificios que la rodeaban y haciendo que los vidrios se rompiesen en mil añicos. Algunos inmuebles amenazaron con ser derribados.

Todos sus enemigos habían sido alejados por aquella onda. Se quedó quieto y se giró para ver que Elin lo observaba con ojos llorosos, tirada sobre el suelo. Por el raballo del ojo pudo ver cómo Hades daba un paso hacia delante preparado para atacar. Se giró hacia él y colocó las dos manos hacia delante para mandarle una onda cuando se dio cuenta de lo que ocurría.

Pudo reconocer a Asim. Se había materializado al lado de Hades y le entregaba dos objetos. Además, no estaba solo: Rubén, Ichiro y Tiara, los semidioses que lo habían atacado en Meteora, se encontraban allí.

Tragó saliva al reconocer los objetos que le entregaban.

Elin se puso en pie con las piernas temblorosas y dio unos pasos hacia él, boquiabierta. Hades acogía con una gran sonrisa en una mano el casco que Asim le entregaba mientras que con la otra sujetaba el tridente de Poseidón.

El tridente sabía que obraba en su poder, pero no así el casco. Algo debía haber ocurrido en su hogar porque ahora el casco lo poseían sus enemigos. Aquello lo encolerizó.

—No... —susurró Karan al ser consciente de lo que ocurriría si Hades se ponía el casco y manejaba el tridente. Aquellos eran los objetos más poderosos que existían y lo convertirían en el dios más fuerte y temible. Sería totalmente invencible.

—El casco y el tridente —gimió Elin.

Karan dio unos pasos hacia delante y creó unos rayos con sus manos que disparó hacia Hades, aunque Hades era rápido. Se puso el casco y cogió el tridente de Poseidón colocándolo ante los rayos de Karan. Ni siquiera retrocedió ante aquel intenso impulso, era como si ya nada pudiese con él.

Karan se detuvo y tragó saliva mientras Elin permanecía a su espalda.

—Es invencible —susurró Karan.

Hades comenzó a reír mientras observaba el tridente entre sus manos. Había llegado su momento. Ya nadie podría acabar con él, aunque aún le quedaba por zanjar un asunto antes de llevar a cabo todo su plan.

Dio un paso al frente elevando el tridente.

Karan supo lo que iba a hacer. Si lo clavaba en el suelo, igual que había hecho Poseidón con la Atlántida, haría desaparecer la ciudad entera bajo las aguas. No era la primera vez que con el poder del tridente se lograba algo así. Hades elevó el tridente hacia el cielo con las dos manos para darse impulso y clavarlo en el suelo.

—¡Nooo! —gritó Karan al ser consciente de lo que iba a ocurrir.

De inmediato creó una corriente de electricidad que recorrió el suelo de la plaza en dirección a Hades. Debía intentar detenerlo.

Hades iba a clavar el tridente justo cuando un estallido más fuerte que todos los anteriores y una luz cegadora invadieron el centro de la plaza. La luz se distribuyó por todo el centro de Atenas cegando durante unos segundos a toda la población que observaba impasible lo que ocurría.

Karan se colocó frente a Elin protegiéndola, sin comprender qué ocurría, aunque tragó saliva cuando finalmente pudo verlo.

Comenzó a vislumbrar tres figuras en el centro de aquella luz que fueron tomando forma a medida que la intensidad disminuía.

Hermi se mantenía arrodillado entre aquellas dos figuras más altas y robustas. Los reconoció de inmediato. Los dos portaban una armadura dorada, pero la de uno de ellos, el que tenía el cabello marrón oscuro, representaba unas escamas. Zeus se ponía firme, era un par de centímetros más alto que Poseidón y un poco más corpulento. Su cabello rubio oscuro, sujeto por una coleta, le daba un aspecto de guerrero. Desde allí pudo apreciar sus ojos marrón verdosos.

Elin se quedó sin respiración al reconocerlos. Karan la atrajo hacia él abrazándola.

Zeus miró a su alrededor a toda la gente que permanecía escondida y, durante unos segundos, centró su mirada en Karan y Elin. Karan supo que los había reconocido porque un gesto de ternura se apoderó unos segundos de su rostro, aunque este solo duró hasta que volvió su mirada hacia Hades.

Se mantenía varios metros por delante de ellos, con el casco dorado reluciendo y el tridente de Poseidón cogido con ambas manos en posición de ataque.

Zeus dio unos pasos al frente.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Zeus con voz grave, con tal cólera que todos los allí presentes temblaron.

Hades sonrió mientras tomaba una posición defensiva, preparado para el combate.

—Ya era hora —pronunció Hades—. Llevo mucho tiempo esperando este momento. Os ha costado bastante venir hasta aquí.

—¡Suelta mi tridente! —lo amenazó Poseidón.

—¿O qué? —lo retó Hades.

Karan miraba de un lado a otro sin saber cómo actuar, aunque se sentía mucho más tranquilo al ver allí a Zeus y a Poseidón. Sabía que el combate que podía librarse sería mucho más duro y que toda aquella gente correría aún más peligro.

Hermes corrió hacia ellos.

—¿Estáis bien? —preguntó acelerado. Karan y Elin asintieron sin perder de vista la conversación que se estaba manteniendo en el centro de la plaza. Hermes siguió su mirada—. No he tenido más remedio que llamarlos —susurró arrepentido.

—Has hecho bien —intentó calmarlo Karan.

Hades medio sonrió ante las palabras de su hermano.

—¡Jamás lo volverás a tener! —gritó en un arrebató por la cólera contenida durante milenios apuntando a Poseidón con el tridente—. Ahora me pertenece. —Se puso firme—. Ya va siendo hora de que las cosas cambien.

Zeus se giró levemente buscando la mirada de su hijo, de Karan.

—Protégelos —le susurró como advertencia, aun así su mirada reflejaba una terrible preocupación y temor.

Karan asintió rápidamente.

Zeus y Poseidón flexionaron sus rodillas y salieron disparados a gran velocidad hacia Hades que los imitó corriendo en su dirección. Karan soltó a Elin y dio unos pasos al frente mirando toda la plaza, aún estaba demasiado concurrida.

Hades movió el tridente de un lado a otro provocando que Poseidón y Zeus tuvieran que inclinarse hacia atrás pasando por debajo del tridente.

Karan lo comprendió. Todo aquello, todo lo que había organizado Hades era para atraer a los dos grandes dioses, pues sabía que con ellos en vida no podría llevar a cabo su plan, pues ambos, al final, se lo impedirían, pero ahora poseía su casco, el tridente... y aquello lo dotaba de una fuerza muy superior a la de Zeus y Poseidón.

Observó estático cómo nada más ponerse Poseidón en pie Hades lo golpeaba con una patada en el estómago haciéndolo retroceder.

—Nooo —gritó Karan al ver su fuerza.

Sintió cómo Hermes ponía una mano en su hombro.

—Tenemos que irnos.

—¡No! —gritó Karan separándose de su mano, observando aterrado la lucha que se estaba librando y rodando sobre sí mismo, mirando desesperado a toda la gente asustada. No podía dejarlos solos. Su padre se lo había dejado muy claro: «protégelos», y eso mismo iba a hacer.

Poseidón aterrizó en el suelo y se incorporó de inmediato para volver a la carga.

Zeus esquivó el tridente que Hades manejaba de un lado a otro con la intención de ensartarlo. No podía permitir que Hades siguiese con aquel plan, pues sabía cuál era su finalidad. Ellos eran sus hijos, su creación, y los protegería ante todo, incluso aunque tuviese que acabar con su propio hermano.

Zeus esquivó el tridente, pero Hades desapareció de su vista usando el poder del casco y apareció a su espalda. Zeus se echó a un lado justo antes de que el tridente pasase al lado de su cuello, derrapó sobre el suelo y se incorporó alejándose unos metros de él. Hades se había vuelto mucho más poderoso que ellos. Apretó los dientes y sus manos comenzaron a resplandecer con un aura azulada, igual que Karan, solo que con una luz mucho más intensa.

Karan supo lo que su padre iba a hacer y se adelantó unos pasos extendiendo los brazos a los lados para contener la onda que su padre crearía y proteger así a todos los civiles que se encontraban allí.

El estallido formó una cúpula desde el propio Zeus que arrasaba con todo lo que encontraba a su paso, extendiéndose a gran velocidad.

Karan inspiró intentando reunir las fuerzas suficientes y, una vez la cúpula pasó por encima de Hades con una luz cegadora, la detuvo con sus manos evitando que llegase al resto de la población.

La corriente de aire huracanada que se generaba hizo que Elin y Hermi se echasen al suelo para no salir volando. La cúpula era de una luz tan intensa que los cegó a todos durante unos segundos.

Karan rugió mientras la contenía con sus manos y su cuerpo, intentando que no se agrandase más, aunque tal era la potencia que comenzó a retroceder y rugió haciendo fuerza hacia delante. Todos los músculos de su cuerpo estuvieron en tensión hasta que la cúpula desapareció desintegrándose en pequeños rayos.

Descendió los brazos con la respiración acelerada y se giró para observar a Elin y a Hermi que permanecían en el suelo cubriéndose la cabeza con los brazos. La gente permanecía sana y salva, absorta ante lo que veían, paralizada.

Volvió la mirada hacia delante, toda la zona que aquella cúpula de energía creada por su padre había abarcado se encontraba destruida. Ya no había siquiera baldosas en el suelo, ni bancos, ni la fuente central... Karan dio un paso más al frente y contuvo la respiración cuando identificó la silueta de Hades. No había sufrido prácticamente ningún daño. Poseidón apareció de un salto a la espalda de Hades y lo empujó hacia delante, perdiendo este el equilibrio. Zeus se situó de inmediato ante él creando de nuevo en cada palma de sus manos aquella luz azulada y las colocó en el pecho de Hades, pero este desapareció de entre ellos dos apareciendo unos metros a la derecha.

—No... —gimió Karan al ver que se les escapaba. Se agachó de inmediato y colocó la palma de su mano en la tierra creando unos rayos de electricidad que, en menos de un segundo, llegaron hasta Hades provocando que saltase por los aires.

Estaba claro que aquel gesto no se lo esperaba. Hades se incorporó de inmediato fijando una mirada cargada de odio en él. Se recompuso y tomó carrerilla en su dirección. Karan abrió los brazos preparado para crear otra onda de electricidad e intentar alejarlo cuando Poseidón se interpuso en su camino arrasando con él y desviándolo de su trayectoria. Miró un momento a Karan para asegurarse de que estaba bien y aceleró en dirección a Hades, el cual rodaba por el suelo, aunque se incorporó de inmediato y volvió a intentar atravesar a Poseidón con el tridente, pero Zeus apareció a su lado de nuevo y, antes de que pudiese golpearlo, Hades volvió a desaparecer, apareciendo unos metros separado de ellos con una sonrisa de autosuficiencia.

—Nunca lograréis vencerme —gritó.

Zeus apretó los labios y volvió a crear otra cúpula de energía, esta de una luz más intensa.

Karan tomó aliento y volvió a colocar los brazos en cruz, haciendo fuerza con las piernas para detener la cúpula que iba a crear, consciente de que esta vez sería de mucha más intensidad que la anterior.

Así fue, el estallido de luz y el sonido que se creó le recordó al estallido de una bomba nuclear. La tierra bajo sus pies comenzó a vibrar cuando la luz comenzó a brotar con tal intensidad que quemaba. Observó un segundo hacia atrás escuchando a toda la gente gritar mientras salía de los edificios que vibraban en exceso, amenazando con desplomarse.

Miró hacia delante y extendió los brazos de nuevo dispuesto a frenar aquella cúpula como fuese.

Notó cómo los pulmones se le vaciaban y cómo su cuerpo amenazaba con caer hacia atrás por la fuerza de la cúpula, pero apretó los dientes y gritó mientras la contenía, impidiendo que arrasase con el resto de la ciudad. No pudo ver lo que ocurría en el interior a causa de la intensa luz.

Sintió cómo sus pies, que se aferraban al suelo, resbalaban hacia atrás permitiendo que la cúpula se expandiese.

Gruñó más fuerte y, haciendo acopio de todo el poder que tenía, creó con sus manos los rayos conteniendo aquella energía que se destruía cuando tomaba contacto con la suya.

Hermi miró al frente, Karan frenaba aquella cúpula. En ese momento Elin se levantó, consciente del inmenso poder que estaba soportando Karan.

—Elin —la previno Hermi intentando cogerla de la mano y que el viento no los echase hacia atrás. Varios árboles eran arrancados del suelo y salían volando y la parte superior de los edificios desaparecía volatilizada.

Elin corrió hacia la espalda de Karan. Sabía que en ese momento su poder no era muy grande, pero algo podría hacer. Colocó la mano sobre la piel de Karan, en su nuca, y se abrazó por detrás a él intentando darle todo el poder que tenía.

Karan miró un segundo hacia atrás. De inmediato notó cómo un calor se extendía por todo su cuerpo dotándolo de más energía y vitalidad.

En ese momento pudo controlar sin problema la cúpula y los rayos que creaba se hicieron más intensos, destruyendo aquella energía cuando llegaba hasta él, impidiendo que las personas allí presentes acabasen calcinadas. Si no estuviese él para contenerla seguramente la ciudad de Atenas y parte del resto de Grecia ya habrían desaparecido.

Inspiró con la mirada fija al frente, esperando a que el polvo generado tras aquella explosión se disipase. Lo primero que observó fue las dos siluetas, la de su padre y la de Poseidón que

permanecía arrodillado a su lado, aunque contuvo el aliento cuando identificó la silueta de Hades a pocos metros de ellos, totalmente intacta, sin un solo rasguño.

—No puede ser —susurró atónito.

Notó cómo la mano de Elin se deslizaba por su espalda como si intentase sujetarse a él y se giró rápidamente para cogerla entre sus brazos sin dejarla caer. Aquello había supuesto un esfuerzo añadido para ella. Mantenía los ojos entreabiertos y volvía a lucir una tez blanquecina.

La sujetó contra él cuando vio que Zeus saltaba por los aires hacia Hades y este lo esquivaba. Poseidón se dirigió por detrás, aunque lo que ninguno de los dos esperaba era que Hades girase sin previo aviso y ensartase con el tridente a Poseidón, el cual se detuvo de inmediato.

La respiración y el corazón de Karan se paralizaron cuando escuchó el grito de Zeus al ver a su hermano ensartado por su propio tridente y cómo Hades lo retiraba de su cuerpo. Poseidón llevó su mano hasta su estómago, de donde brotaba aquella sangre dorada semejante al oro, y tragó saliva. Se agachó en el suelo sin fuerzas y miró a Hades.

—Eres mi hermano —susurró incrédulo.

Hades lo miró sin compasión y elevó el tridente.

—Ya no —sentenció antes de hacer rodar el tridente y separar la cabeza del tronco.

—¡Nooo! —gritó Karan horrorizado.

El grito que le siguió, el de Zeus, hizo que toda Atenas temblase mirando lo sucedido con desesperación.

El cuerpo de su hermano permanecía tirado sobre la tierra, aunque este comenzó a desintegrarse en partículas de oro que fueron llevadas por el viento.

Zeus observó impasible cómo el cuerpo de Poseidón desaparecía mientras la impotencia y la rabia lo consumían por dentro.

Observó a Hades con los ojos vidriosos.

—¿Cómo has podido? —gritó hacia él.

Hades se giró en su dirección y se encogió de hombros.

—Uno menos —respondió sin darle importancia. Cogió el tridente con las dos manos y lo señaló—. Ahora vamos con el plato fuerte.

Dicho esto, desapareció de la vista de Zeus apareciendo a su espalda. Zeus lo esquivó y rodó sobre el suelo mientras Hades iba clavando el tridente en la tierra, persiguiéndolo.

Karan se giró hacia Hermi, el cual permanecía clavado en la tierra, destrozado y con una lágrima resbalando por su mejilla.

—¡Hermi! —le gritó Karan señalando con un movimiento de cabeza a Elin que permanecía recostada sobre sus brazos. Hermi no reaccionó, permanecía conmocionado tras ver cómo Poseidón se desintegraba—. ¡Hermi! —gritó con fuerza sacándolo de su estado, aun así, Hermi lo observó con tanto dolor que se le encogió el corazón—. Sujeta a Elin, por favor —suplicó—. Necesito ayudar a mi padre. —En ese momento Hermi reaccionó y corrió hacia él acogiendo entre sus brazos a Elin—. Si algo ocurre...

—Karan... —balbuceó Hermi con los labios temblorosos por el llanto.

—Ponla a salvo —sentenció Karan.

—Karan, no... —gimió Hermi al ver que se alejaba en dirección a la lucha que mantenían los dos dioses.

Karan se agachó, inspiró con fuerza y colocó las palmas de las manos en el suelo creando de

nuevo una red de electricidad en dirección a Hades. Sabía que no era nada comparado con el poder de su padre, pero algo debía hacer.

Cuando la electricidad llegó a Hades este saltó por los aires, Zeus lo aprovechó para tirarse sobre él, pero Hades era tremendamente rápido con el casco y desapareció de su vista. Al menos, la posición de Karan le permitió ver con más perspectiva el movimiento de Hades que apareció a la espalda de Zeus.

Elevó sus manos y arrojó una corriente de electricidad hacia él, lo que al menos lo desvió del camino y de la puñalada que pretendía dar a Zeus por la espalda. Karan continuó lanzándole aquel rayo a Hades, pero este frenó en seco la embestida y centró su mirada en Karan, dispuesto a acabar con él.

Hades se movió a gran velocidad hacia Karan e hizo el mismo movimiento que había hecho anteriormente con el tridente, lo que provocó que Karan tuviese que inclinar su espalda hacia atrás mientras el tridente pasaba a escasos centímetros de su pecho.

Se arrodilló y colocó las palmas de las manos hacia sus piernas, descargando con toda la fuerza que podía la electricidad en esa parte de su cuerpo, logrando distanciarlo.

Hades no había recobrado el equilibrio cuando Zeus se colocó a su lado empujándolo con tal fuerza que atravesó toda la plaza estrellándose con violencia contra uno de los edificios que comenzó a tambalearse hacia atrás.

Karan observó horrorizado cómo el edificio caía a plomo y la gente corría huyendo de los ladrillos que se precipitaban sobre ellos. Tragó saliva conmocionado, solo esperaba que no quedase gente en el interior del edificio que ahora se derrumbaba. La calle se llenó de polvo y el temblor que provocó la caída de aquel edificio hizo que el de al lado, dañado por los anteriores envites, se precipitase también sobre el suelo.

Zeus no esperó y se movió hasta la zona justo cuando los ladrillos saltaron por los aires y Hades, de un salto, se colocó sobre ellos. Ni siquiera tenía un rasguño. Zeus echó su brazo hacia atrás para golpearlo, pero Hades se distanció. El puño de Zeus golpeó con tal fuerza sobre los escombros que estos saltaron por los aires y provocaron otro temblor que amenazó de nuevo con derrumbar los edificios colindantes.

Hades iba esquivando sin muchos problemas todos los golpes que Zeus pretendía darle, golpeando de vez en cuando la tierra y provocando terremotos de gran intensidad bajo sus pies.

Zeus colocó las manos hacia Hades y estalló en un rayo que se precipitó directamente sobre el cuerpo de su hermano que salió disparado hacia otro edificio de una calle cercana, a varios metros de la plaza.

La gente que permanecía escondida en los comercios salió de ellos huyendo del lugar. Medio edificio cayó arrojando a Hades al suelo, el cual se levantó con un gruñido sujetando el tridente en su mano, aunque lo colocó ante él cuando Zeus llegó, evitando que sus brazos lograsen tocarlo.

Hades retrocedió deslizándose sobre la tierra, manteniendo una distancia con Zeus en aquella calle de altos edificios, mientras los atenienses corrían huyendo del lugar. Zeus se fijó en todas aquellas personas. Todos acabarían muertos si no ponía fin a la contienda.

Karan corrió hacia allí a gran velocidad entrando en la calle, en contradirección a todas las personas que venían corriendo hacia él.

Tenía a Hades de espaldas a él. No lo dudó. Apretó la mandíbula mientras los rayos volvían a invadir su cuerpo y disparó un potente rayo en dirección a Hades, pero este se movió

esquivándolo, se arrodilló para evitar el puño de Zeus que se dirigía hacia él con gran fuerza y elevó el tridente.

—¡Nooo! —gritó Karan cuando observó el cuerpo de su padre atravesado.

Una gota de oro comenzó a descender de sus labios mientras miraba fijamente a su hermano Hades que sujetaba con fuerza el tridente. Dio un paso hacia atrás y Zeus cayó arrodillado al extraerle el tridente.

Karan dio unos pasos hacia delante, preparado para ir hacia él y defenderlo, pero la mirada de su padre lo detuvo. Zeus tragó saliva con dificultad y volvió a mirar a Hades, el cual lo observaba firme ante él.

—No... no lo hagas... —suplicó Zeus. Hades elevó más su cabeza en clara señal de triunfo—. Son mis hijos. Si aún te queda algo de compasión no...

—Son basura. —Lo cortó dando un paso hacia atrás, decidido ante lo que iba a hacer.

Zeus cerró los ojos unos segundos e inspiró por última vez. Cuando los abrió su mirada fue directa hacia su hijo Karan que permanecía totalmente paralizado.

—Protégelos —volvió a suplicar.

Hades hizo volar el tridente y atravesó su cuello separando su cabeza del cuerpo. El cuerpo de Zeus cayó sin vida sobre el asfalto de aquella zona.

La ira de Karan superó todo lo que había conocido hasta ahora. Hades lo había logrado, había acabado con Zeus y con Poseidón. Ahora, solo él se interponía entre Hades y el resto de la humanidad, pero si Zeus y Poseidón no habían podido contra Hades, ¿cómo iba a lograrlo él? ¿Un simple semidiós?

Igualmente, era tal el dolor acumulado... ver el egoísmo y la malicia de Hades... que de su cuerpo comenzaron a aparecer rayos. Elevó sus brazos en dirección a Hades justo cuando Hermi apareció a su espalda. Llevaba a Elin entre sus brazos con los ojos entreabiertos. Colocó una mano en su hombro.

—No voy a perderte a ti también —sollozó Hermi antes de que Karan pudiese disparar en dirección a Hades, desapareciendo junto a él y Elin de aquel lugar.

Hades sonrió mientras observaba el lugar donde Karan había estado pocos segundos antes de que Hermi apareciese tras él y se lo llevase.

Una carcajada brotó de sus labios y miró hacia el cielo. Sí, lo había logrado. Ahora él era el dios más poderoso. Bajó su cabeza y observó cómo el cuerpo de Zeus se desintegraba formando virutas de oro que eran arrastradas por el viento.

Miró hacia los lados observando a todas aquellas personas que lo miraban paralizadas por el miedo. Hacían bien en temerlo.

—¡Asim! —gritó con una sonrisa en su rostro. Asim se materializó a su lado sin decir nada—. Ya sabes adónde debemos ir —pronunció mientras este colocaba la mano en su hombro para transportarlo.

Ahora, ya nada ni nadie podrían detener su plan.

Lo primero que vio fue a sus compañeros. Neil, Gael y sus respectivas parejas junto a Adrián y Alexandros. Ninguno de ellos tenía buena cara.

Se miraron unos segundos sin decir nada cuando un terremoto comenzó a mover toda la vivienda.

Gael se agachó de inmediato colocando la mano en el suelo para intentar detener el temblor. De las estanterías cayeron varias figuras y libros al suelo, y la lámpara de cristal comenzó a mecerse formando círculos.

Se fijó en que Mukhtar abrazaba a Cassandra alejándola de las paredes y estanterías, controlando así que ningún objeto cayese sobre ellos.

Se giró hacia Hermi que sujetaba a una Elin totalmente agotada, casi sin poder aguantarse en pie, y se la quitó de los brazos sujetándola él mismo.

—¿Puedes detenerlo? —preguntó Neil a Gael.

—Me es difícil.

En ese momento el temblor comenzó a bajar su intensidad. Gael, aún agachado sobre el suelo del comedor, miró a Karan y a Elin.

—¿Estáis bien? —preguntó de inmediato.

Karan asintió apretando los labios. Se giró hacia Hermi que se mantenía en silencio. Por un lado, le agradecía lo que había hecho por Elin y por él, pero, por otro, él debería estar luchando ahora contra Hades.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó dolido hacia Hermi.

Hermi lo observó con unos ojos cargados de lágrimas.

—¿Qué querías que hiciese, Karan? —preguntó en un susurró, casi al borde del llanto.

Karan suspiró y recostó a Elin en el sofá, luego se giró y dio unos pasos hacia Hermi, aunque Hermi se sorprendió cuando Karan lo estrechó entre sus brazos, abrazándolo. En ese momento, Hermi rompió su caparazón y comenzó a llorar contra el hombro de Karan. Aquella imagen los dejó a todos trastocados.

—Eh —dijo colocando a Hermi ante él—, lo detendremos.

Hermi asintió.

Gael y Neil los miraban sin comprender. Aunque algo les daba a entender que algo no había salido bien, jamás habían visto a Hermi así.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gael.

Karan se separó de Hermi mientras este se limpiaba una lágrima y apretó los labios. Aunque sabía que no debía caer preso del pánico no había una forma suave de decirlo.

—Hades ha conseguido el casco... —comentó despacio, intentando modular su voz.

—Lo sabemos —interrumpió Neil, el cual tragó saliva y miró de reojo al resto—. Miguel Ángel estaba vigilando el subterráneo...

Karan ladeó su cabeza y dio un paso hacia él.

—Miguel Ángel ha... —dejó la frase sin acabar, aunque supo que la respuesta era afirmativa cuando Neil lo miró con intensidad y asintió.

Karan se llevó la mano ante sus ojos y resopló. Miguel Ángel, aquel genuino semidiós lleno de vitalidad, los había abandonado por culpa de la codicia de Hades. ¿Para qué negarlo? Llevaban ventaja, mucha ventaja. No le gustaba admitirlo pero así era. Y después de los últimos acontecimientos ya era prácticamente imposible detenerlo.

—Eh, mirad... —interrumpió Mukhtar que había encendido la televisión.

Todos se acercaron. No sabía cómo, pero estaban retransmitiendo parte de la batalla que había acontecido en la Plaza de la Constitución, en Atenas, a poca distancia de donde se encontraban ahora. En la imagen que retransmitían podía verse a tres seres de gran envergadura luchando. Pudo reconocer a Poseidón y a Zeus. En el momento en que Zeus creaba una onda para detener a Hades la retransmisión se había cortado.

Karan tragó saliva cuando lo siguiente que retransmitió la televisión fue una intensa tormenta que descargaba rayos eléctricos sobre Londres, luego apareció la imagen de París donde se estaba gestando una tormenta similar.

Gael se giró hacia él preocupado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó asustado—. ¿Qué es todo esto?

Todos se volvieron hacia Karan, el cual, en ese momento, se giró hacia Elin y Hermi que permanecían callados y sentados en el sofá, totalmente compungidos. Tragó saliva, pero antes de que pudiese hablar Hermi lo interrumpió.

—Ha sido culpa mía... —sollozó.

—No digas eso, Hermi. —Lo cortó Karan—. Hiciste lo correcto. —Suspiró y miró fijamente a sus compañeros—. Poseidón y mi padre vinieron a ayudar...

—Eso ya lo hemos visto en la televisión, ¿y? —insistió Gael.

Karan colocó sus manos en su cintura en forma de jarra y cerró los ojos unos segundos.

—Intentaron detenerlo, pero Hades se ha vuelto muy fuerte. Posee el tridente de tu padre y el casco...

Neil lo interrumpió dando un paso adelante.

—¿Quieres... quieres decir que...?

—Acabó con ellos —finalizó la frase Karan. Tanto Gael como el resto de semidioses dieron un paso atrás conmocionados ante la noticia. Volvió la mirada hacia la televisión—. Mi padre ya no controla los cielos... —dijo señalando la televisión donde se veía aquella extraña tormenta que descargaba furiosos rayos eléctricos sobre los edificios de aquellas emblemáticas ciudades. Miró a Gael—. Y en breve se desatará el caos también en el mar.

—Pero... eso... eso no puede ser... —intervino Gael.

—Lo vi —dijo Karan—. Vi cómo acababa con ellos sin pestañear. —Se pasó la mano por el cabello, agobiado—. Eran nuestra última baza y...

Mukhtar se adelantó al ver la desesperación de todos ellos, consciente de que las oportunidades se les agotaban.

—Lo siento mucho, pero... algo habrá que hacer —dijo en tono suplicante, recibiendo la mirada de todos ellos—. A vosotros os enviaron los dioses por algo, ¿no? Para protegernos —indicó.

—Pero nosotros no somos dioses —indicó Neil—. Ese poder sobrepasa al nuestro.

—¿Y os vais a rendir?

—Nunca —sentenció Karan—. Jamás —enfaticó. Tomó aire intentando calmarse—. Pero hay

que estudiar bien los siguientes pasos a dar. No podemos fallar. —Miró al resto—. Ya tendremos tiempo para lamentar la muerte de nuestros padres —dijo observando en este caso a Gael, el cual asintió—, pero primero debemos detener a Hades. Fue la última petición de mi padre. Protégelos, me dijo —recordó—. Y es lo que haremos. —Todos los que estaban allí asintieron convencidos—. Adrián —llamó su atención—, reúne en este salón a todos los semidioses que están aquí. Hermi —dijo girándose—, ve a buscar a todo aquel que pueda ayudarnos. —Hermi asintió con énfasis y desapareció. Miró a Lucía y a Adriana—. Necesito saber dónde se encuentran los ángeles caídos y la forma de extraerlos. —Dio unos pasos hacia ella—. La cordillera Sentinel, en la Antártida, se extiende a lo largo de ciento ochenta y cinco kilómetros y tiene una anchura de cuarenta y ocho. Necesito el punto exacto y la forma de liberarlos. —Ambas asintieron.

Karan fue hacia uno de los muebles del comedor y abrió un cajón, luego echó la parte trasera de este hacia atrás, revelando a todos un escondite. De él extrajo una pequeña caja de madera que depositó sobre la mesa. Cuando la abrió todos observaron en su interior.

Mukhtar se separó un segundo de Cassandra y dio unos pasos hacia la caja, conmocionado ante lo que veía. Tragó saliva y se colocó al lado de Karan.

—Las tablillas perdidas de Sumeria —susurró mirando a Karan asombrado. Durante unos segundos notó cómo sus labios temblaban—. ¿Cómo las conseguiste?

Karan lo observó de reojo.

—Ya lo sabes —contestó sin mirarlo, depositando las tablillas sobre la mesa.

—El 15 de abril del 2006, en Irak... —pronunció muy lentamente—, asaltaron el Museo Nacional de Bagdad y destruyeron...

Karan lo cortó.

—Lo sé... —Y colocó una mano en su hombro—. Escucha, Bronte y sus secuaces durmieron a tus amigos de Meteora y no pudimos hablar con tu Maestre. Tú —dijo enfatizando esa palabra—, eres un templario, posees mucha información y datos que pueden serles de gran ayuda. —Señaló con un movimiento de cabeza a Lucía y a Adriana que se situaban frente a las tablillas—. En la caja hay un gran número de tablillas que hablan sobre el Diluvio, sobre la epopeya de Gilgamesh y, además, hay una copia exacta del *Libro de Enoc*. Ayúdanos —suplicó.

Mukhtar asintió, aunque miró de reojo a Cassandra.

—Lo haré, pero... —tragó saliva y bajó el tono para que solo él lo escuchase—, si no lográis detenerlo...

—Sabes lo que ocurrirá. —Colocó sus dos manos sobre sus hombros—. No es la primera vez que ocurre una catástrofe de estas dimensiones.

Él asintió y colocó la palma de sus manos en los brazos de él.

Mukhtar asintió de inmediato mirando a Cassandra.

En ese momento Hermi apareció junto a unos cuantos semidioses más, aunque le sorprendió que fuera cogido de la mano de una muchacha joven, de cabello rubio y hermosos ojos verdes. Todos lo miraron con curiosidad.

Gael miró de reojo a Neil.

—¿Es Denise?

Neil se encogió de hombros, aunque miraba también con curiosidad a la muchacha. ¿Aquella era la novia de Hermi?

Hermi tuvo que detectar las miradas intrigadas de todos. Soltó su mano y suspiró mientras la

señalaba.

—Sí, es Denise, ¿de acuerdo? —Todos se miraron de reojo—. Ahora no tengo tiempo de presentársela formalmente. Denise irá trayendo a todos los semidioses que estén de nuestra parte... —Karan miró hacia Denise que asintió—. Yo iré a la Antártida ahora...

—No sabes el lugar, es muy extenso, y menos aún podrás hacer nada —intentó disuadirlo Karan.

—Iré a buscarlos y cuando los localice vendré a por vosotros —comentó decidido.

Aquello era peligroso, que Hermi fuese a un lugar tan lejano donde iban a abrir las puertas del Tártaro y en el que se encontraban todos sus enemigos, incluido Hades, era una locura, pero realmente no tenían otra opción.

—Está bien, ve con cuidado —comentó con preocupación.

En ese momento Hermi le sonrió de una forma traviesa.

—Tranquilo, hermanito... —bromeó.

Karan chasqueó la lengua y dio un paso hacia atrás con una sonrisa sincera.

—Lo digo en serio, no corras ningún riesgo innecesario. No quiero perder a nadie más —acabó seriamente.

Hermi se quedó mirándolo, asintió y desapareció.

Karan se giró hacia Denise y la observó con una leve sonrisa.

—Denise... —dijo dirigiéndose a ella, la cual esperaba órdenes—. Haz lo que Hermi te ha pedido, por favor. Necesito a todos los semidioses que estén de nuestro lado, me da igual si no dominan del todo sus poderes. Cualquier ayuda será buena.

Denise asintió justo cuando Hermi volvió a aparecer en el salón. Se abrazaba a sí mismo, tenía nieve por todo el cuerpo y su cabello negro se encontraba congelado, formando puntas hacia arriba. Miró a Karan.

—Hace más frío de lo que esperaba... —dijo tiritando.

Denise se acercó rápidamente a él, preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó colocando las manos en sus brazos y masajeándolos.

Hermi asintió, aunque le temblaba la mandíbula.

—En mi armario encontrarás ropa de nieve que podrás... —ofreció Karan, y antes de que acabase, Hermi volvió a desaparecer apareciendo de nuevo con una chaqueta negra de plumón, unos pantalones de nieve, unas botas y unos guantes en los brazos. Al momento comenzó a ponerse la ropa encima de la suya—. Te va un poco grande —Se burló Karan.

Hermi se encogió de hombros mientras se ponía los guantes.

—Me basta con no quedarme congelado. —Se echó la capucha por encima y se la abrochó dejando al descubierto únicamente los ojos—. Deben estar a treinta bajo cero, más o menos.

Se vistió y se miró a sí mismo, luego resopló y miró a Denise.

—Ten cuidado —pronunció ella en un susurro. Hermi asintió y desapareció de nuevo. Se giró hacia Karan y tragó saliva nerviosa—. Iré trayendo a todos aquí.

—Gracias.

Karan la vio desaparecer.

Cuando se giró, Neil, Cassandra y Mukhtar estaban ayudando a sacar las tablillas de Sumeria de la caja, depositándolas sobre la mesa. Su mirada se centró en Elin, la cual se mantenía cabizbaja. Pasó al lado de Neil y Gael deteniéndose un segundo.

—Vigilad la casa. Que nadie se acerque.

Ambos asintieron y fueron hacia la puerta. Karan se colocó al lado de Elin, la cual ni siquiera elevó su mirada hacia él.

La cogió del brazo con delicadeza.

—Vamos... —susurró levantándola.

Elin reaccionó en ese momento.

—¿Adónde?

Karan se situó ante ella sujetándola por ambos brazos.

—Debes descansar. —Ella negó, no quería marcharse de allí—. Te necesito al cien por cien, Elin. Cuando llegue el momento de la batalla debes haber recuperado las fuerzas.

La forma en que le respondió no la enfadó, aquello era realmente necesario. Su poder era de vital importancia, y de ella dependía que ellos pudiesen tener la suficiente fuerza y poder como para derrotar a Hades.

—Está bien —susurró dándole la razón.

Salieron de la habitación y se dirigieron a las escaleras.

—¿Durmiendo recuperarás las fuerzas?

Ella asintió.

—Sí, un par de horas y estaré nueva —acabó con una medio sonrisa mientras la dirigía a su habitación.

Karan abrió la puerta y la dejó pasar. Se dirigió directamente a la cama y se sentó sobre el colchón quitándose los zapatos.

Karan se arrodilló ante ella, ayudándola.

Sus miradas coincidieron.

—No te lo había dicho. Gracias por venir a buscarme —susurró al final.

Karan la miró fijamente.

—Te dije que te encontraría en cualquier lugar del mundo. —Luego ladeó su cabeza y sonrió—. La pulsera del señor Morris también ayudó —confesó.

Ella miró la pulsera y sonrió.

—Bendita pulsera. —Karan asintió y se sentó a su lado cogiéndola de la mano. Se quedó pensativo, cabizbajo—. Hiciste todo lo que pudiste... —susurró observando su gesto entristecido.

Karan suspiró.

—Ganará. Es demasiado poderoso —sentenció.

Elin llevó una mano a su rostro acariciando su mejilla, obligándolo a mirarla.

—No, no ganará. Él quiere destruir a la humanidad y no lo conseguirá —dijo con más énfasis—. Ya lo intentó en varias ocasiones...

—Y casi lo logró.

—Casi... —enfaticó ella—. Y si llega el momento, nosotros ya sabemos lo que hay que hacer. No los hará desaparecer, Karan. No ganará.

Se quedó observándola. Elin tenía una mirada decidida, cargada de fuerza pese a su rostro blanquecino. Se reclinó sobre ella y la besó. Aquello era lo único que deseaba. Cerrar los ojos y fundirse en un tierno beso con ella para jamás volver a abrirlos, olvidando así todo lo que los rodeaba.

Se separó levemente de ella y apartó un mechón rubio de su rostro mientras la observaba. Elin

le sonrió y acarició una mejilla.

—Ganaremos —susurró infundiéndole confianza. Volvió a besarlo con delicadeza hasta que se separó con cuidado de él, echando la sábana a un lado.

Karan se levantó y ayudó a que se tapase con ella.

—Descansa un poco —dijo inclinándose. La besó en la frente y acarició su cabello.

—Avísame si vuelve Hermi o si averiguáis algo.

—De acuerdo.

Se distanció de ella y abrió la puerta. Se quedó unos segundos bajo el marco observando cómo se acurrucaba adoptando una posición fetal. A medida que los minutos pasasen y su cuerpo se relajase iría recobrando las fuerzas. El problema era que no sabía si llegarían a tiempo.

Cerró la puerta y avanzó por el pasillo hasta que se quedó observando la figura de Zeus que tenía en el rellano de las escaleras de la primera planta.

Era la primera vez que lo había visto en persona, pero en el momento en el que lo había visto aparecer había sentido una gran conexión con él. Tanto él como Poseidón habían descendido a la tierra para intentar ayudar, para ponerlos a salvo a todos, pero Hades lo había organizado todo demasiado bien. Sabía que los dioses eran muy reticentes a intervenir a no ser que se diesen situaciones desesperadas como aquella. Hades se había aprovechado de ello y lo había orquestado todo para que cuando llegase el momento en que los dioses descendiesen, él tuviese un poder muy superior al resto.

Les había fallado.

Notó cómo algo dentro de él se rompía al observar la figura de su padre.

—Los protegeré —susurró.

Justo en ese momento notó de nuevo cómo un terremoto sacudía la zona. No era de mucha intensidad, pero sí la suficiente como para que los gritos se sucediesen desde la planta baja.

Bajó a toda prisa y entró en la sala donde se encontraban Adriana y Lucía, mirando hacia el techo.

—¡Gael! —gritó instándole a que detuviese el temblor.

—¡Ya! ¡Ya! ¡Estoy en ello! —le devolvió el grito apremiado desde la puerta de entrada a la vivienda donde hacían guardia.

El terremoto volvió a reducir su intensidad hasta que se hizo imperceptible.

—¿Estáis bien? —preguntó Karan.

Todos asintieron.

—¿Cuánto va a durar esto? —preguntó Lucía.

Karan suspiró y fue hacia ella mientras Neil y Gael entraban en el salón.

—Supongo que hasta que se solucione...

Se giraron cuando en la pantalla de la televisión una voz llamó su atención.

—Noticia de última hora. —Una chica aparecía en pantalla—. Un terrible terremoto ha sacudido la costa de Hong Kong. El tsunami de nueve metros de altura ha impactado contra la ciudad y, en estos momentos, se dirige hacia la costa de Taiwán y el norte de Filipinas. No se sabe el número de muertes que puede haber ocasionado este terrible...

Karan apagó la televisión y miró a Lucía y a Adriana que observaban asustadas.

—Hay que concentrarse —dijo depositando el mando de la televisión sobre la mesita. Fue hasta ellas y se colocó al lado de Lucía mientras Neil y Gael se colocaban al otro lado—. ¿No

vigiláis la casa?

—Denise no deja de traer compañeros... todos están avisados. Está más que vigilada. Están entre el recibidor y el jardín —explicó Gael.

Karan asintió. Cuantos más fuesen para intentar averiguar dónde se encontraba el punto exacto donde moraban ángeles caídos encerrados y la forma de extraerlos antes podrían evitar que Hades se hiciese con ellos, si no lo había hecho ya.

—¿Qué tenemos?

Lucía colocó una mano sobre el *Libro de Enoc*.

—Según dice el *Libro de Enoc*. —Lo abrió por la hoja que tenía marcada para leer—. «Están aquí, en su tumba de hielo, bajo siete gemas y siete montañas de cristal. Tres apuntan al sur y tres apuntan al este. Día y noche se funden en uno con fuego en el cielo. Aquí están, en su cárcel de hielo ligados al pozo» —leyó—. Como dijiste, esto se corresponde con la cordillera Sentinel en la Antártida, y también se descubrió mediante los experimentos de la Nasa, el IceCube y el proyecto Amanda, que en esa zona ocurría algo extraño. —Suspiró—. Bien, he mirado por internet. —Le señaló el teléfono—. Buscando sobre cosas extrañas ocurridas en la Antártida, aparte de estos proyectos...

—¿Y has encontrado algo?

Lucía asintió.

—No sé si servirá de algo o tendrá que ver, pero recientemente se han descubierto pirámides en la Antártida cuyas dimensiones y posición son iguales a las de Egipto. Según los científicos, que aún las siguen estudiando, ni siquiera pueden datar su antigüedad, pues solo se pueden ver las puntas, el resto está cubierto de hielo.

Mukhtar miró a todos.

—Al parecer hay muchas más pirámides, pero las que ella indica... —Señaló a Lucía—. Están situadas al lado del monte Vinson. ¿Quién y por qué razón iba a construir esas pirámides ahí?

—De hecho —volvió a intervenir Lucía—, al lado hay una base de investigación estadounidense, la base Amundsen-Scott, una base secreta que ni siquiera aparece en Google Earth.

—¿La has buscado? —preguntó Gael con curiosidad.

—Pues claro que la he buscado —comentó molesta por la pregunta—. Toda esa zona está vetada, sin embargo, si entras en su web te pone justamente esas coordenadas, las mismas que no aparecen en las imágenes de los satélites.

—Las pirámides son más comunes de lo que pensamos —intervino Adriana—. Se están encontrando pirámides por todo el mundo: China, Japón, Bosnia, India, Perú, Grecia, Australia, Bolivia, Libia... pirámides que en algunas ocasiones superan los ciento cincuenta metros de altura.

—En España también hay, por cierto... —comentó Lucía recordandoselo.

—Y en Italia —dijo Adriana rápidamente.

—He investigado en el poco tiempo que hemos tenido sobre el tema, ya que... —continuó Mukhtar—, me parece muy intrigante que justo en el monte Vinson se encuentre una estructura piramidal igual a la de Egipto. —Karan asintió prestando toda su atención—. La arqueóloga que lleva la investigación, Ángela Micol, dijo que estas pirámides descubiertas en la Antártida harían empañecer las pirámides de la meseta de Guiza. —Ladeó su cuello—. Eso ha llamado aún más

mi atención, puesto que estamos hablando de construcciones de origen no natural, es decir, creadas específicamente para una misión. Además, si fuesen de origen no natural, su período geológico se remontaría a una época en la que la Antártida estaba completamente libre de hielo. Bien —dijo elevando su mano para que no lo interrumpiesen—, según un estudio publicado por la revista *Nature*, y que se encuentra también en la página web de la BBC, hace unos cincuenta y tres millones de años, sobre la costa de la Antártida creció exuberante vegetación típicamente tropical. Se han encontrado restos de polen, incluso fósiles de la planta de palma y bacterias de clima tropical.

—Hemos leído el estudio. Este corrobora —continuó Adriana—, que las temperaturas oscilaban entre los diez y los veinticinco grados centígrados. Esto... —enfaticó ella—, indica que dichas construcciones, si son de origen artificial, fueron construidas hace miles de años, cuando aún no había hielo sobre la Antártida. Y, la verdad, es muy llamativo encontrar ese tipo de construcción en un lugar de esas características.

—Puede que ese sea el lugar donde se encuentran atrapados los ángeles caídos —dijo Neil rápidamente.

—Un grupo de investigación internacional liderado por la Universidad de ITMO, en San Petersburgo, ha aplicado métodos de física teórica para investigar la respuesta electromagnética de la Gran Pirámide de Guiza a las ondas de radio —continuó Mukhtar—. Dicho estudio determinó que la Pirámide de Guiza puede concentrar energía electromagnética en sus cámaras y debajo de la base y, según los informes de las pirámides de la Antártida, estas harían empequeñecer a las de Guiza. Imagina la cantidad de energía electromagnética que puede acumular una pirámide de semejante tamaño.

—Debe de ser el lugar —reaccionó Karan rápidamente.

—Ahora bien... —intervino Lucía—. En las tablillas de Sumeria... —Y tragó saliva—. Se relata que hubo una guerra entre los dioses, igual que ahora, y que... solo unos pocos se salvaron de la catástrofe a nivel mundial. —Apretó los labios mirando fijamente a Karan—. Habla del arca con la que los dioses lograron salvar a unos pocos elegidos y...

—Lucía. —La cortó Karan acercándose a ella—. No te preocupes. —Miró de nuevo hacia los documentos y las tablillas—. ¿Cómo puede extraer Hades a los ángeles caídos de ahí?

Ella negó y miró a sus compañeros.

—No lo sé —Se quedó pensativa—. A ese lugar los griegos lo llamaban el Tártaro, y siempre se ha comentado sobre el horror que sería para la humanidad abrir sus puertas. Quizá, si los ángeles caídos están bajo la pirámide o en cámaras, tenga que abrirse una puerta, pero no se me ocurre nada más. Normalmente, las pirámides tienen alguna inscripción o entrada por la que acceder —continuó bastante desesperada—, ni siquiera estamos seguros de que esas construcciones sean de origen artificial.

—Tiene sentido —comentó Karan pensativo—. Está bien... —suspiró. Iban a jugárselo todo a esa baza, a que aquello fuese cierto, a que realmente aquellos ángeles caídos estuviesen ahí, encerrados bajo aquellas antiguas pirámides. Si Hades conseguía abrir las puertas del Tártaro y sacarlos de allí... sería el fin de todo. No era algo que pudiesen confirmar, pero, al menos, les daba un rayo de esperanza y algo a qué acogerse. Miró a Neil y a Gael—. Que vengan todos al salón. —Miró de nuevo a Lucía—. ¿Dices que esa zona no aparece en Google Earth?

Ella negó.

—Está censurada —comentó con voz trémula.

Suspiró de nuevo mientras señalaba a sus compañeros, con un movimiento de cabeza, que hiciesen lo que había ordenado.

Debían hacerlo, un último intento por salvarlos a todos.

Mukhtar se acercó a Karan y se colocó ante él mientras miraba de reojo a Cassandra, la cual observaba horrorizada por la ventana mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Me gustaría quedarme... —susurró—, pero Cassandra tiene una hija, y yo un hijo... necesito...

Karan asintió de inmediato, comprendiéndolos.

—Está bien —susurró con voz tranquila—. Id a por ellos, ¿necesitáis que os acompañe alguien?

—Nosotras los acompañaremos —indicó Lucía acercándose con Adriana—. Vosotros debéis ir a luchar y la casa se va a quedar vacía.

Mukhtar asintió con ojos llorosos.

—Gracias.

Karan pareció dudar, pero, al fin y al cabo, Lucía tenía razón. Miró a Gael y a Neil que asintieron. Era preferible que estuviesen acompañadas por Mukhtar y Cassandra a que se quedasen allí solas.

—Está bien, pero vais, cogéis a los niños y venís aquí —indicó rápidamente. Todos asintieron—. Coged el todoterreno, iréis más rápidos. —Fue hacia uno de los cajones y le pasó las llaves a Mukhtar, el cual las cogió agradecido. Miró de nuevo a Adriana y a Lucía—. Id pronunciando de vez en cuando el nombre de Hermi para que él os tenga localizados en todo momento.

—Está bien —dijeron las dos.

Gael y Neil fueron con ellas hacia la puerta para despedirse mientras Karan se giraba en dirección a la mesa de nuevo.

—Hermi —lo llamó para que volviese.

Debían darse prisa, pues sabían que el tiempo corría en su contra.

Debí sido un lugar declima templado.

Karan miró a través de la ventana. Los helicópteros militares sobrevolaban Atenas intentando controlar la situación que se estaba desatando en las calles. Se giró justo cuando escuchó a Neil entrar al comedor, abriéndose paso entre sus compañeros. Neil le entregó el rollo de papel que llevaba en la mano y Karan lo desenrolló, situando el mapa geográfico de la Antártida sobre la mesa.

Gael, Neil y Karan se habían vestido con los uniformes que les había regalado el señor Morris y el resto del equipo con ropa de nieve. Posteriormente, se habían reunido en el salón y habían puesto a todos sus compañeros al corriente de la situación. La mayoría había escuchado en silencio, aunque algunos habían sollozado y suspirado tras explicarles lo ocurrido en la Plaza de la Constitución: la muerte de Poseidón y Zeus había caído como un jarro de agua fría para todos y, en ese instante, comprendían las consecuencias de tal pérdida. Los terremotos se sucedían uno tras otro, los maremotos estaban asolando el mundo y las tormentas eléctricas creaban incendios en bosques y comenzaban a destruirse ciudades enteras. Aquello parecía el apocalipsis. En pocas horas el mundo se había convertido en un caos total. No era de extrañar, los dioses que dominaban aquellos campos habían sido asesinados y, ahora, nadie los controlaba. Debían poner solución a aquello de inmediato.

Karan suspiró y miró a Hermi y a Denise que permanecían a un lado.

—¿Seguro que podréis?

Ambos asintieron.

—Llevamos haciendo esto milenios. Ni te preocupes —contestó Hermi y le guiñó un ojo.

Karan suspiró y miró al resto de sus compañeros. Todos se habían colocado alrededor de la mesa y observaban el mapa.

Karan señaló directamente un punto.

—El monte Vinson —indicó, luego movió su dedo hacia la derecha mínimamente y, con un bolígrafo, marcó una cruz—. Aquí está la base de investigación americana y, justo a su lado, una de las posibles pirámides. —Los miró a todos seriamente—. Hay que sacar a toda esa gente de ahí, eso lo primero, y sin llamar la atención. —Miró a Ivette. Tú junto a Elin lo haréis... —Ella asintió. Se miró el reloj de pulsera. Había pasado una hora y media desde que Elin se había quedado dormida y, aunque había intentado dejar pasar los minutos para que ella recobrase las fuerzas lo máximo posible, no podía retrasarlo más. —Denise, por favor, ¿puedes ir a despertar a Elin? Que se ponga el uniforme.

Denise asintió y desapareció.

Karan volvió a mirar a sus compañeros.

—Adrián, coge a cuatro hombres y llévalos contigo. —Indicó con su mano el perímetro de la derecha que rodeaba a la formación piramidal por ese lado—. Cubriréis esa zona. —Miró a Adrián con intensidad—. No dudes en usar tu poder todo lo que puedas, hay mucha nieve y podrás deslumbrarlos. —Todos asintieron—. Xenos. —Lo señaló—. Con cuatro hombres más por la zona de la izquierda. —Xenos asintió—. Debéis formar un perímetro en cuanto se os dé la orden. Nadie debe cruzar el perímetro si no es de los nuestros. Alexandros. —Lo señaló—. Te quedarás

en una posición elevada como francotirador. —Luego sonrió levemente a todos—. El señor Morris nos dotó de muchas armas, así que iremos bien provistos. —Se giró hacia Neil y Gael, los cuales permanecían de brazos cruzados apoyados contra la pared—. Vosotros vendréis conmigo. Ya sabéis lo que hay que hacer. —Los miró a todos con determinación mientras inspiraba aire con fuerza—. Es nuestra última oportunidad. Se lo debemos a todos ellos. A nuestros amigos, a nuestras familias... nosotros también tenemos una parte humana. No dejemos que desaparezca. — Todos asintieron convencidos—. Id a escoger los grupos, intentad que estén equilibrados. Hermi... —dijo acercándose—, sé que es arriesgado, pero ¿podrías echar un vistazo a esta zona antes de ir?

—Por supuesto. —Y dicho esto, desapareció.

Se giró observando a Elin entrar por la puerta junto a Denise, aunque le sorprendió bastante ver que llevaba la espada que le había entregado el señor Morris en la mano. Karan arqueó una ceja y se fijó en su rostro: aunque había recobrado bastante el color, aún seguía un poco pálida. No lucía como siempre.

Fue directamente hacia ella.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó colocándose frente a ella, cruzándose de brazos.

—Bien —contestó con firmeza.

Karan la observó. Sabía que no estaba bien del todo, pero ella era necesaria, podría dar fuerza y vitalidad a todos. Su mirada bajó hacia su espada.

—¿Te ha explicado Denise el plan?

Ella asintió.

—Sí.

—¿Y por qué llevas la espada? —preguntó en un susurro—. Necesito que dispongas de todas tus energías para potenciarnos a todos. —La miró con ternura—. Aún sigues un poco pálida, y no quiero que gastes tus fuerzas en un combate que podemos librar nosotros. Necesito que estés al cien por cien y conserves tus fuerzas para poder darnos poder a...

—Estoy bien —confirmó con voz firme, cortándolo—. Perfectamente.

Sabía que era cabezota como una mula y que no iba a cambiar de opinión. Decidió no decir nada al respecto, no serviría de mucho.

Hermi apareció en el salón, su rostro estaba blanquecino y portaba una mirada de desesperación. Miró directamente a Karan.

—Están justo en el lugar donde habíais dicho.

—¿Cuántos son? —preguntó Karan avanzando nervioso hacia él.

—No me he parado a contar. —Tragó saliva preocupado—. Pero nos superan en número.

Karan apretó la mandíbula y miró a Elin y a Denise.

—¿Está Hades con ellos?

Hermi asintió y de nuevo tragó saliva.

—Él... ha abierto la pirámide —dijo pensativo—. Lo ha hecho —contestó con la mirada fija—. Lo ha matado. Lo ha hecho de nuevo, sin pestañear —susurró sumido en sus pensamientos.

Karan arqueó una ceja sin comprender lo que decía, pero en ese momento lo que más le importaba era que Hades había abierto la pirámide.

—¡Eh! —gritó Karan acelerado hacia la puerta. Corrió hacia ella y miró a todos los semidioses con que contaba. No eran muchos, pero todos ellos estaban dispuestos a dar su vida si

fuese necesario—. ¿Estamos listos? —Todos lo miraron y asintieron—. Pues vamos allá.

Hermi colocó el brazo frente a sus ojos mientras el helado viento lo echaba hacia atrás y los copos de nieve volaban hacia él. No nevaba, pero aquellas corrientes que llegaban a alcanzar los cien kilómetros por hora arrastraban todo el hielo del suelo.

Miró hacia el cielo de un azul intenso que contrastaba con la blancura del lugar.

Se tiró al suelo y reptó hasta asomarse a aquel precipicio. Aquello era horrible incluso para un dios como él.

Resopló y con otro esfuerzo más se sujetó al saliente de la montaña observando hacia abajo. Había bastante altura, pero bajo él pudo reconocer a un grupo de semidioses.

Miró al frente y observó aquella enorme montaña con forma piramidal. Así, visto desde allí, estaba claro que era de origen artificial. Tragó saliva y centró la mirada en sus antiguos compañeros, aquellos a lo que, en un pasado, había ayudado a transportarse de un lugar a otro. Una mezcla de ira, rabia y pena se apoderó de él. Había sido muy amigo de algunos de ellos hacía años, sobre todo durante su juventud, pero aquellos cinco últimos años se habían ido distanciando de él.

Giró su cabeza y contuvo el aliento. Allí estaba, caminando hacia todos los semidioses con paso firme y cabeza bien alta. Hades destacaba en altura frente a todos ellos y su corpulencia dejaba al resto de semidioses en inferioridad.

A su mente voló el recuerdo ocurrido hacía pocas horas, cuando había visto cómo Hades asesinaba a sangre fría a sus dos hermanos y se había visto obligado a sacar a Karan de allí antes de que acabase también con él.

Notó cómo sus ojos se humedecían, cómo incluso sus manos temblaban no por el frío, sino por toda la rabia e impotencia que acumulaba. Zeus era su padre, Poseidón su tío y, aunque no hubiesen sido una familia excesivamente cariñosa, siempre lo habían respetado y habían procurado el bien de la humanidad, dotándola de libertad y velando por ellos en momentos como aquel. Hades había hecho que sus cabezas rodasen, sin inmutarse, sin pestañear.

Apretó la mandíbula y tuvo que valerse de toda su fuerza de voluntad para no ir hacia allí y darle una patada en el trasero a Hades antes de que acabase también con su vida. De aquella forma, al menos, liberaría algo de tensión.

Tuvo que contenerse, sabía lo que se jugaban y sabía también que, realmente, no podría hacer nada frente a él. Pese a ser un dios, su poder simplemente era transportarse y servir de mensajero entre los dioses supremos.

Se fijó en todos los semidioses que había, veinte al menos, y en que se apartaban abriendo un camino por el que Hades se dirigía hacia la pirámide, con el tridente de Poseidón en una mano y el casco en la otra. En ese momento se dio cuenta de que se dirigía hacia un grupo de cuatro semidioses que flanqueaban una enorme caja de madera.

—El arca —susurró Hermi con el corazón compungido.

Debía informar a todos sus amigos de que había encontrado el lugar. Cómo no, Lucía tenía de nuevo razón.

Iba a marcharse de allí cuando la voz de uno de los semidioses captó su atención.

—No sabemos cómo abrir la puerta de la pirámide.

Reconoció a Vasilus, el hijo del dios de la venganza, mirando a los ojos de Hades,

informándolo de todo.

Hades miró la caja e inspiró con fuerza. El arca aún estaba allí. Miró la pirámide y luego observó de reojo a varios de sus compañeros, todos expectantes.

Hermi se escondió más tras la roca, esperando a ver el siguiente movimiento.

Aunque estaba bastante alejado de la pirámide podía ver cómo en aquellas paredes lisas había un saliente en forma de rectángulo simulando una puerta.

Hades fue hacia ella y la observó. Bastante nieve se acumulaba en el saliente. La apartó con la mano, sin que ningún gesto por el tacto con el hielo lo hiciese temblar y observó. Llamó su atención un símbolo desgastado por el paso del tiempo. Se trataba de una escritura cuneiforme. Pasó la mano sobre aquellos símbolos mientras algunos de los semidioses se acercaban por su espalda para observar intrigados. Sujetó con más fuerza el tridente mientras una sonrisa se apoderaba de su rostro.

—El sacrificio de sangre... —susurró.

Vasilus se colocó a su espalda.

—¿Qué significa? —preguntó intrigado—. ¿Qué debemos hacer?

Hades se giró y lo miró seriamente de los pies a la cabeza.

—Es muy sencillo. Ven... —dijo tendiéndole la mano—, acércate.

Vasilus lo miró intrigado. Aunque estaba de su lado no se fiaba mucho de él. Miró de reojo a sus compañeros y, con desconfianza, dio un paso al frente acercándose, tendiéndole la mano.

Hades se la cogió.

—Es muy sencillo... —pronunció lentamente—, ¿sabes en qué consiste el rito de sangre?

Vasilus negó.

Hades lo acercó dándole la vuelta en cuestión de un segundo, colocó el tridente en su cuello y lo clavó mientras los demás semidioses gritaban asustados y se alejaban nerviosos.

Vasilus comenzó a atragantarse con su propia sangre mientras miraba asustado a sus compañeros, todos ellos sorprendidos por lo que acababa de suceder. Hades se acercó a su oído.

—¿Por qué crees que en la antigüedad se hacían tantos sacrificios de sangre? —susurró antes de dejarlo caer—. La humanidad siempre ha querido acercarse a los dioses.

Hermi dio un brinco colocándose en pie, llevándose las manos a la boca y conteniendo el grito mientras veía cómo la nieve alrededor de Vasilus se teñía de rojo.

Hades recorrió con la mirada a todos los semidioses que permanecían estáticos sobre la nieve asimilando lo que acababa de ocurrir, temblando y sin atreverse a rechistar.

Hades se giró y colocó la palma de la mano en la sangre vertida del cuerpo del semidiós, empapándola, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

Se giró, fue hasta la roca y colocó la palma de la mano en la piedra rectangular. Al momento, el suelo comenzó a vibrar.

Hermi estuvo a punto de caer mientras veía cómo la piedra se desplazaba hacia un lado.

—No... —sollozó.

Tragó saliva y desapareció, apareciendo enseguida en el comedor de Karan, en Atenas. Le costó un poco reaccionar. Miró a Karan.

—Están justo en el lugar donde habíais dicho.

—¿Cuántos son? —preguntó Karan avanzando hacia él.

—No me he parado a contar. —Tragó saliva preocupado—. Pero nos superan en número.

Karan apretó la mandíbula y miró a Elin y a Denise.

—¿Está Hades con ellos?

Hermi asintió y de nuevo tragó saliva.

—Él... ha abierto la pirámide —dijo pensativo—. Lo ha hecho —contestó con la mirada fija—. Lo ha matado. Lo ha hecho de nuevo, sin pestañear —susurró sumido en sus pensamientos.

Karan fue directamente hacia la puerta.

—¡Eh! —gritó Karan acelerado hacia la puerta. Corrió hacia ella y miró a todos los semidioses con que contaba. No eran muchos, pero todos ellos estaban dispuestos a dar su vida si fuese necesario—. ¿Estamos listos? —Todos lo miraron y asintieron—. Pues vamos allá.

Todos entraron en el salón.

—Haced los grupos... —ordenó a todos. Se colocaron en formación. Los miró seriamente—. ¿Todos tenéis las armas? Recordad guardarlas en vuestro cinturón o en el viaje con Hermi se destruirán. —Varios de ellos las colocaron o en el bolsillo o introducidas en los cinturones de la ropa de nieve que llevaban. Aquella era la batalla más dura que iban a librar, lo sabía. Intentó despejar su mente, aunque otro temblor le hizo ser consciente de lo que se les venía encima. Los gritos de toda la gente que corría de un lado a otro por la calle llegaron hasta ellos. Debían hacerlo, debían ganar a Hades como fuese—. Vamos a por ellos.

Se giró y miró a Hermi y a Denise que esperaban a que Karan diese la orden. Lo miró decidido y asintió.

Denise fue al primer grupo que se había formado. Hermi fue hacia Karan, Neil y Gael y los tres colocaron su mano sobre su hombro.

Lo último que vio Karan antes de desaparecer fue los resplandecientes ojos de Elin observándolo con determinación.

Karan permanecía arrodillado junto a Neil y Gael en lo alto de la montaña, el mismo punto desde el que Hermi había observado con anterioridad. En ese momento, todos comprendieron las palabras que Hermi había pronunciado minutos antes: «Lo ha matado. Lo ha hecho de nuevo, sin pestañear».

Desde lo alto pudieron identificar el cuerpo sin vida de Vasilus, desangrándose, con toda la nieve alrededor teñida de un color escarlata.

Karan inspiró con fuerza y miró de reojo a sus compañeros, los cuales también miraban el cadáver. Hades no dudaba en hacer todo lo necesario para llevar a cabo su plan.

Resopló y miró hacia abajo. A la derecha, Hermi acababa de dejar al grupo de Adrián, los cuales se habían escondido tras unas piedras, asomando solo parte de sus cabezas para observar, permaneciendo totalmente ocultos hasta que diese la señal.

A su izquierda, Xenos permanecía también con su grupo, todos con armas en las manos, esperando para atacar.

Se giró hacia atrás al escuchar que una persona más se arrastraba por la nieve.

—¿Tendrás buen ángulo desde aquí? —le preguntó a Alexandros mientras este se apartaba con una increíble suavidad y erotismo el cabello de la cara, lo que hizo que los tres resoplasen.

—Sí, desde aquí puedo verlo todo. No habrá problema.

—Ten en cuenta el viento, puede desviar... —le recordó Karan.

Alexandros lo interrumpió.

—El viento no será un problema para que dé en el blanco, créeme —respondió con seguridad depositando el carcaj a su lado, repleto de flechas.

Karan asintió y desvió de nuevo su mirada. El viento arrastraba el hielo y la nieve del suelo, lo que dificultaba su visión a lo lejos, pero desde allí, a través de las intensas corrientes de aire, podía ver la base de Amundsen-Scott, una de las estaciones de los Estados Unidos situada prácticamente en el polo sur geográfico del planeta. Dicha base estaba habitada de forma permanente, por lo que, en esos momentos, Ivette y Elin debían estar alertando a todos los allí presentes para que la desalojasen.

Hermi y Denise aparecieron a su lado.

—¿Ya están allí? —preguntó Karan.

Hermi asintió.

—Sí, han comenzado a evacuar a todos.

Aquello los sorprendió.

—¿Les hacen caso? —preguntó Neil.

Hermi se encogió de hombros.

—Bueno, hemos aparecido los cuatro allí, ante todos, y les hemos dicho que si querían seguir vivos debían hacernos caso, puesto que Hades estaba a punto de abrir las puertas del Tártaro. —Ladeó su cabeza, dubitativo—. Supongo que materializarnos allí de improviso ha ayudado a que la gente se lo crea y quiera salir corriendo.

—Imagino —susurró Karan volviendo su mirada hacia la pirámide.

—Además, Elin los ha amenazado con la espada...

—Eso supongo que también ayuda —bromeó Neil.

Karan miró a su amigo con una sonrisa de lado.

—Hades debe encontrarse en el interior —comentó Karan con la vista clavada en la pirámide.

Hermi se colocó a su lado y lo miró asustado.

—Ha abierto la puerta con el rito de sangre... —Señaló con un movimiento de cabeza hacia Vasilus, lo que hizo que la capucha se le fuese hacia atrás e hiciese una mueca de frío. Se la volvió a poner—. Había una caja de madera bastante grande, supongo que era el Arca de la Alianza, la han debido introducir también en el interior. —De repente, puso su espalda erguida y miró a Gael—. Lucía ha pronunciado mi nombre.

—Les dijimos que fueran llamándote de vez en cuando para tenerlas controladas... —explicó rápidamente Gael—. No es una urgencia. ¿Dónde están?

—Han tenido que dejar el coche cerca de la casa de Kassandra, las calles están abarrotadas de gente. Van a pie —explicó Hermi.

Se quedaron unos segundos en silencio y finalmente Karan miró de una forma decidida a todos los semidioses que vigilaban la zona cercana a la pirámide, evitando el paso de cualquiera de ellos a la pirámide y protegiendo de aquella forma a Hades.

Tragó saliva y se llevó la mano al cuello mientras miraba a Hermes y a Denise, los cuales esperaban sus órdenes.

Hermi indicó con un gesto de su cabeza que ambos estaban preparados para iniciar el plan.

—De acuerdo —susurró Karan apretándose el cuello, hablando a través del sistema de comunicación a todos sus equipos—. Hermi y Denise van a comenzar. Preparaos, y no deis señales de estar ahí hasta que yo os lo diga. —Se soltó el cuello y miró con determinación a Hermi y a Denise—. Suerte.

Ambos asintieron y desaparecieron.

Alexandros, con un movimiento muy ágil, se colocó de rodillas y cogió una flecha colocándola en el arco, apuntando hacia abajo, preparado por si fuese necesario intervenir.

Karan, Gael y Neil observaron atentos.

—Vamos Denise, vamos Hermi —susurró Karan—, necesitamos que esto funcione.

Se fijaron en todos los semidioses contrarios a ellos, muchos de ellos, los que no poseían habilidad alguna, portaban armas, al igual que los suyos.

Se fijó en Tiara e Ichiro que permanecían custodiando la puerta de entrada a la pirámide. Theron dirigía un grupo de tres de ellos por el lado derecho, el custodiado por Adrián; por la izquierda, Ingrid dirigía un grupo de cinco personas, aunque ellos no sabían que a poco más de quince metros su grupo los observaba.

El resto se encontraba vigilando los alrededores. Hermi había tenido razón, los superaban en número, pero confiaban que en breve pudiesen reducirlo. Solo esperaba que nadie se diese cuenta.

Rob, hijo de Perséfone, miraba de un lado a otro con un arma en cada mano. Su mirada coincidió con Zarek un segundo, a varios metros de él, vigilando también la zona. Rob no fue consciente de que Hermi aparecía tras él y colocaba su mano en su hombro antes de desaparecer.

—Bien... —susurró Karan al ver que lo habían hecho totalmente en silencio. Su mirada se desvió hacia Zarek observando cómo Denise aparecía también tras él y colocaba su mano en su espalda desapareciendo tal y como había hecho Hermi momentos antes.

Alexandros vigilaba de un lado a otro asegurándose de que nadie se daba cuenta de los movimientos de sus compañeros, con su arco tirante y apuntando la flecha allá donde ponía su mirada.

Cuando Rob abrió los ojos parpadeó varias veces, sorprendido.

—¿Qué narices? —preguntó mirando hacia el mar color turquesa. El agua cristalina bañaba sus pies.

Se giró y observó a un Hermi muy sonriente mientras las palmeras que estaban tras él temblaban ante otro terremoto ocasionado por la muerte de Poseidón.

Se giró de inmediato observando a Zarek aparecer a su lado, el cual hizo el mismo gesto, totalmente sorprendido al verse desplazado hasta allí, chapoteando mientras se giraba.

Denise emitió una sonrisa desafiante hacia ellos, los cuales miraban asombrados, sin entender qué ocurría.

—Disfrutad de República Dominicana mientras podáis —comentó Hermi mientras Denise y él se despedían saludándolos con la mano.

—Malditos hijos de... —gritó Rob al comprenderlo, dirigiéndose en su dirección con premura, aunque estos desaparecieron al momento.

Los habían llevado hasta allí, alejándolos de la lucha, poniendo kilómetros de distancia entre ellos y sus compañeros, sin forma de volver al lugar donde se libraba la batalla más importante de todos los tiempos.

—¡Mierda! —gritó Zarek mientras arrojaba la pistola sobre la arena blanca de aquella hermosa playa y se quitaba la capucha con un movimiento tenso—. ¡Tenemos que volver! —gritó a su compañero.

—¿Cómo? —preguntó el otro con un grito, desafiante.

Los dos giraron su rostro lentamente cuando escucharon los sonidos de un pequeño monito que parecía reírse de ellos y que recogía del suelo la pistola que Zarek acababa de tirar sobre la arena. El monito la sujetó, la olió y apuntó hacia ellos. Tanto Rob como Zarek tragarón saliva y elevaron las manos como si estuviesen detenidos. Se miraron de reojo.

Aquello era ridículo.

—Vamos, monito... —susurró Zarek con una sonrisa temblorosa, dando un paso hacia él—, devuélveme la pistola. Sé un mono bueno.

El mono se enfureció ante la cercanía dando saltos, pasando de una patita a la otra mientras incrementaba su chillido. Se detuvo y reafirmó su postura, como si supiese lo que hacía apuntándolos con más decisión. Mientras, otro mono se situaba a su lado, miraba el arma con curiosidad y la olisqueaba.

Zarek se puso tieso como un palo elevando las manos y miró de reojo a su compañero.

—Joder... —susurró mientras el mono les apuntaba a los dos colocando el dedo en el gatillo.

—Lo que nos faltaba, retenidos por un mono... —se burló Rob.

Karan vio cómo Hermi aparecía tras una de las piedras al igual que Denise y suspiró aliviado. Sus contrarios no se habían dado ni cuenta. Tragó saliva y vigiló al igual que el resto de sus compañeros para atacar en caso de que Hermi y Denise corriesen peligro.

Ambos volvieron a desaparecer y el primero que se materializó fue Hermi tras la espalda de Erik que desapareció de inmediato, aunque uno de los semidioses que estaba cerca, Rubén, vio

cómo desaparecía y dio unos pasos hacia allí de inmediato, apuntando con el arma, consciente de lo que había visto.

Karan pudo apreciar desde allí su cara amoratada por los golpes que le habían dado en Meteora, incluso llevaba un brazo vendado y una tirita cerca del ojo. Supo por sus gestos que Rubén era consciente de lo que Hermi se traía entre manos.

Rubén miró a los lados mientras corría hacia el lugar.

—¿Erik? —gritó.

Notó en ese momento una presencia a su espalda. No tuvo tiempo de girarse, simplemente se agachó esquivando la mano de Denise, echándose sobre la nieve.

—¡Nos atacan! —gritó contemplando a Denise casi encima de él.

Alexandros apuntó y disparó en dirección a Rubén justo antes de que Denise colocase la mano sobre su hombro y desapareciese con él.

—¿Le has dado? —preguntó Karan poniéndose en pie.

—Sí.

En ese momento, el equipo de Hades se puso en alerta mirando de un lado a otro.

Karan miró hacia Neil y Gael.

—Vuestro turno —dijo apartándose de ellos. Neil se colocó ante aquella pared de hielo y extendió las manos hacia ella provocando una oleada de calor que hizo que todo el hielo del monte Vinson comenzase a derretirse.

Gael se puso a su lado dominando el agua que se iba vertiendo.

—¡Preparaos! —gritó Karan pulsando su cuello para avisar a sus compañeros. En ese momento, un temblor comenzó a sacudir la zona, aunque este no venía producido por la pérdida de Poseidón, sino por la gran avalancha que Neil y Gael estaban provocando.

Los gritos de todos los semidioses que custodiaban la pirámide y el acceso a ella, llegaron desde la parte baja, conscientes de lo que se les venía encima.

Neil extrajo unas enormes llamas de sus manos y de todo su cuerpo, incluso parecía que su cuerpo entero se incendiase mientras miraba todo aquel hielo que se iba transformando en agua.

Gael movió sus manos conduciendo el agua derretida que, gracias a las bajas temperaturas, no tardaría en solidificarse de nuevo.

El temblor se intensificó cuando condujo el agua con un movimiento de sus manos hasta el acantilado y, con un gran impulso, la hizo caer en dirección a todos los semidioses que allí había.

Los gritos se volvieron más agudos y asustados cuando desde allí abajo vieron la enorme avalancha de agua, nieve y hielo que venía directa hacia ellos.

—¡Cuidado! —gritó uno de ellos intentando mantener el equilibrio, aunque cayendo al suelo y sin apartar la mirada de aquella avalancha que descendía en dirección a ellos.

Gael se colocó en el borde del precipicio para conducirla. En pocos segundos, muchos de sus enemigos quedarían sepultados bajo el hielo.

Neil se giró aún con su cuerpo ardiendo y colocó las manos también hacia aquella columna de agua que comenzaban a descender retrasando así el momento en que se convirtiese en hielo.

Karan se situó al lado de Gael, observando, si todo iba bien dejarían la zona limpia en unos segundos, aunque no les sorprendió ver cómo Ingrid se adelantaba a todos colocándose delante, al igual que Tiara.

Karan se giró hacia Gael.

—¡Dale más potencia! —ordenó.

Gael hizo fuerza con los brazos conduciendo la avalancha a gran velocidad hacia ellos, incrementando la fuerza del terremoto.

Tiara dio un paso al frente y extendió los brazos mientras su rostro se iluminaba. Una pared de hielo comenzó a surgir ante la pirámide protegiéndose ella y todos sus compañeros a la vez que la avalancha llegaba al final de la montaña y se dirigía a gran velocidad por la explanada en su dirección.

La pared de hielo creció haciéndose más elevada mientras que Ingrid, situada al lado de Tiara, se movía de un lado a otro sin poder aguantar bien el equilibrio.

Gael inspiró con fuerza mientras conducía con todas las fuerzas que tenía aquella avalancha hacia ellos.

—Vamos, vamos... —susurró Karan al ver que ya se aproximaba a esa gigantesca pared de hielo. Miró a ambos lados—. ¡Hermi! —gritó.

Su amigo apareció a su lado y señaló a la pared de hielo.

—Llévame —ordenó colocando una mano en su hombro.

—¿Estás loco? —dijo asustado mirando la fuerza de aquella avalancha. Jamás había visto algo igual.

—¡Ahora! —gritó Karan—. Y no te muevas de mi lado —sugirió.

Hermi tragó saliva y asintió no muy convencido.

Ni siquiera tuvo tiempo de pestañear. Karan apareció junto a Hermi ante la gran muralla de hielo que había formado Tiara, incluso podía ver a través del espeso hielo las figuras de todos los semidioses contrarios a él moverse asustados.

—Karan... —gritó Hermi que permanecía ante él observando la avalancha dirigirse hacia ellos. Cayó al suelo y retrocedió hacia atrás por el viento.

Karan apretó los labios y volvió a mirar el hielo.

—No te levantes —le dijo a Hermi mientras colocaba las dos manos en el hielo.

La pared de hielo que había construido Tiara era muy gruesa y era posible que consiguiese detener la avalancha o parte de ella. El estallido fue casi instantáneo, mientras los rayos recorrían todo el hielo resquebrajándolo. Pudo escuchar los gritos al otro lado del muro de hielo.

—Karan, Karan... —repitió Hermi asustado mientras temblaba en el suelo.

Karan sintió cómo desde el otro lado Tiara reconstruía el muro intentando subsanar las roturas que él creaba.

—De eso nada. No os vais a esconder —gruñó Karan mientras incrementaba su poder.

Una explosión hizo que todos los semidioses cayesen varios metros atrás a la vez que el muro saltaba por los aires cuarteado en grandes bloques de hielo.

Tiara cayó al suelo resbalando por el hielo, intentó frenar y miró a todos sus compañeros en la misma situación que ella, descolocados por aquella gran explosión.

Su mirada voló hacia Karan que se ponía firme a pocos metros de ella, mientras los rayos recorrían su cuerpo, aunque lo que llamó de verdad su atención fue la espesa columna de hielo y nieve que se dirigía hacia ellos arrasándolo todo.

Karan miró a Hermi tirado en el suelo y dio un paso a su lado.

—Prepárate —susurró hacia él mientras creaba una cúpula de rayos a su alrededor.

Tiara se puso en pie con movimientos nerviosos intentando frenar la avalancha, pero no tuvo

tiempo.

El hielo y la nieve pasaron por encima de la cúpula creada por Karan con la que protegía a su amigo y a él mismo, mientras veía cómo la nieve y el hielo lo iban cubriendo todo y los semidioses contrarios salían despedidos por la fuerza del impacto.

Su última mirada fue hacia Tiara que salió volando hacia atrás, perdiéndose entre todo el hielo que avanzaba con una velocidad aniquiladora.

Hermi permanecía tirado en el suelo, observando hacia Karan y la cúpula formada por rayos, evitando que la avalancha pudiese alcanzarlos a ellos y protegiéndolos de esa forma. No parecía costarle mucho soportar aquello.

Su mirada coincidió con la de Karan, el cual se mantenía firme mientras el hielo se acumulaba sobre la cúpula, aunque este se derretía al entrar en contacto con la electricidad y se evaporaba.

Desde luego, lo que habían montado Neil y Gael era lo más impresionante que jamás había visto. Dudaba de que algunos de los semidioses que ayudaban a Hades hubiesen sobrevivido o estuviesen por allí, pues, seguramente, habrían sido arrastrados muy lejos.

En cuanto la avalancha se detuvo Karan hizo desaparecer la cúpula. El silencio fue absoluto. La nieve y el hielo se habían acumulado alrededor de ellos más de medio metro, y eso que la cúpula había evaporado la mayor parte.

Miró a Hermi que aún permanecía en el suelo bastante impresionado.

—Vamos, levanta —dijo llevándose la mano al cuello—. Salid —ordenó al resto de compañeros.

Hermi se colocó a su lado y se sacudió la nieve de los pantalones. Denise apareció ante ellos.

—Hermi —dijo colocando sus manos en sus hombros en señal de cariño.

—Estoy bien, estoy bien...

—¿Y Rubén? —intervino Karan.

—De viaje al desierto del Sáhara. Alexandros le ha disparado en la pierna —informó.

Karan asintió mientras observaba a todos sus compañeros correr en su dirección a gran velocidad. En ese momento detectó que algo no iba bien. Sintió como si una corriente eléctrica recorriese su columna. Un segundo después escuchó los gritos y los pasos de muchos crujir sobre la nieve.

Karan, Hermi y Denise se giraron para observar que la mayoría de los semidioses que colaboraban con Hades corrían hacia ellos con Asim e Ichiro a la cabeza.

—Mierda —susurró Karan mientras se llevaba de nuevo la mano al cuello—. Siguen aquí. —Miró directamente a Ichiro. Aquellos dos tenían el poder de transportarse también y llevarse con ellos a sus compañeros de facción—. Yo me encargo. —Miró fijamente a Hermi y a Denise—. Idos —ordenó mientras pasaba por encima del montón de nieve acumulada a su alrededor y se preparaba para el combate.

No se iba a andar con tonterías. Todos corrían en su dirección y aquello lo retrasaba en su misión.

—Alejaos de aquí —volvió a ordenar Karan con voz siniestra hacia sus amigos, sin perder el contacto visual con todos los semidioses que corrían hacia ellos.

Hermi y Denise aparecieron al lado de los grupos que corrían en dirección a Karan y los frenaron.

—Esperad, esperad... quietos... —Los detuvo Hermi.

Neil y Gael se adelantaron unos pasos, miraron hacia aquella espalda lejana de Karan y se miraron de reojo. Gael fue quien se giró hacia los demás que esperaban ansiosos.

—No os acerquéis a nosotros hasta que os avisemos —ordenó al resto. Miró a Neil que asintió y luego colocaron su mano sobre el hombro de Hermi—. Llévanos con él —pronunció mientras observaban que el cuerpo de Karan se encendía con los rayos recorriendo todo su cuerpo.

Karan dio unos pasos hacia delante mientras su cuerpo cada vez se cubría más con los rayos, haciendo que la nieve y el hielo que se acumulaban a su alrededor se derritiesen.

Miró hacia la pirámide un segundo, había quedado cubierta de nieve la mitad de la cara que daba hacia él.

Clavó su mirada en Ichiro y Asim, aquellos eran los más peligrosos. Ichiro podía dormirlos y Asim transformarse en cualquiera de ellos generando un auténtico caos.

Elevó sus manos creando dos enormes bolas de electricidad sobre ellas cuando la voz de uno de sus amigos le hizo girar la cabeza a un lado.

—Supongo que tú te encargas de Asim, ¿no? —preguntó Gael mirando de reojo a Karan.

—Largo de aquí —dijo con los dientes apretados.

—No te preocupes tanto por nosotros dos... —ironizó Neil—. No eres tan poderoso para nosotros.

En ese momento, los ojos de Karan se encendieron y extendió los brazos hacia delante haciendo que los rayos saliesen de todo su cuerpo. El hielo comenzó a elevarse mientras se agrietaba, dificultando el paso de todos los que venían contra ellos. Juntó las manos hacia delante y creó una onda que salió despedida hacia todos los que se acercaban en su dirección. Cuando la onda llegó hasta ellos todos se detuvieron en seco, como si chocasen con un muro.

Karan dio un paso al frente mientras elevaba su mano haciendo que todos sus contrarios quedasen suspendidos en el aire, sin apenas poder moverse.

Neil tragó saliva mientras miraba a Karan. Todo su cuerpo era recorrido por rayos y de su mano salía una potente luz, igual que la que envolvía todos los cuerpos de sus adversarios capturados en el aire.

—Vale... Uhhmm... —balbuceó Neil que puso las manos hacia delante—, todos tuyos —bromeó.

Karan agitó su mano hacia delante haciendo que todos sus enemigos saliesen repelidos, luego comenzó a correr en aquella dirección, sin esperar a sus amigos que permanecían paralizados tras él.

—¡Neil! —gritó Karan mientras sus manos volvían a formar dos enormes bolas de electricidad—. ¡Necesito la puerta de la pirámide despejada! —gritó sin dejar de correr.

Neil y Gael miraron hacia la pirámide. La cara que daba a ellos había quedado prácticamente oculta por la avalancha que habían provocado.

—Vamos —dijo Gael.

Karan siguió corriendo. No pensaba consentir que nadie más muriese, no podía permitirse perder a nadie más.

Miró al frente mientras Ichiro se ponía en pie y lanzó un rayo en su dirección que fue a detenerse en su pecho. Ichiro gritó mientras Karan elevaba la mano conduciendo aquel rayo con el cuerpo de Ichiro hacia el cielo, el cual no dejaba de gritar.

Giró su cabeza para observar a Asim. Sabía que con Ichiro y Asim no servía de nada que

Hermi se los llevase, pues ambos tenían la posibilidad de transportarse de un lugar a otro sin problema. Ellos eran la mayor amenaza en ese momento.

Impulsó el rayo con el que mantenía sujeto a Ichiro hacia Asim, provocando que Ichiro volase hacia Asim golpeándose con fuerza y resbalando los dos sobre el hielo.

Miró al frente observando cómo los demás enemigos también se dirigían hacia él. Se movió con celeridad pasmosa que sobresaltó a todos los semidioses contrarios, apareciendo en medio de ellos.

Inspiró con fuerza y creó otra onda provocando una explosión que derritió parte del hielo e impulsó a todos alejándolos de él.

Se arrodilló colocando la palma de la mano en el hielo, controlando la situación.

Su mirada voló directamente hacia Tiara e Ingrid, las dos semidiosas poseedoras de un gran poder.

—¡Hermi! ¡Denise! —gritó—. A por ellas —ordenó antes de que se materializasen.

Tiara no tuvo tiempo de girarse, pues Hermi apareció a su espalda y colocó la palma de su mano en su hombro desapareciendo con ella. Denise apareció a la espalda de Ingrid, pero esta ya estaba prevenida tras ver lo que ocurría con Tiara y se deslizó sobre el hielo alejándose de ella, se puso en pie y se transformó en una antorcha humana mientras colocaba la mano en dirección a Denise para freírla, pero Karan se interpuso en su camino formando otra cúpula protectora junto a Denise.

El enfado de Karan iba en aumento mientras observaba la intensa llama que chocaba con su electricidad. Si no se hubiese interpuesto ni siquiera Denise hubiese tenido tiempo de desaparecer para esquivarla, aquella muchacha era excesivamente rápida.

Denise permanecía a su lado y lo observó intentando recuperar el aliento.

—Gracias.

Karan asintió.

—Prepárate.

Denise se puso en posición de ataque, pues ya sabía lo que Karan iba a hacer.

En cuanto Ingrid fue consciente de que sus llamas no lograrían alcanzarlos ni atravesar aquella cúpula de electricidad se detuvo con un rugido, aunque no tuvo ni tiempo de pestañear. Karan deshizo la cúpula y un segundo después la impulsó con una fuerte onda hacia delante.

—Vamos —apremió a Denise.

Denise desapareció de su lado y al momento apareció al lado de Ingrid que aún intentaba recuperar la respiración tras el golpe contra el hielo. Aun así, intentó esquivar la mano de Denise, pero no lo logró.

Denise puso la mano en su estómago y la cogió del brazo para retenerla. Un segundo después Ingrid miraba asustada a Denise, la cual la mantenía sujeta por el brazo sobre el mar. A lo lejos se veía tierra firme.

—¡No! —rugió Ingrid observando los ojos verdes de Denise.

—Esto por intentar quemarme —contestó soltándola desde cierta altura, a varios metros sobre el mar.

Karan sonrió cuando vio desaparecer a Denise junto a ella. Se giró de nuevo hacia donde había dejado a Ichiro y a Asim justo cuando tuvo que agacharse para evitar el puñetazo de este último.

Rodó por el suelo mientras veía cómo Asim se elevaba en el aire y bajaba con todas sus

fuerzas para descargar los puños en él. Lo esquivó sin problema colocándose de rodillas y con un movimiento de manos lo atrapó entre sus rayos. Se puso en pie y avanzó mientras seguía repeliéndolo con los rayos.

Miró a su alrededor asegurándose de que ninguno de sus compañeros estaba cerca y volvió a extender sus brazos hacia los lados provocando una intensa onda electromagnética que hizo que todos sus enemigos saliesen volando.

Se giró para observar que Neil ya había deshecho todo el hielo acumulado en la pirámide cuando Ichiro se materializó unos pocos metros por delante, de rodillas. Asim también se colocó al lado de Ichiro mientras Karan resoplaba. Ambos se pusieron en pie lentamente, observando con detenimiento a Karan.

—No me obliguéis a acabar con vosotros —los amenazó. Ambos sonrieron de forma maliciosa y miraron un segundo hacia atrás, asegurándose de que estaban en la trayectoria de él, evitándole el paso—. Bien... —dijo dando un paso hacia delante. Se llevó la mano al cuello para avisar a sus compañeros—. Escondeos. Todos.

Pudo ver, en la lejanía, cómo Neil y Gael se giraban para observarlo, aunque un segundo después Hermi apareció en medio de ellos llevándoselos de allí. Ahora que la entrada a la pirámide estaba libre no iba a demorarse más.

—Última oportunidad —pronunció rotundo Karan.

No le gustaba tener que emplear aquella fuerza para acabar con ellos, pero ya lo había hecho una vez en el avión cuando se habían llevado a Elin, y no dudaría en hacerlo de nuevo. No iba a perder un segundo más.

Se giró para observar que muchos semidioses de la facción contraria ya se habían levantado y corrían en su dirección. Ichiro y Asim corrieron hacia él también.

Karan inspiró con fuerza y de nuevo los rayos comenzaron a rodear su cuerpo a gran velocidad.

Cerró los ojos un segundo y justo cuando los abrió alzó sus manos. Una potente onda salió de su cuerpo arrasando todo a su paso a una velocidad inigualable.

Ninguno de los dos tuvo tiempo a reaccionar. Ni Asim ni Ichiro se encontraban en el avión cuando este había explotado derribando también a los siete cazas que lo seguían, por lo que aquella demostración de poder cogió a todos desprevenidos.

Aquella era la única oportunidad que tenía para salvar a la humanidad y no dudaría en hacer todo lo que estuviese en sus manos para lograrlo.

La onda arrasó con todo lo que se encontraba a su paso, aunque apartó la mirada cuando esta llegó a Ichiro y a Asim que se desvanecieron al siguiente segundo, consumidos por aquella electrizante onda. No sintió pena ni angustia, por su culpa habían matado a su padre y a su tío y, no contentos con eso, pretendían acabar con la humanidad.

Apretó la mandíbula y se giró para observar a todos los semidioses con menos poder que se detenían a unos metros de él, asustados. No tenía tiempo para ellos, aun así, permanecían paralizados, asustados, con la mirada fija en él y tragando saliva.

—Encargaos vosotros —pronunció a través del micrófono que tenía instalado en el cuello de su uniforme.

A lo lejos escuchó a su equipo dirigirse hacia allí con gritos, dispuestos a combatir cuerpo a cuerpo contra sus oponentes.

Se movió rápidamente hacia la pirámide y se situó frente a su puerta. Neil y Gael habían

dejado limpia toda aquella zona.

Iba a dar un paso al frente para entrar cuando Denise apareció junto a Gael y Neil a su lado. Karan los miró.

—Vamos contigo —dijo Gael.

Karan asintió y volvió a mirar al frente. Aquella puerta daba a un largo pasillo, aunque este se perdía en la oscuridad.

—Necesito luz —comentó dando un paso al frente, entrando él primero. Neil se colocó a su espalda y creó una llama con su mano. Gael los siguió. —Sobre todo, no miréis hacia el arca.

—¿Por? —preguntó Neil tras él, dándole más intensidad a la llama que creaba en su mano.

—Os podéis quedar ciegos —susurró avanzando con cuidado.

—¿Y tú? —preguntó Gael desde atrás.

—A mí no me ocurrirá nada —dijo sin dejar de avanzar en la oscuridad.

## 26

El terremoto hizo que tuviesen que detenerse a la entrada del piso de Cassandra.

—Dios mío —susurró Lucía al ver cómo se tambaleaban de un lado a otro los edificios.

Adriana se arrodilló en el suelo para mantener el equilibrio mientras Mukhtar se sujetaba junto a Cassandra a una farola.

En cuanto el temblor redujo su intensidad Cassandra siguió corriendo en dirección al portal, apartando y esquivando a todas aquellas personas que permanecían en las calles. Estar dentro de los edificios era peligroso en aquella situación, ya que muchos de ellos amenazaban con desplomarse.

La siguieron corriendo. Adriana miró a Lucía. Aquello era una locura y, de momento, no habían recibido noticias. De hecho, que siguiesen los terremotos y que a lo lejos comenzase a formarse un extraño cúmulo de nubes les daba a entender que el problema aún no se había solucionado.

Sabían que con la muerte de Hades y recuperando el tridente y el casco podrían calmarse las cosas, pero aquello no les daba buena espina.

La gente gritaba en la calle, mucha de ella ensangrentada por el derribo de alguna cornisa o balcón. El polvo se acumulaba en las aceras. El pánico se había extendido por toda la ciudad y debía de ser así por todo el mundo. Sin ir más lejos, unos minutos antes de que se cortasen las comunicaciones por un fuerte temblor, en las noticias de la televisión los presentadores se preguntaban a qué venía aquella oleada de catástrofes en las últimas horas. Maremotos que sepultaban ciudades bajo las aguas, terremotos que destruían edificios, tormentas que ocasionaban incendios... Sabían que si ellos no lograban frenarlo aquello sería todavía peor.

De todas formas, el mundo ya se estaba desmoronando y reconstruir todo lo que se estaba perdiendo llevaría un tiempo.

Adriana apartó a Lucía cuando vio que una moto iba a toda prisa por la acera en dirección a ellas, empujándola contra la pared.

—¿Estáis bien? —preguntó Mukhtar.

Ambas asintieron y siguieron corriendo hasta que llegaron a un portal. Cassandra subió los escalones a toda prisa y buscó las llaves en su bolso, con las manos temblorosas.

—Vamos, vamos... —gimió buscándolas.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Adriana.

—Sujétame el bolso, por favor —suplicó ella con los ojos llorosos.

Lucía aprovechó para observar. Algunas de las plantas de aquel edificio seguían iluminadas.

—¿Está lejos tu casa? —preguntó a Mukhtar.

—A unos diez o quince minutos caminando —respondió solícito.

Kassandra abrió la puerta y, justo en ese momento, observó a su hija bajar los escalones cogida de la mano de una mujer más mayor. Recordaba que su marido le había dicho que contrataría a la canguro habitual para los días que estuviese fuera.

—¡Mamá! —gritó la niña tirándose a sus brazos, con el rostro desencajado por el miedo.

—Hola, cariño —susurró Cassandra cogiéndola en brazos, con los ojos cargados de lágrimas —. Señora Katsaros, ¿se encuentra bien? —preguntó a la mujer que bajaba los últimos escalones.

Asintió recuperando el aliento.

—Íbamos a salir a la calle —explicó—. Hace un momento ha habido un temblor más fuerte y tenía miedo de que el edificio se desplomase.

Kassandra asintió mientras abrazaba a su niña y besaba su cabello. La niña se había agarrado al cuello de su madre con fuerza y colocado su cabeza en su hombro mientras los pucheros amenazaban con hacerla llorar.

—Aileen, cariño... —intentó calmarla Kassandra—, todo va a ir bien, no pasa nada. —Miró a la señora Katsaros—. Muchas gracias.

La señora asintió y acarició el cabello de la niña.

—Si no le importa, y ahora que usted está aquí. Voy a ir a casa de mi hijo.

—Claro —dijo rápidamente Kassandra que se giró y observó a Mukhtar, el cual también estaba ansioso por ir a buscar a su hijo.

—Aviseme si necesita cualquier cosa —comentó la mujer bajando las escaleras del portal.

La niña permanecía sujeta a los brazos de Kassandra, con su melena rizada como la madre y unos ojos color azul que había heredado de su padre.

Otro temblor hizo que todos estuviesen a punto de perder el equilibrio.

Mukhtar sujetó a Kassandra por los brazos mientras Lucía y Adriana bajaban las escaleras del portal y miraban hacia arriba, hacia aquella fachada que amenazaba con caer sobre ellos.

—¡Cuidado! —gritó Lucía mientras cogía del brazo a Adriana.

Todos desviaron la mirada hacia la carretera cuando uno de los coches se estrelló contra uno de los escaparates de una tienda de informática, quedando medio vehículo en el interior. En los vidrios del local un cartel rezaba: SE TRASPASA. Curiosa ironía aquella.

Adriana se fijó en las dos personas que iban en el interior del vehículo y dio unos pasos hacia ellos, pero Lucía la cogió del brazo reteniéndola, con la mirada clavada en aquellos dos individuos.

—Espera —Le impidió que se acercase.

Justo entonces salieron del vehículo y, para sorpresa de Adriana, acabaron de romper el vidrio del escaparate y entraron en el interior de la tienda.

—Comienzan los saqueos —susurró Lucía. Se giró hacia Mukhtar y Kassandra que aún llevaba a la niña en brazos—. ¿Hacia dónde debemos ir?

Un temblor de poca intensidad hizo que uno de los edificios al final de la calle colapsase finalmente y se desmoronase.

—Dios mío... —susurró Kassandra que sujetó con más fuerza a su hija contra su pecho mientras le ocultaba con la mano la visión.

—Hay que irse —comentó Adriana agobiada.

—¿Hacia dónde? —insistió Lucía con un grito.

Mukhtar se giró observando la calle que tenían por delante, prácticamente a oscuras.

—Por ahí acortaremos camino —dijo comenzando a correr—. Déjame que la lleve —dijo a Kassandra, la cual le entregó a la pequeña.

—No, mami... —gimoteó la niña.

—Tranquila, tranquila... —susurró Kassandra mientras corría al lado de él—. Estoy aquí, pero él está más fuerte que yo e iremos más rápido. No voy a separarme de ti, mi vida —dijo cogiendo su pequeña manita.

Adriana y Lucía corrían tras ellos, siguiendo a Mukhtar, debiendo rodear los coches que habían sufrido algún accidente, parte de los edificios que habían caído a las calles e incluso a la gran multitud de personas que dificultaban en algunos tramos el paso.

—¿Crees que estarán bien? —preguntó Adriana acelerando el paso.

—Por supuesto.

Adriana se quedó callada unos segundos, pensativa mientras corría.

—¿Has llamado a Hermi para que nos tenga controlados? —preguntó Adriana.

Lucía tragó saliva mientras miraba hacia delante, esquivando a una persona que corría en dirección contraria.

—Lo voy llamando de vez en cuando. Hermi —repitió mirando de un lado a otro, asegurándose de que ninguno de los edificios que tenían a los lados fuese a desplomarse en aquel momento.

Karan giró por el pasillo, iluminado por Neil que iba justo detrás.

Le daba la sensación de que descendían poco a poco, pues el pasillo comenzaba a inclinarse más de la cuenta.

Nada más avanzar unos pasos en el interior de la pirámide habían escuchado cómo la batalla en el exterior entre los semidioses supervivientes del bando de Hades y del suyo propio se iniciaba, pero, tras avanzar unos metros, el sonido había quedado amortiguado.

El silencio era prácticamente absoluto, solo podía escuchar sus pasos y los de sus compañeros.

Llegó de nuevo a otra esquina y se detuvo. Asomó su cabeza y observó gracias a la tenue luz que ofrecía Neil desde atrás que aquella parte del pasillo también estaba vacía.

—Vamos —susurró Karan que mantenía todos sus sentidos alerta.

Por lo que intuía, Hades debía de estar solo allí, pues la gran mayoría de semidioses, aquellos con más poder, se encontraban vigilando la puerta de acceso a la pirámide, al menos, hasta el momento en que habían llegado. Como mucho, tal vez algún semidiós con un poder más débil le hubiese ayudado a llevar el arca hasta allí. Llegó a la siguiente esquina y se asomó, aunque rápidamente volvió a apoyar la espalda en la pared, pues, aunque no había nadie en aquel pasillo, este llegaba a su fin. En el lado derecho había una puerta desde donde emanaba una luz dorada. Sin duda, Hades debía estar allí y aquella luz, por su color, no provenía de ninguna antorcha, sino del Arca de la Alianza.

Se giró hacia sus compañeros mientras Neil apagaba la llama de su mano e hizo un movimiento con la cabeza hacia el pasillo.

—Hay una puerta... —susurró muy bajo—. Mucha luz proviene de ahí.

—Hades —comentó en el mismo tono Gael, aunque con los dientes apretados por la rabia.

Karan apoyó su cabeza en la pared, se puso totalmente firme e inspiró. Necesitaba hacer aquello, pero ¿cómo enfrentar a Hades? Había acabado con Zeus, con Poseidón... Lo primero de todo era saber si aún llevaba el casco y el tridente de Poseidón. Por lo que sabía, aquellos dos objetos debían introducirse en el arca para que obtuviese el mayor poder imaginable junto con el rayo, es decir, uno de los ángeles caídos que tuviese ese poder.

Tragó saliva e intentó controlar la respiración. Miró de un lado a otro y finalmente se giró hacia Neil y Gael.

—Quedaos aquí —comentó agachándose.

Gael lo cogió del brazo deteniéndolo.

—No vas a ir solo —lo previno.

Karan apretó los labios.

—Necesito asegurarme de si aún tiene el casco y el tridente de tu padre o ha iniciado ya el ritual. —Los miró convencido—. Seré muy rápido.

—Hermi es más rápido —dijo Neil—. Hermi, ven aquí —susurró.

Hermi apareció en aquel momento en el pasillo y Neil lo cogió del brazo apoyándolo directamente contra la pared y tapándole la boca con su mano.

Hermi lo miraba con los ojos muy abiertos y todo el cuerpo en tensión.

—Shhh... —le susurró Neil mientras Karan resoplaba—. Hades está ahí —dijo al lado de su oído e hizo un gesto con la cabeza señalando el objetivo. Hermi asintió mientras tragaba saliva. Neil retiró despacio la mano de su boca, aunque no se separó de su oído—. Necesitamos que mires si Hades tiene el casco puesto y el tridente de Poseidón.

Hermi respiró profundo y miró a Gael que estaba a su lado y a Karan, arrodillado en la esquina. El pobre parecía bastante asustado.

—Iré yo —insistió Karan, pero Hermi negó con la cabeza.

—No. Voy yo —aceptó él.

—Que no te vea, y sé rápido —insistió Neil.

Hermi lo miró enfurecido.

—Si te parece me quedo ahí con él... —ironizó—. De todas formas, ya debe saber que estamos aquí, ¿o crees que no se habrá dado cuenta del jaleo que habéis liado fuera? —ironizó. Se apartó un poco de él y los miró a los tres, apretó los labios y desapareció. El corazón de todos se disparó y se giraron hacia la esquina, expectantes por si escuchaban algo extraño y debían intervenir, pero Hermi volvió a reaparecer ante ellos haciendo que todos brincasen.

—No tiene el casco... ni el tridente... —dijo emocionado, con la voz un poco más aguda, lo que desquició a Neil que volvió a apoyarlo contra la pared y tapó su boca de inmediato. Estaba claro que Hermi también era consciente de que sin el casco puesto ni el tridente en la mano tenía menos poder. Aunque aquello, realmente, no era una buena noticia, pues era posible que los hubiese introducido en el arca.

Karan se puso en pie y se colocó al lado de Hermi.

—¿Y el arca? —preguntó.

Hermi señaló puesto que no podía hablar. Neil apartó su mano.

—Baja el tono —lo avisó.

—El arca está sobre un altar. Abierta. —Gesticuló con los labios—. El tridente y el casco están dentro... —Los cuatro se miraron nerviosos—. La luz proviene del mismo altar... es una luz intermitente. Deben de ser... —Se calló cuando Neil volvió a taparle la boca.

—Los ángeles caídos —susurró Neil a sus compañeros—. Están ascendiendo.

—Debe estar absorbiéndolos —corroboró Gael.

—¿Y cuánto tiempo le hace falta? —preguntó Karan acelerado.

Todos miraron a Hermi, el cual se encogió de hombros.

—Perfecto —susurró Karan de mal humor—. Ni siquiera sabemos de cuánto tiempo disponemos.

Aunque los tres parecieron recibir la respuesta cuando la luz que se colaba tras aquella esquina se hizo más intensa. Karan tragó saliva.

—Me parece que no nos queda mucho —susurró agachándose de nuevo. Se asomó comprobando que la luz había cobrado más intensidad y se giró hacia ellos—. Yo entraré por la puerta —Señaló a la esquina—. Vosotros dos iréis con Hermi... —Ambos asintieron mientras Hermi suspiraba—, tranquilo hermanito... —bromeó él—, una vez los dejes dentro márchate y ayuda a los que están fuera.

Hermi se quedó un segundo pensativo.

—No —dijo convencido—, me quedo con vosotros.

—Hermi...

—No voy a dejaros —susurró mirándolos a todos con cariño.

Los cuatro se sonrieron durante unos segundos y Karan se puso en pie.

—De acuerdo. La prioridad es sacar el tridente y el casco del interior del arca. De eso me encargo yo —dijo señalándose a sí mismo—. Vosotros entretened a Hades e intentad echarlo de esa cámara... —Miró a Hermi—. ¿Es muy grande?

Él se encogió de hombros.

—Normal.

Gael lo miró con una ceja enarcada.

—¿Puedes ser más específico?

—Unos treinta metros cuadrados —dijo no muy convencido.

—De acuerdo —continuó Karan—. Lo más importante es evitar que él pueda coger el casco o el tridente, si lo hace se hará invencible para nosotros.

—Pero tiene su cetro —indicó Hermi.

Aquello se llevó la mirada furiosa de todos.

—¿Y cuándo pensabas decírnoslo? —se quejó Gael mientras Hermi se excusaba colocando las manos ante él.

—Da igual —intervino Karan—. Ya le he plantado cara con el cetro. —Colocó una mano en la piedra fría, apoyándose. —Hay que acabar con él. —Todos asintieron. Se giraron y miraron hacia la esquina—. ¿Preparados?

—Vamos a cortarle la cabeza a ese cabrón —pronunció Gael con los dientes apretados.

—Así me gusta... —bromeó Karan acercándose a la esquina, levantando el pulgar hacia él en señal de que estaba de acuerdo.

Se colocó en posición para salir a toda velocidad hacia la puerta mientras Hermi posaba cada una de sus manos sobre el hombro de uno de ellos.

Se miraron unos segundos más y Karan les mostró la mano.

—En cinco, cuatro, tres... dos... —Se giró hacia la esquina y adoptó posición de atleta, como si se dispusiese a correr los cien metros lisos y esperase el disparo que anunciaba la salida—. Uno —pronunció.

Se deslizó en un segundo hasta la puerta y elevó las manos. Notaba el corazón acelerado, consciente de lo que debía hacer en aquel momento.

Hades estaba de cara a él, tras el Arca de la Alianza, con los brazos en alto recitando en voz baja, aunque su mirada coincidió directamente con la de Karan.

Karan no esperó y disparó unos potentes rayos que impactaron de lleno en su pecho echándolo hacia atrás. Gael y Neil aparecieron al lado de Hades y elevaron su pierna para golpearlo en el abdomen y estamparlo al otro lado de la sala.

Karan no perdió ni un segundo más y fue hacia el arca mientras observaba cómo Hades se ponía en pie rápidamente.

Lo habían cogido desprevenido, aunque sabía que en ese caso tampoco era una ventaja.

Hades tomó impulso y fue directo también hacia el arca, pero Neil y Gael le cortaron el paso. Primero, Gael intentó golpearlo con el puño en la cara, si bien Hades era excesivamente rápido y lo esquivó agachándose. Lo que no pudo evitar fue que Neil colocase la mano en su estómago y derritiera parte de su armadura creando un boquete y chamuscando parte de su carne. Hades gritó al notar la mano abrasadora de Neil y, sin previo aviso, elevó su codo y golpeó a Neil en la cara, saliendo este despedido contra la pared.

Gael golpeó su pierna haciendo que la flexionase, pero Hades se agachó del todo y con un movimiento increíblemente rápido golpeó las de Gael arrojándolo al suelo. Se puso rápidamente en pie y miró hacia el arca. Karan se había subido al altar y comenzaba a introducir su brazo para extraer alguno de los objetos de su interior. Puede que sin el casco y el tridente no fuese tan poderoso, pero igualmente aquellos semidioses no tenían nada que hacer contra él.

Rugió y se abalanzó hacia él cogiéndolo de la pierna y queriendo arrastrarlo, pero Karan se sujetó con fuerza al arca mientras Hades sujetaba su pierna y la elevaba queriendo que se soltase. Karan comenzó a golpearlo en el pecho con su pierna libre, intentando alejarlo, pero Hades se había enganchado a su pierna como una lapa y tiraba con fuerza amenazando con arrancársela.

Neil apareció a su espalda y lo abrazó por detrás mientras colocaba la palma de su mano en su rostro volviendo a chamuscarlo. En ese momento, soltó la pierna de Karan y llevó sus manos hacia los brazos de Neil quitándose de la espalda, arrojándolo al suelo con un fuerte golpe que lo dejó sin aliento.

Hades se agachó para coger su cetro cuando vio que Karan había introducido medio tronco en el arca y cogía ya el casco. Apuntó hacia él y un rayo de color rojo impactó directamente en su espalda causando una explosión que lo arrojó al suelo. Karan rodó sobre el suelo, se detuvo y colocó las manos en el pavimento para impulsarse cuando observó cómo Hades volvía a apuntarlo con el cetro, esta vez con una sonrisa maliciosa. Inspiró con fuerza, consciente de que un rayo como aquel en la cabeza acabaría con su vida justo cuando Gael se estrelló contra Hades derribándolo al suelo. Hades se apoyó en una mano para arrodillarse y giró su brazo con el cetro, sacudiéndolo con fuerza y derribando a Gael. Este iba a ponerse en pie cuando Hades lo cogió por el cuello mientras Karan se levantaba, recuperando el aliento tras el golpe.

Hades había rodeado con un brazo a Gael y se dirigía hacia el arca. Karan supo lo que iba a hacer.

—¡Nooo! —gritó extendiendo el brazo en su dirección.

Sabía que si lo acercaba y colocaba su rostro cerca de aquella luz le quemaría los ojos.

Hades se quedó quieto mientras sujetaba a Gael que intentaba escapar, observando a Karan con una sonrisa.

Karan apretó la mandíbula mientras observaba de reojo cómo Neil se levantaba y adoptaba también una postura de lucha.

—¿Tanto los odias? —preguntó Karan mirándolo fijamente—. ¿Qué te han hecho para que quieras acabar con ellos?

Hades lo observó fijamente.

—Ellos no deberían existir siquiera... son una abominación —pronunció con voz grave—. Una

falsa imitación de lo que nosotros somos.

—¡Vosotros los creasteis! —gritó Karan desesperado.

—¡Con una misión! —le reprochó Hades—. Y hace mucho que esta acabó —rugió—. ¡Míralos ahora! Ni siquiera saben que existimos... destruyen este planeta como si fuese suyo, se creen importantes...

—¿Y quién eres tú para decidir el destino de ellos?

—¡Yo soy uno de sus creadores!

—Uno de ellos... al otro lo mataste —rugió Karan apretando los dientes.

Hades apretó más a Gael y lo acercó al arca.

—Y acabaré también con vosotros... —pronunció colocando una mano en la cabeza de Gael, obligándolo a acercar su rostro al arca.

—¡Nooo! —gritó Karan que corrió hacia allí y elevó su pierna para golpearlo, pero Hades paró su golpe con su brazo y lo alejó estrellándolo contra la pared.

Neil se acercó para subirse de nuevo a su espalda, pero Hades se giró y lo golpeó con una patada.

Gael gritó cuando notó que su cara comenzaba a abrasarse con la luz que emitía el Arca de la Alianza.

Karan se puso en pie de nuevo y formó dos bolas de energía con sus manos, iba a lanzárselas cuando, de repente, Gael desapareció de los brazos de Hades.

Hades miró de un lado a otro, conmocionado. Se giró y observó a Neil a su espalda, poniéndose en pie, y a Karan preparado para dispararle.

Karan sonrió. Sabía lo que había ocurrido. Hermi debía habérselo llevado. Lástima que no pudiese llevarse a Hades de allí.

Karan lanzó una de sus bolas de energía contra él, la cual se estrelló en su pecho haciéndole perder el equilibrio mientras Neil juntaba sus manos y lanzaba una llamarada que dio en su espalda. Karan movió su otro brazo hacia atrás para recargar y disparó su otra bola de electricidad contra Hades, dando de lleno en el blanco y haciendo que la armadura que llevaba se quebrase.

Hades gritó, pero aquel dolor pareció darle fuerzas y, en un segundo, apareció ante Karan y lo cogió del cuello elevándolo, cortando su respiración. Karan se sujetó con sus dos manos a los brazos de él mientras observaba cómo Neil iba por detrás, aunque directo hacia el arca para extraer alguno de sus objetos.

—No... —susurró. Sabía que si Neil extraía algún objeto del arca se quedaría ciego y perdería los brazos. No serviría de nada que lo intentase.

Golpeó con fuerza el pecho de Hades mientras observaba a su amigo llegar frente al arca y cerrar los ojos para no mirar.

—Neil... no... —gimió.

Aquello llamó la atención de Hades que se giró y, por una vez, Karan se alegró de que lo hiciera.

Cogió a Karan por los dos hombros y lo impulsó directo hacia Neil, apartándolo del arca y estrellándose los dos contra la pared, quitándoles el aliento.

Karan tosió varias veces intentando expandir sus pulmones para respirar, pues aquel golpe le había hecho expulsar todo el aliento. Hades aprovechó para cerrar el arca con un movimiento ágil

mientras Karan se colocaba de rodillas. Se giró hacia ellos con una amplia sonrisa perversa y avanzó a paso lento en aquella dirección.

Karan tragó saliva y, en ese momento, notó la humedad de la sangre al deslizarse por su frente y caer por su nariz. Se giró y observó que Neil tenía un buen corte en el hombro.

Hades se colocó ante ellos. Sin duda, los superaba en poder, no iban a poder detenerlo, no iban a poder detener aquella sinrazón. Les parecía prácticamente imposible pararle los pies.

Neil lo miró también, su gesto lo decía todo: angustia, dolor, pero sobre todo rabia...

Karan miró directamente a los ojos de Hades con una mirada cargada de odio y asco.

No podía permitirlo, debía frenarlo como fuese.

—¡Hermi! —gritó Karan lo que sorprendió a Hades e hizo que Neil lo mirase con una ceja enarcada—. Llévatelo —pronunció mirando directamente a Neil.

Neil supo lo que iba a hacer.

—¡No! —gritó antes de desaparecer.

Hades lo miró sin comprender.

—¿Nos quedamos solos tú y yo? —bromeó con chulería.

Karan inspiró con fuerza y, acto seguido, se agarró a las piernas de él, sin levantarse. Dejó fluir todo su poder sujetándose con fuerza a Hades que comenzó a notar cómo la electricidad comenzaba a electrocutarlo y elevó los brazos, gritando. Aquella electricidad le haría arder por dentro.

Karan inspiró profundamente mientras se sujetaba a Hades, el cual intentaba sacárselo de encima mientras sus gritos resonaban en las paredes de aquella sala formando el eco.

Los rayos comenzaron a salir del cuerpo de Karan y sus ojos volvieron a encenderse mientras apretaba los dientes y gruñía. Sabía que no acabaría con él de aquella forma, pero con dejarlo atontado unos segundos le bastaría para abrir el arca y extraer alguno de los objetos.

Los rayos que emitía golpearon el suelo y las paredes con tanta fuerza que comenzaron a crear agujeros allá donde tocaban, perforando la piedra en su recorrido.

Hades tenía los brazos hacia arriba mientras los rayos recorrían su cuerpo y los gritos no dejaban de brotar de su garganta. Inspiró con fuerza e intentó concentrarse y no perder el control. Karan era el semidiós más poderoso de todos, sin duda, pero no dejaba de ser eso, un semidiós, y frente a él no podía hacer nada.

Bajó la cabeza lentamente hacia él, intentando controlar su respiración, y se encontró con aquellos ojos encendidos.

Respiró profundamente, tratando de calmar el dolor, sosegar la respiración y retomar el control de su cuerpo.

—Yo... —pronunció apretando la mandíbula—, ¡soy un dios! —gritó mientras extendía los brazos hacia los lados y una potente sacudida hacía que Karan saliese disparado contra la pared. Aun así, su cuerpo siguió siendo recorrido por los rayos y sus ojos parecían encendidos como dos zafiros brillantes.

El suelo comenzó a temblar mientras Hades gruñía extrayendo todo su poder y su fuerza.

Karan se levantó lentamente y extendió los brazos hacia los lados manteniendo el equilibrio. Los rayos volvieron a apoderarse de toda la sala, iluminándola con fuerza y superando a la luz que emitía el arca. Era una luz totalmente cegadora y blanca. Lo miró con odio, dispuesto a hacer todo lo necesario para acabar con él.

—¡Y yo soy hijo de Zeus! —pronunció Karan visiblemente encolerizado.

En ese momento los rayos que brotaban de su cuerpo se volvieron mucho más gruesos, atravesando las paredes y aumentando también el temblor que creaba tanto poder descontrolado en forma de energía lumínica.

Hades miró hacia los lados y hacia el techo justo antes de que la pirámide se derrumbase sobre ellos.

Elin ayudó a subirse a los hombres a la furgoneta, controlando que nadie se quedase atrás.

Otro temblor hizo que los gritos de todos los investigadores se alzaran hacia el cielo.

—Vamos, de prisa, de prisa... —dijo sujetando la puerta del vehículo para que entrasen.

Cuando se sentaron Elin cerró la puerta con un portazo.

—Alejaos de aquí lo máximo posible. Id hacia la costa —ordenó.

Dio un golpe en la parte alta del coche y este arrancó derrapando sobre el hielo.

Fue a por el siguiente vehículo, en este caso una camioneta mucho más amplia que la anterior equipada con ruedas con clavos para circular sobre la nieve.

Desde que habían llegado y los habían advertido no paraban de evacuar la base de investigación. Por suerte, les habían hecho caso, sobre todo cuando Elin había elevado la espada hacia ellos y, ante la mirada sorprendida de todos, los había mirado de una forma enigmática.

—¡Idos o moriréis! —informó con voz siniestra.

De eso hacía ya más de media hora y, por suerte, la mayoría había salido de allí corriendo tras detectar otro temblor y ver, a lo lejos, una avalancha de hielo. Elin lo había identificado de inmediato. Neil y Gael eran los que la habían provocado tal y como habían acordado cuando elaboraban el plan.

Los investigadores habían cogido algunos documentos y máquinas y habían ido directos a los vehículos para evacuar la base.

Aquello era una locura. Muchos de los investigadores corrían de un lado a otro dirigiéndose a los transportes. Giró sobre sí misma observando el caos. No quería ni imaginar lo que debía estar ocurriendo en las grandes ciudades, donde millones de personas correrían despavoridas por las calles, asustadas, sin comprender lo que ocurría.

Fue hacia la furgoneta y sujetó la puerta mientras entraban.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó una de las investigadoras que se sentaba en el asiento del copiloto.

Elin miró de un lado a otro, al menos, la base había quedado desierta.

—Hades quiere acabar con el mundo —pronunció cerrando la puerta.

—¿Qué? —Escuchó que preguntaba antes de que el vehículo se alejase.

Denise apareció ante ella.

—¿Queda mucha gente? —preguntó Elin de inmediato.

—Dentro de la base ya no hay nadie —constató ella—, solo ese grupo de diez personas que se está organizando.

Aquel grupo que se encontraba frente a una de las puertas de la base debatía airadamente sobre si debían o no coger algún estudio más.

Elin extrajo la espada de su cinturón y fue directa hacia allí.

—¡Eh, vosotros! —gritó alzando la espada, lo que atrajo la mirada de todos aquellos científicos asustados que dieron un paso hacia atrás—. ¡A los vehículos, ya!

Uno de ellos se adelantó, nervioso.

—Hay muchos estudios que debemos...

Elin se colocó ante él, apoyando la espada en el suelo congelado.

—¿Qué parte de «a los vehículos, ya» no entendéis? —preguntó mirándolos a todos, como si los retase—. ¡Ahora! —gritó hecha una furia, lo que provocó que todos diesen un brinco y saliesen corriendo hacia los vehículos tal y como ordenaba. —Serán idiotas... —susurró mientras los veía entrar como locos en el transporte. Denise se materializó a su lado y se giró para observarla—. Mucha carrera y luego... —dejó la frase sin acabar, lo que provocó una sonrisa en su compañera. Elin se giró para observar la base—. Sé que la has mirado a conciencia, pero, por favor... ¿puedes revisarla otra vez para asegurarnos de que ninguno de estos científicos locos se ha quedado dentro?

—Voy —pronunció antes de desaparecer.

Elin fue directa hacia uno de los garajes donde aún había varias motos de nieve y un par de furgonetas. Observó con detenimiento todo el garaje, internándose en él para asegurarse de que no había nadie más allí cuando el grito de Hermi la sorprendió.

—¡Elin! —gritó desde fuera del garaje.

Elin se giró de inmediato y corrió hacia allí al reconocer la voz angustiada de su amigo. Se detuvo un segundo impactada cuando vio de rodillas a Hermi. Gael permanecía sobre el hielo con gestos de dolor.

—Dios mío... —susurró, reinició la carrera, resbaló sobre el hielo y se arrodilló a su lado—. ¿Qué le ha pasado? —preguntó ella con un grito al observarlo.

Tenía parte de la cara quemada, más de la mitad. Sus ojos permanecían cerrados, pero una gran parte de sus párpados había desaparecido. Estaba prácticamente en carne viva.

—Tranquilo, tranquilo... —dijo ella apartando el cabello de su frente quemada.

—Elin... —gimió Gael intentando buscar su mano, sin poder abrir los ojos.

—No te preocupes, en unos segundos estarás bien —intentó calmarlo mientras situaba las manos sobre el rostro de él.

Una luz dorada comenzó a emanar de sus manos y buscó de nuevo la mirada de Hermi esperando una explicación.

—El Arca de la Alianza —gimió Hermi—. Hades lo ha cogido y ha introducido su cara en ella.

Elin gimió, por suerte, sabía que en breve estaría curado y no sentiría dolor alguno. Se fijó en cómo la carne y la piel nueva se iba creando bajo la luz que emitían sus manos.

—¿Y Karan y Neil? —preguntó asustada.

—Están luchando contra Hades... es... —Tragó saliva—. Es muy fuerte. Antes de venir a buscarte Karan me ha pedido que sacase a Neil de la pirámide. Está fuera junto al resto de semidioses.

—¿Está bien? —preguntó acelerada.

—Sí.

La respiración de Elin se agitó al comprender que Karan estaba solo luchando contra Hades.

—¿Karan está solo? —preguntó para confirmarlo, con dolor en su voz.

Hermi simplemente asintió con preocupación en su mirada.

Elin suspiró intentando mitigar sus nervios y giró su cabeza para observar en la lejanía las furgonetas que se alejaban de aquella base científica. Por más lejos que estuviesen, si lograban activar el arca no habría lugar donde esconderse.

—¿Estás mejor? —preguntó Elin acercándose a Gael.

—El dolor remite —contestó sinceramente, aunque aún con los dientes apretados—. Date prisa, Elin... Necesito volver.

Ella puso los ojos en blanco y miró a Hermi de nuevo.

—¿Y los demás? ¿Alexandros? ¿Adrián?...

—Protegiendo la entrada a la pirámide para que no los molesten y combatiendo a la facción de Hades junto a Neil. —Tragó saliva—. Karan se ha deshecho de unos cuantos antes, y Denise y yo hemos alejado a otros. No les será difícil vencerlos.

En ese momento Denise apareció con Ivette, ambas al lado de Elin.

—La base está limpia... —informó Denise, aunque se quedó pasmada al observar a Gael allí. Su mirada voló hacia Hermi mientras ella se agachaba a su lado y cogía la mano de Gael con ternura—. ¿Qué le han hecho? —preguntó con dolor.

Hermi tragó saliva.

—El cabrón de Hades me ha hecho a la parrilla... —bromeó Gael justo cuando Elin apartaba ya sus manos de su rostro. Gael se pasó las manos por la cara, palpándosela, y miró a Hermi a continuación—. ¿Está igual que antes? —preguntó tocándose los mofletes.

Hermi ladeó su cabeza y lo miró divertido.

—Elin te ha dejado más guapo —bromeó.

Gael empujó a Hermi.

—Muy gracioso —bromeó poniéndose en pie. Se giró hacia Elin y cogió su mano con agradecimiento—. Muchas gracias, Elin.

Ella le devolvió la sonrisa justo cuando un temblor hizo que estuviesen a punto de caer sobre el hielo. Gael sujetó a Elin e Ivette y Hermi a Denise mientras el temblor iba a más.

No pudieron aguantar el equilibrio y cayeron al suelo mientras escuchaban los gritos de sus compañeros a lo lejos.

—¿Qué ocurre? —gritó Ivette asustada.

En ese momento, la explosión más grande jamás contemplada se produjo en la pirámide, convirtiéndola prácticamente en polvo que salió despedido en una onda circular arrasando todo a su paso.

—¡Cuidado! —gritó Gael echándose encima de Ivette y Elin.

La corriente de aire huracanada motivada por aquella explosión los deslizó sobre el hielo hacia atrás.

Elin gritó mientras intentaba sujetarse a algo al salir despedida, pero Gael la cogió de la cintura y clavó sus botas de nieve en el hielo.

Cerraron los ojos mientras las piedras trituradas pasaban por encima de sus cabezas y se clavaban en el hielo con una fuerza espantosa, resquebrajándolo aquí y allá.

Si la explosión que había creado Karan en el avión había sido imponente lo que acababa de hacer ahora se asemejaba a una bomba nuclear.

El hielo pasó por encima de sus cabezas y, en ese momento, el temblor aumentó más.

—¿Y ahora qué? —gritó Denise que permanecía tumbada en el hielo sujetándose a Hermi.

Los cinco elevaron la mirada boquiabiertos ante lo que veían.

Parte del monte Vinson se desintegraba provocando una avalancha de hielo y rocas que se dirigía hacia la explanada donde se encontraban todos sus amigos, precipitándose hacia ellos con

una fuerza imparable.

—¡Denise! —gritó Hermi poniéndose de rodillas al ser consciente de lo que ocurría.

Ambos desaparecieron de inmediato dirigiéndose hacia donde se encontraban sus compañeros para sacarlos del lugar antes de que aquella avalancha los sepultase.

—Dios mío —sollozó Elin observando cómo toda la montaña se desmoronaba.

Sabía que hasta allí no llegaría la avalancha y que Hermi y Denise estaban allí sacando a la mayoría de sus compañeros, pero no sabía si lograrían sacarlos a todos antes de quedar atrapados bajo las rocas y el hielo.

La imagen era desoladora, la pirámide había desaparecido desintegrándose, el hielo bajo sus pies se agrietaba amenazando también con romperse y las gigantescas rocas y enormes bloques de hielo rodaban ya por la explanada.

Gael cogió de la mano a Elin e Ivette y comenzó a correr hacia allí, consciente de que alguno de sus amigos lo necesitaría cuando los escombros de la pirámide salieron disparados por los aires con otra onda.

Gael se detuvo sujetando todavía de la mano a las dos, quedándose los tres petrificados. El polvo acumulado de la explosión comenzó a disiparse. Desde allí pudieron identificar la figura de Karan dentro de una cúpula de rayos con la cual se había protegido del derrumbe, creando una esfera de luz entre blanca y azulada.

Karan miró al frente, hacia esa cortina de polvo que aún ocultaba gran parte del derrumbe y paseó atento su mirada por la base de aquella pirámide, buscando dónde se encontraba el arca.

Un rayo de luz dorada asomó entre las piedras indicándole el lugar donde se mantenía oculta. Sin hacer desaparecer la cúpula, protegiéndose, se deslizó hacia allí casi sin tocar el suelo y colocó su mano sobre las piedras que se amontonaban sobre el arca, convirtiéndolas en polvo todo lo rápido que podía.

No se detuvo ni cuando escuchó unos pasos a su lado, aunque giró su cabeza e incrementó el campo energético de la cúpula.

Hades permanecía de pie a pocos metros de él. La parte superior de su armadura había desaparecido casi por completo, dejando al descubierto parte de su torso de donde, de unos profundos cortes, brotaba la sangre dorada como el oro.

Hades llevó su mano hasta su pecho y palpó su herida con detenimiento.

Karan se fijó en todas las rocas que aún tenía el arca encima y colocó las dos manos dándole más potencia a sus rayos y desintegrando todas las rocas sobre ella. Necesitaba llegar al arca antes que él y extraer aunque fuese uno solo de los objetos. En ese momento se dio cuenta de la potente luz que emanaba del arca, estaba seguro de que los ángeles ya habían ascendido prácticamente hasta ella y, en el momento en que llegasen, aquello ocasionaría tal catástrofe que ningún ser vivo de la tierra sobreviviría.

Hades elevó su mirada hacia él, una mirada cargada de cólera. Adoptó una postura de ataque, dispuesto a dirigirse hacia él mientras Karan incrementaba más aún su potencia.

—Vamos, vamos... —se animó Karan a sí mismo mientras deshacía las rocas.

Hades se movió hasta él en una fracción de segundo golpeándolo en el costado. La cúpula de Karan desapareció y salió despedido hacia abajo rodando sobre la roca.

—¡No! —gritó Elin que comenzó a correr hacia allí.

Gael comenzó a correr también hacia el lugar mucho más rápido que ella. Sabía que en

cualquier momento el arca podía explotar, así que ver a Hermi y a Denise con todos sus compañeros al otro lado de la ladera no lo calmó. Habían logrado salvarlos, pero no sabían cuánto tiempo les quedaba antes de que llegase la catástrofe.

—Ivette, ve con ellos —ordenó Gael antes de salir disparado a gran velocidad en dirección a la pirámide.

Karan logró detenerse en una piedra y miró hacia arriba. Hades observaba unos metros por encima.

—No lo lograrás —pronunció con una sonrisa de triunfo en su rostro—. La humanidad desaparecerá, y solo yo... —Neil lo empujó provocando que Hades perdiese el equilibrio y comenzase a caer también cuesta abajo.

No se detuvo allí, sino que creó una llama con sus manos y se la lanzó a Hades que, en ese momento, se puso en pie, bajó su mirada y se cubrió con sus brazos para protegerse del fuego.

Karan se puso en pie y escaló en un segundo la pirámide derribada.

—¡Hazlo! —le gritó Neil mientras intentaba retener a Hades. En ese momento escucharon cómo la montaña comenzaba a vibrar y un sonido grave se apoderaba de toda aquella zona—. Karan, ¡vamos! —gritó Neil incrementando el poder de su llama.

Karan llegó hasta arriba y colocó las palmas de las manos de nuevo hacia abajo, triturando las piedras que aún quedaban sobre el arca y que no le permitían el acceso a la misma. Gruñó aplicando la máxima fuerza posible, intentando llegar hasta ella.

Un viento helado, provocado por el rápido movimiento de Hades que apareció en una fracción de segundo ante Neil, apagó la llama de este. Hades no esperó y lo golpeó en el pecho haciendo que volase hacia atrás, cayendo de la pirámide.

—No, no... —gritó Karan sin moverse de su sitio, incrementando su potencia.

Hades avanzó hacia Neil con paso decidido justo cuando la última piedra que había sobre el arca se destruyó con el poder del rayo. Karan elevó una de sus manos hacia su tío, enviando un rayo de gran potencia al centro de su pecho. Hades retrocedió mientras el rayo impactaba, empujándolo y provocando que se deslizase sobre la piedra, pese a que este empujaba en dirección contraria intentando acercarse a Karan.

En ese momento, la luz aumentó más y la vibración de la montaña hizo que algunas rocas comenzasen a elevarse, a flotar.

Hades empujó intentando acercarse a Karan pese a que aquel rayo se movía por su pecho refrenándolo.

—Ya están aquí —dijo con voz siniestra—. Ya no puedes detenerlos.

Karan se agachó mientras con todas las fuerzas que podía intentaba mantener a Hades alejado de él.

Fue una liberación cuando Gael apareció allí derribando a Hades, dándole a Karan los segundos suficientes para poder llevar sus manos libres hasta la parte superior del arca e intentar abrirla.

Las piedras flotaban en el aire y una extraña vibración se había apoderado de casi toda la zona.

Hades se puso en pie de inmediato y esquivó el puño de Gael, aunque este se agachó y lo golpeó en la pierna derribándolo. No duró más de un segundo en el suelo antes de que elevase su pierna y repeliese a Gael con una patada, encontrando el camino libre.

Subió a toda prisa observando que Karan colocaba las manos sobre la tapa del arca e intentaba

abrirlo, sabía que era difícil conseguirlo, pero un semidiós con su poder podría lograrlo.

Se abalanzó sobre él arrojándolo al suelo. Se sentó a horcajadas sobre Karan y golpeó su rostro repetidas veces.

Karan gritó y llevó sus manos hacia el pecho de Hades provocando una onda, aunque este se sujetó con fuerza a él y solo consiguió que los pies de Hades se elevasen y cayese de nuevo sobre él con todo su peso.

En ese momento, Neil apareció por detrás de Hades provocando otra llamarada abrasando su espalda mientras Karan colocaba la mano en su rostro y creaba una buena descarga eléctrica.

Hades gritó y, justo cuando Neil iba a recibir una patada de Hades para quitárselo de encima, Karan interceptó su pierna al vuelo y lo lanzó como si se tratase de una muñeca de trapo por el aire, alejándolo de él.

Karan aprovechó para girarse y arrastrarse hacia el hueco donde se encontraba el arca, asiendo con fuerza los querubines. Se puso de rodillas e hizo fuerza, rugiendo, pero Hades volvió a lanzarse sobre él.

—No lo lograrás... —pronunció Hades mientras lo cogía por los hombros con una increíble fuerza que hizo que Karan gritase. Lo giró hacia él mientras intentaba liberarse para mirarlo a los ojos. Karan volvió a provocar otra descarga—. Recuerda con quién estás tratando... —pronunció Hades intentando disuadirlo. Karan intentó soltarse, pero era imposible. Como bien decía, él era un dios. La luz se incrementó más aún y la vibración emitió un sonido más grave—. Despidete de tus amigos —pronunció Hades con una sonrisa—. La humanidad no volverá a ver un nuevo amanecer.

Karan se giró para observar el arca que en ese momento incrementaba su luz casi cegándolos mientras unos rayos dorados salían de ella. Una voz femenina le hizo volver su mirada hacia Hades y observar a su espalda.

—Y tú tampoco —pronunció Elin desde atrás.

Elevó su espada y sin pensárselo tomó impulso y la hizo rodar hasta el cuello de Hades, atravesándolo.

Karan cayó al suelo con un golpe y solo se permitió observar durante un segundo cómo el torso de Hades caía de rodillas sobre las piedras y se deslizaba hacia un lado mientras su cabeza rodaba hacia la base de la pirámide que aún quedaba en pie.

Elin permanecía con la espada sujeta entre sus manos y la respiración entrecortada. Sus miradas se encontraron, ambos sorprendidos por lo que acababan de lograr.

Los rayos dorados que brotaban del arca comenzaron a internarse entre las piedras. Aquello hizo reaccionar a Karan.

—¡Vete de aquí, Elin! —gritó mientras se giraba para enfrentar el arca.

Elin tiró la espada al suelo y se alejó en dirección a todos sus compañeros bajando los peldaños de la pirámide.

La luz dorada comenzó a brotar de toda la base de la pirámide mientras un zumbido ensordecedor hacía a Karan apretar los dientes.

Llevó sus manos hasta los querubines y tiró de ellos, pero el peso era tal que tuvo que ponerse de pie para intentar elevarlos.

Hermi apareció a su lado y cogió el arca de uno de los querubines tirando hacia arriba. La vibración era tan fuerte que casi les hacía caer.

—¡Vamos! —gritó Karan haciendo un esfuerzo supremo.

Lograron deslizar la tapa lo suficiente como para poder introducir un brazo en su interior, aunque cuando Karan se agachó para hacerlo Hermi lo detuvo.

—Están ahí... —susurró Hermi observando a través del hueco.

Karan miró. No se veía ni el casco de Hades ni el tridente de Poseidón, simplemente una masa acuosa muy luminosa, como si la vibración que había estado surgiendo del arca proveniente de los ángeles caídos hubiese triturado aquellos objetos tan poderosos formando una pasta dorada que completaba el interior del arca.

—¡Es demasiado tarde! —gritó Hermi desesperado colocando una mano en su hombro, aunque este se apartó de inmediato.

—¡Nooo! —gritó Karan introduciendo el brazo.

—¡No están Karan! ¡Ya no están ahí los objetos! ¡No se pueden sacar!

Karan sacó el brazo en un acto desesperado, se puso en pie y lanzó un fuerte rayo contra el arca, aunque esta no detuvo su proceso y simplemente incrementó más su luminosidad, ajena totalmente al rayo de Karan.

—No, Hades no puede ganar... —gritó Karan mientras su amigo intentaba tocarlo.

—Karan, mírame... —dijo Hermi, aunque este hizo oídos sordos y lanzó otro potente rayo contra el arca—. No sirve de nada. ¡Mírame! —gritó desesperado. Karan apretó la mandíbula y observó con ojos cargados de lágrima a su amigo. —No ganarán —sentenció Hermi con convencimiento.

En ese momento desapareció de allí junto a Karan.

Cuando Karan abrió los ojos se encontraba en Atenas. La calle estaba concurrida y la gente corría sin saber dónde guarecerse.

Algunos edificios se habían desplomado por los terremotos y la gran mayoría de cuantos quedaban en pie era pasto de las llamas provocadas por las tormentas eléctricas.

Tragó saliva observando aquel caos, con toda aquella gente corriendo asustada... y recibió varios golpes, pero ni eso le hizo reaccionar, sumido como estaba en sus propios pensamientos, cabizbajo. Hades lo había hecho, lo había logrado.

Un hombre lo apartó dándose la vuelta. Seguramente todos los ciudadanos se encontraban allí, nadie estaba en los edificios, pues pocos de ellos aguantaban en pie.

Su mirada voló hacia todos sus compañeros que aparecían tras él, pues Denise y Hermi los iban trayendo hasta aquel lugar.

Cuando Neil y Gael aparecieron se movieron entre toda la gente, apartándola.

—¡Adriana! —gritó Neil.

—¡Lucía! —Lo imitó Gael mirando de un lado a otro con ansiedad mientras otro temblor mucho más fuerte que los anteriores hizo que toda la gente se moviese de un lado a otro.

—No, no, no... —gimió Gael avanzando—. ¡Lucía!

—¡Gael! —Escuchó el grito de ella entre toda la multitud.

Notó cómo el corazón se le aceleraba cuando la vio intentando avanzar hacia ellos entre la multitud, alzando su brazo para señalarles dónde se encontraban.

—¡Neil! ¡Están ahí! —le informó Gael.

Ambos salieron corriendo entre la gente, apartándola hasta llegar a ellas. Lucía se abrazó directamente a Gael y lo miró asustada.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el labio tembloroso y los ojos llorosos, pues intuía que no había ido bien.

Gael se quedó observándola, sin saber qué decir al respecto. No hizo falta que dijese nada, Lucía veía el miedo reflejado en los ojos de él.

Lo único que hizo fue abrazarse, suspirar y poner su frente en su hombro cerrando los ojos lentamente.

Karan volvió a girar sobre sí mismo, observando a la gente que corría y gritaba a su alrededor. No había podido. Milenios más tarde Hades lo había logrado. Las palabras que había pronunciado se repitieron en su mente: «La humanidad no volverá a ver un nuevo amanecer».

Notó cómo sus ojos se humedecían. Lo había intentado con todas sus fuerzas, había querido protegerlos y poder cumplir así la promesa de su padre. Se quedó contemplando a Lucía y a Adriana abrazándose a sus amigos, observando a aquella humanidad asustada que desaparecería en pocos segundos, cuando notó que alguien cogía su mano delicadamente.

Se giró con el rostro desfigurado por el terror y la pena y contempló a Elin. Pese a haber fallado, pese a saber lo que ocurriría, ella lo observaba con infinito amor. Elin recorrió su rostro y observó la herida que tenía en la frente. Elevó su mano hasta la herida y emitió aquella luz sanadora.

—Elin... —sollozó Karan compungido cogiendo su mano, apartándosela de la herida.

Se miraron unos segundos a los ojos mientras la gente corría y gritaba a su alrededor. En ese momento el cielo comenzó a ponerse de un color rojizo, como si una luz lejana lo tiñese, una luz en el horizonte parpadeante de un color tan intenso que fácilmente los cegaba.

Ambos se miraron en silencio.

—Hay que hacerlo —susurró Elin—. Es la única forma —pronunció con un puchero.

Karan miró a su alrededor. Observó a todas las personas, a sus compañeros que permanecían quietos entre toda la multitud que corría huyendo sin saber de qué. Ellos se mantenían paralizados, expectantes, observando cómo aquella luz rojiza como la sangre teñía todas las nubes del cielo.

Karan las observó y cerró los ojos unos segundos mientras mantenía la mano de Elin cogida e inspiraba con fuerza. Ella tenía razón, la humanidad merecía una oportunidad, no se merecía aquel desenlace. Ciertamente había mucho que mejorar, pero tenía grandes amigos y sabía que muchas de aquellas personas tenían un gran corazón. Cuando abrió los ojos la mayoría de sus compañeros habían llegado hasta él. Su mirada coincidió con la de Alexandros, el cual mantenía cogida de la mano a Ivette.

—Han ganado —pronunció Alexandros seriamente, con gesto asustado hacia él.

Karan tragó saliva y miró de nuevo a Elin, luego observó a Hermi que permanecía también cerca de él.

Las palabras de Hermi volvieron a su mente: «No, no ganarán».

Karan inspiró con fuerza, cargándose del valor suficiente para cumplir su misión igual que ya habían hecho sus ancestros en el pasado. Miró a Alexandros apretando la mandíbula.

—No, no han ganado —sentenció él.

Se giró y miró al frente, donde cientos de personas corrían en su dirección buscando un lugar donde guarecerse, donde salvarse.

Sus sentidos se agudizaron, fue consciente de cada segundo y de cada acto: de la mujer que pasaba a su lado gritando, del hombre que llevaba en brazos a su pequeño y corría al lado de su mujer, de aquella pareja de ancianos que permanecía quieta, abrazada al lado de los escombros de su casa destruida mirando el cielo...

Se internó unos pasos entre la muchedumbre. Sabía que aquello lo acompañaría toda su vida, pero debía hacerlo. Nunca le había costado tanto tomar una decisión. Salvaría a la humanidad, pero a la vez los condenaba a todos ellos.

Tomó aire y siguió avanzando entre todos, separándose unos metros de su equipo, apartando con toda la delicadeza posible a las personas que corrían asustadas en su dirección huyendo de aquel estallido de luz que se veía en el horizonte, mucho más brillante que el sol.

El arca emitiría tal explosión que su onda recorrería todo el mundo arrasándolo todo, absolutamente todo. No dejaría nada en pie, todo desaparecería.

Avanzó unos pasos más, consciente de los pocos segundos que le quedaban y, en ese momento, elevó su mano colocándola en el pecho de la persona que corría en su dirección, deteniéndolo.

Descendió los ojos hasta los suyos. Mukhtar corría al lado de Kassandra, cada uno llevaba un niño en brazos.

Se fijó en sus ojos mientras apartaba la mano de su pecho. Tenía una mirada cargada de miedo, consciente de lo que iba a ocurrir.

Su mente voló años atrás y aquella misma mirada que ahora se expresaba en los ojos de

Mukhtar, aquel pánico, aquel temor, eran los mismos que había expresado de niño en el Museo de Bagdad, cuando lo había encontrado tendido sobre el cuerpo de su abuelo.

La mirada de aquel niño lo había conmovido. Años más tarde, Mukhtar seguía teniendo la misma mirada, la misma expresión. Siempre había sido él, desde aquel fortuito encuentro. Sabía que lo había reconocido desde un principio, que Mukhtar sabía quién era él, que era el mismo al que había visto aparecer en aquel museo salvándole la vida.

Aquellos hechos que Mukhtar había vivido de pequeño habían creado un vínculo entre los dos y había provocado que él se interesase en el tema condicionando su vida.

Karan no había pronunciado palabra alguna sobre ello, pero Mukhtar tampoco, aunque a su llegada en avión desde Etiopía ya se lo había dejado claro.

—¿Por qué te convertiste a la Orden del Temple? —le había preguntado Karan una vez se habían quedado a solas en la oficina.

—Es una tradición familiar... —respondió Mukhtar—. Siempre he creído en vosotros.

—¿En nosotros?

—En los nefilim. —Lo había mirado dudoso—. Es... es lo que sois, ¿verdad? En el Génesis, en el versículo 6:4 se hace referencia a ellos, a los nefilim, los descendientes de los hijos de Dios y las hijas de los hombres que vivían antes del diluvio. Los vigilantes de los que se nos habla en los antiguos escritos.

Karan elevó la mirada hacia el cielo cada vez más teñido de rojo mientras Kassandra y Mukhtar permanecían ante él, mirando asustados de un lado a otro.

Karan se giró hacia atrás comprobando cómo sus compañeros esperaban sus órdenes. Se volvió de nuevo hacia él rememorando su conversación.

—Tú crees en nosotros... —afirmó Karan.

—Siempre lo he hecho. Siempre os he buscado —confesó.

Karan sonrió de una forma enigmática.

—¿Y cuál es la razón?

Mukhtar había apartado la mirada de él con timidez, como si se debatiese entre explicarle lo que pensaba o guardar silencio, sin saber cómo confesarle que él era aquel niño al que había salvado la vida en el museo tras intentar proteger las tablillas y a su abuelo.

—No todas las personas creen lo mismo. Aún no están preparados para comprender lo que ocurrió, pero tú parece que sí —continuó Karan y lo miró pensativo—. Tu nombre significa el escogido, ¿verdad?

—Sí. —Se encogió de hombros—. Aunque aún no sé para qué —bromeó aquella vez, provocando la sonrisa de Karan.

—Todo a su debido momento —había contestado antes de dirigirse hacia la puerta.

Ese momento había llegado.

Karan se fijó en cómo sujetaba a su niño de unos cuatro años contra su pecho, mientras Kassandra mantenía a su hija también en brazos, ambos mantenían la mano unida, sin soltarla.

—¿Es tu hijo? —preguntó directamente.

Mukhtar asintió y lo miró con ojos llorosos.

—Se llama Mansur.

Karan colocó una mano de forma acelerada sobre el hombro de él y el de ella mientras el viento huracanado llegaba hasta ellos. Los miró con cierto dolor, pero finalmente se giró hacia sus

compañeros.

—¡Ellos! —gritó.

Automáticamente todos fueron hacia Mukhtar y Cassandra cogiéndolos por los brazos y arrastrándolos, alejándolos de Karan.

—¿Qué ocurre? —gritó Mukhtar hacia él con desesperación mientras Hermi, Neil y Gael lo sujetaban—. ¡Karan! —gritó desesperado mientras lo alejaban de él—. ¿Qué está pasando?

Kassandra comenzó a gritar también sin comprender lo que ocurría al verse arrastrada hacia atrás, protegiendo a su hija con sus brazos.

La gente corría a su alrededor mientras todos se reunían en un punto.

—¡Karan! —gritó de nuevo Mukhtar mientras tendía su mano hacia él como si pidiese su ayuda. Los arrodillaron en el suelo y miró asustado a Cassandra viendo que hacían lo mismo con ella, adoptando la misma posición.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella asustada, sujetando a su niña entre sus brazos.

Mukhtar negó angustiada, sin saber qué responder, y volvió a mirar entre toda la gente que pasaba entre Karan y ellos. Allí estaba él, frente a ellos, observándolos roto de dolor.

—¡Protegedlos! —gritó Elin arrodillándose entre ellos, colocando una mano en cada uno de sus hombros.

Karan observó un segundo más cómo todos sus compañeros rodeaban a Mukhtar y Cassandra y sintió cómo algo dentro de él se rompía.

Tal y como Hermi le había dicho, Hades no ganaría, no haría desaparecer a la humanidad. Ellos se encargarían de protegerla, de garantizarle un nuevo futuro, aunque en aquel momento estuviese a punto de desaparecer casi por completo.

Cerró los ojos mientras notaba el viento más fuerte a su espalda y se giró lentamente observando todo a su alrededor. La gente corría sin rumbo, desesperada mientras la luz del horizonte se tornaba más brillante. Aquella onda abrasadora se aproximaba a una velocidad increíble aniquilando todo a su paso.

Recorrió con la mirada, durante unos segundos más, los edificios, las farolas, las carreteras... mientras escuchaba los gritos de Mukhtar y Cassandra a su espalda pronunciando su nombre de forma desesperada, pidiendo una explicación ante lo que ocurría.

Todo aquel mundo que conocía y que amaba desaparecería. Él, junto a los suyos, como ya había ocurrido en un pasado, se encargarían de que, con el paso del tiempo, todo volviese a ser igual, de que la humanidad tuviese una nueva oportunidad.

Extendió los brazos hacia los lados mientras notaba descender por su mejilla una lágrima de impotencia y dolor al ver aquella columna de fuego que se aproximaba a gran velocidad hacia ellos, destruyéndolo todo.

Creó un escudo de electricidad ante él mientras aquella onda de fuego llegaba hasta ellos, atravesándolos, pero aquello no quedaba allí. El fuego, el aire, todo circulaba alrededor del escudo. Escuchó los gritos de la gente durante un segundo, pues tal era la velocidad de aquella onda que dudaba siquiera que ellos mismos fuesen conscientes segundos antes de lo que iba a ocurrir.

Hizo fuerza y apretó con las piernas para no retroceder. La enorme y ancha columna que los atravesaba se deshacía al contacto con la electricidad, permitiéndole crear una pequeña burbuja protectora que los mantuviese a salvo de toda aquella destrucción.

Mukhtar elevó su mirada observando cómo el fuego lo inundaba todo, pasando a su lado y por encima de ellos a gran velocidad. Solo había fuego y un aire tan huracanado que si no fuese por todos los que lo rodeaban y sujetaban saldrían disparados.

Varios semidioses permanecían a su lado protegiéndolos, pero tras ellos había mucho más. Neil soltó de sus brazos a Adriana que gemía en esos momentos y se puso en pie tras ellos colocando sus brazos hacia los lados, asegurándose de que el fuego no penetrase en el espacio que Karan estaba protegiendo. Gael hizo lo mismo con Lucía, dejándola arrodillada sobre el asfalto que aún se mantenía intacto, preparado para actuar si en algún momento la cosa se descontrolaba. Varios compañeros se encargaron de ellas, de protegerlas.

Sabían el gran esfuerzo que estaba haciendo Karan protegiéndolos de aquella imparables y abrasadora explosión que en ese momento arrasaba todo el mundo, pero los músculos de él no parecían flaquear. Pese a la pena que lo embargaba estaba seguro de lo que hacía.

—Tranquilos, tranquilos... —susurró Elin intentando calmar a los niños que lloraban desconsolados.

En ese momento Elin se dio cuenta de que el niño de Mukhtar elevaba su mirada hacia el fuego que pasaba por encima de ellos, observando impresionado aquel túnel formado por llamas que se movían a gran velocidad y luego miraba al frente, hacia la espalda de Karan y a ese escudo de rayos que había creado ante ellos para garantizar su protección. La expresión de aquel niño la conmovió. El pequeño se quedó totalmente hipnotizado por la imagen que se creaba a pocos metros de él: la espalda de Karan en tensión, los brazos extendidos hacia los lados, aquella barrera de luz azul y blanca que había formado.

—Tranquilo, Mansur —susurró su padre sujetándolo con fuerza.

Mi amigo se agachó a mi lado observando la tablilla que en ese momento grababa.

—Se te da bien esto, Mansur —me felicitó.

Le devolví la sonrisa agradecido por el cumplido y chasqué la lengua mientras volvía toda mi atención a la tablilla donde había detallado, en esta ocasión, el dibujo del ADN humano.

—¿Crees que la gente lo comprenderá? —le pregunté.

Mi amigo volvió a sonreír con incredulidad y esta vez miró al frente con cierta melancolía, inmerso en sus pensamientos, observando a los niños correr por el prado.

Seguí la mirada de mi amigo y pude ver a sus hijos correr por el barro junto a los míos.

Su madre se iba a enfadar cuando los viese tan sucios. La imagen de aquellos pequeños corriendo y divirtiéndose me embriagó durante unos segundos y me hizo olvidar aquello que me había sido encomendado. Hubo unos segundos de silencio hasta que mi amigo se giró hacia mí, observándome con una sonrisa enigmática. Colocó una mano sobre mi hombro para remarcar sus palabras.

—Puede que ahora no, ni en un futuro cercano, pero con el paso de los siglos lo acabarán comprendiendo. Lo harán cuando estén preparados para ello —respondió antes de ponerse en pie y avanzar hacia el prado donde los niños jugaban—. No te detengas o se secará la arcilla antes de que acabes de grabarla, Mansur.

Karan había sido un segundo padre para mí. Me había enseñado cómo hacer fuego junto a Neil, Gael me había enseñado a nadar y a pescar, Elin las hierbas medicinales que brotaban, Alexandros a crear armas para cazar... Todos y cada uno de ellos me había mostrado algo vital para subsistir, para que yo, en un futuro, pudiese transmitir aquellas enseñanzas a mis propios

hijos. Ahora, veinte años después de aquella catástrofe, aquella experiencia vivida cuando tenía cuatro años resultaba ya lejana.

Mansur, de solo cuatro años, notó cómo una mano se deslizaba hasta él y apartaba la mirada de aquel túnel de fuego. Giró su cabeza y observó a Aileen, aquella niña de tres años con la que se reunía muchas veces, mientras sus padres trabajaban. Era una de sus mejores amigas. Cogió su mano y se quedó observándola mientras aquella explosión de luz pasaba sobre ellos sin tocarlos, mientras todos aquellos hombres y mujeres los rodeaban, protegiéndolos.

Mukhtar pasó su brazo sobre los hombros de Cassandra acercándola a él, conscientes los dos de lo que estaba ocurriendo en el exterior, de lo que estaban perdiendo. Se miraron unos segundos intentando asimilar todo aquello hasta que Cassandra apoyó su frente en el hombro de él y las lágrimas brotaron de sus ojos sin poder contenerlas.

Elin que se mantenía tras ellos elevó su mirada. Karan aún se mantenía firme, luchando contra aquella onda destructiva surgida del Arca de la Alianza, allá en la Antártida. No era la primera vez que una situación como aquella se producía en el mundo. Muchas antiguas escrituras hablaban de ello, aunque la humanidad no fuese consciente del peligro constante que los amenazaba. Con todo, mientras ellos estuviesen allí siempre los protegerían.

Se quedó contemplando la espalda de Karan en tensión, conteniendo aquel poder y protegiéndolos a todos, pero, ante todo, protegiendo a su bien más preciado: aquel hombre, aquella mujer y sus dos niños. Ellos eran la única esperanza que le quedaba a la humanidad y lucharían por ella hasta el final.

Karan apretó los labios intentando contener las lágrimas, sin dejar de exponer su máximo poder para luchar contra aquella intensa destrucción que asolaba la tierra. Era lo único que podía hacer para mantener la promesa que había hecho a su padre. Él sí confiaba en la humanidad, y estaba dispuesto a darles una nueva oportunidad, a enseñarles, a mostrarles de lo que eran capaces, a cuidarlos... Ninguno de los que se encontraba allí perdería nunca la esperanza en ellos.

Fueron los diez minutos más largos de su vida hasta que, finalmente, el temblor de la tierra y el fuego desaparecieron. Karan tragó saliva mientras descendía los brazos y miraba al frente. La imagen que se dibujó ante él era desoladora. Nada, no había nada. Los edificios habían sido destruidos, calcinados totalmente, ni siquiera en esa parte de lo que había sido la ciudad de Atenas había un ladrillo en pie, la gente ya no habitaba ese mundo. Aún existía la posibilidad de que alguien, en el interior de una cueva o en la profundidad de los mares, hubiese sobrevivido, pero allá donde se encontraban hasta hacía pocos minutos, en lo que había sido su hogar, ahora ya no quedaba nada, era como si la tierra hubiese sido barrida.

Tragó saliva y llevó las manos a su rostro sin poder contener las lágrimas, intentando calmar la respiración y su pulso, lejos de poder controlarse.

Elin se puso en pie mirando alrededor. Todo su mundo había desaparecido.

Se alejó de Mukhtar y Cassandra mientras el resto de sus compañeros miraban boquiabiertos lo que había quedado del mundo que conocían y colocó una mano en la espalda de Karan que aún no se había girado para mirarlos.

Karan bajó la mano de sus ojos y la observó con dolor, jamás había visto tanto sufrimiento en una persona. Observó cómo se limpiaba disimuladamente las lágrimas mirando la llanura que los rodeaba, totalmente calcinada.

—No lo hemos conseguido —susurró Karan—. Lo siento.

Elin se agarró a su brazo intentando contener las lágrimas y reconfortarlo. Se giró hacia atrás, observando aún a los humanos protegidos por la mayoría de los semidioses y le hizo girarse a él para observarlos.

Entre toda aquella devastación, aquella tierra negra y consumida por el fuego, seis humanos permanecían aún agachados, incrédulos, conmocionados, pero uno de ellos, el pequeño Mansur, observaba a Karan sin pestañear, totalmente asombrado. El pequeño no le había quitado ojo durante todo el rato.

—Sobrevivirán, Karan —susurró Elin.

Karan lo observó, tan pequeño, tan indefenso. En ese momento Mansur emitió una leve sonrisa angustiada hacia él, una sonrisa de complicidad que hizo que Karan sonriese con ternura.

—Estaremos a su lado, siempre —susurró mientras acariciaba la mano de Elin y se apartaba de ella dirigiéndose hacia el pequeño que en ese momento se levantaba de las rodillas de Mukhtar que aún permanecía abrumado.

El pequeño miró hacia arriba, con admiración, estaba claro que le había fascinado ver aquellos rayos salir de sus manos, aún no tenía la suficiente capacidad para comprender la envergadura de lo ocurrido.

Karan se agachó ante él y cogió su manita con delicadeza.

El pequeño incrementó más su sonrisa. Pese a lo que había visto no lo temía, al contrario.

Karan elevó su mirada hacia Elin que se acercaba a él y los contemplaba. Tragó saliva y estrechó más la mano del pequeño acariciándola con el pulgar.

—Me llamo Karan —pronunció.

—Y yo Mansur —dijo con una sonrisa.

Karan apretó los labios emocionado por el pequeño y miró hacia Cassandra que aún observaba de un lado a otro sin moverse de su sitio, con su pequeña niña entre sus brazos.

Volvió de nuevo a mirar a Mansur.

—Seremos grandes amigos.

El niño asintió de inmediato con una sonrisa y se giró hacia su padre, abrazándolo.

Karan inspiró y se puso en pie. Elin se mantenía a su lado, observando el horizonte.

Vendrían años muy duros, de sufrimiento, pero lo lograrían, lograrían que todo fuese como antes.

Aquellos niños representaban la esperanza de la humanidad y los protegerían frente a toda adversidad.

Karan pasó el brazo sobre los hombros de Elin atrayéndola hacia él mientras contemplaba a Neil y a Gael hacer lo mismo con Lucía y Adriana. Ninguno de los allí presentes salía de su asombro, pero ahora comenzaba una nueva vida, una vida diferente a todo lo que habían imaginado. Ahora, comenzaba todo de nuevo.

Depositó las últimas tablillas que había moldeado en lo alto de aquella colina. En su cima había una pequeña cueva donde Karan me había pedido que las guardase. Una vez completase aquella misión encomendada y quedase todo explicado, aquella cueva se sellaría para garantizar su protección.

Los primeros años habían sido duros. Por suerte, la vida marina había sobrevivido en las profundidades y Gael se encargaba de suministrar el alimento necesario. Hermi se había dedicado junto a Denise a recorrer el mundo buscando algún superviviente. Nada, nadie más que ellos en aquel vasto mundo. Por fortuna, habían encontrado varios animales que vivían a gran altura como cabras, monos, pingüinos, tigres de Bengala, etc. Algunos de esos animales los habían transportado hasta allí para criarlos y servir como alimento. Aún, hoy por hoy, Hermi o Denise regresan de vez en cuando con una nueva noticia de que han encontrado una especie que pensaban perdida o extinta. Esto se supone que es bueno.

Desde los doce años y bajo la supervisión de Karan había comenzado a moldear el barro y a crear figuras: aviones, cohetes, astronautas, barcos, submarinos... y, con quince, Karan me había mostrado cómo fabricar aquellas tablillas con los dibujos a modo de explicación.

—Nos basamos en las tablillas de Sumeria —me había dicho Karan.

—¿En qué? —pregunté.

Karan me sonrió.

—Esto es lo mismo que dejaron vuestros antepasados, Mansur. Hace milenios.

—¿Como cuando hubo el diluvio? —pregunté.

—Sí. Y mucho antes también.

Día y noche había observado aquellas tablillas que dibujaba, intentando recordar algo más de mi vida pasada para dibujarlo sobre la arcilla.

—¿Por qué nos hicieron esto?

Karan pasó un brazo por encima de mis hombros y me acercó a él con cariño.

—Algunos no lo comprendían...

—¿El qué? —pregunté intrigado.

—La vida... —respondió con una sonrisa—. La vida es maravillosa, da igual quién la posea. Una mosca, un pingüino...

—Una cabra... —bromeé haciendo que Karan riese y asintiese.

—Sí. —Se quedó mirándome—. Hay muchos que piensan que por ser los creadores tienen derecho a disponer de esa vida, cuando la vida es de cada uno. Lo que hay aquí dentro... —comentó Karan colocando la palma de su mano en mi pecho—, es individual, de cada cual. No se puede disponer de ello. —Karan se había quedado observando en aquella ocasión las tablillas conmigo, supervisando mi trabajo—. Vamos —me animó—, ¿recuerdas la ciudad de Atenas?

—Poco. Creo que recuerdo mi habitación, y una calle donde mi padre me compraba pastas rellenas de queso feta y espinacas.

—Te refieres a las *spanakotiropites*. —Mansur asintió—. De acuerdo. Dibuja esa ciudad y las

cosas que recuerdes.

Aquellos habían sido mis inicios, y desde que había dibujado la primera tablilla habían pasado ya nueve años. Ahora, a mis veinticuatro, era consciente de todo lo que había perdido, pero también de todo lo que había ganado.

Me giré y observé a mis dos hijos correr por el descampado junto a los hijos de Karan y Elin y a los de Lucía y Gael.

Aunque la mayoría de los amigos de mi padre, Mukhtar, había tenido hijos, siempre había una complicidad especial con los hijos de Karan y Elin.

Ellos nunca verían aquel mundo, nunca vivirían en un lugar como el que yo recordaba.

Volví a observar la cantidad de figuras de arcilla que había moldeado con formas de animales, de personas vestidas con trajes espaciales, transportes que en la actualidad parecían sacados de la imaginación...

Mi mirada se centró en aquella última tablilla que había moldeado. Ahora, ya me veía capacitado para explicar aquello, para comprenderlo y darlo a conocer a las futuras generaciones: aquella gran catástrofe a la que solo nosotros habíamos sobrevivido.

No sabía si lo comprenderían en un futuro, si serían capaces de entender que no todo comenzaba ahí, con nosotros, que mucho antes habíamos sido una sociedad avanzada, ingeniosa... pero que todo aquello se había perdido. En cambio, ahora teníamos una nueva oportunidad, una oportunidad de crecer más como personas, de hacer mejor las cosas.

Me agaché y observé aquella última tablilla. Los recuerdos de mi vida anterior estaban diluidos en mi mente, pero aquellas imágenes y vivencias se habían grabado a fuego en mi memoria. Nosotros cuatro permanecíamos de rodillas, con caras tristes, rodeados de muchas figuras humanas más. Ante nosotros, un hombre permanecía con los brazos en alto, del cual salían grandes rayos y, ante este hombre, un enorme sol que con sus rayos también destruía todo lo que había conocido y que ahora me parecía tan lejano. Los edificios parecían derrumbarse y mucho fuego los rodeaba.

Puede que Karan tuviese razón. Las lenguas evolucionaban y cambiaban constantemente, pero un dibujo era universal. Fuese el idioma que fuese el que hablase la persona que encontrase aquellas tablillas las podría comprender. La gente vería que hubo una catástrofe que borró de la faz de la tierra la sociedad a la que yo pertenecía.

Al lado de esta última, y por recomendación de Karan, había moldeado unas tablillas con dibujos y su significado al lado. Por lo visto, pese a que se me daba bien, no era un gran artista. Así que, para asegurarnos más su futura comprensión, había creado una especie de «diccionario» según me había dicho Karan.

Me puse en pie de nuevo y miré hacia la salida de la cueva.

Solo esperaba que aquello fuese cierto y que, aunque ellos iniciasen de nuevo la vida en el planeta, con el paso del tiempo aquellas tablillas permitiesen recordar a los supervivientes y a futuras generaciones de dónde provenían.

Salí de la cueva y caminé por el angosto camino de piedra, descendiendo de la pequeña colina con cuidado, sujetando la túnica que Aileen, mi esposa, me había confeccionado con cuero.

Al final de aquel descampado cubierto de una hierba verde algunos árboles se elevaban majestuosos hacia el cielo y, tras ellos, había un pequeño acantilado desde donde se podía ver el mar. Muchas tardes las pasaba allí observando, relajándome.

Noté el aire fresco en mi rostro mientras avanzaba entre la alta maleza, aquellos tallos de trigo que me llegaban ya por la cintura y que serían el sustento de toda mi familia y de mis amigos en los años venideros.

Debía admitir que mi vida no era fácil. Al contrario, era muy dura, pero era vida, y, ante todo, era un inicio, un nuevo comienzo con los recuerdos de una civilización pasada, una civilización que se había visto abocada al simple recuerdo de aquellos que, como yo, vivían aquel momento.

Me fijé en Elin que jugaba con su niña rubia y en los gemelos de Neil y Adriana. Ellos eran el futuro. Aquellos niños eran la esperanza de una nueva sociedad que crecería cada vez más, pero que olvidaría, que no tendría los recuerdos de lo que habíamos sido en un pasado.

Avancé entre el trigo y me quedé observando el paisaje de aquel atardecer. Una sonrisa se dibujó en mi rostro cuando vi que Aimar, uno de los hijos de Neil y Adriana, arrojaba una bola de barro al hijo de Alexandros e Ivette y este caía riendo. Helena, la pequeña niña de Adrián y Sarisha rompía en una carcajada al ver como su amigo se revolcaba en el barro.

Mi sonrisa se diluyó lentamente al comprender que algún día yo también me iría de este mundo... y todos ellos. Todo lo que amaba en este mundo desaparecería perdido en el tiempo, pero tras nosotros vendrían otros, y otros... Con el tiempo construiríamos pueblos, ciudades, países... descubriríamos nuevos lugares por explorar y los conquistaríamos. Aprenderíamos de nuevo el valor de la naturaleza, a cosechar, a domesticar, a sanar, a navegar... aprenderíamos a volar, pensé al ver a aquel pájaro de plumas naranjas y verdes que me sobrevoló surcando el cielo azul.

Pasarán siglos y milenios y el paso del tiempo borraré de nuestra memoria todo lo que hemos sido, lo que creamos y construimos en un tiempo tan lejano, nuestros orígenes... Una sonrisa se formó en mi rostro mientras observaba aquel atardecer desde lo alto de aquel acantilado, consciente de todos los secretos que en aquella montaña que se encontraba tras de mí esperaban a ser descubiertos.

Yo os ayudaré a recordar nuestro pasado... y os hago la promesa de un nuevo y maravilloso futuro. Ese es mi legado para todos vosotros.

Así sería, los días se convertirían en semanas, las semanas en meses, los meses en años... y la humanidad se extendería de nuevo sobre la tierra.

Con el paso de los siglos construiríamos barcos y alcanzaríamos nuevas costas que haríamos nuestras, que habitaríamos.

Los milenios se sucederían y los carros tirados por caballos volverían a recorrer las calles de las ciudades y, más tarde, los vehículos a motor, los trenes... Los aviones surcarían nuevamente los cielos y, finalmente, alcanzaríamos la conquista del espacio.

Todo volvería a ser como antes, aunque requiriese de mucho tiempo y esfuerzo.

Esto solo era el comienzo.

# Epílogo

AÑO 9500 E. M.

(ERA MANSUR)

Alena Hasbún colocó su mechón de cabello castaño tras su oreja, totalmente concentrada en su trabajo. El calor en aquel momento había mitigado bastante y ahora una brisa fresca entraba a través de la tela de su improvisada carpa, refrescando el ambiente. Era de agradecer que tras un día en el que se había alcanzado más de treinta grados centígrados las noches fuesen frescas.

Miró hacia el techo, hacia ese farolillo que colgaba y que se movía formando pequeños círculos con la brisa de la noche.

Aquellas eran las mejores horas para estudiar los nuevos hallazgos.

Había llegado a aquella zona hacía más de cuatro meses, cuando se habían iniciado las excavaciones. Casi un centenar de personas colaboraban en aquel descubrimiento.

«El mayor hallazgo de la humanidad», lo llamaban. No era de extrañar. Cientos de figuras de cerámica, de tablillas de arcilla con inscripciones... aquello era una locura.

Elevó su mirada y observó aquellas figuras tan curiosas que guardaba en urnas de cristal para evitar su deterioro. Era lo más extraño que había visto nunca.

Bajó su cabeza mientras apoyaba su frente en su mano observando la tablilla de arcilla que estudiaba. Los resultados del laboratorio sobre la datación de aquellas figuras y tablillas no tardarían en llegar, pero de lo que estaba segura, y así lo había confirmado con otros colegas de profesión, era de que, sin duda, tenían una antigüedad superior a siete mil años, tal vez más.

Tragó saliva y miró atenta lo que allí estaba representado. En unas tablillas se habían dibujado animales que jamás había visto, que consideraba mitológicos, en otras se mostraban vehículos muy avanzados para una época tan antigua... Volvió la mirada al frente, hacia aquellas figuras que recordaban a las vestimentas que llevaban los astronautas en la actualidad, a los vehículos espaciales con que exploraban fuera de su mundo... Aquello no era posible, pero... era tanta la similitud.

Bajó de nuevo sus ojos hacia la tablilla que estudiaba. Sin duda, aquella era la más interesante de todas. La mayoría de aquellas tablillas y figuras solo mostraban una vestimenta, u objetos de una civilización que creía muy antigua, pero... aquella tablilla, aquella tablilla era mucho más: explicaba una situación, un hecho determinante en aquella sociedad y que sus ancestros habían querido dejar plasmado para las futuras generaciones.

Elevó su mirada cuando su compañero de excavación entró. Llevaba la túnica color ocre sobre los pantalones azules y aún llevaba puesto el turbante del mismo color sobre la cabeza, ocultando parte de su cabello negro, aunque unos mechones caían sobre su frente. Fijó sus enormes ojos azules en ella y sonrió.

—¿Aún aquí? —preguntó Danel quitándose en ese momento el turbante y depositándolo sobre la mesa.

—Sí. —Suspiró Alena mientras descendía de nuevo su mirada hacia la tablilla.

—Deberías descansar un poco.

Ella se quedó pensativa y volvió a colocar su cabeza sobre su mano, observando aquellos

trazos e intentando averiguar su significado.

Danel la escudriñó con la mirada. Aquella muchacha era incansable.

—Mañana vamos a realizar otra excavación en la parte sur de la cueva. Hay que madrugar — comentó acercándose a la mesa—. Deberías descansar —acabó diciendo mientras cogía un taburete y lo colocaba frente a ella. Se apoyó sobre la mesa y observó la tablilla que estaba estudiando. —¿Otra vez con la T42? —preguntó enarcando una ceja.

Aquel era el nombre que le habían asignado a aquella tablilla.

Alena no levantó su rostro.

—Sí...

—¿Algo nuevo? —preguntó con curiosidad.

Alena chasqueó la lengua mientras volvía a elevar su cabeza hacia él.

—Esta tablilla es... es especial —susurró pensativa.

Danel la miró sin comprender y observó de nuevo la tablilla.

—¿Por?

Se removió nerviosa sobre el taburete.

—Es diferente al resto. Explica unos hechos. —La señaló con la palma de la mano. Suspiró y volvió a contemplarla—. Algo ocurrió —susurró pensativa ante la mirada intrigada de Danel que se apoyó de nuevo sobre la mesa para observar—. Algo terrible —acabó diciendo. En ese momento ella volvió a observarlo, perdiéndose unos segundos en aquellos hermosos ojos azules que contrastaban con su cabello negro. Apartó la mirada de él un poco ruborizada y volvió a centrarse en la tablilla—. Creo que... intentan explicarnos algo que sucedió. Mira... —dijo señalando la tablilla—, se detallan lo que creo que son edificios de varias plantas... —susurró—. Los primeros edificios de más de una planta se remontan al año 6200. Esto es más antiguo... —susurró consternada.

Danel la miró sin comprender.

—¿Y qué si construían edificios de varias plantas? —Y se encogió de hombros.

—No... —Chasqueó la lengua—. No es solo eso... —pronunció bastante perdida—. Fíjate... —Lo animó señalando la tablilla donde se veía un grupo de cuatro personas arrodilladas sobre el suelo, a su alrededor, varias personas las cubrían con su propio cuerpo y, por delante de estas, otra persona mantenía los brazos extendidos hacia los lados, brotando de ella numerosos rayos que chocaban con los rayos de un potente sol. Pasó su dedo cubierto con un guante sobre aquellas personas que se echaban encima de las otras cuatro tendidas en el suelo—. Es como si estas personas las protegiesen.

—¿De qué? —preguntó Danel consternado.

Ella tragó saliva y negó.

—No lo sé, pero... —Y señaló al hombre que se encontraba por delante, con los brazos en alto y despidiendo rayos.

—¿De ese?

—¡No! —Reaccionó rápidamente—. Él también los protege, fíjate... se encuentra dándoles la espalda, si los estuviese atacando estaría de cara a ellos.

Danel se quedó pensativo y finalmente asintió.

—Comprendo... —susurró observando la tablilla T42.

—Esta circunferencia... es como si fuese el sol y este hombre los protege —susurró con

fascinación, más para ella que para su compañero de excavación.

—Ya... —comentó Danel adoptando un tono de voz bromista—, ¿y despedía rayos por los brazos?

Alena arqueó una ceja hacia él.

—Hay numerosos escritos que hablan de los dioses... —Se puso erguida en el taburete—. Recuerda los escritos de Eminne Gattas.

—Esos escritos son de hace unos dos mil años.

—No, datan del 8000 —le recordó ella—. Hace mil quinientos años —lo rectificó—. Y ese hombre dejó por escrito que había mantenido contacto con los dioses, con personas que tenían una capacidad sobrehumana y que, según él, estaban aquí para protegernos. —Esta vez fue Danel quien arqueó una ceja y le sonrió de una forma bastante atractiva—. Deja de mirarme así.

—¿Cómo?

—Como si estuviese loca.

Danel chasqueó la lengua.

—No creo que estés loca. De hecho, creo que eres una de las mejores investigadoras en tu campo. Si no, no te hubiesen dado la oportunidad de venir aquí.

Ella lo miró desafiante.

—Ahora no me hagas la pelota. Solo hace tres semanas que nos conocemos. —Aunque acabó sonriente.

Danel colocó las manos sobre la mesa e inspiró.

—Está bien y... ¿piensas que esta tablilla puede explicar algún hecho ocurrido en el pasado en el que se narre que uno de esos dioses a los que se refiere Eminne Gattas los salvó? —Y señaló a las cuatro figuras que permanecían arrodilladas en el suelo.

Alena se quedó callada unos segundos, reflexionando la pregunta de su compañero.

—Es posible. Eminne los describía como nosotros y... fíjate —susurró contemplando la tablilla y señalando al que tenía los brazos extendidos creando rayos—, es igual a nosotros. La misma altura, la misma...

—Sí, dos brazos, dos piernas... —bromeó Danel.

Ella resopló.

—Hablo en serio. —Lo cortó ella.

—Yo también —comentó divertido, y luego señaló con un movimiento de cabeza a una de las figuras de arcilla que mantenía en el interior de una de las urnas—. Al menos sabemos que tiene forma humana. Fíjate en eso... ¿qué narices es? —preguntó señalando una figura que se suponía que era de un animal a cuatro patas, robusto, con unas enormes orejas y una trompa que llegaba hasta el suelo.

Ella negó sin saber darle una respuesta.

—No lo sé... Lo único que sé es que algo ocurrió, algo horrible, y que alguien también nos ayudó.

Danel la miró con una sonrisa intrigada.

—Eso es bueno, ¿no?

Ella parpadeó varias veces y acabó sonriendo.

—Sí, claro. Supongo que sí. —Acabó encogiéndose de hombros.

Danel se quedó unos segundos observando cómo Alena volvía a sumirse en sus pensamientos

hasta que se levantó del taburete.

—Son las once de la noche. Deberías descansar —pronunció alejándose de la mesa, lo que hizo que ella lo mirase.

—Sí, en breve iré a dormir.

—De acuerdo —contestó Danel, aunque antes de salir de la carpa se giró para observarla—. Que descanses. Nos vemos mañana a las ocho.

Ella asintió sin mirarlo, prestando de nuevo toda su atención a aquella tablilla.

Danel se giró y borró la sonrisa de su rostro mientras salía de la carpa.

Avanzó sobre la arena a paso ligero, con los músculos en tensión, observando hacia los lados y asegurándose de que nadie lo siguiese.

Miró al cielo. La noche era estrellada, aunque allí, con la poca luz que había, la única que facilitaban los farolillos y las velas en medio de aquel desierto, era lógico que se gozase de un cielo como aquel.

Observó que la mayoría de las casetas que servían de habitaciones a todos los miembros de la excavación se encontraban repartidas en aquel valle formado entre las altas dunas.

Avanzó con paso decidido, mirando de vez en cuando hacia atrás, asegurándose de que nadie lo viese, controlando que la mayoría de las casetas ya no tenían luz en su interior, lo que indicaba que sus compañeros estaban durmiendo.

Cogió su túnica y comenzó a subir la duna más alta mientras sus pies se hundían en la arena. Debía darse prisa, pues sabía que no contaba con mucho tiempo.

Nada más llegar a la cima miró hacia el horizonte, maravillado. La luna llena daba una gran claridad a aquella noche.

Recuperó el aliento tras la subida y se quedó observando al frente, conmovido por aquella imagen.

—¿Lo sabe ya? —preguntó una voz a su lado.

Danel se giró y sonrió al reconocer la figura que se acercaba sigilosa hacia él.

Miró un segundo hacia la carpa iluminada donde Alena seguía estudiando la tablilla.

—Aún no —respondió volviéndose hacia su amigo—, pero es una chica lista. No tardará en descubrirlo.

Hermi se colocó ante él con una gran sonrisa, emocionado.

—¿Crees que ha llegado el momento de que sepan la verdad?

Danel sonrió por la emoción que siempre demostraba Hermi con respecto a aquel tema, parecía estar deseando darse a conocer y que la humanidad fuese consciente de todo su interesante pasado.

—Puede —respondió encogiéndose de hombros, mirando de nuevo hacia el horizonte.

Hermi incrementó su sonrisa. Imitó a su amigo girándose y observando hacia el mismo lugar que Danel.

—¿Y mientras tanto qué? —preguntó divertido con una ceja enarcada, señalando con un ligero movimiento de cabeza hacia la caseta donde se encontraba Alena—. Yo tengo a Denise, pero tú...

Danel puso los ojos en blanco y dio un paso al frente, con la mirada fija en el horizonte.

—Mientras tanto permaneceremos aquí... —explicó mientras la arena pasaba de una duna a otra movida por la brisa nocturna—, cuidando de ellos y protegiéndolos... siempre.

Ambos se quedaron mirando hacia el horizonte. Entre las dunas de aquel desierto un oasis se alzaba con altas palmeras donde se encontraba una de las ciudades más cercanas a la excavación.

Los edificios se elevaban hacia el cielo, las personas paseaban por sus calles, felices, disfrutando de aquella nueva oportunidad que se les había dado y de la que no eran todavía conscientes.

—Estarían orgullosos de ver todo lo que han logrado —pronunció Danel.

—Nunca perdieron la esperanza —sonrió Hermi recordando a sus amigos.

—Tampoco nosotros lo haremos —contestó Danel.

Todo volvía a su lugar, como debía ser, y aunque ellos aún no lo supiesen, debían agradecerse a todos los antepasados que habían dedicado su vida a garantizar que aquello pudiese ser posible de nuevo, a garantizar un buen porvenir para todos.

Una nueva era se había iniciado, la era Mansur, una era llena de esperanza y prosperidad. Un legado que, aunque parte de él aún permanecía oculto, no tardaría mucho tiempo en ser descubierto.

**FIN**

# AGRADECIMIENTOS

Aun a riesgo de ser repetitiva quisiera agradecer en primer lugar a mi editora, Teresa, por haber vuelto a confiar una vez más en mí y en mis obras: sabes que nunca podré agradecértelo lo suficiente.

A Borja por las portadas tan bonitas que siempre me haces.

A Vanesa Lucas, Eve Romu, Pili Doria, Anabel García, Arancha Eserverri, Soley Aragonés, Fani Pérez, Beatriz Isabel, Fina Limorti, Arwen McLane, Rachelrp, Esther Donis, Sheyla Herrero y Mari Carmen Melgarejo. Muchas gracias por estar a mi lado y apoyarme siempre. Me dejo a mucha gente, lo sé, pero en sucesivas publicaciones añadiré más nombres, prometido.

Y, en definitiva, a todos los lectores. Gracias por darme la oportunidad de entrar en vuestras vidas. Espero que esta trilogía os haya hecho disfrutar y que hayáis pasado un buen rato entre sus páginas.

Un fuerte abrazo a todos.

Mariah.